

SAGA
TRECE TRONOS



Dryadalis

Jessica Galera Andreu

Dryadalis
Trece Tronos
I

Jessica Galera Andreu
jessi-ga.wixsite.com/fantepika

Todos los derechos reservados.
Primera edición: 2019
© Autor: Jessica Galera Andreu
Derechos de Autor de portada: Parker West (Pixabay).
ISBN:9781078457941
Sello:Independently published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Indice

- 1 Cuestión de aguante
- 2 La punta del iceberg
- 3 Tayr
- 4 Enterrados
- 5 Lágrimas y sangre
- 6 Balanza en desequilibrio
- 7 Querer menos; querer mejor
- 8 Matar lo muerto
- 9 Las proezas de Tayr
- 10 Intenciones ocultas
- 11 Choque de magias
- 12 Marcas en la piel
- 13 El camino de la verdad
- 14 Conversión
- 15 Cabeza de turco
- 16 Ántico, ciudad imperial
- 17 Ley rota
- 18 Símbolo de poder
- 19 El Antiguo Imperio
- 20 Una antigua maldición
- 21 Uniones y desuniones
- 22 Juegos de traición
- 23 Juramento
- 24 Una guerra en marcha
- 25 Luz en la oscuridad
- 26 El muro más alto
- Epílogo

Agradecimientos

No puedo dejar de acordarme, aquí, de una personita que ya está empezando a convertirse en habitual en este apartado: Diana B. Buitrago, fantástica escritora de fantasía juvenil y gran amiga. Porque ella fue la primera que leyó esta novela cuando la publiqué en mi página web capítulo a capítulo. Y porque cuando con media novela publicada, me dio por cambiar mil cosas, ella volvió a releérsela entera y sus comentarios fueron combustible para ir a toda máquina.

Eres una parte importantísima de Dryadalis.

Y gracias a todas las personas que, de un modo u otro, me han apoyado. Y también a las que no porque siempre digo que, de otra manera, también son motor.

Y sobre todo, gracias a la literatura por permitirme vivir momentos como este.



1 Cuestión de aguante

Se detuvo, resollando por la carrera que lo había llevado hasta allí y trató de recuperar el aliento en medio de la nube de vaho que lo envolvía, impulsada por su propia respiración. Alzó la mirada al cielo y el disco plateado de la luna pugnó por abrirse paso en un cielo negro y sin estrellas, eclipsado solo por los edificios más lejanos de Luzaria, sombras de afiladas formas a la contraluz. Adrien se ajustó la sudadera y escrutó el entorno con suma atención sin dar con aquello que buscaba. Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y deslizó sus dedos entumecidos con velocidad hasta el contacto deseado. Los tonos sonantes solo acrecentaron su nerviosismo y este se multiplicó al no recibir respuesta de nuevo.

—Lo mato... —murmuró con los dientes apretados.

Resopló, enfadado, y después de echar un rápido vistazo a su reloj, se encaramó a la verja que separaba aquel barrio del resto de la ciudad. Saltó al otro lado y aunque solo se trataba de un trozo de metal, sintió que había traspasado una peligrosa línea, una temeraria frontera. ¿Por qué lo habrá citado Chris en aquel lugar y a aquella hora? A esas alturas, ya tenía perfectamente claro que sus encuentros habían de darse bajo el mayor de los secretismos; él mismo lo había aceptado, pero aquello era ya excesivo. Faltaban escasamente diez minutos para que el Toque de Queda sonase y las puertas del tenebroso barrio de Noctia se abrierían, dando rienda suelta a los hijos de la oscuridad, dueños absolutos de la ciudad entre la medianoche y el alba. Así lo dictaba la Ley Común, la misma que convertía en presa a cualquier incauto que se topase con ellos.

Y allí estaba él, frente a la muralla que todos conocían como el Muro de Caronte. Nunca se había acercado tanto con tan escaso margen de huida. No tendría tiempo para regresar a su casa, pero en aquel momento ni siquiera eso le importaba. La única idea que rondaba en su mente era que Christian lo había citado allí, pero no estaba. ¿Y si le había ocurrido algo? ¿Y si las criaturas que moraban en Noctia no habían esperado hasta el Toque de Queda?

No, eso no era posible. La Ley Común se había respetado siempre. No era posible, pero pensar en ello hizo que el corazón le martillease desbocado y amenazase con reventarle el pecho.

Alzó su mano temblorosa y la deslizó sobre la fría roca de la que estaba

construido el muro. Nigromantes, demonios, vampiros, brujas y licántropos. Apenas sabía nada de ellos, aunque tampoco era que le hubiera interesado gran cosa de lo que aconteciese al otro lado de aquella mole de piedra. En aquel momento no podía evitar oír la voz de su padre en su cabeza, espetándole reproches por prestar tan poca atención a las enseñanzas sobre los noctis. Su posición le obligaba a saberlo todo, pero Adrien era el hermano pequeño y él siempre había preferido que fuese June la que hubiera de convertirse en una experta en seres paranormales. Al fin y al cabo, un día sería ella quien ocupase el lugar de su padre en el Consejo de La Luz. O al menos, así había justificado él siempre su escaso interés en el aprendizaje.

Reculó unos pocos pasos y calibró cómo podría trepar a través del muro. Quizás fuera menos descabellado ocultarse y esperar a que los portones se abrieran para entrar allí y buscar a Chris. Alzó una ceja, preguntándose si de verdad cualquier idea que lo llevase al otro lado del muro podría considerarse menos descabellada que otra.

El Toque de Queda lo sacó de sus alocados pensamientos y Adrien retrocedió, tratando de que sus piernas siguieran manteniéndolo en pie. Primero sonó la sirena, larga y monocorde, y la desesperación se adueñó de él, que paseó de nuevo sus ojos castaños por aquel negro paraje de marcadas sombras y tenue luz. De pronto los edificios eran monstruos amenazantes, gigantes que le advertían y se burlaban. Cerró los ojos y volvió a abrirlos, convencido de que cada bloque se le venía encima, aprisionándolo. Pero la piedra no se movía ni tampoco hablaba, de modo que desechó las alucinaciones, producidas por el pánico y buscó una reacción. La campana tañía desde algún lugar al otro lado del muro, con tal fuerza que Adrien pensó que no podía estar lejos.

Tal vez debiera de marcharse. Quizás Chris lo hubiera pensado mejor y, por alguna circunstancia desconocida, no hubiese tenido tiempo de avisarlo. Puede que algo lo hubiera retrasado y... Diluyó las mil hipótesis que pretendían abrirse paso a porrazos en su cabeza cuando el portón crujió y las hojas del muro empezaron a ceder lentamente hacia el interior. Las bisagras aullaron y un vientecillo frío lo abrazó, helándole hasta el alma.

Las doce sonaron en el tañido de la campana, propagando un eco metálico y apagado que anuló en Adrien cualquier voluntad. No podía moverse, no podía respirar. Se quedó clavado y por primera vez en sus diecisiete años vio lo que había al otro lado. Adivinó un bosque oscuro de troncos retorcidos que se inclinaban hacia delante, como reverenciando al angosto camino que se abría

entre ellos. Debía de tratarse de la Vía Negra. Había oído hablar de aquel sendero, que partía Noctia en varios fragmentos de tierra oscura y que llegaba a todos y cada uno de los territorios allí existentes, o *terras*, como se las conocía, de modo que ninguna raza se viera obligada a atravesar un territorio ajeno para llegar hasta Luzaria. Había un siseo, un movimiento extraño, y a Adrien le faltó tiempo para correr como no lo había hecho nunca cuando un enorme lobo abandonó el encierro del muro para lanzarse a por él. El muchacho trastabilló, pero logró sostener el equilibrio y llegar corriendo hacia la verja, que trepó de forma poco cuidadosa, rasgándose en el costado con un saliente del alambre. Resbaló y gritó al percibir los colmillos del animal hundidos en su pierna. Dolía, pero no importaba. Sacudió el pie con una fuerte patada y siguió subiendo, mientras el lobo trataba de darle alcance de nuevo. Llegó hasta arriba a duras penas y desde allí cayó al otro lado, golpeándose en el codo y en la cabeza. Permaneció aturdido durante unos segundos, mientras luchaba por ponerse en pie, mareado y con la visión borrosa.

El lobo seguía embistiendo el hilo metálico, despedazándolo ya entre sus terroríficas fauces, y Adrien solo podía pensar en alejarse de allí. Ni siquiera prestaba atención a las sombras de elevada estatura que se acercaban desde atrás. Nigromantes, tal vez, o quizás demonios. No lo sabía, pero siguió corriendo, y lo único que lo detuvo fue su nombre a voz en grito.

Se volvió, dolorido aún por la caída, y atisbó una moto acercándose a toda prisa.

—¡Adrien!

—Chris... —murmuró, aliviado.

La moto se detuvo frente a él.

—¡Vamos, sube!

Montó rápidamente, aferrándose a su cintura y el vehículo se perdió entre las sombras, mezclándose el rugido de su motor con los aullidos de las criaturas voladoras que abandonaban el resguardo del muro, cubriendo el cielo y devorando a la luna.

Adrien permanecía sentado sobre el borde de la bañera, con la pierna bajo

el chorro de agua fría y la cabeza echada hacia atrás, apoyada sobre la mampara. La sangre que había manado de su sien se había secado ya, mientras que la que brotaba desde la herida de su pierna ensuciaba aún la bañera.

Chris sostenía el teléfono de la ducha, tratando de enjuagarla toda.

—Esto tendría que vértelo un médico, Adri —dijo, incapaz de eliminar la alarma en su rostro—. Ya sé que tendremos que dar muchas explicaciones, pero prefiero eso a que pierdas una pierna. Te recuerdo que no es un perro precisamente lo que...

—¿Por qué me citaste allí? —lo interrumpió Adrien.

Chris lo miró y, tanto como la propia herida, le impactó la serenidad en la voz del muchacho, en su expresión. Sudaba, pero no había signos de alarma en él; ni siquiera de dolor.

Cerró el grifo y se sentó también en el borde de la bañera, apartando la mirada.

—Fueron los chicos.

—¿Qué? —preguntó él, incrédulo—. ¿Cómo tenían tu teléfono?

Chris se puso en pie y se apartó el pelo oscuro de la cara mientras daba paseos nerviosos por el baño. Su camisa se había ensuciado y Chris distrajo su atención en la mancha, deteniéndose al fin.

—Lo encontraron en los vestuarios esta tarde. No sabían de quién era, pero leyeron algunas conversaciones y dedujeron que era... de tu chico. Siempre borro las jodidas conversaciones, pero no tuve tiempo antes de... Fue Pol quien te envió el mensaje para averiguar con quién te ves y... tenía que ser en el Muro.

Adrien negó con la cabeza mientras se incorporaba penosamente, pero Chris lo agarró de la camiseta, empujándolo despacio contra la pared.

—Lo siento, Adri. Perdóname, por favor. No pude hacer nada. Estuve toda la tarde con ellos, no pude avisarte.

—Me la juegan para que vaya a medianoche al Muro y tú no solo no puedes hacer nada, sino que además te pasas la tarde con ellos de risas.

Chris lo soltó sin moverse.

—Adrien...

—Podrías empezar por que te importase una mierda lo que piensen o digan y no...

—No empieces con eso otra vez. Para ti ha sido muy fácil, a ti todos te apoyan: tu padre, tu madre, tu hermana; incluso tus abuelos lo han entendido. Pero en mi casa esto sería un completo caos.

Adrien cojeó abandonando el baño que comunicaba directamente con su habitación, en cuya cama se dejó caer para empezar a vendarse la pierna.

Chris lo miró, con el hombro apoyado en el marco de la puerta. Exhaló un largo suspiro y se agachó a su lado.

—¿Vas a vendártelo tú mismo?

El silencio fue la única respuesta y a pesar de eso, atronaba en la cabeza de Chris como la mayor retahíla de reproches, porque conocía a la perfección todos y cada uno de los pensamientos de Adrien. Habían mantenido aquella conversación una y mil veces y las conclusiones eran siempre las mismas, un importante foco de discordia para los dos.

—Cinco meses más —murmuró Chris, atrayendo la atención de Adrien, que se detuvo en su tarea—. Cuando acabemos el instituto, me dará igual gritarlo a los cuatro vientos. Viviré lejos de mi padre, en la universidad. Tú estarás conmigo y no tendremos que aguantar a los imbéciles de Pol y su panda. A largo plazo solo me importas tú, Adrien. Aguanta.

Adrien sonrió mientras negaba con la cabeza y seguía vendándose la pierna.

—¿Y qué pasa si no vivo para atestiguar ese fantástico momento en el que seas capaz de decirle a todos que te gustan los chicos y que estás conmigo?

—¿Qué estás diciendo?

—Chris, hoy las cosas pasaban por llevarme hasta el Muro a las doce de la noche y no hiciste nada.

—Fui a buscarte. También me puse en riesgo, pero de ningún modo iba a dejarte ahí. Solo que cuando ellos me lo exigieron no podía hacer otra cosa. Hubieran creído que...

—¿Y qué pasará cuando te pidan que me mates para demostrarles que te importo una mierda? —gritó furioso—. ¿Harás lo que te piden y luego correrás para llevarme al hospital?

Chris se puso en pie y lo miró como si frente a sí tuviera a un completo desconocido, como si hubiera sido el propio Adrien el que hubiera utilizado aquel arma hipotética.

—Sabes que no sería capaz de algo así, por Dios.

Adrien terminó de ajustarse el vendaje y se puso en pie con una evidente mueca de dolor.

—¿Lo sé? Hasta hace un par de horas, hubiera *sabido* —apuntó, remarcando la palabra a conciencia— que nunca me pondrías una trampa para

llevarme al Muro a medianoche. Pero acabas de hacerlo. Las cosas hoy hubieran podido acabar mucho peor. No puedo creerlo, te lo juro.

Christian se acercó a Adrien y sujetó su rostro entre las manos. A duras penas lograba contener las lágrimas en sus ojos llorosos.

—Tienes razón. Soy un completo cobarde y eso lo tengo asumido, Adri, pero te quiero. Solo quiero que las cosas sean lo más sencillas posible para los dos.

—Deberíamos dejarlo aquí, Chris. Se acabarían tus problemas y, de paso, los míos y...

Chris lo besó en los labios, silenciándolo. Lo hizo con desesperación, con miedo, con una evidente liberación de ansias contenidas aferradas a una necesidad enfermiza.

—No digas eso, por favor —le pidió, sin apartar aún su boca de la de Adrien, que a duras penas trataba de rechazarlo—. Por favor, no me dejes. No podría resistirlo. Cinco meses más, por favor, por favor, aguanta. Hazlo por mí, por nosotros.

—El que no los resista, quizás, sea yo, Chris. Llevo meses aguantando palizas, insultos y toda clase de mierda, mientras tú te dedicas a mirar, a reírles las gracias cuando estás delante. No me lo merezco.

—¿Y quieres que también tenga que aguantarlo yo? —gritó Chris, furioso—. ¿Que me apaleen a mí hará que te sientas mejor? De acuerdo. Mañana mismo se lo diré y quizás entonces seas capaz de darme una jodida tregua.

—¡Maldita sea, Chris! No quiero que te zurren también a ti. Lo que quiero es que no formes parte de ello cuando me la juegan a mí.

—No tenía otra opción, Adrien. Hago lo que puedo. Ya has visto que fui a buscarte. Por más que me lo exijan, nunca permitiré que nada malo te ocurra.

Adrien volvió a dejarse caer sobre su cama y hundió el rostro entre las manos. Chris se agachó delante de él y lo sujetó de las muñecas, apartándose las.

—¿Ya no... ya no me quieres? —le preguntó.

—No es eso y lo sabes.

—Entonces aguanta, Adrien. Si me quieres, aguanta, por favor. Eso hacen las personas que se aman, ¿no? Aguantar por el otro. Además, no...

La puerta se abrió en ese momento y el rostro preocupado de June hizo su aparición. Cerró tras de sí y cruzó el cuarto en dos zancadas, fijando la mirada en su hermano pequeño.

—Dios...

Le agarro la camiseta por el costado y se la alzó, pues la sangre del rasguño que se había originado al trepar la verja, había calado la ropa. Miró también la sudadera hecha un guiñapo sobre la cama, rasgada y ensangrentada, al igual que el pantalón que llevaba puesto y completamente destrozado por la parte inferior.

Chris se apartó y mantuvo la mirada fija en Adrien, como si esperase a que él pusiera paz en el polvorín que se avecinaba, el único capaz de lograrlo.

—June, las puertas se cierran para que el que quiera entrar, llame a ellas — le espetó él a su hermana con poca vehemencia.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber ella—. ¿Por qué está él aquí? ¿Por qué tienes sangre por todas partes? ¿Por qué no estabas aquí a las doce?

Adrien se puso en pie y sujetó a su hermana del brazo con suavidad, mientras June fulminaba a Chris con la mirada.

—Salimos por ahí y se nos fue el santo al cielo. Se nos hizo tarde y nos dimos una carrera. Me caí.

June lo miró en silencio y los ojos le brillaron en una mezcla de tristeza y rabia.

—¿Podemos hablar? —le preguntó al muchacho.

Adrien se volvió, mirando a Chris.

—Es tarde. Quédate aquí a dormir.

Chris asintió y se dejó caer en la cama, con la mirada perdida en el suelo.

Abandonaron el cuarto y al salir, Adrien se apoyó sobre la pared del pasillo que estaba completamente a oscuras. Solo la tenue luz de las ventanas permitía la entrada del lejano fulgor de la luna. A Adrien le tranquilizaba saber que sus padres ya se habían acostado.

—Les dije a mamá y a papá que estabas durmiendo cuando llegaron —le explicó June—, que te dolía la cabeza.

—Gracias por cubrirme. Te debo una.

June se acercó a su hermano y le apartó el pelo rubio de la cara. Sus dedos se deslizaron sobre la sangre reseca y la joven sintió un nudo en la garganta.

—Déjalo, Adrien. No sigas con él, por favor.

—¿Otra vez con eso?

—Mírate, por Dios. Sé que no me contarás qué ha pasado, pero también sé que lo estás protegiendo. Otra vez. Dices que habéis vivido una odisea esta noche, pero él está perfectamente.

Adrien exhaló todo el aire de sus pulmones.

—Las cosas no son tan fáciles, June —respondió—. Su padre no aceptaría

esto. Y en el instituto...

—No te mereces un tipo que se avergüence de lo que siente ni que te esconda, mientras tú te partes la cara con el mundo por él.

—¿Por qué lo culpas a él? Está enamorado de mí y tiene miedo, igual que yo. Son esos hijos de puta los que me amargan la existencia.

—¿Y qué hace él cuando eso pasa?

—Es mi chico, no mi guardaespaldas, June.

—Adri, ¿te estás oyendo? Justificas absolutamente todo en él; das la cara por su persona haga lo que haga. Pasas todo por alto, lo suavizas. Es insano, es tóxico.

—Solo cinco meses, hermana. Cuando acabemos el instituto, todo será diferente. Me pide que aguante cinco meses por él y tiene razón en que eso hacen las personas que se quieren, ¿no? Aguantar todo por el otro.

—No, Adrien. Las personas que se quieren aguantan juntas; no la una a la otra. Aguantan la distancia, el tiempo, las circunstancias. Pero afrontan las cosas juntos y a ti él te ha dejado solo en esto.

—June...

—Me marcho en pocos días, Adrien. La Conmuta tendrá lugar en una semana y me aterra saber que te dejo solo.

—No estaré solo y... No quiero que te preocupes, en serio. Estaré bien.

—Cuéntaselo a papá. Si le dices que esos imbéciles la tienen tomada contigo, lo cortará en seco.

—Y les daré la razón con eso de que soy un niño de papá, ¿no?

—Siempre dices que no te importa lo que piensen.

—June, papá y mamá tienen ya mil preocupaciones. Ahora está el asunto de la Conmuta. Mamá no lo está llevando bien y... No quiero que lo sepan, te lo he dicho mil veces. Solo empeorará las cosas.

June bufó, hastiada ante las negativas de su hermano por poner al corriente a sus progenitores sobre aquella dramática situación. Ella misma se había enterado por casualidad y aunque mil veces había advertido con contárselo a sus padres, nunca había llegado a hacerlo. No deseaba una disputa con Adrien, pero al mismo tiempo dudaba sobre si al callar estaba ayudándolo realmente.

—Cambiando de tema —volvió a hablar él—, ¿cómo llevas lo de la Conmuta?

—¡Cambiando de tema, eh!

—Sí, por favor.

June negó con la cabeza y uno de los negros rizos que había recogido en su

moño se soltó. Pese a ser dos años mayor que Adrien era algo más baja y su piel era más pálida, aunque compartían idéntico color de ojos, un castaño brillante con reflejos violáceos, como su madre.

—Estoy tranquila. Serán solo unos meses y me servirán para entender muchas cosas en la forma de vida de los noctis. Además, mamá sigue insistiendo en que puedo dedicarme a otra cosa y que mi futuro no tiene por qué estar ligado al Consejo de la Luz, así que ha conseguido hacerme un lío. Me vendrá bien este tiempo lejos.

—A lo mejor te enamoras de un *zombie*.

June rio y empujó a Adrien con suavidad.

—Idiota. Solo espero que no tengan costumbres muy asquerosas como comer gusanos o cosas así.

—Hemos tenido varios noctis en el instituto durante las Conmutas y nunca han hecho nada demasiado raro. Hay una ley muy estricta rigiéndolo todo, ya lo sabes.

—Lo sé, pero una cosa es verlos por el instituto y otra, vivir rodeada de no-muertos, en su territorio. Y saber que uno de ellos pululará por aquí; un brujo, según ha dicho papá. Que no entre en mi cuarto ni nada de eso. Te dejo al cargo.

Adrien frunció el ceño, mirándola.

—Te recuerdo que vivirá en casa, Adri. Yo me voy a la suya, él se viene a la mía. ¿Te acuerdas de cómo funciona esto?

—Joder, es verdad. El año pasado me burlaba de Lambia porque el licántropo que vino de Conmuta se instaló en casa de su prima. Este año será menos gracioso.

—¿Lambia? ¿La elfa?

—Sí, la misma. Verás cuando se entere.

—Bueno, no te quejes, tú solo tendrás a uno aquí. Yo voy a vivir rodeada de ellos.

—Si algo va mal...

—Nada irá mal. Se han llevado a cabo mil Conmutas y todo ha ido siempre bien. Ya te enterarás cuando te toque.

—No me lo recuerdes.

—Como hijo de un miembro del Consejo de La Luz, tarde o temprano te tocará llevar a cabo una Conmuta, Adri. Más te vale cambiar el rollo y empezar a ponerle un poco de interés.

—Lo sé. No hagas tú de papá ahora.

June sonrió y le acarició el rostro a su hermano.

—Prométeme que te cuidarás —le pidió.

—Te lo prometo. Puedes estar tranquila.

—Hablaremos con regularidad, ¿de acuerdo?

—Más te vale.

—Te quiero, pequeñín.

—Yo también te quiero, *mandarina*.

—¿Cuándo vas a cambiarme ese absurdo mote?

—Cuando dejes de mandar.

—Es una fruta.

—Así te lo hago más dulce. Pero eres una *mandona*.



2 La punta del iceberg

Adrien llevaba más de tres cuartos de hora esperando en aquel enorme pasillo. Le habían asegurado que la reunión en la que se encontraba su padre estaba a punto de finalizar, pero los minutos transcurrían lenta y agónicamente y allí seguía él. Echó un vistazo rápido —el enésimo— al reloj y se solicitó no desesperarse. Se echó hacia adelante, resoplando y hundió el rostro entre sus manos antes de volver a repantigarse sobre el sillón con la cabeza apoyada sobre la pared que le quedaba detrás. La paciencia nunca había sido su mejor virtud; ni siquiera una de ellas.

El ocaso teñía ya el cielo de un tono malva que lo embelesaba y desde el vigésimo piso de aquel enorme rascacielos conocido como La Sede, podía admirarlo como en pocos lugares más. Desvió la mirada hacia el tablón en el que la secretaria trabajaba y se encontró con los oscuros ojos de esta por encima de sus diminutas gafas. Solo entonces fue consciente del molesto ruidito que él mismo estaba ocasionando con su calzado en un movimiento impaciente. Se detuvo y sonrió con una fingida inocencia.

—Lo siento —susurró.

La mujer volvió a sus quehaceres y Adrien consultó su teléfono móvil, aunque ya sabía que Chris no le ha respondido todavía. El dispositivo no había emitido sonido alguno y del último mensaje que le había enviado a su chico habían transcurrido más de dos horas. Estaría ocupado, pensó. O quizás hubiera olvidado el móvil en el coche; era algo que solía pasarle con asiduidad. Chris era un desastre.

Cerró los ojos y buscó alguna distracción en su mente, cosa fácil en aquellos días en los que no andaba, precisamente, falto de problemas, pero justo en aquel instante, unas voces empezaron a sonar al fondo del corredor y Adrien supo que su espera había concluido.

Se puso en pie y se colocó la mochila sobre el hombro mientras avanzaba con pasos tímidos hacia la sala de reuniones. Al llegar al amplio pasillo, se cruzó con algunos de los miembros del Consejo de la Luz, que abandonaban el lugar entre charlas distendidas y algún que otro gesto más grave, ataviados todos ellos con la inmaculada toga blanca del Consejo. Adrien los conocía a todos, pero apenas fueron un par: el viejo Simon y el señor Oxon, quienes lo saludaron; el primero de ellos, revolviéndole el pelo como si aún fuera un

niño, cosa que Adrien detestaba. Los demás parecían demasiado ocupados o deseosos por salir de allí. Y no podía culparlos. Se detuvo en mitad del pasillo mientras los veía perderse a lo lejos. Las alas de Edran Oxon nunca lo dejaban indiferente. Era un feérico, y si bien Adrien se cruzaba con ellos todo el tiempo, estaba seguro de que ningún otro de los de su tipo poseía alas como las suyas; ni siquiera Hilmagenta Breaker, que según contaban, era la feérica más antigua del mundo, miembro también del Consejo y que había abandonado la sala en primer término. Las alas de Oxon eran altas y transparentes. El contacto con la luz las hacía emitir unos coloridos brillos que emulaban un arco iris de vivas tonalidades. Lo perdió de vista cuando dobló el recodo del pasillo y retomó el paso hasta la sala de reuniones. En pocos minutos, se había quedado vacía o casi. Gillian Novak la abandonaba en último término, dedicándole una cautivadora sonrisa. Mujer humana, de unos cuarenta años y envidiable físico, solía pensar Adrien. Y entonces, allí solo quedó su padre, revisando algunos documentos. El joven lo miró y observó que parecía agotado; tanto que ni siquiera se ha percatado de su presencia.

—¿Está todo bien? —se atrevió a preguntar Adrien.

Ander alzó la cabeza de forma fugaz y le sonrió a su hijo.

—Cariño, ¿llevas mucho tiempo esperando?

—Casi una hora —respondió él, con el hombro apoyado sobre el marco de la puerta—. ¿Hay algún problema?

—No —respondió Ander, forzando una sonrisa—. Es decir, no más de los que hay habitualmente. Siento haberte hecho esperar tanto. Si lo hubiera sabido no te habría pedido que vinieras. Tenemos poco tiempo para esa cena que te había prometido. Podemos dejarla para otro día, si quieres.

—No, no hay problema. Cena rápida.

El hombre suspiró hondamente y dejó los documentos sobre la mesa; colocó los brazos en jarra y le dedicó a su hijo una larga mirada.

—¿Qué tal estás tú? —quiso saber.

—Bien.

—No tienes buena cara.

—No he pegado ojo esta noche.

—¿Tiene ese chico algo que ver?

Adrien lo miró, sorprendido ante aquella pregunta y avanzó unos pocos pasos, asegurándose de que no quedaba nadie tampoco en el pasillo. Se acercó hasta la enorme mesa redonda y apoyó la cadera sobre ella.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno... —Ander volvió a recoger los documentos que había dejado caer y los ordenó cuidadosamente—, tu madre y June están preocupadas.

—¿Por Chris?

—Por ti, más bien.

—Mi hermana os ha ido con algún cuento, ¿no?

—Más que un cuento, una preocupación. June dijo que anoche llegasteis pasado el Toque de Queda y que estabas discutiendo con él. Otra vez.

—Creí que os había dicho... —Se interrumpió al ser consciente de lo que estaba a punto de confesar. Su hermana le había asegurado que mintió a sus padres, encubriéndolo, pero no es cierto.

—Adri, hace falta algo más para que tu madre y yo nos traguemos las mentiras de tu hermana. Te recuerdo que estoy casado con una feérica. June confesó bajo tortura, si te sirve de consuelo. Pasar la última semana en Luzaria sin teléfono móvil arrancarí­a los más ocultos secretos a cualquiera. O al menos a ella.

—Papá, dime que no me has hecho venir aquí para esto.

—Te estaría mintiendo, entonces. Quería llevarte a cenar para... charlar sobre ello.

Ander caminó hacia la estantería y extrajo una carpeta en la que introdujo los documentos que había portado en la mano. Después regresó junto a su hijo.

—No puedo creerlo. June es una exagerada.

—Tu hermana está preocupada por ti, al igual que tu madre. Y mentiría si te dijera que yo no.

—Ya sé que todos odiáis a Chris, pero resulta que quien está con él soy yo.

—No odiamos a ese chico, Adri; solo esperamos que te trate como es debido y no da la sensación de que así sea.

—Joder. Tuve esta charla con June anoche y no me apetece repetirla contigo, así que será mejor aplazar la cena hasta... otro día.

Ander alzó los brazos.

—No hablaremos de ello si no te apetece. Pero quiero que sepas que si hay algo que no es como debería, puedes contar con nosotros, cariño. Conmigo, con tu madre y con tu hermana, aunque ahora ella no vaya a estar a tu lado.

—Te lo agradezco —respondió Adrien, al tiempo que sus hombros se hundían, como si se derrumbase.

—Bien. ¿Nos vamos, entonces? —El hombre se puso la chaqueta y le sonrió a su hijo—. ¿Tienes alguna idea de adónde podemos ir? No estoy muy al día con los restaurantes de comida rápida.

—Se me ocurren un par de sitios, pero quiero que me prometas que no hablaremos de esto.

Ander suspiró hondamente.

—Te lo prometo.

Ander consultó el reloj con nerviosismo cuando apenas faltaban un par de minutos para las ocho de la tarde. El local estaba atestado, pese a que solo restaban cuatro horas para el Toque de Queda y el invierno traía consigo una temprana noche, acentuando aún más su intranquilidad. Elfos y algún que otro feérico, ocupaban mesas y sillas en actitud distendida mientras charlaban y tomaban algo. Nunca dejaría de llamarle la atención la afición de los elfos por el ocio, su indolencia ante los problemas y la forma relajada en la que vivían. No se parecían a los feéricos, aunque estos últimos también disfrutaran ocasionalmente de los instantes de sosiego y placer. Era mucho menos frecuente topar con las mareas en lugares así, criaturas humanoides que moraban en las profundidades de mares y ríos y que fuera de ellos, apenas se mueven solo en las costas y riberas cercanas, en la zona de Altum, donde muchos de ellos disponían de pequeños apartamentos para su vida terrestre.

Adrien se dejó caer sobre la banqueta que quedaba frente a su padre y colocó el papelillo del pedido que había realizado sobre la mesa.

—Espero que no tarden demasiado en servirnos —expresó Ander con inquietud—. Este lugar está lleno a rebosar.

—Es lo que tienen los restauradores, papá. Gente con ganas de comer.

Ander sonrió y negó con la cabeza mientras su hijo suspiraba y lo escrutaba con detenimiento.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Antes me hablabas sobre la preocupación que os genera mi vida sentimental.

—Bueno, parece un tanto turbulenta, Adrien y no...

—¿Qué hay de la tuya? —lo interrumpió el muchacho.

Ander pestañeó un par de veces y se hundió algo más en la banqueta acolchada sobre la que tomaba asiento.

—¿Por qué me preguntas eso? —quiso saber.

—Porque June y yo no somos idiotas y sabemos que las cosas no están bien entre mamá y tú. Espero que no sea necesario tener que torturaros también

para que habléis.

El hombre bajó la mirada y jugueteó con el papelillo que Adrien había traído. Aún con la cabeza gacha, percibió el peso de los ojos de su hijo sobre él.

—Hay ciertas cosas que tu madre no entiende... o que yo no sé hacerle entender.

—Es por la Conmuta, ¿no? Mamá no está llevando bien la marcha de June.

—Y lo entiendo, pero yo no soy distinto a ningún otro miembro del Consejo, Adrien, e igual que sus hijos han participado, vosotros también deberéis hacerlo.

—Lo sé. Pero las cosas están más tensas con los noctis, ¿no? O eso se dice en todas partes. Con el asunto de sus guerras...

—No hagas caso de esos medios sensacionalistas, hijo. El equilibrio entre lúzaros y noctis siempre ha sido algo complejo. Somos muy diferentes y ocupamos un espacio común, pero existen leyes que todas las razas respetan y trabajamos, codo con codo, para mantener la convivencia. No hay motivo de alarma. Sus guerras internas son cosa de un pasado muy lejano y los rumores que aseguran que las han retomado, no son más que patrañas y mentiras.

Adrien se echó hacia atrás en su asiento y guardó silencio mientras la camarera traía la bandeja con todo cuanto había pedido. La mujer sonrió con amabilidad y se retiró rápidamente, pero Ander continuó sin moverse. Adrien nunca lo había visto de aquella guisa: se mostraba aturdido y desconcertado, una apariencia muy alejada del hombre seguro e implacable que siempre había exhibido.

—Deberías hablar con ella y hacérselo entender —añadió con un hilo de voz.

Los ojos grises de su padre lo miraban, tratando de recuperar parte de la chispa que era habitual en ellos.

—Despreocúpate. Ya sabes cómo son los feéricos, tienden a exagerarlo todo y tu madre no es diferente. Si mi aura adquiere un color sospechoso, toca prepararse para el chaparrón. Es como si te leyeran el pensamiento. Horrible.

Adrien asintió ligeramente, aunque no estaba tan convencido como le gustaría. A esas alturas había escuchado ya demasiadas discusiones entre sus progenitores y aunque sabía que la Conmuta había sumado a la carga que ambos soportaban, tenía claro también que aquello era solo la punta del iceberg. Y lo cierto era que podía entenderlos a ambos: a diferencia de June, Adrien sí lograba captar vagamente el aura de las personas; no con la nitidez

con la que su madre lo hacía, pero sí lo suficientemente claro como para entender la exasperación de la mujer cuando Ander negaba una y otra vez estar preocupado al tiempo que lo envolvía un aura oscura y crítica. Del mismo modo, había estado en el otro extremo de aquella peculiar balanza y ser incapaz de ocultar preocupaciones ante su madre lo hacía sentir expuesto e invadido.

Cuando cruzaron el umbral de la puerta de casa, la azorada figura de Lorna salió al encuentro de su hijo. A pesar de lo tardío de la hora, estaba vestida y sostenía las llaves del coche en la mano, por lo que todo parecía indicar que había estado dispuesta a salir.

—¡Adrien! —exclamó—. Por los dioses, te he llamado mil veces, ¿dónde estabais?

Lo sujetó de la cara y lo examinó con desesperación, como si temiera encontrar algo que confirmase lo que había llegado a temer, por absurdo que resultase.

—¿En serio? —preguntó él, con el ceño fruncido. Sacó el móvil de su mochila y comprobó que su madre estaba en lo cierto—. Lo siento, bajé el volumen mientras esperaba a papá y ya no pensé en... ¿Ibas a salir a buscarnos?

—Naturalmente.

June apareció por detrás de su madre, con el pijama puesto y un moño desenfadado en lo alto de su cabeza. Se cruzó de brazos, apoyándose sobre el marco de la puerta que conducía al salón y les dedicó a su padre y a su hermano un discreto gesto de resignación.

—Ni siquiera son las diez, Lorna. Tranquilízate —le sugirió Ander.

El hombre se despojó de la chaqueta y la colgó en el perchero que había junto a la entrada, pero no fue ajeno al rictus furioso que su mujer le dirigía. Lorna no tenía alas, como muchos otros de su especie, los feéricos de tierra, pero cuando se enfurecía, Adrien siempre tenía la sensación de que se hace más grande, como si de pronto pudieran emergerle un par de protuberancias a la espalda y estas fuesen a desplegarse en un intento de amedrentar a su padre. Era una idiotez. Lo que sí podía distinguir era ese tenue fulgor rojizo envolviéndola, como una llamarada que pugnase por prender.

—¿Que me tranquilice? —exclamó ella, molesta—. ¿De quién ha sido la

brillante idea de cenar fuera?

«Mía».

Ander y Adrien cruzaron una mirada después de responder al unísono, y aquello solo logró crispar más los ánimos de Lorna.

—Le pedí a Adrien que pasase por La Sede cuando saliera del instituto — explicó Ander—. Quería invitarlo a cenar y se me hizo tarde en la reunión.

—Cómo no... —masculló la mujer, con desdén.

—Papá quería regresar a casa, dada la hora que era, pero le pedí que no pospusiéramos la cena. Me apetecía y... vamos, mamá, apenas son las diez.

—Tu hermana se marcha mañana a ese páramo podrido y en lugar de pasar la noche con ella, cenando como la familia que alguna vez hemos sido, prefieres irte por ahí con tu padre. Os aseguro que no os entiendo.

—Basta ya, Lorna —le pidió Ander, a punto de perder la paciencia—. Estás dramatizando, como de costumbre.

—Dramatizando... Envías a tu hija al infierno y te parece que dramatizo cuando...

—No la envió a ningún maldito infierno y no me apetece tener esta discusión otra vez —gritó, furioso.

—¿No te apetece? Entonces no la tendremos, porque hace tiempo que en esta casa el consenso quedó relegado por lo que a ti te apetece o deja de apetecerte, ¿no?

—Lorna, están los niños.

—Los niños son mayores y tienen derecho a saber cómo son las cosas sin que...

Ander cruzó el recibidor en largas zancadas y ascendiendo rápidamente al piso superior, donde pocos segundos después se escuchó un sonoro portazo.

Lorna se llevó las manos a la boca, ahogando un sollozo, mientras Adrien y June cruzaban una mirada grave.

—Lo siento —murmura la mujer.

Alzó la mano y acarició la mejilla de su hijo, que se la sostuvo con cariño, contrayendo los labios.

Lorna se retiró pasillo a través y se encerró en la sala de estar, dejando tras de sí el desolado halo de un silencio muerto.

—Vas a tener un buen papelón —dijo la voz de June, rompiendo aquella odiosa sensación—. Casi me alegro de marcharme y dejar atrás todo esto.

—Mamá está nerviosa con tu marcha. Cuando la situación se normalice, las cosas volverán a su sitio.

—¿En serio lo crees?

Adrien suspiró y fue incapaz de sostenerle la mirada a su hermana, que se despidió de él con un beso en la mejilla.

—Buenas noches, Adrien.

—Buenas noches.

El teléfono móvil lo había sacado de un sueño profundo. La noche anterior apenas había logrado conciliarlo y el cansancio acumulado le había ofrecido una tregua en forma de merecido descanso. Sin embargo, no había sido la alarma del despertador la que lo había sacado de él y, mucho menos, la falta de ganas de seguir durmiendo. La razón de su brusco despertar había sido el mensaje de Chris. Había pasado la tarde-noche anterior esperándolo y había llegado a las ocho menos cuarto de la mañana del sábado.

«Ayer se me complicó el día, pero hoy soy todo tuyo. Ven a mi casa; no habrá nadie. Me muero de ganas por estar contigo. Chris».

Adrien llevaba un buen rato metido aún en la cama, con la mirada clavada en el techo. Todos a su alrededor estaban preocupados por él y ni él mismo podía negar las razones existentes. ¿Hacia dónde iba su relación con Christian, si este ni siquiera recordaba que ese día, su hermana June debía marcharse a Noctia? ¿Adónde iba, cuando había pasado todo el día anterior sin saber nada de él? No podía evitar sentirse como un idiota al que Chris apartaba y reclamaba cada vez que le venía en gana. Pero tampoco podía negar que estaba enamorado de él como no lo había estado nunca de nadie. Chris no estaba pasando una etapa fácil en su vida y Adrien solía aferrarse a la esperanza de que las cosas mejorasen cuando todo pasara. ¿No haría eso que mereciera la pena el malestar que lo atenazaba día tras día? Se odiaba a sí mismo por dudar de él, porque cada vez que estaba en brazos de Chris, perdido en el marrón de sus ojos, sabía, sin ningún género de dudas, que aquel era el lugar en el que quería y debía estar. Pero la distancia era una constante entre los dos y aquellos ratos de fría soledad prendían un sinfín inagotable de voces en su cabeza.

Suspiró hondamente y respondió el mensaje:

«Lo siento. Hoy mi hermana se marcha a Noctia y quiero acompañarla para despedirme de ella. Nos vemos otro día».

Dudó un par de veces antes de enviarlo, pero acabó haciéndolo y después se levantó de un salto para vestirse. Alguien llamó a la puerta en ese momento y Adrien se puso el pantalón antes de hablar:

—¡Adelante!

El rostro sonriente de June asomó al otro lado.

—¿Estás visible, bello durmiente?

—A medias. ¿Cómo estás?

—Bien.

Entró y cerró la puerta tras de sí mientras su hermano se colocaba una camiseta.

—Parece mentira que te vayas a ese sitio. Te veo tranquila e incluso diría... feliz.

—Bueno, no lo veo de un modo tan drástico como mamá o como algunas otras personas. Es... excitante conocer Noctia desde el otro lado del Muro, ¿no te lo parece?

Adrien se puso la sudadera y mira a su hermana largamente.

—No te voy a negar que por momentos me cambiaría por ti.

El móvil sonó de nuevo en aquel momento y June lo recogió, adelantándose a su hermano.

—Dame eso.

—¿Estás hablando con él?

Adrien suspiró hondamente y apoyó el peso de su cuerpo sobre una pierna.

—Sí, ¿me lo devuelves, por favor?

—¿No puedo ver de qué habláis?

—Es una conversación privada.

June extendió el brazo y le entregó el teléfono a su hermano, que leyó la contestación de su chico:

«¿Te refieres a esa odiosa chica de pelo rizado que vive en tu casa y que me detesta? No se va del planeta, Adrien. Estará en Noctia y podrás verla de vez en cuando; podrás hablar con ella cuando quieras. Solo es un intercambio estudiantil. Yo te necesito y lo mío es cuestión de vida o muerte. Te amo. Te espero».

Adrien alzó la mirada y observó a su hermana.

—¿Está todo bien? —preguntó ella.
Asintió y tecleó una rápida respuesta.

«No».

—Todo bien —sentenció—. ¿Nos vamos?

A plena luz del día, el Muro de Caronte no parecía más que una mole de piedra sin misterio alguno, una pared más en aquella enorme ciudad.

Adrien recordó lo vivido hacía apenas una semana cuando Chris lo había citado allí. El Toque de Queda había estado próximo a sonar y al amparo de la tinieblas aquel gigante de roca no era solo piedra. Era la presa que contenía un mundo de sombras y misterio, un abismo sin caída que separaba a los lúzaros de razas tan extraordinarias como temibles. Los noctis.

Los grabados de su vetusta superficie eran antiguos y, a buen seguro, debían de narrar historias desconocidas para la mayoría; historias que ahora su hermana June, tal vez pudiera llegar a conocer. La miró y la vio tranquila; sonriente, incluso. Aquello, sin embargo, no ayudaba a que Lorna estuviera más serena. La mujer no había dejado de llorar en todo el trayecto que los había llevado desde su casa hasta el Muro de Caronte y tampoco contribuía a su ánimo la ingente cantidad de personas que se habían agolpado allí, pertenecientes a todas las razas: elfos, feéricos y humanos; incluso algunas mareas habían dejado atrás la larga línea de la playa que no se veía desde allí. Ocurría siempre que se producía una Conmuta, pero esos eventos nunca la habían afectado a ella de ese modo al no tratarse de ninguno de sus hijos. Hasta ahora.

Lorna abrazó a June mientras Ander descargaba las maletas.

—Mamá —le dijo ella—, estaré bien. Deja ya de preocuparte. Hablaremos todos los días y nos veremos de vez en cuando.

—Ten cuidado, cariño —susurró su madre, sosteniéndola de la cara.

—Despreocúpate, en serio.

Adrien abrazó a su madre por la espalda y colocó su barbilla sobre su hombro.

—Vamos, mamá, podría ser peor: podría ser yo el que se fuera y June la

que se quedase. ¿Te imaginas?

Lorna sonrió mientras acariciaba la mejilla de su hijo sin soltar a su hija.

—Idiota —espetó esta última, riendo.

Abrazó también a su hermano con fuerza y después hizo lo propio con su padre, que la acompañó, junto con otros miembros del Consejo de La Luz, hasta los negros portones de Noctia.

Los murmullos emocionados del gentío que se había conglomerado al otro lado de la valla dispuesta por las autoridades que custodiaban el orden en el evento, fueron apagándose poco a poco y un silencio ceremonioso se alzó sobre sus cabezas. Por momentos, Adrien tenía la sensación de que, cerca del Muro, este nunca se escuchaba del mismo modo que lo haría en cualquier otro lugar. Cerca de Noctia, el viento siempre traía algún sonido, por discreto que fuese: aullidos, siseos, gritos apagados.

El muchacho se mantuvo abrazado a su madre aun cuando percibió que, en su bolsillo, el teléfono móvil había empezado a vibrar. Otra vez Chris.

—Ciudadanos y ciudadanas de Luzaria... —La voz del gobernador lo distrajo y enseguida vio al hombre encaramándose al atril instalado para la ocasión. Gregor Hamefull era un feérico regordete, con bigote y escaso cabello sobre su cabeza. Llevaba unas gafas redondas parapetando unos ojos pequeños y oscuros. Sus alas, de un blanco roto, se cerraban discretas en su espalda, aunque Adrien solía pensar que no serían capaces de levantarlo del suelo. Sonreía con frecuencia, pero la expresión en sus ojos no acompañaba a la de sus labios—. Un año más nos reunimos aquí para llevar a cabo una Conmuta, un evento que estrecha nuestra relación con los Noctis, hijos de la noche y habitantes de Noctia, ubicada al otro lado del Muro de Caronte. Durante años...

«Estrechar lazos», pensó Adrien para sí. Los noctis ni siquiera se personaban en aquella ceremonia, aunque sí lo harían en la celebración que tendría lugar unas semanas más tarde en el edificio de La Sede, en evento conocido como Nut, que servía para dar la bienvenida al nuevo noctis en Luzaria. Adrien siempre había pensado que los lúzaros mostraban más voluntad que sus vecinos en ese supuesto fin de estrechar lazos.

La voz del gobernador se convirtió en algo lejano y amortiguado para Lorna, que dio un ligero traspié, aferrándose a Adrien. Su hijo la sostuvo, evitando que se desplomase.

—Mamá...

—No me encuentro bien.

—¿Quieres que nos vayamos? Aquí ya no hay nada que hacer.

—No puedo dejar sola a mi pequeña...

—¿En serio te parece que está sola?

El joven se apartó ligeramente, mostrándole a Lorna el gentío allí agolpado.

—Espera aquí —le pidió a su madre.

Adrien se escurrió entre la gente que lo separaba de su padre y su hermana y llegó hasta su progenitor, en cuyo oído susurró algo. Ander se volvió y observó fugazmente a su mujer mientras asentía. June le dio un beso en la mejilla a su hermano y alzó la mano, despidiéndose de su madre.

Después, Adrien regresó junto a ella y le echó el brazo por encima del hombro mientras la conducía al coche de su padre.

—Debería quedarme —sollozó Lorna.

—No hace falta que nos quedemos. La hemos acompañado hasta aquí y ahora June se marchará y el noctis llegará. Estaremos en casa, esperando tranquilamente y descansarás. Verás cómo en un par de semanas empiezas a encajar las cosas.

—¿No tienes miedo?

—¿Y por qué habría de tenerlo? Ha habido mil Conmutas y nunca ha pasado nada. Tampoco ocurrirá nada esta vez. Te digo más: miedo tendría si fuera un noctis al saber que June va hacia allí.

—Tonto... —murmuró Lorna, con una sonrisa triste.

Adrien la cubrió con una manta y le dio un beso en la frente. El muchacho la miró largamente y lamentó todo aquello en lo que no podía ayudarla: las discusiones con Ander, la tristeza por la marcha de June... Él podía tratar de animar a su madre, pero todo aquello eran pruebas que habría de superar ella sola. Alzó la mirada y la fijó en la flor marchita que había sobre la mesa ubicada detrás del sofá. Ocurría cada vez que el estado de ánimo de un feérico decrecía y a Adrien la atmósfera se le antojaba desoladora. Siguió mirándola, sentado sobre la baja mesilla del salón y se preguntó en qué momento habían cambiado tanto las cosas. Lorna siempre había sido una mujer risueña y feliz, decidida y optimista. Su aura feérica había resultado casi visible por la luz que la acompañaba y ahora, aunque no fuera algo que pudieran captar sus ojos,

tenía la sensación de que su madre se apagaba. La relación con su marido había resultado idílica para el muchacho que, en ese momento no podía evitar la sombra de la culpa acechándolo. Tal vez hubiera estado demasiado ocupado tratando de lidiar con los cascotes de su vida, mientras la de sus padres se derrumbaba a su alrededor. Resopló y percibió de nuevo el teléfono móvil en su bolsillo. Harto de las continuas llamadas de Chris, se puso en pie y salió del salón; cogió el dispositivo y, al fin, respondió.

—Chris...

—Me estás matando —respondió el otro muchacho sin más—. Llevas toda la mañana ignorándome.

—Te he dicho que mi hermana se iba hoy.

—¿Y se ha ido ya?

Adrien guardó silencio y apoyó la espalda sobre la pared del pasillo.

—Sí, se ha ido ya.

—¿Vienes a mi casa, entonces?

—Todo ha ido bien, gracias —añadió Adrien con ironía.

Chris suspiró al otro lado del teléfono.

—Tu hermana y yo no nos llevamos bien. No puedes pretender que esté todo el día interesándome por ella. No es con ella con quien salgo.

—No espero que te intereses en June por ella misma, sino por mí. Os llevéis como os llevéis, ella es mi hermana y tú, mi chico.

—Oye, ¿por qué no vienes aquí y hablamos? Te juro que no puedo esperar más para verte.

—Mi madre no está bien, Chris.

—Joder, Adrien, ¿qué eres, el ángel de la guarda de todo el mundo? Menos el mío, claro.

—Ayer fui yo quien se volvió loco detrás de ti y no supe nada en todo el día. ¿Hoy tú me reclamas y tengo que correr a tus brazos?

—¿Es por eso? ¿Estás enfadado porque ayer no nos vimos? Ya te he dicho que se me complicó el día, si vienes podré explicártelo todo.

En esta ocasión fue Adrien quien suspiró, exhalando todo el aire de sus pulmones.

—Por favor, te necesito —insistió Chris.

—Vale —claudicó—. Dame diez minutos.

—Ni uno más. No puedo esperar.

Adrien sonrió mientras cortaba la comunicación. Volvió a pasar por delante del salón, en cuyo sofá su madre se había quedado dormida y la miró desde

allí. Sus ojeras evidenciaban que arrastraba sueño y si había conseguido dormirse, tal vez lograra prolongarlo durante toda la mañana. Su padre aún tardaría en regresar con el noctis que se hospedaría en su casa durante la Conmuta, así que emprendió un paso decidido hacia la salida, intentando no pensar demasiado en ello. Un noctis bajo su techo. La idea le ponía los pelos de punta, aunque no podía negar que también prendía en él una insana curiosidad.

Abrió la puerta de acceso a la calle y topó de frente con Chris.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido.

Chris avanzó un par de pasos, agarrándolo de la camiseta y arrastrando a Adrien hasta que su espalda topó con la pared del recibidor.

—Te dije que no podía esperar —susurró, con su boca pegada a la de Adrien.

Lo besó, con unas ganas que evidenciaban lo que llevaba toda la mañana anunciándole, y Adrien no pudo más que abandonarse a aquella sensación vertiginosa que abría el mundo bajo sus pies cada vez que Chris lo tocaba.

—Está mi madre... —murmuró con la voz entrecortada.

—En mi casa no hay nadie. Vamos.



3 Tair

Adrien se despertó y sonrió al percibir un peso sobre su cuerpo: el de Chris. Los besos del muchacho recorrieron su pecho desnudo hasta el cuello, arrancándole un gemido y después, sus labios se recrearon entre los de Adrien.

Una vez más cuando lo tuvo así, mirándolo a los ojos, sonriéndole y acariciándole después de lo que acababan de vivir, las dudas de Adrien volaron lejos y supo que aquel era el lugar en el que querría estar siempre y la persona adecuada, aunque ese día no pudiera prolongar mucho más su particular paraíso.

—Me encantan tus ojos, ¿lo sabías? —le dijo Chris antes de volver a besarlo—. Sobre todo cuando acabas de despertarte.

—Soy el hijo de una feérica, en algo tenía que notarse, ya que en otra cosa no.

—Puede que tu madre sea una feérica, pero su hijo es un ángel. Mi ángel.

—Te quiero, idiota —murmuró.

Chris sonrió y se dejó caer a su lado.

—He pensado que podríamos cenar una de esas recetas exóticas que preparas. ¿Qué te parece?

Adrien se sentó en la cama y dirigió la mirada hacia la ventana, constatando que el atardecer bañaba el día de una luz dorada.

—Me encantaría, Chris, pero tengo que irme ya.

Christian tomó asiento a su lado y emuló morderle el cuello a Adrien.

—Ni hablar —le susurró—. No pienso dejar que te vayas.

Adrien se volvió y lo besó en los labios.

—Me fui de casa sin avisar a nadie; mi madre estaba durmiendo y mi padre ha de haber llegado ya con el noctis. He estado todo el día fuera y las cosas están allí bastante patas arriba.

—No te corresponde a ti solucionarlo.

—Puede que no, Chris, pero me preocupa.

Adrien se levantó y empezó a vestirse ante la incrédula mirada de su chico.

—¿En serio vas a irte? —preguntó un decepcionado Chris.

—Tengo que hacerlo. Además, las vacaciones están a la vuelta de la esquina, podremos...

—Voy a irme de la ciudad durante las vacaciones, así que no cuentes con que nos veamos entonces.

Adrien se detuvo con el pantalón a la altura de las rodillas y lo miró.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Antes de irme, lógicamente. Mi padre quiere visitar a mi tío, que vive en la capital, así que si no aprovechamos estos días, vamos a vernos con cuentagotas.

Adrien suspiró y acabó de vestirse.

—Lo siento. Tal vez mañana podamos ir a algún sitio. Tengo...

—Olvídalo. Si te largas ahora, no vuelvas mañana.

Chris se levantó y salió de la habitación, dejando que la puerta golpeará contra la pared.

Adrien vaciló durante unos segundos y lo siguió.

—Vamos, no te pongas así.

—Sencillamente no puedo entenderlo, Adri. Tu familia no me soporta y siempre los pones por delante. Me sorprende que aún no me hayas dejado, aunque supongo que harán un buen trabajo para acabar consiguiéndolo.

—Eh... —Adrien sujetó a Chris del brazo y lo retuvo, agarrándole la cara—. No voy a dejarte. Es cierto que no les gustas y ocultártelo sería ridículo, pero eso es porque no te conocen. Cuando las cosas cambien, podrán hacerlo y caerán tan rendidos como yo. ¿De acuerdo?

—Sí, claro... —respondió Chris con desdén.

—Ahora tengo que irme. Dime que lo entiendes, por favor.

—No, no lo entiendo, pero adelante.

Reculó un pasito e hizo un gesto teatral con la mano, indicándole la puerta. Adrien lo miró y se apartó el pelo rubio de la cara, chascando la lengua.

—¿Me acercas? —le pidió—. Hemos venido en tu coche y...

—Adrien, si quieres irte, lárgate, pero no voy a llevarte yo, como si fuera tu jodido taxista.

—Tengo que cruzar media ciudad y es tarde.

—Haberlo pensado antes de venir si pensabas largarte después.

—Fuiste tú quien insistió y no...

—Como siempre, la culpa es mía. Vete a la mierda, tío.

Caminó hacia el pasillo que conducía de regreso a la habitación y se detuvo momentáneamente.

—Y te lo advierto: no me llames esta noche para pedirme perdón o sacarte mil excusas de la chistera, porque no pienso quedarme en casa llorando. Voy a

salir por ahí y quién sabe, quizás encuentre a alguien que me valore como merezco.

—No puedes salir por la noche —repuso él con calma.

—Tú no tienes ni idea de lo que puedo o no puedo hacer.

Adrien lo vio perderse pasillo a través y se tragó una maldición. Chris no hablaba en serio; estaba molesto y solía decir cosas como aquella, pero él no dudaba de lo que su chico sentía, pues habían superado demasiadas adversidades juntos y aún les quedarían por delante más duras pruebas que, sin duda, seguirían capeando.

Cuando Adrien cruzó el umbral de la puerta estaba agotado, borracho y enfadado. El continuo trasbordo en autobuses que se había visto obligado a hacer para regresar, le había dado para reflexionar largo y tendido, aunque el tramo final, efectuado a pie, previa parada en el primer bar con el que había topado, había nublado bastante sus argumentos hasta darles carpetazo. Por defender su relación con *otro chico*, aun sin revelar su identidad en el instituto, se había llevado una paliza tras otra; había sido víctima de bromas pesadas y había discutido con su familia. Lo había apostado todo a lo suyo con Christian y este no tenía derecho a ponerlo en duda o a recriminarle nada. Pero lo hacía continuamente y lo peor era que en esos momentos, Adrien se quedaba tan bloqueado que no acertaba a escupirle los mil argumentos con los que después, su mente lo avasallaba. Por último terminaba sucumbiendo contra sí mismo y aceptando que lo mejor era no espetarle más reproches al muchacho, que ya soportaba suficiente presión. Para Chris las cosas tampoco eran fáciles, pero a su manera, había resistido de igual modo y eso era una clara evidencia de que Adrien le importaba.

Apenas puso el pie en el salón, su madre se acercó a él como una exhalación y casi hubo de contener una colisión con su hijo.

—¿Has visto la hora que es? —le recriminó la mujer.

No, no lo había visto y hacerlo en aquel momento le sorprendió. Las doce y diez de la noche.

Diciembre acababa de asaltar el calendario en el veloz transcurso del tiempo y las noches arrancaban apenas a las seis; sabía que era mucho más tarde porque le había resultado imposible dar con un medio de transporte que

lo llevase de regreso a casa en el postrero tramo, pero una vez más no había calculado bien y el despiste podía haberle costado caro.

—Estás borracho —observó su madre, con el rostro lloroso—. ¿Te arriesgas a venir pasado el Toque de Queda para beber en un bar? ¿Qué está pasando, Adrien?

—Creí que te habías ido del Muro para traer a tu madre a casa —intervino su padre, acercándose.

—Y aquí está, ¿no? La traje sana y salva.

Su propia voz le sonó amortiguada y pastosa; detestaba oírse así, pero aquella tarde había necesitado una tregua que, a diferencia de lo que había pensado inicialmente, lejos de llamarse Christian, se llamaba alcohol.

—¿De dónde vienes ahora? —quiso saber Ander.

—De por ahí. Joder, ¿tengo que dar explicaciones de absolutamente todo?

—No nos hables así —le ordenó su padre.

—¿Así cómo? ¿Harto? Estoy harto de tener que ser yo quien lidie con vuestros jodidos problemas; harto de que vuestra mierda me salpique a mí y condicione mi existencia. Ojalá hubiera sido yo el que se largase y no June. Todos estaríamos mejor, ¿no, mamá?

Lorna le cruzó la cara de un bofetón en el preciso instante en el que una desconocida figura hacía su entrada en el salón. Adrien se lo quedó mirando, absorto mientras la voz incómoda de su padre efectuaba la presentación.

—Siento que estés presenciando todo esto, Tayr.

—No hay problema, señor —respondió el recién llegado.

—Te presento a mi hijo, Adrien. Él es Tayr, el muchacho de Noctia que vivirá con nosotros este año.

—Un placer —dijo el interpelado, al tiempo que extendía el brazo con la mano abierta.

Adrien solo podía mirarlo, visiblemente sorprendido por la apariencia del muchacho. Un brujo. Esa era la raza a la que, según tenía entendido, pertenecía. Trató de hacer memoria y recordar si alguno de las Conmutas llevadas a cabo en los últimos años había traído a un brujo hasta Luzaria. Dudó. Recordaría a alguien con aquella apariencia o similar. Era alto, quizás algo más que él. De cabello oscuro a la altura de los hombros y piel ligeramente tostada. ¿No decía todo el mundo que los noctis eran pálidos? Así habían sido, al menos, todos los que había visto hasta el momento en anteriores intercambios. Aquel, desde luego, no lo era. No obstante, fueron sus ojos los que lo atraparon en una embelesada admiración: eran una curiosa

mezcla entre azul y verde; rasgados y profundos.

—Adrien, ¿vas a quedarte ahí sin decir nada? —lo azuzó Ander.

Pero Adrien se deslizó por su lado como una sombra y corrió para encerrarse en su habitación. El grito furioso de su padre reclamando su nombre fue lo último que escuchó antes de rubricar su intención de huida con un portazo.

June sentía un ligero mareo y gran parte de su cuerpo dolorido. Había perdido la noción del tiempo que llevaba subida en aquel horrible carruaje negro que traqueteaba sobre un camino de tierra, lleno de piedras y baches. Ni siquiera se atrevía a asomarse por la ventanilla para ver de nuevo al imponente caballo negro que tiraba de él, y mucho menos, al cochero que la trasladaba. No creía que fuese miembro de la familia con la que se hospedaría y no podía dejar de pensar en lo irónico que resultaba comparar la ostentosa ceremonia que se organizaba en Luzaria para celebrar la Conmuta con el patético recibimiento que le habían dispensado a ella. Había ido a recogerla el cochero.

Para más *inri*, y a pesar de que su despedida en Luzaria había discurrido a plena luz del día, el cielo en Noctia se había oscurecido considerablemente. Unas negras nubes se apelmazaban en él y, desde las lejanas cumbres que había alcanzado a atisbar sobre la maleza, llegaba, amortiguado, el sonido de un continuo trueno, como el furioso ronroneo del firmamento.

Se llevó las manos a la cara, resoplando y extrajo el teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta. Necesitaba centrar su atención en algo que no fuese aquel escalofriante paisaje. No tenía ni la más remota idea de cuánto le faltaba para llegar a su destino y, después de haberle preguntado al cochero un par de veces sin obtener respuesta, había decidido que lo mejor era no insistir y dejarse llevar.

El teléfono no tenía cobertura, de modo que, molesta, lo devolvió al interior del bolsillo y trató de ignorar los poco alentadores pensamientos que la invadían: la estancia en Noctia iba a hacerse muy, muy larga. Según había podido saber, debían de haber atravesado ya los bosques de Élathur, territorio de licántropos; los que colindaban directamente con el Muro. Cada aullido que había oído le había puesto los vellos de punta y la había hecho hundirse más

en su sillón. Había procurado mantener la cortina cerrada y tratar de ignorar los hilillos de niebla que penetraban por las oquedades.

El carruaje se detuvo dos o tres horas después; puede que cuatro, y con él, la respiración de June. Sentía la espalda rígida y, por un momento, ni siquiera se atrevió a moverse. Dio un respingo y fue incapaz de ahogar un grito cuando la portezuela se abrió y el cochero la invitó a bajar. O eso dedujo ella porque el rostro de aquel tipo o criatura no expresaba absolutamente nada. Era alto y espigado, demasiado delgado, quizás, y su rostro presentaba un aspecto acerado que contrastaba con el tono verdoso de su piel. Los ojos eran dos esferas negras que hacían un extraño movimiento al parpadear y entre sus finos labios, distinguió apenas una hilera de dientes sucios e irregulares. Movi6 la boca, como si masticase algo y June dedujo que no convenía impacientarlo. Baj6 del carruaje y aferr6 su bandolera contra su pecho, como si temiera que alguien o algo pudiera llegar a robársela allí. Qué absurdo, pens6 para sí, ¿para qué querría un noctis la bandolera de una humana?

Camin6 tras los pasos de cochero que, cargado con todo el equipaje de la joven, dej6 el carruaje en mitad del camino y empez6 a internarse en un espeso bosque que ni siquiera permitía ver el cielo sobre sus cabezas. A cada paso, June había de sacar los pies del fango que los engullía y por un momento, el hedor se le hizo insoportable. Alzó el *foulard* que llevaba alrededor del cuello hasta que este le cubrió la nariz de forma discreta y sigui6 tras los pasos de su particular guía. Hubiera querido pedirle que le diera alguna maleta, pero no se atrevió.

A su derecha divis6 lo que parecía un enorme lago o pantano de aguas verdosas y sucias. Se detuvo, convencida de que algo o alguien se había sumergido repentinamente al creer ser descubierto. Seguramente debía de tratarse de alg6n animalillo, se dijo. Resopl6 de nuevo y aceler6 el paso para alcanzar al cochero y cuando se puso a su altura, observ6 que frente a ellos se alzaba un enorme caser6n. En Luzaria, aquella hubiera sido la casa abandonada de cualquier película de terror, un lugar cuyas puertas y ventanas se abrirían solas sin raz6n alguna a cualquier hora del día... o de la noche. Pero mucho se temía, que en Noctia, esa iba a ser su nueva casa. Y aquello la horroriz6. Había oído hablar de Ántico, antigua capital de Noctia, una ciudad bruja de numerosa poblaci6n e imponentes edificios, y había estado segura de que la llevarían hasta allí, pero no fue así.

Una mujer anciana aguardaba en la entrada. Vestía con ropajes medievales que bien hubiera podido llevar cualquier campesina o sirvienta. Una larga

falda raída que le arrastraba en algunos puntos y una blusa grisácea, también ajada y con jirones en los brazos. Su pelo canoso se recogía en un moño descuidado y mal peinado. Iba descalza y nada en su expresión se modificó al encontrarse con June y su acompañante.

El cochero dejó caer las maletas de la joven sobre el fango y, sin tan siquiera abrir la boca, dio media vuelta, desapareciendo a través del mismo camino por el que habían llegado.

—*Ehm...* hola —balbuceó June, visiblemente incómoda.

La anciana emuló al cochero, pero en vez de marcharse se limitó a entrar en el interior del caserón.

Dos figuras asomaron desde él, cruzándose con la anciana, un muchacho y una muchacha —brujos con toda seguridad— que no debían de tener muchos más años que June o al menos eso aparentaban. El joven se apoyó en la pared de madera, mientras que la chica bajaba los peldaños que la separaban de ella y recogía sus maletas.

—Hola —la saludó—, yo soy Lorya y él es Elain. Lamento los modales de Stynda, no es el *súmun* de la simpatía.

—No... no hay problema. Yo soy June.

—Encanada, June. Bienvenida a Telasia, *terra* bruja.

Lorya extendió su mano y June la apretó, tratando de no hacer evidente la mueca sorprendida por lo fría que estaba. Al fin y al cabo era la única que se mostraba amable. Elain permanecía inmóvil, de brazos cruzados observando cómo las dos muchachas cargaban con el numeroso equipaje de la recién llegada.

—¿Han prolongado el tiempo de estancia de los Intercambios? —preguntó Lorya mientras caminaba.

—No que yo sepa, ¿por qué lo dices?

—Por la cantidad de maletas que traes.

June rio de forma nerviosa.

—Sí, puede que me haya pasado un poco. Lo siento.

—No hay problema. Ven.

Elain ni siquiera se movió mientras June cruzaba el umbral de la puerta, tras los pasos de Lorya. Atrás quedó un amplio pasillo de paredes blancas en las que solo se anclaban lo que debían de ser un par de soportes para antorchas. Lo cierto era que desde su entrada a Noctia tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo un par o tres de siglos. Llegó hasta un enorme salón con tres lámparas de araña balanceándose en los altos techos. Las

ventanas estaban abiertas y el viento se deslizaba sobre la estancia como un fantasma, arrastrando un sinfín de hojas secas que crujían en el suelo. Había un diván al fondo, con tres personas sentadas, dos hombres y una mujer, brujos, por supuesto, que la miraban con indolencia. June observó una señorial escalera que ascendía hasta la planta superior, uniéndose arriba a otra idéntica que había en el otro extremo del salón. Subían y bajaban brujos; se había cruzado con varios hasta allí y la casa presentaba un aspecto tan concurrido que no pudo evitar preguntarlo:

—¿Todos viven aquí?

—Algunos brujos vivimos en clanes —le confirmó ella, sin detenerse—. Creí que lo sabrías.

—Bueno, en Luzaria estudiamos los aspectos más genéricos de los noctis.

Lorya se detuvo de pronto y se volvió sin soltar las maletas con la que cargaba.

—No nos gusta que nos llamen noctis —soltó con poca delicadeza—. Es el modo en el que nos conocéis en Luzaria, pero no aquí.

—Lo siento.

La bruja volvió a darse la vuelta y continuó subiendo hasta arriba. Encaró un pasillo enmoquetado, algo más estrecho que el de la planta inferior y acompañó a June hasta la puerta que había al fondo.

—Somos conscientes del modo en el que los de tu especie valoran la intimidad —dijo—, de modo que tendrás una habitación para ti sola.

—Qué bien...

El dolor de cabeza había convertido su noche en una montaña rusa, pero al menos le había impedido darle vueltas al recurrente tema que lo torturaba de forma habitual. Entró en la cocina con los ojos entornados, protegiéndose de la luz del día que penetraba a través de los enormes ventanales del salón, pero allí la atmósfera era otra muy diferente: la persiana estaba echada y el sol desparramaba su fulgor únicamente en el suelo. Adrien lo agradeció hasta que una inesperada figura centró su atención, olvidándose del sol, del dolor de cabeza e incluso de su sempiterno problema. Al menos durante unos segundos.

El brujo permanecía sentado sobre la mesa de madera con la guitarra de Adrien entre las manos, apoyada sobre su regazo. Nada en su aspecto lo diferenciaba de un muchacho normal y corriente: vestía un vaquero negro y una

camiseta de manga corta del mismo color, igual que su cabello.

Adrien casi se había olvidado del noctis y no pudo evitar sorprenderse ante el hecho de que sus padres lo hubieran dejado solo con él en casa, pues ni Lorna ni Ander se encontraban allí, pese a las reticencias de su madre acerca de los hijos de la noche.

El muchacho alzó la mirada y la clavó en Adrien, que sintió un escalofrío al encontrarse de nuevo con aquellos ojos, cuyo tono ahora apenas distinguía.

—Buenos días —lo saludó el brujo.

Deslizó los dedos sobre las cuerdas y la peculiar melodía acompañó a sus palabras roncadas.

—Hola —respondió Adrien, de mala gana.

Se acercó al frigorífico y sacó una botella de leche, cuyo contenido vertió luego en un vaso.

—Soy Tayr, por si no te acuerdas.

Adrien lo miró y asintió ligeramente. No podía hacerlo de otro modo, pues la cabeza le dolía horrores cuando la movía con cierta brusquedad.

—Tú eres Adrien —concluyó el noctis ante el silencio de su anfitrión.

—El mismo —zanjó.

—Parece que no llego en tu mejor momento.

—La verdad es que no.

Tayr volvió a pasear los dedos sobre las cuerdas de la guitarra, que emitieron el mismo sonido de antes.

—¿Te importaría dejar eso? —le pidió Adrien con aspereza.

—¿Sabes tocarla? —le preguntó Tayr.

En apariencia al menos, no estaba molesto por el tono brusco que Adrien estaba empleando con él y, debía concederle que eso ya era mucho, pues él mismo era consciente de lo insoportable que podía llegar a ser cuando estaba de mal humor.

—Claro que sé que tocarla, si no ¿por qué iba a estar aquí?

—¿Y qué te aporta esto?

Adrien pestañeó un par de veces observando a Tayr, que le dio dos golpecitos al lateral del instrumento.

—Me relaja tocar la guitarra, pero no cuando tengo la cabeza a punto de estallar, así que te agradecería... Tayr, que la dejes donde la encontraste y te abstengas de tocar mis cosas.

Tayr dio un saltito de la mesa y colocó la guitarra con cuidado sobre ella. Pasó por delante de Adrien dedicándole una fugaz mirada y prendiendo en él

un extraño nerviosismo. Captó su olor y le sorprendió también descubrir que le agradaba. Había visto a varios noctis durante las Conmutas, pero nunca había tenido a uno tan cerca y por un momento se sintió ridículo habiendo imaginado siempre que el olor de los noctis no debía de ser algo particularmente agradable. Se había equivocado. Cerró los ojos y apoyó las manos sobre la encimera de la cocina.

No había sido demasiado agradable con su huésped, pero como era habitual, tras la absurda huida hacia el alcohol, los problemas seguían allí y la única variación era que a ellos, le sumaba un enorme dolor de cabeza. Como fuese, ya habría tiempo para presentarse ante el brujo como era debido. Aquel domingo solo quería dormir y olvidarse del mundo, del suyo y del de Noctia.



4 Enterrados

June llevaba rato arrodillada sobre el colchón que tendría por cama, observando el cuartucho al que Lorya la había conducido. Era grande, pero a aquellas alturas la joven ya había alcanzado la conclusión de que cuanto más espacio, más metros cuadrados de desolación. No había cama, solo un colchón en el suelo con un par de mantas y una almohada. Eso sí, al menos alguien había tenido el detalle de colocar un cabecero metálico en tono dorado que hubiera quedado bien en el lecho de cualquier reina en el siglo quince o dieciséis. Frente al colchón había un armario blanco con la puerta descolgada y una pequeña mesa tocador en la pared opuesta a la ventana, desde la que apenas entraba luz. Giró la cabeza y miró el candil que había en el suelo, cuya llama titilaba temblorosa, proyectando enormes sombras en la pared desconchada. June había echado un jersey por encima del espejo, convencida de que en cualquier momento se le aparecería la imagen de un fantasma de esos a los que había que invocar con una vela y un absurdo y repetitivo recital. No pensaba llevarlo a cabo, pero por si acaso.

Lo único positivo que era capaz de destacar en ese momento era el hecho de que su teléfono móvil hubiese recuperado la cobertura y hubiera logrado hablar con sus padres para informarles de que todo había ido bien y de que las cosas no eran tan malas como había imaginado inicialmente. Aquello le había supuesto uno de los mayores alardes de imaginación de toda su vida, pero al menos había podido tranquilizar a Lorna. Con Adrien no había logrado hablar, pues según su padre, su hermano no se encontraba bien y se había echado a dormir un rato. No podía negar que aquello sacudía su propia tranquilidad, pero necesitaba estar serena y se solicitó calma. Tendría tiempo para hablar con él y sabría cómo estaban las cosas, pues Adrien era incapaz de engañarla aunque lo intentase.

Dos golpecitos en la puerta llamaron su atención y la distrajeron de aquellos pensamientos que discurrían en medio de un silencio espeso, interrumpido solo por aquellos aullidos lejanos que le erizaban la piel.

—Adelante —murmuró, como si temiera, casi, despertar a alguien... o a algo.

El rostro sonriente de Lorya asomó desde el otro lado.

—¿Está todo a tu gusto? —preguntó.

June tragó saliva y alzó una ceja, rezando interiormente para que su voz no delatara la mentira:

—Sí, todo perfecto.

Lorya avanzó un pasito sin apartarse de la entrada y la miró largamente.

—Sé que esto es muy distinto a lo que ha de ser tu casa en Luzaria; solo espero que seamos capaces de hacértelo más agradable.

June no pudo evitar conmoverse ante lo que consideraba un anhelo sincero de la joven bruja.

—Gracias, Lorya. Solo... solo necesito unos días para acostumbrarme —añadió, desprovista ya del temor inicial.

—¿Te vienes con nosotros?

—¿Adónde?

—A Estyria, a enterrar vampiros.

Probablemente hubiera sido uno de los peores fines de semana de su vida. El sábado lo había pasado encerrado en su habitación, tratando de sobrevivir a la resaca y a los pensamientos insanos; el domingo, encerrado en su cuarto, tratando de sobrevivir a los pensamientos insanos y a la indiferencia de Chris al otro lado del teléfono móvil. Además, había soportado estoicamente la regañina de sus padres que, si en algo lograban ponerse de acuerdo, era en lo mal que lo hacía todo. Por lo demás, había conseguido convertir al particular invitado de la familia en una mera sombra con la que apenas se había cruzado.

La mañana del lunes, sin embargo, no lograría hacerlo. Esta había llegado nublada y fría, sometida a un viento gélido que auguraba tormentas de nieve según las predicciones climatológicas.

Adrien dejó caer la mochila sobre el asiento trasero del vehículo y ni siquiera miró a Tayr cuando este subió a su lado en el coche. Tampoco a su padre cuando asomó a través de la ventanilla.

—Es su primer día en el instituto, Adri —le dijo—. Ayúdalo en todo cuanto necesite, ¿me oyes?

—Sí, papá —respondió él, de manera automática.

El trayecto discurrió en un silencio incómodo, roto solo por el murmullo de la radio, donde se combinaban algunas viejas canciones con las noticias de última hora y las predicciones del tiempo.

Adrien miró de reojo a Tayr y comprobó que el joven viajaba con la cabeza apoyada en el asiento y observando a través de la ventanilla con aire indolente.

Había algo en Tayr que lo inquietaba. Probablemente se debiera a su condición y a lo poco que conocía sobre la raza de los brujos, pensaba, pero lo cierto era que en las escasas palabras que había cruzado con él, no hallaba razón que justificase la desazón que le despertaba. Y sin embargo, tenía la impresión de que llevaba dos días huyendo de él, evitándolo, escapándose casi.

Se detuvieron en un semáforo y Tayr alzó la cabeza.

—¿Qué es todo eso? —preguntó al fin.

Adrien observó que señalaba con el dedo, dando dos golpecitos en el cristal, a dos operarios instalando un sistema de luces en la fachada de unos altos edificios.

—Navidad. ¿No lo celebráis en Noctia?

Volvió a fijar la mirada al frente cuando detectó los ojos de Tayr sobre él.

—¿Qué es Navidad?

—Es una celebración religiosa... o una excusa consumista, míralo como prefieras. El caso es que las calles se decoran con luces; las casas, con árboles y demás adornos y las familias se reúnen alrededor de la mesa para cantar, celebrar y atiborrarse de comida. Se hacen regalos y se dicen lo mucho que se quieren antes de volver a ignorarse durante el resto del año.

Su voz no estaba desprovista de una enorme carga de ironía... o de amargura. De ambas, quizás.

—Suenan absurdo —apuntó Tayr.

—Lo es. Pero está al caer y tendrás que vivirla con nosotros, de modo que, avisado estás.

Tayr sonrió.

—Vale.

Adrien lo miró, desconcertado ante lo que pudiera estar pensando. ¿Esa risilla socarrona se burlaba de él en su mente o acaso le había parecido un comentario gracioso? ¿Por qué se preguntaba eso? ¿Acaso importaba?

Las bocinas de los coches que lo seguían no tardaron en arrancarle del mar de dudas en el que se había perdido y en el verde azulado de aquellos ojos, tan misteriosos como su propietario. Adrien retomó la marcha, se pasó la mano por el pelo y se centró tan solo en el gris asfalto de la ciudad y en el tumulto de gente que iba y venía de un lado a otro. Todo siempre igual, como

igual el trayecto que, en apenas cinco minutos, los había llevado al instituto.

Al bajar del coche, todas las miradas se centraron en ellos, o más concretamente en Tayr. Las Conmutas eran todo un acontecimiento en la ciudad de Luzaria, pero sobre todo lo eran en el instituto que albergaba a los noctis recién llegados.

—Tienes el horario del Programa de Conocimiento —le dijo Adrien, caminando a su lado—. Es especial para el Noctis de la Conmuta y se desarrolla junto a algunos alumnos más, hijos de miembros del Consejo, en su mayoría. Tiene como fin que conozcas nuestro mundo, costumbres y mil historias lúzaras. Pero hoy no me toca. También tienes el plano del instituto. Si necesitas algo, pregúntale a cualquiera, pero si aceptas un consejo, trata de evitar a los féericos; les gusta mucho divertirse a costa de los demás. Busca a elfos, sobre todo; son vagos, pero nobles. Yo tengo algunas cosas que hacer y, como te digo, hoy no tengo programa común contigo. Nos vemos junto al coche a la salida. No llegues tarde o me largaré sin ti.

Aceleró el paso, mientras Tayr se detenía, quedando atrás. Resultaba inevitable que el primer día de la Conmuta, el noctis acaparase todas las miradas y atenciones y lo último que él deseaba era convertirse en el blanco de las preguntas y dudas de todo el mundo. Tenía otras preocupaciones.

Adrien se volvió un par de veces hasta comprobar cómo un grupo de chicas se acercaba a Tayr entre risillas y codazos; dos humanas, dos elfas y una féerica. Sonrió mientras negaba con la cabeza y continuaba alejándose de allí. No era difícil prever que el brujo no iba a tener dificultades para moverse en el instituto.

Al llegar a la puerta, la figura de Chris apareció de repente. Lo miró a los ojos y supo que aún estaba molesto y, como siempre, habría de ser él quien diera su brazo a torcer.

—Hola —lo saludó.

—Ya hablaremos luego —respondió Chris, saliendo del instituto—. Ya sabes cómo son los chicos. Es mejor que no nos vean juntos.

Sin concederle tiempo a responder, se alejó y llegó hasta la mesa de piedra en la que tomaba asiento un nutrido grupo de muchachos; reconoció a los tres féericos y los dos humanos que la tenían tomada con él. Reían y gritaban al tiempo que gesticulaban obscenidades y le lanzaban sandeces a las muchachas.

Cuando se había despedido de Luzaria, June había dejado atrás un día claro y luminoso, mientras que el recibimiento en Noctia se había dado bajo un cielo oscuro y sin estrellas. Pero esa no había sido la única diferencia, además de otras tantas, más que evidentes. Noctia lamía su piel en forma de sudor, bajo un calor sofocante que solo aliviaba el viento helado, un contraste extrañamente agradable al que June estaba empezando a acostumbrarse. En Luzaria había dejado un frío crudo que no le agradaba y el inminente inicio de unas fiestas —navidades— que detestaba.

Lorya caminaba a su lado, pero las continuas miradas recelosas de Elain y otros tantos brujos y brujas no le habían pasado inadvertidas. Al parecer, su presencia no agradaba demasiado allí. O puede que aquel fuese el carácter de aquellas extrañas criaturas de las que tan poco sabía, y Lorya fuera la gran excepción. La inquietaba pensar en cómo estaría llevando Adrien el hecho de vivir junto a uno de aquellos seres, pues aún no había sido capaz de hablar con él.

Sin embargo, lo que la intranquilizaba en aquel momento era conocer en qué consistía eso de «enterrar vampiros en Estyria». Cuando Lorya se lo había propuesto, había respondido sin dudar. La necesidad de salir del caserón y mantener su mente ocupada había hablado por ella, pero con cada paso que daba a través de aquella oscura espesura, se arrepentía más y más. Los árboles parecían susurrar a su paso y a pesar de que sus retorcidas ramas estaban desnudas, las ráfagas de viento parecían sacudir sus copas inexistentes. Detectó lucecillas a su paso, pero prefirió ignorarlas y acercarse más a Lorya, a quien le profesaba lo más parecido a la confianza que conocía allí.

Carraspeó, atrayendo la atención de la joven bruja.

—¿En qué consiste eso de enterrar vampiros? —preguntó sin más.

El sonido de su propia voz la tranquilizaba y eclipsaba otros tantos ruidillos inquietantes.

—Es una forma de diversión —respondió la interpelada, sonriendo—. Los *chupasangres* duermen en tumbas abiertas y nosotros los cubrimos de tierra para fastidiarles un poco el despertar. Nada serio.

—Suenas un poco tétrico.

—Aún estás a tiempo de volver —intervino la tosca voz de Elain.

—No va a volver —repuso Lorya, molesta—. June va a tener que estar aquí un año entero. No puede pasarlo encerrada en su cuarto.

—Si no me equivoco —volvió a decir Elain— debería pasarlo en la

Cógnita. Para eso está aquí, ¿no? Para aprender.

La Cógnita. June recordó que ese era el nombre que recibía la especie de academia o escuela a la que acudiría en Noctia, allí donde aprendería todo cuanto tuviera tiempo acerca de los hijos de la noche y sus distintas razas. Quizás sí hubiera sido buena idea ir allí en lugar a enterrar vampiros, se dijo a sí misma.

—Pero no tiene que pasar todo el tiempo allí —escupió Lorya de nuevo—. No le hagas caso —susurró, agarrando a June del brazo—. Elain es desconfiado por naturaleza y a los brujos nos cuesta aceptar cambios. Las antiguas guerras nos sacudieron durante mucho tiempo y nos granjearon a un buen puñado de enemigos; prácticamente a todo el mundo. Ha pasado mucho tiempo, pero no es tan fácil enterrar todo eso... al menos no tanto como enterrar vampiros.

June asintió, aunque seguía sin estar demasiado convencida.

Se detuvo cuando Lorya la soltó para correr en la misma dirección en que lo hacía el resto de brujos y brujas, y mientras los observaba se lamentó por su infortunio: de entre todos las Conmutas que se habían llevado a cabo, a ella le iba a tocar justo con la raza que más enemigos se había granjeado dentro de la propia Noctia, como Lorya acababa de decir. Sin embargo, imaginarse junto a vampiros o, peor aún, demonios tampoco la tranquilizaba, de modo que acabó determinando que aquello no tenía por qué estar tan mal y que, de nuevo, sería el tiempo el que acostumbrase a unos y a otros.

—¡Ven aquí, June! —exclamó Lorya, en voz baja.

Empezó a caminar con algo más de decisión y llegó hasta una verja oxidada acabada en punzantes lanzas que circundaba un amplio pedazo de tierra oscura. Al fondo, la neblina permitía distinguir una elevada edificación de piedra negra, una especie de castillo o templo de grandes dimensiones.

—Una vez crucemos esta simple valla —le explicó Lorya— estaremos en Estyria, *terra vampira*. ¿Ves aquello de allí?

Señaló con el dedo en dirección a aquella edificación, en la parte más alta, donde June pudo distinguir una elevada torre con un reloj en números romanos que marcaba las doce en punto.

—Sí, lo veo.

—Es la torre Eterna. En su interior, hay una enorme y antigua campana. Cuando taña, los vampiros despertarán. Hasta entonces, tenemos tiempo de hacer travesuras.

Mientras Lorya hablaba, los brujos y brujas habían empezado a trepar la

verja para caer al otro lado de la misma y correr hacia las tumbas abiertas de los vampiros. June estuvo a punto de desplomarse ante la sola visión de aquello.

—¿Y a qué hora pasará eso? —se atrevió a preguntar mientras Lorya trepaba—. ¿A qué hora despertarán?

—A las doce.

—Pero si ya marca las doce.

—Sí. Saber cuándo sonará la campana es una sorpresa. Aquí siempre son las doce.

La bruja cayó al otro lado y la miró, sonriendo antes de arrancar a correr para mezclarse con los suyos.

—Dios, ¿dónde me he metido? —murmuró June.

Durante unos segundos, se limitó a seguir mirando a los brujos mientras empujaban la tierra húmeda con los pies y con las manos, devolviéndola a los hoyos que se habían cavado. Resopló hondamente ante el gesto de Lorya, llamándola y, decidida a dejar atrás a la chica asustadiza que había entrado en Noctia, se dispuso a seguirla. Allí debería vivir durante el próximo año y aunque ahora aquella extraña forma de diversión le erizase el vello, debería acabar logrando que generase algo muy distinto en ella.

Saltó y maldijo al causarse un corte en el muslo que rasgó piel y pantalón, pero aun así, continuó avanzando y buscó a Lorya con la mirada. Entre el tumulto de brujos no lograba dar con ella, pero siguió escrutando el entorno hasta entrar de lleno en el camposanto. ¿Podía calificar así el lugar de descanso de unos vampiros?

Sus pasos se habían tornado cada vez más titubeantes y la determinación inicial había acabado diluida, pero ya estaba allí y su curiosidad fue más fuerte. Venciendo unas enormes reticencias, observó el fondo de una de las tumbas, una cavidad rectangular con un montón de tierra al lado y a cuyo fondo descansaba una mujer de níveo rostro. También su cabello era blanco y parecía recogido en algún tipo de moño que hubiera sido sobrio recién hecho, pero del que apenas podía ver nada más que algunos mechones sueltos. La mujer portaba un vestido granate de época y sus brazos se cruzaban sobre su pecho en lo que bien podría ser el descanso eterno de cualquier muerto. Pero aquella hermosa mujer era un vampiro y June se mareó al pensarlo.

Los gritos y las risas de los brujos y brujas se diluyeron, convirtiéndose en sonidos elásticos que se estiraban y se encogían a su alrededor. Aquella era la sensación más extraña que había experimentado en su vida, pero igual que

ondulaban las voces, también se onduló el tañido de la campana.

June trató de acompañar su respiración y le resultó imposible. Dio un traspié y perdió el paso, cayendo a poca altura y topando su espalda con un bulto duro y fibroso.

—Dios mío... no, no, no, no... —murmuró sin atreverse a efectuar el menor movimiento.

Trató de ordenar ideas y de pensar con claridad. «Cuanto más quema la situación, más fría debe ser tu mente». Que las palabras de su hermano pequeño acudieran al rescate daba buena muestra de lo extrema que se presentaba aquella situación, pero debía admitir y admitirse que Adrien tenía razón, aunque la frase no fuese suya, sino de su videojuego favorito. Rodó ligeramente, apartándose del cuerpo sobre el que había caído y quedando a su lado. Se atrevió a abrir los ojos y topó con el rostro pálido de un hombre dormido. O muerto. O lo que quisiera que hiciera un vampiro durante sus peculiares siestas. El corazón se le disparó en el pecho y su respiración se tornó tan frenética que por un momento creyó que iba a ahogarse. No importaba si la situación quemaba. Su mente ya había agotado todo el frío que era capaz de generar. Diez segundos, eso le había durado la determinación y no le importaba.

Se irguió y alzó la mirada, tratando de localizar a Lorya o a cualquier otro brujo que pudiera ayudarla a salir de allí, pero de pronto, la algarabía que habían traído sus particulares anfitriones al invadir Estyria, se había tornado en un silencio rígido en el que aún reverberaba el eco de la campana. El tañido era similar al que se escuchaba desde Luzaria con motivo del Toque de Queda, pero no podía ser esa la campana que lo emitía, pues quedaba demasiado lejos de su ciudad, de su mundo.

Sobre su cabeza, el cielo negro se combinaba con una niebla baja que serpenteaba sobre las tumbas de los vampiros. June creyó escucharla siseando, murmurando.

Se puso en pie, sacando fuerzas de donde no las tenía y trató de trepar la tierra húmeda. Debería costarle menos que si estuviera seca, pero sus múltiples intentos resultaron vanos y cesaron cuando un gélido aliento le golpeó en la nuca.

Cuando Chris entró en el vestuario, Adrien se había cambiado ya, pues el

muchacho había abandonado la clase de educación física algunos minutos antes tras haberse torcido un tobillo.

Chris echó un rápido vistazo al pasillo para asegurarse de que nadie venía y después, observó a su chico desde la puerta.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Solo es una torcedura —respondió Adrien, al tiempo que cerraba la taquilla—. ¿Aún estás enfadado?

—Ya hablaremos de eso. Ahora quería... —Se acercó con gesto nervioso y continuamente pendiente de la puerta de acceso al vestuario—. He visto al noctis.

—¿Y qué?

—No me gusta que ese tío vaya a estar bajo el mismo techo que tú.

—¿Qué? —exclamó Adrien, absorto.

—Ya me has oído. He estado pensando... Podrías pedirle a tu padre que te alquile un apartamento de cara al próximo año en la universidad. Nos veríamos allí, no tendríamos que escondernos continuamente.

—¿Qué estupidez estás diciendo? Aún me falta más de medio año para empezar la universidad. ¿Qué sentido tiene alquilar un apartamento ahora?

—¿Tranquilizar a tu chico te parece poco?

—¿Tranquilizar? ¿Con respecto a Tays? ¡Por Dios, Chris! ¿Crees que va a degollarme mientras duermo?

—No es eso precisamente lo que me imaginaba.

Adrien frunció el ceño, desconcertado ante las insinuaciones de su chico.

—¿Y a qué te refieres exactamente?

—Te lo estoy pidiendo, Adri. Por nosotros.

—No puedo creer que seas tan inseguro.

Chris reculó, apartándose como un resorte cuando las voces de los muchachos irrumpieron bruscamente en el vestuario.

—¡Joder, Chris! —exclamó uno de los féericos; Zaind era algo más bajito que los demás, delgado, como todos los de su especie y de cabello violáceo—. ¿Qué haces aquí solo con este? ¿No te das cuenta del peligro que corres?

Las carcajadas estallaron y a Chris lo acompañó una risa nerviosa que coincidió con el primer empujón a Adrien, estampándose contra la taquilla. Chris se escurrió entre los demás y abandonó rápidamente los vestuarios tras dedicarle a su chico una mirada de disculpa.

—¿Qué pasa, Adri? —preguntó Ron, uno de los chicos humanos—. ¿Has venido a coger sitio para vernos en la ducha?

Adrien alzó la barbilla, tratando de destilar una seguridad que no sentía; no porque temiera a aquellos chicos, sino por el hastío que le producía aquella situación. Suspiró hondamente y, sin titubear, escupió al chico que lo mantenía contra la taquilla.

—¿Responde esto a tu pregunta?

—¡Estás muerto, tío! ¡Muerto y enterrado!

Un fuerte puñetazo lo dejó aturdido y ya no supo de dónde le venían los golpes, los gritos y el dolor, un remolino de violencia. Había conseguido devolver alguno, revolverse y esquivar otros tantos, pero todo había sido en vano. Con la presencia de los féericos también percibía una especie de fuerza sobre él que hacía que su propio cuerpo le pesara mucho más, llegando a inmovilizarlo por momentos. Pero entonces todo se detuvo, alzando un silencio atenazado y nervioso.

Adrien permanecía sentado en el suelo, dolorido y con la visión nublada. No sabía, si quiera, cuánto tiempo habían estado golpeándolo; podían haber sido apenas unos pocos segundos o, tal vez, hubiesen sido horas. Lo único que alcanzó a ver cuando abrió los ojos fue a Tayr en la puerta del vestuario, tan sorprendido como él mismo.



5 Lágrimas y sangre

La grotesca expresión de aquella estatua le había helado la sangre. Era una pétreo estructura que alzaba los brazos como si soportase el techo de la lúgubre sala en la que se encontraban. Su rostro era una deformidad con un ojo más grande que otro, y una bífida lengua asomaba desde su boca abierta, demasiado grande para el tamaño de su cabeza. Su torso era musculado y bien definido y sus piernas parecían las extremidades de algún tipo de animal que, en su descenso hacia el suelo, acababan convertidas en sólidas columnas.

June temblaba de forma notoria mientras la miraba y, tratando de ocultarlo, se agarró la tela del pantalón, apretando sus dedos con fuerza. Sentía el aire gélido que acompañaba a aquel vampiro cuando se acercaba, hasta el punto de convertir su respiración en una nubecilla de vaho.

Ni siquiera había sido capaz de reaccionar cuando la había sacado de la tumba y, prácticamente la había arrastrado hasta aquella enorme construcción que había visualizado tras el camposanto de los vampiros. Ahora se movía alrededor de ella como si fuese un depredador en torno a una codiciada presa, aunque no quería creer que fuese a atacarla. No podía hacerlo, se repetía June interiormente. Las leyes la respaldaban, pero... ¿qué ley le impediría al vampiro abalanzarse sobre ella en ese momento y destrozarla? ¿U optaría, quizás, por morderla y sacarle toda la sangre del cuerpo? Había leído y escuchado tantas cosas sobre los vampiros, que no tenía ni la más mínima idea de cuál era cierta y cuál falsa.

El vampiro se detuvo frente a ella y la escrutó con la misma gelidez que lo envolvía todo allí. June reparó en ese momento en que sus ojos eran de colores distintos: uno, negro; el otro, azul. Tenía el cabello castaño y largo, y un atuendo sencillo que consistía en un jersey blanco y un pantalón negro.

Siempre había oído que los vampiros no respiraban, pero este exhaló una amplia bocanada de aire en su rostro y, June no pudo evitar preguntarse cuántos estereotipos rompería durante su estancia allí, si es que salía con vida de aquello.

—Eres la humana de la Conmuta... —dijo el vampiro con una voz profunda y rasgada.

—S... sí... Lo soy. Me llamo June.

Extendió la mano, temblorosa, y el vampiro la miró como si le pareciese un gesto absurdo. Las de él continuaban a su espalda, donde las había mantenido durante todo aquel tiempo.

—Y te dedicas a acompañar a los brujos para divertirte a costa de nuestro sueño.

Se llevó una mano a la boca y escupió tierra, originando que June cerrase los ojos, avergonzada. Sintió que algo se desmoronaba dentro de ella; no sabía si era su desesperación, su miedo o su alma, pero algo la impulsó a dar un paso adelante y acercarse más al vampiro.

—Lo siento mucho —se disculpó—. Lo lamento profundamente. No... Llevo aquí un par de días y siento que va a costarme mucho adaptarme. Me propusieron salir y... no tenía ni idea de qué íbamos a hacer y cuando ya lo supe era tarde, así que... Trepé la verja buscando a una amiga, es decir, una bruja, la que me invitó a venir. No creo que su nombre sea relevante, pero... No, no lo es. El caso es que no la encontraba y entonces caí a tu tumba y, luego... recordé lo que mi hermano me dice siempre. Es decir, no son palabras de mi hermano, pero...

—¿Siempre hablas tanto?

—Solo cuando me pongo histérica —admitió June, con el rostro compungido por el miedo—. Lo siento mucho.

—No hay razón para que estés histérica.

Las palabras del vampiro lograron tranquilizarla, pero solo en parte. ¿Cuánto podía confiar realmente en él?

—¿En serio?

—Existen unas leyes que, no solo respetamos, sino que defendemos.

—Me alegra oírlo.

Estaba siendo sincera. No sabía cuánto podía confiar en un vampiro o en su palabra, pero aquel en concreto sonaba sincero al aludir a la Ley Común, que protegía a unos en territorio de otros, al menos durante los horarios establecidos y en las condiciones allí dispuestas.

—Sin embargo... —añadió el vampiro—, voy a solicitarte algo a cambio de olvidar este desafortunado... incidente.

Aquello acrecentó de nuevo su nerviosismo, pero si lo pensaba fríamente era lógico y correcto que el vampiro le impusiera alguna petición a cambio, pues había tomado parte en un acto absurdo en el que, para colmo, se había quedado sola.

—Lo que sea.
—Sígueme.

Al salir del instituto se habían desviado hacia un camino sin asfaltar hasta llegar a un pequeño riachuelo que surcaba la ciudad en las afueras. Tayr ni siquiera había abierto la boca y se había limitado a aguantar estoicamente las sacudidas del coche en la alocada conducción de Adrien, visiblemente nervioso.

Detuvo el coche con un brusco frenazo y bajó, alejándose hasta llegar a las lindes del río, donde se dejó caer de rodillas.

Tayr salió despacio del vehículo y lo vio alejarse, mientras apoyaba las manos sobre el techo. Volteó la cabeza y observó la ciudad que quedaba al fondo, un gigante de piedra y largos edificios que desafiaban al cielo. El enorme puente colgante surcaba el vacío que quedaba sobre el mar desde un extremo hasta el otro y aun estando lejos, el rumor de los coches, llegaba hasta allí. También el humo de una nauseabunda contaminación.

Adrien reparó en el ensimismamiento de Tayr y se preguntó si echaría de menos Noctia. Qué poco debía de parecerse a Luzaria. ¿Cuál de las dos saldría ganando en una hipotética comparativa en opinión del noctis? Lo cierto era que él había puesto muy poco en que Luzaria pesara más que Noctia; al fin y al cabo, el Imperio de la Noche, como todos la conocían, era su hogar.

Apartó la mirada cuando el brujo cerró la portezuela y caminó con las manos metidas en los bolsillos hasta situarse detrás de Adrien, que humedecía su rostro en las transparentes aguas del río.

—¿Qué lugar es este? —quiso saber.

—Uno al que me gusta venir solo, por si no lo habías notado.

Tayr guardó silencio y Adrien volvió ligeramente la cabeza, tratando de comprobar su reacción; como siempre, nada en su rostro denotaba que estuviera molesto, pese a la sequedad de sus respuestas.

—¿Qué pasó con esos chicos? —preguntó el brujo.

Adrien negó con la cabeza mientras sonreía.

—¿Qué te hace pensar que voy a contártelo a ti? Ni siquiera te conozco.

—¿Por qué te golpearon?

—¡Porque me gustan los tíos! —bramó Adrien, incorporándose—. Porque soy gay, ¿entiendes ese concepto?

—No la palabra, pero sí que te guste un chico. ¿Qué tiene eso de especial?

Adrien estaba empezando a impacientarse. Lo único que le faltaba a su desastroso día era haber de explicarle a alguien por qué algunos imbéciles la tomaban con él por el simple hecho de ser homosexual.

—No debería tener nada de especial, amigo, pero para algunos, eso resulta intolerable. Bienvenido a Luzaria. Me alegra saber que esto no pasa en Noctia —añadió con ironía.

Volvió a girarse de nuevo y tomó asiento sobre una roca, algo más tranquilo. Tayr se sentó a su lado, mirándolo y aunque no lo tenía delante, Adrien no podía negar que aquella intensa mirada le hacía sentir nervioso. Tenía la impresión de que podía notarla estuviera el brujo donde estuviese, con esa curiosidad casi infantil que lo llevaba a preguntar de todo.

—¿Qué? —exclamó Adrien, exasperado.

—¿Por qué consientes la situación?

—¿Crees que la consiento? Son cinco y yo estoy solo; además, hay feéricos, utilizan su poder. Claro que les he devuelto golpes, claro que he intentado acabar con ello, pero no se puede. No se puede —murmuró sin fuerzas.

Sentía las lágrimas arremolinándose en sus ojos y los cerró, resoplando y tratando de espantarlas. No deseaba llorar frente a aquel desconocido; no deseaba llorar frente a nadie, pero se sentía completamente al límite y con una apremiante necesidad de explotar.

—Nunca me ha importado reconocer lo que soy, lo que siento. He ido de frente siempre, convencido de que valía la pena ser yo mismo. Ya sabes, es mejor que te odien por lo que eres a que te quieran por lo que finges ser. Y pensé que no estaba solo en esto, que con Chris a mi lado, iba a poder con todo. Pero no puedo.

—¿Quién es Chris?

—Mi chico. —Por un momento, se sorprendió ante su propia sinceridad, pero el cuerpo le pedía una tregua, mientras su alma se asfixiaba en sus propias circunstancias—. No quiere que nadie sepa que estamos juntos.

—¿Por qué no?

—Para evitar esto —exclamó en un tono más duro—, para que no le hagan lo mismo.

Lo miró de nuevo y en su rostro se hacían evidentes los golpes y moretones.

—Es decir, que está contigo, pero no quiere que nadie lo sepa porque le golpearían también a él, y él prefiere que te golpeen solo a ti. ¿Es eso?

Adrien rio, incrédulo y después guardó un largo silencio.

—¿Tener una forma horrorosa de decir las cosas es un don brujo?

—Solo si la verdad es horrorosa.

Adrien abrió la boca y buscó la forma de rebatirlo, pero no la encontró. Tal vez no deseaba encontrarla. Cinco idiotas le habían golpeado aquella mañana —otra vez— y su chico se había limitado a escabullirse a la más mínima ocasión. En un primer momento, Adrien había pensado que tal vez había ido a buscar ayuda, pero quien había llegado entonces, en una aparición salvadora, había sido Tayr, y Adrien sabía perfectamente que no había sido Chris quien lo había llamado, pues minutos antes le había dejado claras sus reticencias ante el hecho de que el brujo y él compartiesen techo. Y ni siquiera lo asustaba la posibilidad de que Tayr pudiera atacarlo, sino... ¡Qué absurdo! Miró al brujo, fijándose por primera vez en él de manera minuciosa: era guapo; eso no podía negarlo. Alto, de cabello oscuro, ondulado y largo, y uno ojos rasgados en los que verde y azul se fusionaban en un color imposible. Sus labios se mantenían sellados mientras lo miraba con ese halo misterioso que convertía en un enigma todo lo que pudiera estar pensando. Tenía paciencia o quizás una sangre fría abrumadora para aguantar todo tipo de malas contestaciones sin inmutarse, y sabía escuchar. ¿Podía resultar un disparate lo que Chris había llegado a insinuar? Por supuesto que sí, se dijo. Tayr era un brujo, una criatura llegada desde un mundo tan cercano como lejano y todo un misterio para él. Además, una de las escasas certezas de Adrien era que, para bien o para mal, estaba profundamente enamorado de Chris.

Su teléfono móvil sonó en ese momento y Adrien le echó un rápido vistazo antes de cortar la comunicación y volver a guardárselo en el bolsillo de su pantalón.

Suspiró hondamente y se puso en pie, caminando de regreso al coche.

—Deberíamos volver. Mis padres se preocuparán si en tu primer día de instituto, llegamos tarde.

Tayr se incorporó y entró en el coche sin la más mínima objeción, pero una vez dentro, el silencio se prolongó, mientras Adrien buscaba el modo de dirigirse a él.

—Hay tres cosas que me gustaría decirte.

Tayr lo miró y sus ojos se encontraron con los de Adrien, de frente.

—Pues dilas.

—La primera es gracias. De forma intencionada o no, llegaste al vestuario y los detuviste. —Rio al recordar la escena a pesar de haberla vivido en

medio de una neblina dolorosa—. Te miraban con terror.

—No hice nada para que me mirasen así.

—No es lo que hagas; es lo que eres. Un brujo. Todos te tienen miedo.

—¿Tú también?

Adrien tardó unos segundos en responder.

—No.

—No tienes nada que agradecerme.

—Aun así. Lo segundo es... Siento haberme portado contigo del modo en el que lo he hecho. Sé que no he sido la mejor compañía, ni el mejor anfitrión... Prometo cambiarlo y... compensarte por este primer día de mierda.

Tayr sonrió ligeramente y el gesto provocó un escalofrío en Adrien.

—No ha sido un día de mierda.

—Te he dejado tirado nada más llegar al instituto, admito que te he evitado todo el tiempo para que no andasen preguntándome cosas sobre ti y ahora te tengo aquí, explicándote toda la basura que me envuelve y... bueno, yo sí lo considero un día de mierda.

—Vale. En ese caso, acepto tus disculpas. ¿Qué es lo tercero?

—Una petición. No le digas a nadie... En fin, lo que hemos hablado aquí ni lo que ha pasado en el instituto. No se lo cuentes a nadie, por favor. Ni siquiera a mis padres.

—Por lo que me has contado, no te preocupes, pero será un poco difícil que no se enteren de lo que ha pasado. Tu cara...

Adrien se miró en el retrovisor y supo que Tayr tenía razón. Su rostro era un mapa de golpes, heridas y moretones. Resopló antes de percibir la cálida mano del brujo acariciándole la mejilla. Lo miró, estupefacto y su acto instintivo fue el de recular, apartándose.

—¿Qué haces?

—Ponerle remedio —murmuró Tayr, sonriendo.

Adrien volvió a mirarse en el espejo y ya no halló ni rastro de la paliza.

—Pero no... no puedes utilizar tu poder aquí.

—Ya lo sé. Tú me pides silencio y yo también.

Adrien asintió, mientras procesaba las palabras de Tayr y su mente revivía lo que había sentido con las manos del brujo sobre su piel. Apenas había sido un leve roce en la mejilla y sin embargo, sintió que todo su cuerpo temblaba.

—Tienes mi palabra —concluyó.

Adrien prendió el contacto del vehículo.

—En fin —añadió, mientras retomaban el camino de regreso a casa—, no

sé cómo te ha ido el primer día, pero te prometo que mañana seré el mejor guía del mundo. Así te compensaré por lo de hoy.

—El primer día no ha estado mal. Prefiero que me compenses de otro modo.

Adrien lo miró fugazmente y centró de nuevo su atención en la carretera. Por un momento pensó que arrancaría el volante, pues en torno a él, sus dedos se aferraban con tal fuerza que se habían tornado de color blanco. ¿A qué se referiría Tayr?

—¿Has... pensado en algo? —se atrevió a preguntar.

—Sí, he pensado en algo.

June había seguido al vampiro a través de interminables pasillos desde cuyos ventanales entraba un vientecillo frío que le erizaba la piel. No había luna en el nublado cielo de Noctia, pero a pesar de ello, un fulgor blanquecino se derramaba sobre el irregular enlosado, permitiéndole ver dónde ponía el pie.

Al fondo del último corredor, atisbó un arco oscuro y supuso que aquel debía de ser su destino. O eso esperaba, porque después de la caminata, bosque a través desde el caserón de los brujos, sentía los pies doloridos y agotados.

Cuando cruzó el umbral de la puerta, algo se abalanzó sobre ella, arrancándole un grito agudo y el instintivo gesto de agarrarse al vampiro que la precedía. No tardó en comprobar que se trataba de un murciélago, pero el susto no le permitía sentirse ridícula ni abrir los dedos de la mano para soltar la camisa del vampiro, que observaba al animalillo con el ceño fruncido.

—Oh, Talea, ¿qué pretendes? —preguntó.

June lo miró, desconcertada y sin soltarlo aún. Lejos de eso, solo pudo agarrarse más a él cuando el murciélago empezó a convertirse en el esquelético y encorvado cuerpo de una mujer; una anciana de largo cabello blanco y acerada piel, tan arrugada como un pergamino.

—Dios mío... —murmuró June.

La mujer dio un salto y silbó mientras le mostraba una hilera regular de dientes con unos enormes colmillos.

—Talea... —intervino de nuevo el vampiro—. Basta.

—Es humana —repuso la vieja, molesta con su interlocutor. Su voz era grave, aunque endeble, como si llevase años sin hablar con nadie.

—Es la humana de la Conmuta. Conoces perfectamente la Ley. No me gustaría tener que repetírtela de nuevo.

—No hace falta.

—Entonces retírate. Quiero hablar con ella.

La vieja Talea gruñó de nuevo en lo que parecía un gesto amenazante y desapareció a través del pasillo, permitiendo así que el cuerpo de June se recompusiera tras el sobresalto. Se apoyó en una antigua mesa de madera maciza y se llevó la mano a la frente, tratando de calmarse.

—¿Estás bien? —le preguntó el vampiro—. Lamento los modales de Talea. Es inofensiva, te lo aseguro.

—Sí, es evidente.

—Un poco agresiva en el trato, pero no te hará daño. No temas.

June se llevó las manos a la cara y por un momento se sintió desbordada. La osadía había flanqueado su llegada a Noctia, pero le había bastado poner un pie allí para verla derrumbarse por completo. A cada paso que daba, cada lugar que visitaba y cada criatura a la que conocía, debilitaba aún más su determinación.

—Soy Eugenne.

El tono de voz del vampiro no se había modificado en todo el tiempo. Desde la primera palabra que le había dirigido, la templanza y la serenidad habían sido las notas predominantes, incluso cuando le había recriminado su participación en la jugarreta de los brujos. Sin embargo y por increíble que resultase, aún fue capaz de suavizarla más cuando se colocó delante de June, tratando de serenarla.

—Un placer. Yo... yo soy...

—June, lo has dicho antes. Pero yo no. Perdona mi falta de educación. La tierra en la boca dificultó mi elocuencia.

—Lo siento —insistió ella de nuevo.

—Está bien. No es necesario que te disculpes todo el tiempo. Como te he dicho, tengo una petición que hacerte.

El vampiro se apartó de ella y se movió a través de la sala. Se acercó hasta una de las cinco teas que había ancladas en la fría pared de roca y, de forma inexplicable, la prendió.

June no se atrevió a decir nada; ni siquiera era capaz de moverse, pero estaba segura de que aquello debía de tratarse de algún tipo de truco, pues en

sus manos, Eugene no portaba nada con lo que hubiera podido encender el fuego. Después, el vampiro sostuvo la antorcha y paseó sin prisa a través de la sala, alimentando con la llama las otras teas, que restallaban dotando al lugar de un fulgor dorado. June permanecía apoyada sobre la robusta mesa; estaba segura de que si trataba de erguirse, sus piernas no la sostendrían. Trató de afianzar su agarre y entonces, sus dedos rozaron algo frío. Volteó la cabeza y observó que se trataba de una moneda de gran tamaño y color plateado. Apenas brillaba y los símbolos que la decoraban eran casi invisibles. No podía creerlo. No era la primera vez que la veía aunque solo lo había hecho en otra ocasión y tan solo en una vieja fotografía, pero resultaría imposible confundirla por inexplicable que resultara encontrarla allí. Desvió de forma fugaz su atención hacia el vampiro y al comprobar que no la miraba, guardó el metal en su bolsillo.

Eugene regresó a su lado pocos segundos después.

—¿Mejor? —preguntó.

Ella asintió al tiempo que tragaba saliva. El fuego proyectaba en la mirada del vampiro un brillo nuevo y sobrecogedor, mientras que las sombras hacían lo propio en las vetustas tapias que los rodeaban, pobladas de sombras nuevas e inquietantes.

—Gracias —añadió ella, bajando la cabeza—. Estoy bien. ¿Qué es eso que querías pedirme?

Casi se sorprendió de ser capaz de hilvanar las palabras necesarias para conformar una pregunta con sentido, pero notaba la moneda en su bolsillo trasero y por momentos temía ser descubierta en su hurto. Así, trató de desviar la atención del vampiro con aquella pregunta que, de igual modo, le generaba una insana curiosidad.

—Digamos que me resulta sorprendente la elección del brujo escogido para la Conmuta.

—¿Por qué? La Conmuta tiene como objetivo afianzar los lazos entre lúzaros y noctis y si... bueno, si ellos... Lo siento. Supongo que ya sabes todo eso.

Guardó silencio cuando Eugene alzó una ceja y sus labios insinuaron una sonrisa.

—Cierto es que el objetivo de la Conmuta es ese y por la misma razón no entiendo que el escogido haya sido un brujo que vive en un caserón aislado con su clan en mitad de un bosque en Telasia en lugar de un brujo o bruja de la ciudad de Ántico.

—¿Qué... qué los diferencia? —se atrevió a preguntar.

—Bueno, un brujo de Ántico cumple claramente la Ley; de no ser así, se le ajusticiaría de forma inmediata, pero en aquellos que viven aislados y lejos de la ciudad capital... digamos que todo es más difícil de controlar. Los brujos fueron muy odiados y especialmente sangrientos durante las antiguas guerras. Anhelaron conquistar cada *terra* de Átraro y someterla.

—¿Átraro?

—Así es como se llama este mundo. Vosotros lo conocéis como Noctia.

—Es decir, que los brujos fueron invasores.

—Exacto. Ha pasado mucho tiempo desde entonces; después hubo una importante rebelión y... bueno, las cosas hoy en día están más tranquilas, pero siempre hay que andar con cuidado cuando ellos están de por medio.

—Vaya, has conseguido ponerme muy nerviosa.

—Tú convivirás con ellos durante un año, de modo que necesito cualquier información que puedas obtener sobre el chico escogido.

—¿Estás chalado? Es decir... Perdona... Pero yo no...

—Hay veinticinco brujos en el caserón, June. —Su nombre sonó de forma encantadora en los labios de Eugene y la propia interpelada se sorprendió ante su apreciación; máxime, en la situación que estaban tratando—. Son huraños y desconfiados. No tienen amigos en Noctia ni fuera de ella. Si no recurro a ti, no podré hacerlo a nadie más.

—¡Pero me matarán si se enteran! No llevo ni veinticuatro horas con ellos y ya me estás pidiendo que me convierta en una ruin traidora.

—Tu familia vive con él —apuntó el vampiro—. Si traman algo y no descubrimos qué es, pueden estar en peligro.

—No me estás ayudando.

La joven dio un par de paseos nerviosos a través de la sala y se detuvo ante la atenta mirada de Eugene.

—Intentaré... Intentaré ser sutil y veré si puedo obtener algo, pero no te prometo nada. No puedo arriesgarme así y yo... no los conozco, ni a ellos ni a ti.

—Tienes razón y celebro que seas cauta. No deseo que te arriesgues más de lo que consideres seguro y si aun así, pasa algo, utiliza esto.

Le mostró un hermoso colgante que giraba en torno a la cadena de plata de la que colgaba. Era una especie de diamante de forma alargada que emitía pequeños brillos multicolor, como si el arco iris lo hubiera traspasado.

—¿Qué es eso?

—Un *Sanguem* o un llamador de sangre. Origínate un pequeño corte o herida y al contacto de tu sangre con él, sabré que me necesitas. Estaré ahí.

—¿Y qué pasa si acude la chiflada? ¿El murciélago?

—June, acudiré yo. Te lo juro.

Lo miró largamente y por más que la desconcertase, en aquellos ojos bicolor solo hallaba sinceridad. ¿O tal vez era eso lo que quería ver? Fuese como fuera, lo único que rondaba por su cabeza en ese momento eran sus padres y su hermano viviendo bajo el mismo techo que un brujo, un ser desconocido de cuyas intenciones dudaban hasta los vampiros.

—No les pasará nada —murmuró Eugenne, como si fuera capaz de leer su mente.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé que no tienes razones para confiar en mí, pero créeme cuando te digo que, en este momento, es mejor que sepas poco... o nada. Sin embargo, tengo ojos pendientes de tu familia y del caserón brujo.

El profundo suspiro de June puso punto y final a aquella extraña e inquietante conversación.



6 Balanza en desequilibrio

El camino de regreso se había llevado a cabo bajo un silencio incómodo y no precisamente porque June no tuviera mil curiosidades que preguntarle a Eugenne, ya no solo sobre todo cuanto habían hablado en Estyria, sino por los vampiros en sí. Recordaba que hacía un par de años, la Conmuta había llevado a una joven vampira al instituto, una noctis cuyo nombre ni siquiera recordaba, que solía mirar a todos como si fuera a merendárselos de un momento a otro. June había evitado el contacto con ella por la incomodidad que eso le producía, pero aquella especie de sed no se hacía notoria en Eugenne, lo cual agradecía.

Se detuvo cuando el caserón de los brujos se alzó, imponente, tras la neblina que emborronaba el entorno. June dio media vuelta con la intención de agradecerle al vampiro que la hubiera escoltado hasta allí, pero detrás de ella ya no había nadie. Eugenne se había esfumado con un sigilo envidiable y no debía de ser extraño, pensó, pues él mismo le había dejado claro que la relación entre vampiros y brujos no era la mejor. Aparentemente no lo era entre los brujos y ninguna otra raza de Noctia.

Se frotó los brazos mientras avanzaba y se detuvo de nuevo a pocos pasos de la escalera que conducía a la casa, pues desde allí distinguió ya la inmóvil figura de Elain, que la observaba con rostro inescrutable bajo el umbral. Era evidente que aquel tipo la detestaba, pero June acababa de caer en la tumba abierta de un vampiro, de modo que la mueca irritable de un brujo no la espantaría. Retomó el paso y sin tan siquiera saludarlo, cruzó el acceso, dirigiéndose con determinación hasta su cuarto.

—¡June!

Tampoco se detuvo cuando escuchó la voz de Lorya asaltándola desde aquel salón carente de muebles en el que debía de haber, al menos, una decena de brujos y brujas más.

—¿Estás bien?

—Sí, genial —espetó con ironía.

La noctis la siguió a través de la escalera hasta su habitación y se detuvo, apoyándose en el marco de la puerta cuando June se dejó caer sobre su polvoriento colchón.

—¿Estás molesta?

—Me habéis dejado allí tirada, ¿tú qué crees?

Casi no podía creer que estuviera siendo capaz de dar rienda suelta a su más arraigada esencia: la naturalidad. Se sentía molesta y así lo estaba haciendo saber. A un lado quedaron las cohibiciones y los miedos que la habían apresado como cárceles desde su llegada. Ella no era así y estaba harta.

—¿Ha ocurrido algo? —quiso saber Lorya—. Has tardado mucho.

June se irguió y casi podía sentir que aquella curiosa moneda que había robado en Estyria le quemaba en el interior del bolsillo de su pantalón.

—Me encontré con un vampiro. Caí a su tumba y, como imagino es normal, se molestó un poco.

Lorya accedió hasta la habitación y se arrodilló sobre el colchón.

—¿Qué quería? —solicitó saber.

—Básicamente reprenderme por mi actitud y lamentar que os acompañe en esta extraña forma de diversión. ¿Es raro que tenga que darle la razón?

—Enterrar vampiros mientras duermen es algo muy banal, créeme. ¿Sabes quién era? ¿Te dijo su nombre?

June se rascó la cabeza y fingió estar haciendo memoria, pues el nombre de aquel vampiro se había grabado a la perfección en su mente.

—Eugenne... creo... o algo así.

—¿El príncipe?

June pestañeó un par de veces.

—¿Príncipe de qué?

—De los vampiros. Mira que había tumbas en el camposanto y tuviste que ir a dar con la suya. En fin, no es para tanto.

Lorya no se había mostrado excesivamente inquieta en ningún momento, pero saber que el vampiro con el que June había topado era aquel en concreto, aún pareció relajarla más.

—¿Que no es para tanto? —preguntó incrédula—. Estaba aterrada, caí a una tumba abierta sobre alguien que dormía en ella y me arrastró hasta su... castillo o lo que demonios fuera aquel lugar. Apenas llevo veinticuatro horas en Noctia y mis anfitriones me dejan sola en un sitio desconocido y aterrador con... ¡vampiros! ¿En serio crees que no es para tanto?

—June, hay algo que debe quedarte claro: eres una humana en Conmuta con Noctia y aquí nadie quiere problemas por quebrantar las leyes, ten por seguro que nadie te pondrá una mano encima mientras estés en este lugar. Tu identidad es tu mayor seguro.

—Aun así —murmuró ella, no tan convencida como Lorya de su propia seguridad. Pensar en aquella anciana que había conocido en Estyria y en la voracidad salvaje con la que la había mirado, destrozaba cualquier tipo de certeza—. Salimos juntos y esperaba que regresáramos juntos, que me ayudaseis si pasaba algo.

—Pues te equivocaste —zanjó Lorya, incorporándose—. No somos un ejército de leales soldados. Esto es Noctia y cuanto antes empieces a darte cuenta, mejor. No somos tus niñeras.

June la miró con una atención que no le había prestado antes, tal vez por miedo a lo que pudiera encontrar en ella, a cualquier mínimo rasgo que pudiese resultarle aterrador: su piel era tostada y su cabello castaño estaba encrespado y se recogía en una coleta larga. No había nada aterrador en su aspecto; nada salvo su expresión inerte.

La bruja abandonó la habitación y para cuando cruzó el umbral, Elain ya estaba allí, esperándola. El joven brujo le dedicó otra mirada asesina a June —la enésima— y se marchó tras los pasos de Lorya.

June sintió que la tensión se desplomaba. Los brujos no sospechaban de ella y, de hecho, ni siquiera se mostraban preocupados ante el hecho de que hubiera pasado tiempo en *terra* vampira, pero ella empezaba a cuestionarse cómo de sensato habría sido aceptar el encargo de Eugene, si es que acaso hubiera existido la posibilidad de negarse. Sacó la moneda y la observó con suma atención. ¿Cuánto tardaría Eugene en darse cuenta de que se la había llevado? ¿Lo haría? ¿Le achacaría a ella la desaparición? Por un momento pensó en la posibilidad de que, molesto ante el robo sufrido en su propia casa, el vampiro delatase su encargo frente a los brujos. Después, negó con la cabeza, buscando argumentos para autoconvencerse. Si la delataba, Eugene perdería cualquier ventaja de la que dispusiera para averiguar todas las incógnitas que había puesto sobre la mesa.

Se levantó de un salto y cerró la puerta para poder disfrutar de algo parecido a la intimidad, mientras seguía observando la moneda. Ella, que había estudiado con ahínco mucho acerca de los noctis, había sido incapaz de encontrar la más mínima información sobre los arkanais, nombre que recibía y único dato del que disponía. Eso y que, por lo menos, había una más como aquella.

Dio un respingo cuando el móvil sonó en sus manos y una mezcla de sentimientos sacudió su estómago cuando leyó el nombre de su hermano en la pantalla. Guardó la moneda rápidamente y contestó.

—¡Adri!

—¿Qué pasa, mandarina? No hay manera de hablar contigo.

—La cobertura es horrible en este sitio.

—Ya. ¿Cómo estás? ¿Cómo eso aquello?

—¿Recuerdas la peli *Guarida Satánica*?

—¿Cómo iba a olvidar ese bodrio?

—Creo que estoy viviendo en la casa en la que se rodó.

Adrien rio y el simple sonido de aquella risa llenó el corazón de June, que de pronto se dio cuenta de la falta que le hacía su hermano.

—En serio, esto es prehistórico, está sucio y... ¿Cómo estás tú? —quiso saber.

—Bien, no puedo... no puedo quejarme. Hoy he llevado al brujo al instituto y... bueno, creo que todo ha ido bien.

—¿Cómo es?

—Está cañón, June.

En esta ocasión fue ella la que rompió a reír.

—¿Estás hablando en serio?

—A medias —sonrió Adrien—. Es muy guapo y tiene ese aire misterioso que atrae. Alto, ojos... no sé decirte si verdes o azules. Es una mezcla alucinante. Labios carnosos, hombros anchos... Pero nada más.

—¿Nada más? ¿Y qué demonios le falta? Mételo en el armario de mi habitación y que espere allí hasta que yo regrese.

Adrien rio de nuevo.

—Ya, claro... Vamos, confíésalo: imaginabas a un jorobado calvo y azulado con la campana bajo el brazo, ¿verdad? Yo sí.

—Tonto. Ya me gustaría que cambiases a don pelmazo, aunque fuera por un brujo.

—No hablas en serio, ¿no?

June dudó durante unos segundos. Su impulsividad solía jugarle malas pasadas y en ocasiones, sus deseos ocultos se adelantaban a la corrección política de sus palabras, pero en aquel caso resultaba difícil ocultar el desagrado que Chris le generaba. Y Adrien lo sabía muy bien.

—¿Cómo van las cosas con él? —preguntó ella, dejando a un lado el tono distendido.

Adrien tardó unos segundos en responder.

—Bien. Todo está... genial.

—Adri, ¿me lo contarías si algo va mal?

—Siempre lo he hecho, ¿no?

—Sí, lo haces cuando te acorralo contra cualquier pared y casi tengo que torturarte mientras te miro a la cara y reconozco perfectamente cuando me mientes, pero ahora...

—Todo está bien, en serio. No ha pasado nada —mintió—. No hemos discutido ni... nada de eso. Aún.

—¿Y en el instituto? Además, del chico nuevo, ¿hay alguna novedad?

—En el instituto, todo bien; sin novedades.

June suspiró, resignada ante la cruda certeza de que habría de creer a su hermano sin posibilidad de ir más allá.

—Vale. Ten cuidado con el brujo también, por muy bueno que esté o por muy guapo que sea. No lo conocemos y... bueno, su raza es más misteriosa de lo que parece. ¿Cómo es? No me refiero a físicamente, sino...

—No puedo reprocharle nada, June. Hemos mantenido poco trato, pero se ha portado bien conmigo y digamos que ha pasado por alto alguna que otra contestación que podría haber desatado su ira.

—Vale.

—¿Qué hay de ti? ¿Te tratan bien los suyos?

—Sí, no puedo quejarme. Tienen una forma de divertirse un poco rara, pero cuentan conmigo para ir a los sitios...

«Aunque no lo hagan para regresar de ellos». Prefirió guardarse el comentario.

—Vale. En fin, June, tengo que dejarte. Prometo volver a llamarte pronto, ¿de acuerdo?

—Claro. Te quiero, pequeñín.

—Idiota —respondió él, sonriendo—. Yo también te quiero. Cuídate, mandarina.

Adrien se giró en el preciso instante en que Tayr entraba por la puerta de la cocina. El brujo se había duchado, tal y como había anunciado y su cabello aún mojado daba buena muestra de ello. Se había cambiado de ropa y llevaba una camiseta negra de manga larga, más oscura que el pantalón, de un azul marino.

Adrien se sorprendió a sí mismo escrutándolo de arriba a abajo y tomó un

sorbo del zumo que se había servido, buscando el modo de distraer su atención.

—¿Cómo... cómo crees que estará mi hermana en Noctia? —se atrevió a preguntarle.

Tayr había tomado asiento de lado en una silla, apoyando la espalda en la pared que le quedaba detrás.

—Eso depende, en gran medida, de tu hermana. Pero las cosas son muy diferentes allí.

—¿Corre peligro?

Tayr lo miró, pero no se mostró sorprendido por la pregunta.

—No, claro que no —respondió con calma—. Me refiero a que en Noctia siempre es de noche, hace un calor pegajoso y las cosas son como lo eran aquí hace muchos años. Pero la tratarán bien, si eso es lo que te preocupa. Puedes estar tranquilo.

Adrien asintió y volvió a tomar un trago de su zumo. Ni siquiera sabía por qué, pero las palabras del brujo habían logrado tranquilizarlo.

—¿Qué sois? —murmuró después, como si temiera efectuar la pregunta—. Es decir, uno habla de brujos o brujas y se imagina calderos, pociones, gatos negros y sombreros picudos. Pero tú no... no tienes nada de eso, por suerte.

Tayr sonrió débilmente y Adrien tomó asiento a su lado, más relajado y henchido de una sincera curiosidad por conocer más sobre ellos.

—Lo único que nos diferencia de los humanos como tú es la capacidad de utilizar magia. Pero no me pidas demostraciones porque en Luzaria no puedo hacer nada, a pesar de... bueno, ya sabes.

—Ya. ¿Y los noctis? ¿Qué sois exactamente?

Tayr apartó la mirada, como si buscara las palabras precisas para explicarle a Adrien lo que este solicitaba saber.

—No-muertos, tal vez. Es lo que mejor lo define.

—¿No-muertos? ¿Vivos?

Tayr entrecerró los ojos, visiblemente satisfecho ante la curiosidad de Adrien.

—Más o menos... supongo.

—¿Supones? ¿No estáis vivos ni estáis muertos?

—El tiempo está parado en Noctia. Y si el tiempo no transcurre no puedes morir pero tampoco estás viviendo. Podemos morir, pero no de la misma forma que un humano.

—Es un tanto difícil de entender. ¿Qué fue lo que detuvo el tiempo?

¿Siempre ha sido así?

Tayr lo miraba con tal intensidad que por un momento Adrien llegó a sentirse mareado.

—En el coche dijiste que querías compensarme —volvió a decir el brujo.

El cambio de conversación había sido tan brusco como evidente y Adrien supuso que Tayr se sentía incómodo abordando el asunto de su origen, al menos con un desconocido como él. Tragó saliva y se cruzó de brazos, nervioso. No tenía la menor idea de por qué le sucedía aquello con Tayr, pero por paradójico que resultase, la serenidad que este desprendía desembocaba en un terremoto interior para él.

—Y tú dijiste que sabías cómo querías que te compensara —respondió.

Tayr hizo más amplia su sonrisa y estiró su cuerpo hasta recuperar la guitarra que él mismo había dejado sobre la mesa el día anterior.

—¿La tocarías?

Adrien sonrió también, sorprendido ante aquella petición y mucho más relajado. «Idiota», se dijo a sí mismo. ¿Qué había pensado, que el brujo lo reclamaría como un sacrificio de ofrenda a unos dioses oscuros? Se sintió ridículo mientras sostenía la guitarra, acomodándola sobre su regazo.

—¿Esto es? ¿Quieres que toque la guitarra?

—No hay guitarras en Noctia.

—Hace siglos que no la cojo.

Deslizó sus dedos sobre las cuerdas y afinó alguna de ellas.

—¿Por qué no? Dijiste que te relaja, ¿no?

—Sí, pero dejé las clases. Me... me quitan tiempo y, además, son una tontería. Mi futuro no tiene nada que ver con una guitarra. Es... era solo una forma de distracción, y nada más.

—Da la sensación de que estés recitando algo que te han repetido. ¿Eres tú quien piensa eso?

Adrien había apoyado la mejilla sobre la guitarra y alzó la cabeza ante aquella pregunta. Tayr había vuelto a echarse hacia atrás sobre la silla en la que se había sentado de lado y apoyaba ahora su cabeza sobre la pared, con aire indolente.

—Solo quiere que pasemos el máximo tiempo posible juntos —respondió.

Y otra vez se sorprendió ante la facilidad con la que Tayr obtenía confesiones que no le había hecho a nadie más. ¿Podría tratarse, acaso, de alguna especie de poder oculto? Se tensó al pensar en aquello y volvió a apartar la mirada de su interlocutor para fijarla en la guitarra.

—Pero él no ha dejado de hacer lo que le gusta —apuntó Tayr—. Juega a fútbol dos veces por semana en lugar de regalarte ese tiempo a ti.

Adrien dejó de tocar la suave melodía que sus dedos ejecutaban y volvió a mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Cómo sabes eso?

—Coincido con él en un par de clases en el Programa de Conocimiento. El mismo tío que huye mientras te golpean y calla para no verse perjudicado, te insta a dejar aquello que te gusta para darle más tiempo a él, pero él no hace lo mismo contigo. ¿Qué cojones ves en él?

La observación lo dejó helado. La pregunta lo dejó helado y fue incapaz de tocar una sola nota más. Se sentía rígido, física y mentalmente. Se puso en pie y dejó la guitarra sobre la mesa de mala gana.

—Lo que me faltaba. Tú también. No eres nadie para meterte en esto —repuso, molesto—. No he hecho nada en mi vida que no quisiera hacer. Tocar la guitarra es una jodida pérdida de tiempo y si tanto te gusta, aprende tú.

Salió de la cocina como una embestida topando con su padre, que se detuvo, confuso.

—¿Está todo bien? —le preguntó a Tayr.

—Todo perfecto.

Ander suspiró y caminó hasta la ventana con las manos en los bolsillos. Después se volteó y observó al brujo con una mueca grave.

—Mi hijo atraviesa una etapa difícil, Tayr. Te pido que no se lo tengas en cuenta. Él no es así.

—Descuide, señor.

Ander sonrió y trató de distender el ambiente.

—Vas a vivir un año con nosotros. Llámame Ander, por favor.

—Claro, Ander.

Las sombras ya penetraban a través de la ventana, aunque Adrien había perdido la noción del tiempo con la mirada clavada en el techo y las palabras de Tayr retumbando en su cabeza una y otra vez. No era la primera ocasión en la que alguien le sugería la desigual balanza entre él mismo y Chris. Adrien se lo había entregado todo sin reservas a su chico; había avanzado como una embestida frente al mundo, arrasando con todo cuanto fuera necesario por defender su historia. Y había renunciado, también a muchas cosas. Las clases

de guitarra podían considerarse una nimiedad, pero eran la representación de algo mucho mayor, se temía.

Y no había nada de especial en el hecho de que June se lo hubiera repetido mil veces, o su padre o su madre. Pero Tayr llevaba apenas unos pocos días en su casa y sin embargo, se había percatado con la misma facilidad. No era la primera vez, tampoco, que él mismo se planteaba adónde iba todo aquello, si merecía la pena seguir luchando o si estaba engañándose con vagas ilusiones. Pero si algo tenía claro era que no concebía su vida sin Chris y aunque enfermizo, aunque insano, aquello le parecía suficiente razón para aguantar. Solo un poco más.

Se volvió cuando la pantalla de su teléfono móvil se iluminó y comprobó que se trataba de él. Sonrió, convencido de que, a pesar de todo cuanto pudiera recriminarle a Christian, el muchacho estaba tan enamorado de él como el propio Adrien.

—Vaya horitas... —le dijo nada más descolgar—. Podría estar durmiendo y no...

—Adri... —La voz de Chris sonó de un modo extraño y apagado, como si le costase hablar—. Ven a buscarme, por favor, Adri.

Adrien se irguió en la cama, sobresaltado ante aquellas palabras y el modo lastimoso en el que las escuchaba.

—¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

—Estoy en la avenida Nortax, Adri. Ven a buscarme, por favor.

—Si es otra de tus jodidas bromas, no tiene ninguna gracia.

—No es una broma —sollozó el muchacho—. Lo saben todo, lo han descubierto y...

Empezó a llorar y las siguientes palabras fueron un amasijo de sonidos patéticos que Adrien no pudo descifrar.

—Chris, tranquilo. Tienes que mantenerte oculto en algún sitio. Voy a buscarte ahora mismo, pero son casi las dos y las calles estarán infestadas de noctis.

—Los he visto. Me van a matar, Adri. Te quiero.

—No va a pasarte, nada, joder, Chris. Voy para allá. No te muevas.

Cortó la comunicación y bajó las escaleras volando hasta llegar a la puerta de la calle, que abrió con todo el sigilo del que fue capaz. Allí se detuvo, tras la inesperada figura sentada de Tayr, que sostenía un cigarrillo entre los dedos, mientras parecía absorto en la espiral de humo que se perdía sobre su cabeza. Negro sobre negro, la figura del brujo le resultó inquietante.

—¿Adónde vas? —preguntó sin volverse.

—¿Qué haces tú aquí? —quiso saber Adrien.

—Fumar. Tampoco hay cigarrillos en Noctia.

Adrien avanzó hasta colocarse a su lado y escrutó el entorno antes de volverse hacia Tair.

—Uno a cero para Noctia, pues. Necesito que me ayudes.

—¿Con qué?

Adrien le arrebató el cigarrillo de entre los dedos y lo aplastó sobre la barandilla de madera que abarcaba el porche de su casa.

—Tengo que salir.

—No puedes salir ahora. El Toque de Queda sonó hace dos horas.

—Por eso necesito tu ayuda. Voy a salir con o sin ella, pero si vienes conmigo será más sencillo. Por favor.

—¿Adónde quieres ir?

—Acompáñame y te lo explicaré.

Algo sobre su hombro la sacudió con poco cuidado hasta casi despertarla del sueño inquieto que había logrado conciliar. June se había despertado mil veces y había vuelto a dormirse otras tantas más; no creía que fuese a soportar ese ritmo durante demasiado tiempo. Sin embargo, custodiar la moneda la sumía en un estado de nerviosismo continuado al que difícilmente iba a acostumbrarse. Pero nadie podía verla ni saber que la tenía.

Algo la sacudió de nuevo y cuando abrió los ojos, comprobó que se trataba del pie de Stynda, la anciana que la había recibido a su llegada al caserón, si es que acaso una mirada de asco y una total indiferencia después, podían considerarse un recibimiento.

June se irguió, incómoda ante aquella desagradable forma de despertarla.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —bramó, indignada.

Se apartó los rizos negros del rostro y se deshizo de la fina camisa blanca que había llevado puesta, aunque el color había volado hacía ya muchas horas, y ahora lo remataba el sucio pie de la bruja, que había restregado allí el barro que se adhería a su piel.

—Qué asco... —farfulló June.

La camiseta de tiras en tono rosa palo, al menos, no le daba tanto calor y

estaba algo más limpia. Mientras rebuscaba ropa en su maleta, que ni siquiera se había atrevido a deshacer, observó que a través de la ventana, se derramaba una tenue luz plateada.

—Aún es de noche —observó con un murmullo.

—Aquí siempre es de noche.

La voz de Stynda le puso los pelos de punta, pero June decidió no dejarse amedrentar por eso. La propia Lorya le había asegurado la tarde anterior que su identidad de humana de la Conmuta le confería toda la seguridad que necesitaba para moverse en Noctia y ella deseaba que ese empezase a ser el modo en el que lo hiciera. Atrás debía quedar la niña asustadiza que casi se había desmayado en Estyria o que había estado a punto de llorar al llegar al caserón y encontrarse aquel desolador panorama.

—¿Puedes largarte y concederme algo de intimidad? —le espetó a Stynda—. Voy a cambiarme.

La vieja arrugó aún más el rostro, como si tratase de enviarle a June algún tipo de amenaza o advertencia, pero si fue así, ella ni siquiera se percató.

—No tardes. Han venido a buscarte para llevarte a La Cógnota.

June alzó la cabeza y pestañeó sin mirar a Stynda, que parecía haber disfrutado con aquel anuncio.

—Cinco minutos —solicitó ella, tajante.

Suspiró y dio un saltito cuando la puerta se cerró a su espalda con un fuerte golpe que hizo desprenderse algunas piedrecillas del techo.

—Maldita vieja... —masculló June entre dientes—. Primero esta y luego, la vampira. Debo de tener alguna especie de maldito imán con las viejas chaladas.

Extrajo una camisa tejana del interior de la maleta y no pudo evitar preguntarse cómo habrían sido las cosas para los anteriores lúzaros de la Conmuta en Noctia. Ninguno de los que conocía se había hospedado en una morada bruja como aquella. A buen seguro, todos y cada uno de esos lúzaros habían salido mejor parados que ella, se lamentó. Los imaginaba en lujosas mansiones vampiras o en las modestas casitas de simpáticas brujas con poder para fabricar cualquier mejunje con el que cuidar el cutis. Y, sin embargo, allí estaba ella, en un caserón podrido y medio abandonado en mitad de un lúgubre bosque con un clan hurraño y extraño, odiado por muchos en Noctia y un encargo para traicionarlos, remitiéndole información a, nada menos, que el príncipe de los vampiros, al que además, le había robado una valiosa pieza. Traicionando a traidores. ¿Qué podía salir mal?

Se puso la camisa y se aseguró, por enésima vez, de que la moneda estaba a salvo en su bolsillo. Después se incorporó y se dispuso a dirigirse a La Cógnota, pues al fin y al cabo aquel era el verdadero propósito de su estancia en Noctia.



7 Querer menos; querer mejor

El mismo cochero que la había llevado hasta el caserón brujo el día —o la noche— de su llegada, la acompañó aquella mañana hasta la Cógnota. Tras los últimos acontecimientos vividos, June había de admitir que aquel hombre había dejado de inquietarla del mismo modo en el que lo había hecho el primer día, al fin y al cabo, ¿qué era un tipo siniestro frente un vampiro, una tumba abierta o llevar a cabo una traición en el seno de los traicionados?

Detuvo el carruaje y antes de que él pudiera abrir la portezuela, June se le adelantó. El hombre la miró sin modificar un ápice su expresión y ella le dedicó una sonrisa forzada que no obtuvo respuesta.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

Aparentemente aquel tipo iba a ser el que la trasladase de un sitio a otro, de modo que necesitaba forjar un mínimo de estrechez en aquella peculiar relación.

—No me llamo de ningún modo —respondió él con voz áspera.

—¿Te importaría que te llame Sam?

—Sam... —murmuró el cochero, como si paladease el nombre, tratando de averiguar si le gustaba o no.

—Sí, Sam. Es un nombre que me inspira confianza. A todos los buenos de las *pelis* los ayuda un Sam. ¿Te gusta?

El cochero continuó guardando silencio y empezó a caminar para que June lo siguiera. Avanzaron sobre una alfombra de hojas secas que se incrustaban al fango que había debajo. El ambiente era húmedo y una fina llovizna les dio la bienvenida.

Mientras caminaban, June distinguió un enorme edificio de aspecto anticuado —como todos allí—, una especie de catedral de mayores dimensiones que aquella otra que había encontrado en Estyria. Cuatro altas torres señalaban las esquinas de aquella construcción y unas gárgolas de grotescas facciones envolvían el perímetro del edificio, como si fueran las particulares guardianas de aquel lugar.

Sam empujó una pesada verja oxidada, que chirrió al abrirse para darles paso. June alzó la mirada y se detuvo, convencida de que una de las gárgolas se había movido. ¿Acaso era eso posible? En Luzaria hubiera estado segura de

que lo había imaginado, pero allí las cosas eran muy distintas.

—¿Vamos?

La rasgada voz de Sam la sacó de su hechizo y retomó el paso tras la delgada figura del cochero hasta llegar a un elevado portón de madera maciza. Su peculiar acompañante agarró la aldaba de la puerta, una garra sosteniendo una bola de pesado metal, y golpeó con ella la madera en repetidas ocasiones. Un seco crujido indicó que el portón había cedido, pero tras él no había nadie.

Sam se giró y se encontró tan cerca a June que esta estuvo a punto de marearse al percibir el pestilente aliento del cochero.

—Os esperaré en el carruaje.

La joven dio las gracias interiormente cuando el hombre se hubo alejado y entró en un ostentoso recibidor. Sintió que allí la temperatura ascendía aún más y dio un respingo cuando la puerta se cerró suavemente, emitiendo el mismo quejido que había proferido al abrirse.

—¿Hola?

El eco de su voz recorrió el pasillo sin recibir respuesta alguna. Anduvo sobre una mullida alfombra de terciopelo roja y caminó flanqueada por antiquísimos retratos de extraños rostros; ninguno de ellos parecía humano. Las cortinas de dos enormes ventanales que había al final del pasillo se sacudían furiosas, a pesar de que las ventanas que ocultaban al otro lado estaban cerradas.

—Vivimos tiempos inquietos en La Cógnota —dijo una voz de pronto.

June se volvió y observó una figura en lo alto de una barandilla dorada que descendía junto a una escalinata a la derecha de un enorme salón, tan ostentoso como el corredor que la había llevado hasta allí.

La mujer era joven y hermosa. Tenía un lacio cabello rojo, como una lengua de fuego, que descendía suavemente hasta su cintura. Sus ojos eran negros y lucía un largo vestido de color blanco con un generoso escote. Se sujetó la falda del mismo para descender cuidadosamente a través de la escalinata sin perder de vista a June.

—Tú debes de ser la joven humana de La Conmuta, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Soy June.

—June. Bonito nombre —concluyó la mujer cuando hubo llegado frente a ella. Extendió la mano y estrechó la de la joven cuando ella le respondió. A diferencia de los brujos, la mujer no estaba fría, sino al contrario. Su tacto era cálido, casi abrasador.

—Yo soy Anouk. Señora de La Cógnota y reina de los demonios de Ákiron,

ciudad capital de Sorutz.

—Un... placer —respondió, dubitativa. Un demonio. Igual que recordaba la Conmuta de una joven vampiro en Luzaria, June también conservaba un claro recuerdo del paso de un demonio, una muchacha que provocó un par de incidentes con algún incendio que, finalmente, pudieron solventarse sin mayores dificultades. O eso les habían dicho al resto de alumnos.

Había algo en aquella mujer que la inquietaba, aunque supuso que toda criatura en Noctia generaría en ella aquel efecto hasta que lograra acostumbrarse por completo.

June se fijó entonces en que Anouk llevaba un medallón que, por un momento, la hizo sentir escalofríos: una moneda exactamente igual a la que le había sustraído a Eugenne, el príncipe de los vampiros. Y es que había sido aquella, la de Anouk, la que había esperado encontrar, topando, sorprendente y casualmente con la de Eugenne.

—Acompáñame —le pidió la mujer—. Tenemos muchas cosas de las que hablar y poco tiempo por delante.

Adrien embistió la acera con un brusco frenazo y solo se atrevió a mirar a Tayr de soslayo. El brujo no parecía especialmente asustado por su temeraria conducción, aunque tampoco se mostraba relajado. Era evidente que aquella salida no le hacía ninguna gracia o quizás, fuese más bien la razón de la salida, puesto que siendo un noctis no debía de temer lo que pudiera encontrarse por la calle a esas horas. ¿O sí? Estaba desierta y la iluminación eléctrica, apagada. Adrien no entendía por qué no la desinstalaban por completo, si hacía años que las salidas nocturnas de la población lúzara habían sido prohibidas. Sobraba decir que los noctis no necesitaban luz.

Observó a través del cristal del coche que le había 'tomado prestado' a su padre, y solo logró distinguir las recortadas siluetas de los edificios a la contraluz de la luna llena y... nada más. Oyó un alarido y volvió la cabeza buscando a Tayr.

—Licántropos... —le dijo este con un débil murmullo.

Adrien resopló y salió del coche, recuperando el teléfono móvil de su bolsillo. Había llamado ya en dos ocasiones desde que salieran de casa, informando a Chris de hasta el más mínimo movimiento que lo acercaba a él.

Tayr salió también del vehículo y observó el entorno con recelo.

—Chris... —La voz de Adrien rompió el tenso silencio—. Ya estoy aquí. ¿Dónde estás tú?

Empezó a caminar y Tayr lo siguió con nulo convencimiento. Ni siquiera escuchaba las palabras del muchacho, que seguía recibiendo indicaciones de su chico. Cuando hubo cortado la comunicación, Adrien se detuvo y miró a Tayr.

—¿Puedes avanzar un poco más rápido? A este paso...

—¡Cuidado!

Adrien se giró por instinto ante la advertencia de Tayr y lanzó un puño que se estampó en algo frío y húmedo; algo que cayó al suelo frente a él con tan poca resistencia que le resultó difícil de creer. Lo miró, atónito aún, y observó a una extraña criatura humanoide de rostro gris, sin facciones, ni ojos ni nariz ni boca, a pesar de lo cual había emitido un grito agudo y ensordecedor. Tenía el cabello largo y desgredado y parecía ir desnudo... o desnuda. Adrien no hubiera sabido qué género atribuirle, si es que acaso gozaba de alguno. Se giró de nuevo, con la respiración disparada por la impresión y Tayr se acercó, despacio, mucho más tranquilo que él.

—Tus prisas no parecen buenas consejeras —apuntó, mirando aquel amasijo de pelo y ¿piel?

—¿Qué cojones es eso? —quiso saber Adrien.

—Una *rusalka*. Son damas del agua; moran en pantanos y ríos, a cuyos lechos arrastran a los críos para ahogarlos. De Luzaria les gusta la humedad... y el río, claro.

—¿A los críos? —Adrien espetó una carcajada histérica—. ¿Y por qué ha venido a por mí?

Tayr se encogió de hombros y su expresión tampoco estuvo desprovista de una mueca divertida.

—A lo mejor era muy vieja y le pareciste un niño —bromeó.

—¡Ja! Vamos.

Sin bajar la guardia, cruzaron la calle y se adentraron en otra más angosta. Allí, avanzaron unos pocos metros más y llegaron hasta un oscuro portal, cuya puerta no cerraba correctamente. Adrien la empujó con cuidado y esta crujió en el silencio inquietante de la noche.

—¿Chris?

—Adri...

A la voz de Christian la acompañó la luz de la pantalla de un teléfono

móvil, encendiéndose. Adrien prendió la aplicación 'linterna' y se acercó a él, que permanecía sentado en el suelo, con la espalda apoyada sobre una mugrienta pared. El olor era rancio allí dentro, un olor a abandono y cerrado. Apenas lograban ver nada, pero sí les fue posible distinguir una barandilla oscura y oxidada, que ascendía en una espiral cuadrada hacia la oscuridad.

Adrien se arrodilló en el suelo a su lado y besó a Chris en los labios, mientras Tayr se mantenía inmóvil junto a la puerta.

—¿Por qué ha venido él? —quiso saber Chris, inquieto—. ¿Qué hace aquí?

—Es un noctis —respondió Adrien—. Y no se me ocurre quién mejor para ayudarnos que alguien que los conoce como él. Además, estaba en la puerta de casa.

—Tú lo has dicho, Adrien; es uno de ellos. Es la hora en la que pueden hacer lo que les dé la gana ¿Y a ti no se te ocurre nada mejor que traértelo? Podría despedarnos aquí con total impunidad. La Ley lo ampara.

Adrien miró a Tayr y aceptó para sus adentros que Chris tenía razón. No conocía de nada al brujo. Lo único que sabía de él era que pertenecía a la raza de los noctis, hijos de la noche y criaturas que, al amparo de las tinieblas, gozaban incluso de la razón de la Ley para cometer todo tipo de atrocidades. Era su naturaleza y así se había acordado. Pero su desesperación en aquel momento había sido tal que ni siquiera se había parado a pensar en ello y lejos de una amenaza, en Tayr había visto a un protector.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, devolviendo su atención a Chris, que tardó algo más en apartar la suya del brujo.

—Se han enterado de todo. Los chicos saben que estoy contigo, que yo soy el tío cuya identidad querían averiguar. Me... insultaron y me golpearon. Me dejaron aquí tirado. ¿Fuiste tú quien les contó todo?

—Claro que no —respondió Adrien, dolido—. ¿Cómo demonios puedes pensar eso?

—Siempre has querido que lo dijera, que afrontase las cosas, que me diera igual el maldito mundo.

—Es lo que me gustaría, Chris, pero nunca has querido hacerlo y jamás te he presionado; mucho menos, traicionado.

Chris asintió, seguro de que Adrien estaba diciéndole la verdad.

Este último le pasó la mano por la cara a su chico y adivinó golpes, moretones y arañazos.

—Creo que tengo una pierna rota, Adri —murmuró de forma lastimera.

—Tienes que hacer un esfuerzo, Chris. Llegaremos hasta el coche e iremos

a un hospital.

—No. No, de ninguna manera. Si voy a un hospital, voy a tener que contar lo sucedido.

—No seas idiota —repuso Adrien—. Diremos solo que una panda de cretinos te golpeó. A los médicos no tienes que contarles lo nuestro.

—Aun así. Mi padre se enterará, me meteré en un lío. Querrá saber quién me lo hizo y ellos se irán de la lengua.

—¿Y cómo pretendes ocultar una pierna rota? ¿Y los golpes?

Chris echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, sollozando.

—Está bien, ahora lo primero es salir de aquí. Ya veremos después lo que hacemos, ¿vale?

Christian asintió.

—Vale. Gracias por venir, Adri. Te quiero.

—Yo también. Vamos, ponte en pie.

Lo ayudó a incorporarse, mientras Chris se apoyaba sobre él, cojeando y con una evidente mueca de dolor en su rostro. Se llevó la mano al muslo y trató de avanzar lentamente.

—Podrías ayudarnos, ¿no? —le reclamó Adrien a Tayr.

Aún no estaba seguro de qué podían esperar de él en aquel momento y en aquellas circunstancias, pero seguía mirando al brujo y viendo al joven muchacho que le había pedido que tocara la guitarra; seguía mirándolo y viendo algo muy alejado de una amenaza.

Tayr abrió el portal con aire indolente y se apartó, dejando claro que esa sería la única ayuda que pensaba prestarles.

Adrien negó con la cabeza y sonrió sarcásticamente, pero apenas habían salido del portal y regresado al frío crudo de la calle, una sombra oscura les cayó delante, como si hubiera llovido desde el cielo. Era alta, muy alta y su grueso cuerpo estaba cubierto de un pelaje oscuro y recio. Tenía unas terroríficas fauces que babeaban mientras torcía la cabeza, como si pudiera imaginar el sabor de la sangre que inundaría su garganta si le arrancase a los muchachos cualquier parte del cuerpo. Su cabeza parecía una mezcla entre la de un perro y un toro, aunque sus astas eran cortas y gruesas, en apariencia, poco afiladas, aunque letales, seguramente.

Chris se quedó helado y aunque Adrien trató de reaccionar, le resultó imposible mover a su chico del sitio. Trastabilló, apartándose y Christian cayó al suelo, arrastrándolo. La bestia la emprendió entonces con Tayr, que debía de gozar de recursos suficientes para plantarle cara a lo que quiera que fuese

aquello.

Adrien continuaba arrastrando a Chris en dirección al coche que había estacionado algunos metros más allá y aunque el cuerpo le pedía no dejar a Tayr allí solo, su parte racional le gritaba que no podría hacer nada por él.

A medida que se alejaban, Chris fue capaz de apoyarse en su pierna sana, pero la carrera les duró apenas unos pocos pasos. Las sombras se cruzaban frente a ellos como exhalaciones, desde un lado y otro, doblando la esquina, perdiéndose por las callejas contiguas... No podían saber qué eran; lo único en lo que podían fijarse en aquel momento era en el coche destrozado de Adrien.

—Joder... Mi padre me va a matar.

—Eso si no nos matan estas cosas antes. Haz algo, Adrien, por dios. Yo no puedo moverme.

—¿Y qué quieres que...?

—Venid conmigo.

La voz serena de Tayr interrumpió aquel amago de conversación. El brujo estaba herido; un espeluznante arañazo le iba desde el cuello hasta perderse por debajo de su camiseta negra, convertida en jirones en algunos puntos.

—¿Adónde vamos? —Empezaron a seguirlo y Adrien fue capaz, al fin, de articular palabra—. Tayr, ¿estás bien?

Chris le dedicó una mirada de advertencia y Adrien guardó silencio, más por no delatar su presencia frente a las criaturas que campaban a sus anchas que por obedecer a Chris, evitando así el enésimo conflicto con él en las últimas horas. ¿Cómo podía su chico anteponer los celos al estado en el que Tayr se encontraba? Era un noctis, sí, pero los había ayudado a deshacerse de aquella cosa; o más bien, se había deshecho él solo de la bestia que los había amenazado. Ni siquiera podía saber si había tratado de ayudarlos o simplemente se había visto abocado a luchar contra el monstruo, pero fuese como fuera, ellos estaban vivos porque él había acabado con aquel monstruo.

Anduvieron durante unos pocos metros a través de oscuros callejones, siguiendo los pasos del brujo. A sus espaldas continuaban oyéndose todo tipo de inquietantes sonidos: cristales saltando en mil pedazos, alaridos, gruñidos y risotadas frenéticas.

Adrien había cargado con Chris sobre sus espaldas, buscando una mayor rapidez en el desplazamiento.

—No podremos llegar así a casa —observó Adrien, agotado.

—No vamos a casa —respondió Tayr.

—¿Entonces, adónde...?

Se detuvieron en un oscuro callejón, donde la acera engullía una discreta escalera hacia abajo. Una puerta metálica custodiaba la entrada y cuando Tayr bajó y llamó a ella, de su interior emergió una música amortiguada y extraña. Unos ojos brillantes se asomaron a través de una mirilla y escrutaron a los tres con curiosidad. Adrien no alcanzó a oír qué le decía Tayr a quien fuese que había salido a recibirlos, pero fuese lo que fuera, sirvió para que la puerta se abriese con un seco crujido, accediendo a dejarlos entrar.

Tayr se volvió y comprobó que ni Adrien ni Chris parecían muy convencidos de atravesar ese portal.

—¿Qué sitio es ese? —preguntó el último de ellos.

—Por esta noche, el sitio que te mantendrá a salvo hasta el alba —respondió Tayr.

Prolongaron una mirada silenciosa durante unos pocos segundos y, sin añadir nada más, Adrien bajó la escalera. Chris se le acercó más al oído, abrazándolo.

—¿Te fías de este tío? —murmuró mientras avanzaban a través de un pasillo estrecho. Había humo en el ambiente, pero no el que genera el fuego, sino alguna especie de humo extraño, con un intenso olor a algo que parecía incienso, pero que no lo era.

—Por lo pronto, gracias a él seguimos con vida. Y no creo que tengamos más elección, Chris. Si seguimos en la calle, expuestos, nos matarán.

La música se hacía cada vez más audible a pesar de que no era ensordecedora. Partía de una especie de laúd, un acordeón y otro par de instrumentos más que Adrien no supo identificar y que quedaban ahogados por las palmadas y las risas que acompañaban al ritmo de la canción. Una mujer cantaba en un extraño idioma.

Llegaron hasta el umbral de una enorme puerta donde multitud de cuerpos se abandonaban al delirio de las notas, embriagados de la propia música y, probablemente, de las bebidas que muchos de ellos sostenían en sus manos.

Adrien y Chris lo observaron todo estupefactos, pero, siguiendo al brujo, no llegaron a entrar allí, sino que se perdieron escalera arriba. Atrás habían dejado una especie de taberna, como si hubieran efectuado un viaje en el tiempo, trasladándose hasta el medievo.

Después, caminaron a través de otro pasillo tan estrecho como aquel que los había recibido al entrar y Tayr abrió una de las múltiples puertas que había a uno y otro lado. Adrien lo miró antes de cruzar el umbral y encontrarse en una habitación pequeña y acogedora. Había una cama sencilla y sin sábanas, y

una mesilla de noche. Nada más.

—Enseguida vuelvo —les indicó, antes de abandonar el lugar.

Adrien colocó a Chris con cuidado sobre la cama.

—Joder... ¿Has visto lo que se cuece ahí abajo? —preguntó, entre horrorizado y fascinado.

—Sí, algo he visto. ¿Cómo estás?

Adrien tomó asiento al borde de la cama. Estaba sudando y agotado.

—Alucinando...

—Me refiero a tu pierna, Chris. Y a los golpes.

—Y yo me refiero a la fiesta que hay montada. ¿No se supone que todo esto quedó prohibido? Los locales nocturnos cerraron hace mil. Mi padre ni siquiera llegó jamás a pisar uno. Siempre lo dice.

—Sí, bueno, ya habrá tiempo para preguntarle a Tayr por eso.

—No me gusta ese tío.

—Pues por ese tío estamos aquí. De lo contrario, dudo mucho que hubiéramos llegado muy lejos con... lo que sea que fuese aquello.

—Lo defiendes continuamente, ¿no?

—No necesitaría defensa si no te empecinases en ir contra él. No ha hecho nada que lo justifique. Solo salvarnos el culo.

—Comerse a mi chico con la mirada podría ser una buena razón.

—¿Qué idiotez estás diciendo?

—¿Te parece una idiotez, Adrien?

—Lo que me parece una idiotez es estar a las dos de la madrugada en la calle, contigo lleno de golpes y una pierna rota y estar discutiendo sobre esto —exclamó alterado—. Dame una jodida tregua, Christian.

Chris dejó caer la cabeza hacia atrás, sobre la almohada y ya no dijo nada más.

Tayr llegó hasta la taberna y se abrió paso entre la multitud que continuaba escuchando a la mujer, entonando ahora una melodía más pausada. Detrás de ella había una enorme chimenea, donde el fuego restallaba como si se tratase de su particular compañero en aquella actuación.

El brujo tomó asiento en la barra y durante unos segundos, sus ojos fueron presos de la peculiar artista, que mantenía a todos embelesados.

—No escarmientas —habló una voz al otro lado de la barra—. Oí que vendrías a Luzaria y te juro que no di crédito. Sabes que no te quiero aquí.

Tayr se giró con calma y exhibió una sonrisa ladeada.

—Moran, viejo amigo. Yo también me alegro de verte —respondió con ironía—. ¿Cuánto te cuesta tener a un demonio actuando aquí? Tengo entendido que no son, precisamente, poco exigentes.

—No tan caro como me costaría que alguien te descubriera a ti —respondió Moran, ignorando su verborrea anterior—. No te quiero en mi taberna.

—Vamos, tranquilo. Estoy siendo discreto; no quiero problemas.

El hombre secaba vasos con aparente desidia, pero su expresión no decía lo mismo. Sus facciones eran severas y mostraba una mueca tensa y rígida. Algunos de los blancos mechones que recogía en su coleta, escapaban, trazándole líneas en el rostro que le conferían un aspecto más inquietante, al igual que sus labios, finos y apretados, envueltos por una espesa barba. Tenía cicatrices en el rostro y un tono de piel pálido.

—Aun así. Con discreción o sin ella, repito: no te quiero aquí.

Tayr había borrado su sonrisa y se irguió ligeramente sobre el taburete que ocupaba.

—Me iré enseguida. Solo necesito un poco de ayuda.

Moran observó el zarpazo que recorría el cuello de Tayr hasta su clavícula y perdiéndose más abajo.

—Busca a Rum, que te dé el brebaje y lárgate.

Ninguno de los dos había vuelto a decir nada más. Chris dormitaba en la cama, con el rostro perlado en sudor y entre escalofríos. Adrien lo miraba con la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados. Le había echado su chaqueta por encima y había logrado dejar de dar paseos de un lado a otro como una bestia enjaulada, pero por más que trataba de pensar en una solución a aquella desastrosa noche, no tenía ni la menor idea de por dónde empezar o qué hacer.

La puerta se abrió sin que nadie llamase y él se sobresaltó, igual que el

propio Chris, que abrió los ojos de repente y tragó saliva, alterado.

Una hermosa mujer de cabello negro y corto accedió a la habitación con una pequeña bandeja entre la manos, sobre la que había una botellita con un líquido escarlata. Les sonrió a lo dos con socarronería y colocó lo que portaba sobre la mesilla. Vestía de forma desenfadada, con un estrecho pantalón negro y un jersey que mostraba su abdomen, así como uno de sus hombros.

—Este ungüento sanará todas vuestras heridas —anunció con voz melosa—, pero recordad: un día, un ungüento. Por hoy no hay más.

Volvió a marcharse y los dos permanecieron en silencio durante unos segundos hasta que Chris cogió la botellita.

—¿Y qué demonios es esto? ¿Y si es sangre?

—¿Cómo va a ser sangre? —respondió Adrien, acercándose—. Es demasiado clara.

—¿Sangre con agua?

—¿Pero dónde crees que estamos, Chris?

—No lo sé, pero ¿vas a decirme que piensas que esa mujer era humana o una elfa, una feérica? Vamos, Adri. Ese imbécil nos ha traído hasta aquí y él es un noctis. Seguro que toda esa gente de ahí abajo lo es también. Y este sitio tiene muy mala pinta, no creo que sea legal.

Adrien guardó silencio durante unos segundos, masticando interiormente las palabras de su chico. ¿Era eso posible? ¿Podía estar Tayr al tanto de la existencia de un local ilegal de noctis en el corazón de Luzaria? Zozobró en sus propios pensamientos buscando una explicación lógica, por débil que resultase.

—Por la noche, ellos pueden salir por la ciudad. ¿Por qué iba a ser ilegal?

—Hasta donde yo sé, no pueden tener propiedades en Luzaria, ¿no? Un local implica un lugar en el que poder ocultarse durante el día. Parece mentira que seas el hijo de un miembro del Consejo.

Chris desenroscó el tapón de la botellita que contenía aquel mejunje y se la acercó a la nariz.

—¿A qué huele? —preguntó Adrien, dejándose caer a su lado.

—A nada...

—Esa mujer dijo que curaría todas nuestras heridas. Tómalo y reza por que sea cierto.

—¿Y si no lo es? ¿Y si esto es algún tipo de veneno?

Adrien chascó la lengua y le arrebató la botellita a su chico. Tomó un pequeño sorbo y el silencio se alzó entre los dos, como si esperasen a que

sucediera algo.

Chris le paseó el dedo sobre el pómulo a Adrien, que frunció el ceño, desconcertado.

—¿Qué? —murmuró.

—Tenías un arañazo ahí. Ya no.

Adrien colocó la pierna sobre la cama y se remangó el pantalón, comprobando cómo también la herida que se causase días atrás al saltar la verja, cerca del Muro, había desaparecido.

—Increíble... —murmuró sonriendo.

Chris se llevó la botellita a la boca, mucho más tranquilo y convencido.

—No te lo bebas todo. Tayr estaba herido también y esa mujer ha dicho que...

Chris vació el contenido en su garganta y dejó caer la botellita con desdén sobre el regazo de Adrien, que le dedicó una inquisitiva mirada.

—A la mierda con él —le susurró el muchacho, con la boca casi pegada al oído de su chico—. Es un noctis, supongo que se regenerará comiendo cuellos humanos o algo así. Y si no, que le den. No quiero que hables más de él.

Adrien se puso en pie y dejó la ampolla sobre la mesilla con visible enfado.

—Estoy harto de que me trates como si fuera tu maldito esclavo porque además, te recuerdo que...

La puerta se abrió de nuevo y esta vez fue el propio Tayr quien la cruzó. El silencio se alzó durante unos segundos en los que ninguno de los tres se movió. Después, el brujo caminó hasta la mesilla sin decir nada y recogió la botellita, mientras Adrien cerraba los ojos, maldiciendo interiormente. No le había pasado inadvertido el arañazo cuya sangre seguía brillando fresca en el cuello de Tayr, que colocó de nuevo la ampolla sobre la mesilla sin decir nada.

—Lo siento —murmuró Adrien—. Pensamos que... que a ti no te haría falta.

—Os llevaré a casa —respondió Tayr.

—No puedo caminar —le recordó Chris—. ¿Vas en llevarme en brazos?

Tayr caminó hacia él y lo agarró de la camisa, levantándolo de la cama y estampándolo contra la pared.

—Sí puedes caminar, ¿lo ves?

En ese momento, Chris se dio cuenta de que el brujo estaba en lo cierto y no solo se sostenía en pie, sino que el dolor había desaparecido, de su pierna y del resto de su cuerpo. También los moretones y golpes parecían mucho más difuminados.

—Vamos —zanjó Tayr, saliendo de allí.

Adrien lo siguió y Chris trató de retenerlo, pero el joven se zafó con un gesto brusco y ni siquiera lo miró antes de seguir, nuevamente, los pasos del brujo.

Regresaron a la calle, dejando atrás el ambiente de jolgorio que había en la posada. Chris y Adrien se detuvieron, perplejos, al encontrarse fuera con una especie de motocicleta, pero mucho más grande. Recubría su estructura un metal negro y brillante con un manillar plateado y una especie de cápsula de vidrio tintado por encima de un sillín largo, a modo de techo.

Tayr tomó asiento y se apartó el pelo de la cara con la mano mientras esperaba a que Adrien y Chris hicieran lo propio. El primero de ellos avanzó un pasito, pero su chico se adelantó, sentándose detrás del brujo y dejando a Adrien en la última plaza.

Cuando estuvieron los tres montados, surcaron la ciudad a una velocidad considerable, dejando a uno y otro lado todo tipo de sombras, movimientos, luces y sonidos, a cuál más inquietante. Chris le había indicado a Tayr cuál era su dirección y hasta allí llegaron en apenas unos pocos minutos. Se detuvo, al fin, frente a un edificio alto de elegantes apartamentos, todos ellos con las persianas echadas, tal como dictaba la Ley.

Chris bajó y se dio media vuelta.

—Quédate conmigo —le propuso a Adrien.

—No puedo.

—¿Podemos, entonces, despedirnos en privado?

Adrien pasó la pierna por encima del sillín y caminó con las manos metidas en los bolsillos hasta llegar al portal. Los ojos le brillaban y aunque le costase la misma vida, deshizo el nudo que le atenazaba la garganta para que su voz sonase lo más firme posible.

—Se acabó.

—¿Cómo? —preguntó Chris—. ¿Se acabó el qué?

—Esto. Puedes considerar que esta ha sido la última gilipollez que hago por ti. Se acabó el esconderse, el mentir, el huir. Se acabó el engañarse. Se acabó esta relación.

Chris suspiró profundamente y apoyó su espalda sobre la pared, mientras miraba a Adrien.

—Oye, sé que esta no ha sido mi mejor noche. He estado nervioso y lo he pagado contigo. Además, ahora se avecinan días duros y... Podremos con esto, Adri.

Se irguió de nuevo y avanzó un paso hacia su chico, pero él extendió la mano, deteniéndolo y se hizo a un lado al tiempo que negaba con la cabeza.

—Adrien, hemos aguantado lo indecible.

—No, yo he aguantado lo indecible. Insultos, palizas, humillaciones, mentiras y bromas de pésimo gusto como llevarme al Muro el otro día al bordo del Toque de Queda. Imposiciones, exigencias, recriminaciones y culpas; retorcer cada mierda que nos pasa para que acabe sintiendo que nunca hago lo suficiente y que tú mereces más.

—Baja la voz o aquel imbécil te oirá.

—Me importa una mierda —gritó Adrien. Las lágrimas ya habían empezado a resbalarle por las mejillas; lágrimas de ira, de rabia consigo mismo, con Chris—. Ese imbécil nos ha salvado y ni siquiera has podido... ¡Está herido y te da igual!

—No exageres, Adri, es un monstruo de esos.

—¡Noctis! Es un noctis y tal vez debiera asustarte saber que no veo en él más monstruosidad que en ti. Se acabó.

—Es por él, ¿no? ¿Te has colado? ¿En una semana?

Adrien empezó a caminar de regreso hacia aquella especie de motocicleta en la que Tayr aguardaba, mientras Chris lo seguía, vociferando.

—¿Qué demonios esperas? —bramó—. ¿Cómo puede atraerte alguien como él? Yo te quiero, Adrien. Perdóname si a veces me ha podido el miedo a la intolerancia o... yo qué sé. Te quiero. No sabes cuánto.

Adrien montó de nuevo en la moto, detrás de Tayr.

—Hubiera preferido que me quisieras menos, Chris. Que me quisieras mejor.

Tayr arrancó sin más demora y el rugido del motor se perdió entre los alaridos de la noche. A la velocidad a la que el brujo circulaba, apenas tardaron unos pocos minutos en llegar hasta su destino, y hubiera podido ser alguno menos si no se hubiesen visto obligados a modificar el itinerario hasta en un par de ocasiones, evitando encuentros indeseados. A Adrien le sorprendió lo mucho que Tayr parecía conocer la ciudad, pero en aquel momento, eso era algo que no le importaba demasiado.

Bajó frente a la fachada *beige* de su casa en cuanto se hubieron detenido allí.

—¿Cómo estas? —le preguntó a Tayr.

—Estoy bien. Entra y procura que no te vean. Mañana será otro día.

Adrien suspiró. Aún era noche cerrada y había poca iluminación allí, pero

sus ojos y sus mejillas enrojecidas eran fácilmente distinguibles para Tayr.

—Otro día... —murmuró Adrien—. Uno muy largo.

—Algo más que la noche o al menos, de lo que te queda para dormir.

—Gracias por todo lo que has hecho hoy. Y siento mucho que Chris... Debí impedirle que se tomase todo aquel mejunje, pero...

—Adrien, vete a dormir antes de que tus padres se enteren. Estaré bien.

—¿Qué lugar es ese?

—Mañana haz todas las preguntas que quieras. Ahora no. Tengo que regresar y devolver esto.

—¿Vas a volver allí?

—No es mío. Y creo que llamaría bastante la atención por aquí.

Señaló con la cabeza la moto en la que continuaba montado, y Adrien asintió, reculando.

—Ten cuidado.



8 Matar lo muerto

June se había quedado sola en una enorme sala con la pared de roca y unos interminables anaqueles repletos de brebajes y mil ingredientes más, a cada cual más extraño que el anterior. No podía negar que aquellos mejunjes habían llamado su atención con la curiosidad deseada en un buen alumno, al menos hasta que había dado con un viejo arcón en el fondo de la sala. Era la clase de lugar en el que alguien guardaría un tesoro, un montón de monedas como la que los piratas encontraban en los lugares más insospechados, pensó. Tal vez su desbordante imaginación estuviera jugándole una mala pasada, pero no podía dejar de pensar en ello.

Anouk, portaba en su cuello una moneda idéntica a la que había «tomado prestada» en casa de Eugene y la fortuna estaba sonriéndole en demasía como para ignorarlo. Había llegado con el propósito de conseguir una y ante ella, sin el menor esfuerzo, había encontrado dos, aunque dudaba mucho que pudiera hacerse también con la de Anouk. ¿Acaso habría más en el interior de aquel arcón?

Echó un vistazo rápido a la puerta y se alejó de las estanterías, acercándose al viejo baúl. Acarició su rugosa superficie y constató lo que ya sabía, que estaba cerrado por un viejo y oxidado candado que, aparentemente, no tenía apertura en la que introducir una llave. ¿Cómo era eso posible? June acarició el arcón por los costados, tratando de localizar alguna otra forma de apertura y, de nuevo, desvió su mirada hacia la puerta para asegurarse de que Anouk no regresaba. Pero Anouk estaba allí, de pie, inmóvil y a June le faltó tiempo para erguirse de inmediato, aterrada ante lo que su osada actitud pudiera comportarle.

—¿Buscas algo? —preguntó el demonio, acercándose.

—*Ka... kalila* —mintió.

Era el único nombre que recordaba de entre todos cuantos había leído en aquellos tarros.

—Es *kalilia* —la corrigió Anouk—. Y está aquí.

Recogió la ampolla con un líquido de color rosado y la colocó sobre la mesa de madera maciza que había junto a los estantes.

—Acércate, vamos —la apremió.

June aún temblaba. El demonio no había dicho nada al respecto, pero no

podía estar segura de que aquel capítulo fuese a caer en el olvido.

—Lo siento. No la vi —se disculpó ella.

—Tranquila —respondió Anouk. Su sonrisa era cautivadora en su perfecto rostro—. Como te iba diciendo, los brujos son los noctis más antiguos sobre la tierra —continuó explicándole—; tanto como los demonios... en los infiernos. Y también los más odiados. Durante años hicieron crecer su imperio a base de conquistas y sangre. La emperatriz Tanray fue especialmente cruel y a su largo tiempo de gobierno se lo llamó 'El Imperio de la Sangre'. Su hija y sucesora, Listhy, trató de modificar las cosas y dio inicio a la era de las adhesiones. A través de la magia bruja, conocida como *imperomancia*, la joven emperatriz era capaz de doblegar a cualquier tipo de noctis: demonios, vampiros, licántropos. Ninguna voluntad podía escapar a su poder... ni a sus espadas, claro. Después, y a diferencia de su madre, solía ofrecer buenas condiciones de vida a sus nuevos socios. Nunca quiso hablar de conquistas o de subyugación. Y lo cierto es que muchas emperatrices brujas fueron benevolentes en el trato después de ella.

—Emperatrices —repitió June, admirada ante la idea.

El hecho de que hubiese remarcado solo a mujeres al frente del imperio brujo le agradaba. Conocía perfectamente la historia y aquel punto le causaba una enorme admiración; más aún después de que se lo constataste una noctis.

—Las mujeres siempre tuvieron prioridad en el trono de Ántico, la ciudad capital —confirmó Anouk, complacida—. Según dictaban sus leyes, ellas habían de gobernar y ellos, dirigir ejércitos. Siempre hubo excepciones porque algunas emperatrices solo tuvieron hijos varones en su descendencia, pero no fueron demasiadas.

—Entiendo.

—La ocupante o el ocupante del trono debía llevar a cabo el Rito de Paxia.

—Rito de Paxia... —repitió June—. O Rito de Buena Voluntad, ¿no es así? Anouk hizo más amplia su sonrisa.

—Vaya —exclamó—. Eres una alumna fantástica, June. No recuerdo a un lúzar tan aplicado como tú en los últimos años.

—Lo cierto es que hay mil aspectos de vuestra historia que me resultan fascinantes.

No estaba mintiendo. Había oído mucho sobre las antiguas guerras que habían assolado Noctia alguna vez, resquebrajando sus tierras y dividiéndolas en regiones independientes, las denominadas *terras*, en las que cada raza se mostraba reacia a mezclarse con otras. Al contrario de lo que sucedía en su

Luzaria natal, donde humanos, elfos, feéricos y mareas se habían unificado en un solo territorio común, desarrollando un extraordinario nivel de convivencia.

—¿Y qué sabes sobre el Rito de Paxia? —quiso saber Anouk.

—El Rito de Paxia era el que había de llevar a cabo toda emperatriz o emperador, renunciando a las armas —recitó June, sin el más mínimo atisbo de duda—. No podía volver a tocar una nunca más hasta su sucesión en el trono. Era una forma de mostrar sus intenciones de paz para con las *terras* anexionadas. Me resulta curioso.

—¿Y eso por qué?

—Porque aunque ella o él no podía volver a tocar un arma, conservaba enormes legiones armadas hasta los dientes.

—Sí, cierto. —Anouk mezcló el contenido de dos ampollas, derivando este en una reacción violácea que humeaba, desprendiendo un agradable aroma. El demonio hablaba de un tema muy delicado, pero no había perdido en su rostro la expresión serena—. Las *terras* siempre fueron cayendo a golpe de espada y magia, como te he dicho antes. Pero la emperatriz rechazaba las armas de por vida y eso pretendía demostrar su buena voluntad para con los adheridos.

—Pero Noctia no es un territorio único, ¿no es así? Es decir, las *terras* son independientes de nuevo.

—Así es. Realmente Noctia nunca fue una sola, pues nunca se llegaron a conquistar las trece *terras*. Como no podía ser de otro modo, la sublevación acabó por llegar y el imperio brujo quedó muy mermado. Ahora las cosas están tranquilas... por suerte. La emperatriz Liatli le ha otorgado al trono de Ántico la estabilidad que le faltaba.

—Había oído que era un emperador quien lo ocupaba en los últimos años. El emperador Doroyan. ¿Qué le pasó?

—Doroyan Vakko murió víctima de una terrible enfermedad, larga y devastadora. Su hija no se atrevió a ocupar el trono y fue su sobrina, la princesa Liatli quien lo hizo.

—Vaya, ¿Por qué no se atrevió su hija?

—Por miedo, naturalmente. Y no la culpa. El trono brujo de Ántico se ha granjeado muchos enemigos a lo largo de la historia, y la princesa solo tenía nueve años en aquel entonces. Tómame esto.

Anouk le ofreció el brebaje obtenido y aunque a June, el olor le parecía agradable, no pudo evitar que el estómago le diese un vuelco. ¿Debía fiarse de aquel demonio?

—¿Qué es? —se atrevió a preguntar.

—Solo hará que te acostumbres mejor a la visión nocturna. En Noctia eso te ayudará. Quiero que conozcas la alquimia en su expresión más sencilla; creo que como primera lección no está mal, ¿no?

Anouk la miraba fijamente y June no podía evitar pensar en si aquello se trataría de alguna especie de castigo o escarmiento por haberla sorprendido husmeando en aquel arcón. El demonio no había hecho alusión a ello en ningún momento, pero ¿y si la venganza se servía fría y en violeta?

Decidió no darle más vueltas y engullir aquel preparado, que dejó en su garganta una refrescante sensación.

Anouk sonrió y recogió el frasco vacío.

—Creo que esto es todo por hoy, June. Ya puedes irte y nos veremos mañana, si te parece bien.

—Claro. Buenas... noches.

—Buenos días.

—*Ehm...* si, eso, buenos... buenos días.

«Un día muy largo o al menos más que el tiempo que te queda para dormir esta noche». Eso le había dicho Tayr horas antes, cuando el sol aún no había salido, pero lo cierto era que Adrien no había conseguido pegar ojo ni un solo minuto. La noche anterior había sido una montaña rusa de emociones y a la cruda realidad que lo azotaba al despertar, se sumaba la incertidumbre sobre Tayr; no sabía si habría regresado sin problemas ni cómo se encontraría tras la herida sufrida y de la que no había podido sanarse por culpa de Chris. Chris. En él prefería no pensar.

Cuando salió de su habitación, escuchó la voz furiosa de su padre y adivinó una nueva discusión entre él y su madre, una situación que no había dejado de darse de un tiempo a esa parte. Adrien apoyó la espalda en la pared del pasillo y suspiró hondamente, con la vista clavada en el suelo. Así permaneció hasta que la respuesta a su padre llegó desde una voz muy diferente a la de su madre. Desde allí no podía distinguir lo que estaban diciendo, pero tuvo claro que no había sido Lorna la que había replicado. Retomó el paso y llegó hasta las escaleras, comprobando que, efectivamente, era Tayr quien soportaba estoicamente la regañina de Ander.

—¿Qué pasa? —quiso saber Adrien.

El hombre se volvió, mientras que Tayr, sentado en el sofá, alzaba la mirada hacia el recién llegado.

—Adri, ¿puedes dejarnos solos?

—¿Qué ha pasado? —insistió él.

Ander suspiró, consciente de que la testarudez de su hijo no se conformaría con ninguna otra respuesta.

—Tayr ha salido esta noche y el coche ha quedado completamente destrozado. Trato de hacerle entender que podemos negociar salidas nocturnas, puesto que es un noctis, pero debe informarme y, por supuesto, evitar cosas como esta. Coger mi coche sin permiso ha sido una imprudencia con graves consecuencias, muchacho —añadió, dirigiéndose de nuevo al brujo.

—No fue él —respondió Adrien, acercándose.

Tayr se puso en pie y negó con la cabeza, pero Adrien no estaba dispuesto a retroceder.

Ander frunció el ceño mientras se volvía de nuevo hacia su hijo.

—¿Cómo?

—Que no fue él; fui yo quien salió anoche. Tayr me sacó de un par de líos, y de no ser por él... probablemente estaría muerto.

—¿Saliste tras el Toque de Queda?

Ander se colocó frente a su hijo, con los brazos en jarra.

—Así es.

El hombre le dedicó una fugaz mirada a Tayr, que guardaba silencio aún de pie.

—Estás castigado —le anunció a Adrien—. En cuanto acaben las clases, te quiero aquí de vuelta. Este fin de semana no pisarás la calle. Y te advierto que esto no quedará así.

—Vale. Lo siento.

Ander recorrió el salón a largas zancadas y el portazo en su despacho marcó el fin de aquella desagradable situación.

—¿Por qué estabas asumiendo la culpa? —quiso saber Adrien.

—Porque supone menos líos para todo el mundo que haya sido yo quien saliera. Debiste guardar silencio.

—¿Y dejar que te comieras tú el marrón? Nada de eso. Es lo único que me faltaba para sentirme una completa basura. Te arrastro fuera de noche, te hieren, te dejamos sin ese mejunje y encima... Lo siento, pero no.

Tayr le dedicó una larga mirada y se apartó el pelo de la frente. Llevaba un jersey de cuello alto y su rostro aún estaba perlado en sudor.

—¿Te duele? —preguntó Adrien, acercándose.

—Apenas. Vamos, será mejor que te prepares o llegaremos tarde.

June bajó del carruaje con la sensación de haber perdido un tiempo maravilloso, no por todo cuando había aprendido sobre los brujos, que había sido mucho y muy interesante, sino por no haberse atrevido a preguntarle a Anouk por la moneda que llevaba colgada al cuello. Sin embargo, el demonio la había sorprendido husmeando entre sus cosas y June no había querido tentar más a la suerte.

En el camino de regreso al caserón brujo, había tratado de contactar con su familia, pero no lo había conseguido, pues la cobertura seguía pareciendo allí unpreciado y utópico lujo del que rara vez disfrutaría.

Carraspeó y trató de relajarse cuando comprobó que una niña aguardaba bajo el umbral de la puerta. Sabía que había niños noctis, pero nunca había visto a ninguno y la visión de aquella pequeña le erizó el vello.

Anouk le había hablado prácticamente de todos los habitantes del caserón, incluso del ausente Tayr, que ahora debía de estar viviendo en su casa, junto a su hermano, que parecía haber caído rendido ante él, pero no había llegado a hablarle de aquella chiquilla.

A medida que se acercaba, June constató que su visión entre las sombras había mejorado ostensiblemente. Ya se había dado cuenta de ello durante el trayecto de regreso, en el que había sido capaz de distinguir la forma de criaturas que antes habían sido solo sombras y sonido entre la maleza. Parecía que, después de todo, Anouk no iba a cobrarle a June su curiosidad.

Se detuvo al llegar junto a la pequeña, que la miraba con la habitual mueca inexpresiva de los brujos, y se agachó a su lado.

—Hola —la saludó. La niña no respondió—. Me llamo June, ¿y tú?

Suspiró, resignada a no recibir respuesta alguna de la pequeña. Ni siquiera los niños diferían del trato distante y poco amistoso que había recibido de la gran mayoría de todos allí; la gran mayoría salvo Lorya e incluso esta le había dejado claro que no era su amiga y que no contase con ella de un modo protector o leal.

Entró en la casa, cruzándose con algunas brujas que la miraban con aquel

recelo al que estaba empezando a acostumbrarse. Solo entonces se dio cuenta de que la chiquilla la seguía. Llegó hasta su habitación y se detuvo al comprobar que Lorya estaba allí, semirecostada sobre su viejo colchón.

—Hola. ¿Cómo ha ido? —le preguntó.

—Estás en mi...

Lorya la miraba, pestañeando con curiosidad. No era su amiga, ya se lo había dejado claro. ¿Sería, acaso, esa su habitación? ¿Solo de ella? Pensar que no le hizo sentir un escalofrío porque sus pertenencias estaban allí, pero aparentemente los brujos no tenían un gran sentido de la intimidad, aunque así se lo hubiese asegurado la propia Lorya a su llegada.

—Bien —respondió, incómoda. Se acercó hasta su bolsa y fingió buscar algo mientras se limitaba a comprobar que todo estaba tal y como lo había dejado. La niña se mantuvo inmóvil bajo el umbral—. He conocido a un demonio. Anouk. Me ha estado hablando sobre los de tu especie; cree que así me sentiré más cómoda aquí. Y lo cierto es que no ha dado tiempo a mucho más.

—Anouk es uno de los demonios más antiguos de Noctia, muy sabia, según dicen, pero no hay que fiarse nunca de un demonio. Ten cuidado.

June la miró, inquieta. Tal vez no debiera fiarse de Anouk, pero ¿y de ella? ¿Podía realmente fiarse de alguien allí?

—¿Habéis tenido algún problema con los demonios?

—Hemos tenido problemas con todo el mundo. Los demonios se creen con derecho a decir a todos lo que deben o pueden hacer. Y lo que no. Antaño fueron poderosos; mucho. Pero ya no lo son y lo saben.

—Tengo la sensación de que en Noctia hay una paz muy tensa.

—Eres observadora —apuntó Lorya, sonriendo—. ¿Te vienes a hacer algo esta tarde?

—Estoy... un poco cansada. Preferiría dormir un rato.

—De acuerdo. Como quieras.

—¿Vais todos?

—Nunca salimos todos —la interrumpió bruscamente—. Hay que cuidar del caserón.

—¿Cuidarlo? ¿Teméis que alguien entre durante vuestra ausencia?

—O que alguien salga —respondió la bruja, mientras se ponía en pie—. Nunca se sabe.

June sintió tensarse cada músculo de su cuerpo, pero trató de que su nerviosismo pasase inadvertido.

—Bueno, yo vigilo. —dijo con una risa nerviosa. Sintió que su corazón se disparaba pero si lograba quedarse sola en el caserón, tal vez pudiera averiguar algo sobre las supuestas intenciones que podían estar cosechando los brujos, aunque cada paso que daba en esa dirección la hacía sentir desnuda ante aquellas criaturas, como si pudieran saber lo que trataba de llevar a cabo.

—¿Tú quieres vigilar el caserón?

—No es que quiera vigilarlo. Lo que digo es que si os apetece ir a todos, lo hagáis. Como tú misma me dijiste, mi identidad es mi mayor seguro, ¿no?

—Sí. Eso dije. No te preocupes June. No te cargaríamos con esa responsabilidad.

Lorya salió de allí, pero la pequeña con la que se había cruzado entró y se sentó sobre el viejo colchón ante la atenta mirada de June. ¿Valía la pena seguir tratando de hablar con ella?

—¿Te gustan los juegos? —le preguntó, mientras sacaba un parchís de su bolsa.

Se sintió ridícula al estar ofreciéndole aquello a la niña, pero lo que tenía claro era que si quería avanzar en aquella situación, debería trabajar la confianza con alguno de los brujos y solo podía esperar que la inocencia de un niño fuese la misma en aquel oscuro mundo.

La chiquilla la miraba desde sus ojos grises, que asomaban a través de las sucias greñas negras que descendían encrespadas hasta su cintura.

—¿Cómo se juega a eso? —preguntó la cría.

El día en el instituto había sido un completo desastre. De Chris no había sabido absolutamente nada y aquello no le había sorprendido lo más mínimo. Supuso que después de que descubrieran la relación que había existido entre ambos, Christian se las ingeniaría para desaparecer durante un tiempo y eso, si no acababa convenciendo a su padre para que lo matriculase en otro instituto. Así era Chris: una eterna huida hacia adelante.

Por su parte, había soportado estoicamente los insultos y burlas de siempre, aunque en esta ocasión, los muchachos no habían tenido oportunidad de golpearlo. Algo era algo. Con Tayr no había llegado a coincidir en ninguna clase aquel viernes, pues sus días de Programa Especial de Conocimiento con noctis eran los lunes, martes y jueves. aunque sí se había preocupado en

buscarlo y guiarlo cada vez que había tenido la oportunidad, cosa poco necesaria, pues a Tayr no le faltaban voluntarios y, especialmente, voluntarias que lo ayudasen a localizar los diferentes emplazamientos y aulas. Y en esa labor merecía especial mención Azra, una joven elfa que no se había separado de él en todo el día, según había podido saber. Su madre era Aines Drasla, miembro del Consejo de la Luz y buena amiga de Ander.

Por la tarde, sin embargo, Adrien no se había atrevido a buscarlo, ya ni siquiera en casa. Tayr se había encerrado en su habitación y él supuso que aquella herida estaría suponiéndole un buen quebradero de cabeza por más que él tratarse de negarlo.

Permanecía sentado en la escalera que daba acceso a su casa, con el disco anaranjado del sol descendiendo en el lejano horizonte y proyectando largas sombras en el jardín. Sus dedos llevaban rato jugueteando con las cuerdas de aquella guitarra de la que tanto le había dolido separarse en su momento y que ahora parecía clamar su nombre a gritos, exigiéndole, de algún modo, recuperar el tiempo perdido. Y entonces, las solitarias notas se entrelazaron en una bonita melodía a la que acompañó su propia voz. Cerró los ojos abstrayéndose de todo cuanto lo rodeaba; tanto que ni siquiera fue consciente de la figura que, tras él, escuchaba con atención. Cuando la canción había llegado a su fin y las notas sonaron de nuevo de manera salteada, Tayr se sentó a su lado y la armonía se tornó en un manotazo sobre la guitarra que puso fin a la magia.

—Dime que no llevas aquí el tiempo suficiente para haberme oído.

—Lo llevo.

—Joder... Estoy más que atrofiado con esto.

—No me lo parece. No sabía que también cantases.

—Bueno, hago lo que puedo. Me libera, es una forma de... sacar cosas fuera y no permitir que se pudran dentro.

Tayr bajó la mirada y se colocó las gafas de sol que, habitualmente, llevaba sobre la cabeza. Así, pudo admirar el ocaso que ocultaba el disco dorado del sol tras los edificios de la ciudad.

—Tengo mil preguntas —le dijo Adrien, apoyando la espalda sobre la pared opuesta a Tayr y quedando de frente a él. El brujo sonrió.

—Dispara.

—¿Qué sitio es aquel al que nos llevaste?

—'La Gruta'. Es una taberna.

—¿Una propiedad noctis en Luzaria?

—Sí.

—Eso está prohibido.

—Tanto como salir tras el Toque de Queda, ¿no?

Adrien abrió la boca, pero se desinfló antes de acabar claudicando ante tal evidencia.

—Sí, más o menos. ¿Quién lo regenta?

—Un licántropo. Moran no es mal tipo; bastante receloso, cauto y obsesionado por que se cumplan las leyes.

—Obsesionado por que se cumplan las mismas leyes que él transgrede. Curioso.

—Solo un poco. Pero no habrá líos en su local... si no dices nada.

—En su local nos salvaron de una buena, así que... tienes mi palabra. ¿De qué lo conoces? ¿Habías estado antes en Luzaria?

Tayr apoyó la cabeza sobre la tapia y le dedicó a Adrien una sonrisa ladeada.

—Solo una vez. A Moran me une... me unía —se corrigió— una vieja amistad, aunque realmente su amigo era mi padre.

—Solo una vez —repitió Adrien—. ¿Entonces no eres de esos que cruzan los portones cada noche para darse un paseíto por Luzaria?

—No, en absoluto.

Adrien asintió, forzando una sonrisa mientras seguía mirando a Tayr. El rojo de la herida seguía asomando ligeramente desde su jersey y él lo había visto llevarse la mano hasta el hombro en más de una ocasión a lo largo del día.

—¿Cómo estás? ¿Te duele?

—Estaré bien.

—¿Por qué no haces con esa herida lo mismo que hiciste con mis... golpes? Ya sabes.

—No puedo utilizar mi poder conmigo mismo y aunque pudiera, creo que fue suficiente contigo. Está prohibido que el noctis de la Conmuta emplee magia en Luzaria.

Adrien se irguió ligeramente, como si tratase de asegurarse de que su padre no los oía.

—Ya lo sé, pero... La mujer que nos dio el mejunje dijo que solo uno por día. Podrías regresar hoy.

—A Moran no le hace mucha gracia que visite su local. Anoche ya tenté la suerte, pero Rum me debía un favor.

—Rum...

—La chica que os entregó el preparado, su hija.

—¿Por qué no te quiere en el local?

—Son sus normas y no hay más.

Tayr se puso en pie de forma costosa y, sin mediar más palabra, se perdió en el interior de la casa. Adrien lo vio desaparecer y un temerario pensamiento anidó en su mente.

—..., seis, siete, ocho y nueve. La ficha entra en casa y se acabó. Has vuelto a ganar.

La niña volvió a recoger las fichas y las colocó en la casilla de salida. Nada en su rostro evidenciaba si se estaba divirtiendo o no, y no era que June que se lo estuviera pasando en grande; ni siquiera había sido idea suya meter aquel parchís en su equipaje, pero no podía negar que la entristecía ver a alguien de tan corta edad sumida en aquel modo de vida e incapaz de esbozar una sonrisa. Había tristeza en los ojos de la pequeña o, tal vez, fuese la expresión inherente a un brujo. Junto con el odio. Eso era. Aquella chiquilla no la había mirado con la misma expresión que el resto y eso podía ser un fino hilillo del que empezar a tirar.

—¿Cómo te llamas?

La niña lanzó el dado y movió la ficha de color rojo. Alzó la mirada y, por un momento, pareció valorar a su rival en aquel juego.

—Me llamo Zoe —respondió, al tiempo que fijaba sus ojos grises, de nuevo, en el tablero.

—Zoe, yo soy June.

—Ya lo has dicho antes.

—Sí, bueno, por si no... te acordabas. Y *ehm*... ¿cuántos años tienes, Zoe?

—No lo sé.

June pestañeó y se afanó a tirar el dado cuando la cría la miró, sin disimular una mueca impaciente.

—¿Los brujos no tenéis edad?

—La edad son los años de vida, según sé. Si yo no estoy viva, ¿cómo puedo tener edad?

—No estás viva... —La observación fue una duda, pero el asombro la tiñó, desdibujándola—. ¿Estás muerta?

Zoe se encogió de hombros.

—Supongo.

—¿Te... pasa algo? Es decir, te veo muy seria.

—¿Y por qué habría de reírme?

—Bueno... —Buena pregunta, pensó June.

Miró a su alrededor y vio lo que ya conocía: una deprimente habitación de paredes sucias y ventanas rotas, un viejo colchón, duro como una piedra y un tablero de parchís como máxima nota de color. ¿Por qué habría de reír?

—Lorya ha dicho que los demás iban a salir por ahí. ¿Tú no vas?

—Cada noche salen a hacer lo mismo. A mí me parece aburrido, y eso si me dejan acompañarlos. Cuando van a las Catacumbas ni siquiera puedo entrar y en Luzaria solo hay peleas.

—¿Peleas?

—En Noctia están prohibidas, así que las llevan a cabo en la ciudad lúzara.

—¿Quiénes se pelean?

—Muchos se pelean. Los licántropos transformados no reconocen amigo o enemigo y atacan a todos. A los brujos no nos quiere nadie, así que cualquiera se pelea. La noche en Luzaria es el momento de saciar instintos que las leyes aquí retienen.

—Ya veo...

No podía dejar de fascinarse y horrorizarse a partes iguales con cada cosa que Zoe le contaba, aunque no fuese algo que desconociera. Muchas veces, por la mañana, los comercios de Luzaria amanecían con desperfectos o también los escasos coches que se estacionaban en la calle al final del día. Aquello había supuesto una problemática entre lúzaros y noctis tiempo atrás, por lo que sabía que los conflictos debían de estar a la orden del día en las calles desiertas de lúzaros al caer el sol, pero escuchar la constatación en labios de aquella niña, la hizo revolverse.

—Antes has hablado de las Catacumbas. ¿Qué hay allí?

—No es un qué, sino un quién. Pero no lo sé; Lorya y los demás acuden con asiduidad. Esos días no me dejan acompañarlos. Solo puedo ir a Estyria y a mí los vampiros me aburren.

—Un quién... ¿Y... nunca has ido tú a esas Catacumbas?

—Lorya y los demás me castigarían si lo hiciera.

—Te castigarían... ¿Cómo?

—Me matarían.

La cría se echó a reír, pero June era incapaz de modificar su expresión. Al

percatarse de eso, Zoe se puso seria de nuevo, recuperando el rictus que la había acompañado todo el tiempo.

—Estaba bromeando —dijo—. No pueden matarme. Yo ya estoy muerta. ¿Cómo se mata lo muerto?

—Ya... tú ya estás muerta.

Zoe se puso en pie y le dedicó una mirada fría antes de abandonar la habitación.

—¿He dicho algo? —murmuró June para sí.



9 *Las proezas de Tayr*

Acabaría por colmar la paciencia de su padre, de eso estaba seguro. Ander lo había castigado durante toda la semana sin pisar la calle a la salida del instituto y el primer día ya estaba dispuesto a saltarse la imposición, pero si se daba prisa, tal vez pudiera regresar antes de que su progenitor se diera cuenta. Tayr estaría aún en el Programa de Conocimiento, con una hora más y ese era el tiempo del que Adrien disponía para llevar a cabo su plan.

A pesar de que el sol gobernaba en lo alto de un cielo despejado y sin nubes, apenas se movía gente por aquella zona de la ciudad, tan cercana al Muro, tan fría y diferente. El añil del firmamento se distorsionaba sobre la mole de la tapia, oscureciéndose hasta acabar convertido en el gris de unas nubes arremolinadas. Soplaba un viento crudo que potenciaba el frío invernal y que calaba hasta lo más profundo, arrastrando, como siempre, algún lamento o aullido lejano. Pero Adrien no se entretuvo en impregnarse de las sensaciones que desprendía aquel sitio. En los últimos días había llegado a saciarse de ellas.

Se perdió por el entresijo de calles oscuras, tan angostas que los rayos del sol dibujaban trazados imposibles por la parte superior de las fachadas de aquel barrio abandonado. Ni uno solo de ellos alcanzaba a tocar el suelo, que eternizaba la humedad de su irregular superficie.

Pocos eran los que osaban vivir tan cerca del Muro de Caronte, por lo que había gran cantidad de apartamentos vacíos en la zona.

Se colocó la capucha e introdujo las manos en los bolsillos de su abrigo. El trayecto despertó recuerdos en él, latigazos cegadores que le oprimían el pecho y le nublaban la mente. Chris, las sombras, la rusalka, las criaturas de la noche. Tayr. El monstruo saltando sobre ellos. La herida del brujo. Aceleró el paso y en pocos minutos hubo llegado a aquella escalera que descendía en la acera hasta una puerta negra y sin seña alguna de identidad. Miró a ambos lados de la calle, asegurándose de que nadie lo hubiera visto y llamó con impaciencia, golpeando sobre la rugosa superficie de madera. Hubo un silencio prolongado y por un momento se planteó la posibilidad de que el licántropo que regentaba el local solo estuviera allí durante la noche, la cual cosa le hubiera resultado todo un alivio. Quería conseguir el mejunje que había logrado sanar a Chris hacía, pero al mismo tiempo deseaba constatar

que no había noctis quebrantando la Ley Común, la que les impedía mantener propiedades en Luzaria. Se irguió, asustado, cuando la mirilla cedió y reconoció al instante los ojos de Rum al otro lado. Se despojó de la capucha, tratando de facilitarle a la muchacha su identificación.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

Aparentemente, la joven no lo había reconocido.

—Me... me llamo Adrien. Estuve aquí anoche.

—Lárgate.

—¡Espera!

La mirilla no llegó a cerrarse.

—¿Qué cojones quieres? —preguntó ella, contenida.

—Necesito lo que fuera que nos diste a mi... a mi amigo y a mí. Nos sanó.

—¿Y entonces para qué quieres más?

—Para alguien más que no pudo... no pudo tomarlo.

La mirilla se cerró de golpe y Adrien aún necesitó unos segundos para reaccionar. Estaba atenazado e inquieto, pero la rabia fue más fuerte y le propinó un golpe a la puerta.

—¡Mierda!

La hoja cedió, entonces, después de un seco crujido, y de nuevo se topó con la figura de Rum. Vestía un holgada prenda larga, similar a una túnica, pero sin mangas y con un cordón ciñéndose a su cintura.

—Un humano no debería venir solo aquí —apuntó con calma.

—Y un noctis no debería estar por el día aquí —respondió él.

Y al instante se arrepintió. Tal vez su desgarrada lengua le costase una negativa por parte de aquella licántropa, pero la situación de Tayr no podía permitírsela.

—Lo siento —se disculpó rápidamente—. Necesito más preparado, por favor.

—No soy ninguna ONG. Lo de la otra noche fue un favor puntual.

Adrien exhaló todo el aire de sus pulmones y se apartó el pelo de la cara.

—Por favor. Mi amigo lo necesita.

—Tu amigo... ¿Tayr?

Adrien la miró, dubitativo. No estaba seguro de que confirmarlo resultase beneficioso, pues el propio brujo le había explicado que Moran no lo quería en su taberna, pero aquella joven no era el propietario, sino su hija y si esta le había debido alguna vez un favor a Tayr, tal vez los uniera una buena amistad, quiso pensar.

—Está herido. Nos ayudó y ahora...

—Supongo que no te envía él.

—Supones bien. No tiene ni idea. No creo que le hiciera mucha gracia, pero...

—De acuerdo. Te daré un preparado más con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero ser yo quien se lo dé. Necesito hablar con él.

—Pero hay que llevárselo ya. La herida parece grave y...

Rum sonrió.

—Tayr sabe cuidarse solo, no deberías preocuparte tanto.

—Bueno, él me ha ayudado y... es cuestión de justicia.

Adrien reculó un pasito, incómodo ante la sonrisa socarrona de Rum y la forma en la que esta lo miraba o lo que parecía insinuar con respecto a Tayr.

—Justicia... —murmuró.

—No estoy seguro de que pasear a plena luz del día por Luzaria sea lo mejor para un licántropo cuando este no es el noctis de la Conmuta.

Rum se encogió de hombros.

—Entonces esperaremos a la noche.

—Ya te he dicho que no puedo esperar.

—Entonces, no vámonos ya.

Adrien resopló. Parecía evidente que aquella obstinada joven no daría su brazo a torcer y dado que él no tenía más elección, acabó claudicando.

—De acuerdo.

—Espera aquí.

Rum volvió a perderse al otro lado de la puerta, cerrando tras de sí y Adrien se ajustó de nuevo la capucha, decidido a que nadie pudiera reconocerle. Si ya a cualquiera le costaría justificar su presencia allí, mucho más difícil sería para el hijo de un miembro del Consejo de La Luz. Y no era que estar en aquel lugar respondiese a algún tipo de restricción durante el día, pero lo cierto era que todo el mundo lo evitaba. Observó la calle y la encontró tan desierta como siempre. Imaginó un tiempo en el que aquel barrio hubiera tenido el mismo bullicio que el resto de la ciudad y casi le resultó imposible.

Sacó su teléfono móvil cuando este vibró por enésima vez en su bolsillo y cerró los ojos, decidido a no volver a contestar una llamada de Chris. Aquella mañana no había ido al instituto y supuso que el muchacho se las arreglaría para prolongar su ausencia allí, al menos hasta que los ánimos se calmasen, si es que pudiera llegar a darse tal situación. Pero lo que sí había hecho era

llamarlo con acosadora insistencia. Apagó el teléfono y consultó el reloj por enésima vez; subió la escalera y volvió a bajarla, impaciente. Hasta que Rum regresó con un brebaje idéntico al que Chris y él habían tomado la noche anterior. Lo guardó en el bolsillo y miró a Adrien.

—¿Vamos?

La joven lo rebasó y escrutó la calle hacia ambos lados.

—¿Cómo has venido? —preguntó.

—Andando.

Rum hinchó sus mofletes y dejó escapar todo el aire, aparentemente decepcionada.

—Iremos en mi moto, entonces —sugirió.

—Si es la misma de la otra noche, creo que es un poco indiscreta.

Adrien caminaba detrás de ella, que se volvió sin detenerse, sonriendo.

—Tranquilo, soy consciente de eso. La noche nos concede bastante más libertad de movimiento.

Pero la moto en la que montaron no tenía nada que ver con la estrambótica máquina de la otra noche. En aquel momento, las emociones lo habían embargado de tal manera que ni siquiera había sentido curiosidad por la presencia de los noctis en Luzaria ni por la futurista motocicleta en la que Taysr los había llevado a su casa, a Chris y a él. Ahora, a pesar del nerviosismo de saberse acompañado por una licántropa, no pudo evitar preguntarse qué clase de vida paralela y secreta llevaban los noctis en Luzaria. No solo ocupaban algunos de los locales abandonados del viejo barrio de Nortax, cerca del Muro de Caronte, sino que se movían en transportes impensables para el resto de lúzaros.

Sin embargo, aquella mañana también optó por no formular preguntas. Subió en la parte trasera del asiento y se aferró al soporte posterior que quedaba a su espalda.

—¿Listo?

—Listo.

Tal vez la motocicleta fuera mucho más discreta y no destacase con respecto a cualquier otra, pero la forma temeraria en la que Rum la manejaba, despertó muchas miradas en el aparcamiento del instituto, donde los alumnos

de la última clase empezaban a abandonar ya las instalaciones, y otros tantos que lo habían hecho ya, permanecían sentados, charlando de manera distendida.

Rum se detuvo en una concurrida zona, obviando las miradas y los murmullos que su llegada allí había generado. Más allá de la moto, su presencia también resultaba llamativa. Tenía el pelo corto y unos bonitos ojos color miel. Aunque, sin duda, lo más estridente era su indumentaria. Se había puesto una cazadora tejana sobre un top y unos pantalones cortos que, a pocos días de las fiestas navideñas, resultaban algo excéntricos.

Adrien bajó de la moto, despojándose del casco.

—Joder, podías haber sacado un letrero luminoso para que...

Guardó silencio cuando la licántropa lo miró y sus ojos destellaron, pasando del tono miel a un ocre llamativo que fue una advertencia. Adrien carraspeó y se volvió a tiempo de ver a la figura de Tayr dirigiéndose hacia ellos como una embestida. Azra, la elfa que se había convertido en su sombra, se acercaba también detrás de él.

—Rum, ¿qué cojones estás haciendo aquí? —escupió el brujo sin más.

—Hola, Tayr. ¿Cómo estás? —respondió ella con indolencia. Apoyó el casco en el sillín de la moto y se sacudió el cabello corto con una mano. Era hermosa, no podía negarlo y la forma en la que miraba a Tayr le hablaba a Adrien de algo más que el aprecio de una buena amiga.

—Yo fui a buscarla —intervino el muchacho—. Necesitaba...

—¿Estás loco? —lo interrumpió Tayr, furioso—. Volver allí tú solo fue una insensatez y traerla aquí, otra mucho más grande.

—¿Está todo bien?

La suave voz de Azra asomó a la conversación y aquello pareció inquietar a Tayr y a Adrien; en absoluto a la propia Rum.

—Hola —la saludó esta—. Soy Rum, una amiga.

—¿De Tayr? —preguntó la elfa.

—De Adrien. A Tayr no había tenido el placer de conocerlo hasta ahora.

Por suerte, mentir se le daba excelentemente bien a Rum, que no titubeó lo más mínimo al inventar su supuesta amistad con el joven humano sin dejar ningún cabo suelto.

—Yo soy Azra.

La elfa se adelantó un paso, empujando ligeramente a Tayr y extendió la mano para encajarla con la que de Rum. Era alta y esbelta, como la mayoría de los elfos. Su piel oscura la señalaba como una elfa gris, parientes cercanos de

los luminosos elfos dorados. Sus ojos eran grandes, de un verde vivo y vestía una falda larga y entallada a juego con la exótica zamarra que se enredaba varias veces sobre su cintura. Tenía un largo cabello gris-azulado que descendía grácil sobre su espalda. Adrien hizo memoria rápidamente y concluyó que aquella joven, de nombre Azra, nunca le había dirigido la palabra en todos los años que llevaba en el instituto.

—Deberíamos irnos —propuso el brujo, recuperando plenamente su atención—. Llevo un rato esperándote, Adrien.

—Lo siento. Acabé antes que tú y...

—Nos encontramos —interrumpió Rum—. Lo invité a tomar algo.

—Qué encantadora casualidad —murmuró Tayr, con una sonrisa forzada y una mayor carga de ironía de la deseada.

Aquella era la primera vez que Adrien lo veía nervioso y supuso que no debía de ser extraño. Rum era una licántropa, una joven encantadora, en apariencia, que podría arrancarle el cuello a medio instituto si se transformase y perdiera el control sobre sí misma. Por un momento se planteó si es que, acaso, Tayr no sería capaz de lo mismo. Ignoraba todo sobre los brujos, así como la capacidad o el alcance de su poder. Pero pensar en ello le hizo sentirse mareado y apoyó la cadera en el sillín de la moto, un gesto que no le pasó inadvertido al propio Tayr. El brujo colocó su mano sobre el hombro del muchacho y aunque, Adrien supuso que era solo una forma de transmitirle su preocupación, lo único que él sintió fue un chispazo eléctrico.

—Nos vamos —concluyó Tayr.

—Supongo que sigue en pie lo que hemos hablado, ¿no Tayr? —quiso saber Azra.

El interpelado se volvió, sin apartar la mano del hombro de Adrien y le dedicó una sonrisa encantadora a la joven elfa.

—Por supuesto.

Azra dio media vuelta, sonriendo, y caminó de regreso entre los alumnos más rezagados, que ya llegaban hasta el aparcamiento.

—No deberías haber venido aquí —repitió Tayr en cuanto estuvieron solos—. Y tú no deberías haberla ido a buscar.

—Quiero hablar contigo.

La voz de Rum fue clara y directa, como si espetase una orden, y después de una larga mirada, Tayr asintió.

—¿Por qué no te vas tú a casa? —le propuso a Adrien—. Tu madre no llegará hasta dentro de un par de horas; no tendrás que dar explicaciones a

nadie sobre mi ausencia. Estaré allí antes de que Lorna vuelva.

Adrien dudó, pero acabó aceptando. Tayr apartó entonces la mano de su hombro y él se dirigió hacia la salida. Cómo echaba en falta el coche de su padre. Llegar hasta el barrio de Noctia ya le había supuesto una buena caminata y regresar hasta su casa, supondría otra más. Pero el vehículo había quedado totalmente inservible, de modo que no quedaría más remedio.

June resopló al salir del caserón con toda su ropa sucia envuelta en un fardo. No tenía ni la menor idea de cómo lavarían allí las prendas, pero Lorya le había encomiado a recoger su particular colada y reunirse con los demás en la parte posterior del caserón. Un brujo salió tras ella con paso apático y la golpeó en el hombro sin aparente intención y sin tampoco disculparse.

—No pasa nada, tranquilo. Puedes seguir... —murmuró con sarcasmo.

Desanimada, siguió sus pasos y llegó hasta la zona indicada. Sabía que solo era cuestión de tiempo que lograra acostumbrarse, pero no podía negar que el pesimismo iba adueñándose de ella como una enfermedad que se extendiera lenta e implacablemente a través de su cuerpo. Y como casi todo en Noctia, la situación era susceptible de empeorar. Se detuvo al llegar a un pequeño lago de aguas verdosas, alrededor del cual los brujos y brujas lavaban la ropa sucia.

—Genial... —murmuró aún sin moverse.

Localizó a Lorya con la mirada y no tardó en encontrarla al lado de su inseparable Elain. Mientras caminaba hacia allí, dio forma a un pensamiento que ya se había tornado redundante en su mente y era la posibilidad de que entre Elain y Lorya hubiera algo. ¿Podía crearse una relación amorosa entre dos brujos? Supuso que sí.

—Hola, June —la saludó ella.

Elain le dedicó su habitual mirada de menosprecio y continuó sumido en su labor, mientras June se dejaba caer pesadamente al lado de Lorya. Observó con malestar el agua oscura y abrió el fardo en el que había apresado su ropa. Optó por empezar por su chaqueta negra de lino, que había quedado completamente cubierta de barro tras su accidentada excursión a Estyria, *terra vampira*. La sumergió despacio y observó la capa de barro, diluyéndose en el agua, convertida en una multitud de hilillos que caracoleaban transformándose

en pequeños brazos de fango. Estaba fría y la sensación la reconfortó, aliviando el calor sofocante que impregnaba su piel de sudor. Se paseó la mano por la nuca y cerró los ojos, aliviada. En ese momento algo tiró de la chaqueta que continuaba sumergida, ocasionando que June la soltase y reculase hacia atrás, sobresaltada. Se mantuvo sentada en el suelo con la respiración disparada. Lorya la miró, sonriendo.

—Ten cuidado —se limitó a decir—. A las criaturas que moran en las profundidades les importa poco la Ley Común.

No le pasaron inadvertidas las miradas de soslayo ni los murmullos curiosos entre brujos y brujas, que la miraban como si jamás fuesen a acostumbrarse a su presencia. June se recompuso y cogió su camisa azul; tragó saliva y la sostuvo con dos dedos para sumergirla de nuevo en las frías aguas del lago. Aquello iba a ser absurdo, pues ni siquiera tenía jabón, pero supuso que ese podría ser tan buen momento como cualquier otro para ponerse manos a la obra y no precisamente con la limpieza de su ropa.

—¿Qué puedes decirme del brujo que está viviendo en mi casa?

Soltó la pregunta sin más y la tensión que se instaló en su cuerpo fue tal al hacerlo que hundió sin pensarlo la camisa bajo el agua. Fijó su mirada en las profundidades y sintió el peso en la mirada de Elain al otro lado de Lorya.

—¿Qué quieres saber exactamente? —preguntó ella, con naturalidad. Al parecer, había pocas cosas capaces de alterar a Lorya.

—No sé. Está viviendo con mi hermano y mis padres. Me gustaría... conocerlo algo más. Eso es todo.

—Tayr es un malnacido.

June alzó la cabeza ante tan escueta descripción. Lorya lo hizo también, sonriendo.

—¿Estás hablando en serio?

—Digamos que pocos opusimos algo en contra de que fuese él quien se marchase. Perderlo de vista durante un año supone todo un alivio.

Cada palabra que brotaba con despreocupación de la boca de Lorya la tensaba más. June sacó la camisa del agua y la colocó de nuevo sobre la tierra, provocando que volviera a llenarse de barro.

—¿Crees que mi familia corre peligro?

Lorya se detuvo en su tarea y la miró con expresión indescifrable.

—No lo sé, June. Hay una Ley de férreo cumplimiento en Luzaria. Supongo que no le resultará sencillo saltársela.

—¿Pero crees que lo intentaría?

—Es posible.

La bruja se puso en pie y desapareció, caminando con indolencia de regreso hasta el caserón, en cuyo interior se perdió. Y allí, en aquella oscuridad que no era tan negra desde que Anouk le proporcionase una mejor visión, June solo tuvo delante los ojos oscuros de Elain, que la miraban con su sempiterna mueca. Pero en aquel momento, su indiferencia o su antipatía le afectaron menos que nunca. En el interior de su cabeza lo único que reverberaba eran las palabras de Lorya.

—¿Tú también opinas lo mismo? —se atrevió a preguntarle al brujo.

Elain se puso en pie y desapareció tras los pasos de su inseparable bruja.

—No es lo mejor que podía pasarle a tu familia, desde luego.

June parpadeó y casi hubo de pellizcarse para asegurarse de que había sido la vieja Stynda quien había pronunciado aquellas palabras, pues la anciana solo se había dirigido a ella para mostrarle su hostilidad, al igual que Elain, y casi hubiera preferido que siguiera siendo así. La bruja dejó caer una tela ajada de color negro sobre la tierra, como si ya la diera por limpia, aunque el gesto no había hecho más que embarrarla, tal como le sucediera a la camisa de June. La bruja se sacudió la manga y la muchacha pudo comprobar que le faltaba una mano; no se había percatado hasta entonces.

—¿Por qué lo crees? —se atrevió a preguntarle—. ¿Qué es lo que ha hecho ese Tayr?

—Tayr vendería a su madre, si la tuviera, por un par de monedas que gastarse en cualquier sucia taberna. Es un hijo de puta.

June se revolvió, acercándose. Observó a los otros brujos, aparentemente sumidos en su tarea y en absoluto pendientes de la conversación entre Stynda y ella.

—Ya, pero agradecería empezar a conocer cosas que pasaron y no cosas que podrían pasar. ¿Qué ha hecho?

—Somos brujos, ¿crees que frotar en las lindes de un lago es algo que necesitaríamos si pudiéramos hacer uso de nuestro poder? Vendió la magia de su clan, arrancándonosla mediante oscuros hechizos de la Magia Antigua, prohibida desde hace mucho tiempo. En cuanto a esa idiota de Lorya... Tayr dejó embarazada a su hermana, aun sabiendo que una bruja no puede albergar ninguna forma de vida en su interior. La agonía y el sufrimiento fueron su día a día hasta que las circunstancias se precipitaron, perdió a la criatura, como no podía ser de otro modo y murió agonizando en las márgenes de un río. Y bueno, podría narrarte varias de sus... proezas hasta aburrirte. ¿Quieres que

siga?

Volvió a alzar el brazo ausente de mano y a June se le hizo evidente que aquello también debía de ser obra del brujo que tanto había fascinado a su hermano.

—¿Y por eso lo escogisteis a él para la Conmuta? ¿Para quitároslo del medio?

—A Tayr lo escogió el Consejo de Nix. Ellos suelen escoger a la raza, pero esta vez, también lo eligieron a él.

—¡Vieja! —gritó uno de los brujos que lavaba al otro lado del lago—. Estás hablando demasiado.

Stynda se puso en pie, carcajeándose y su encorvada figura siguió a los demás brujos hacia el interior del caserón.

June buscó la mirada de aquel que la había reprendido, pero solo topó con ella de forma fugaz. El cuerpo le pedía correr hacia su teléfono y llamar a casa, advertir a sus padres y a su hermano, pero algo le decía que si se movía en ese momento y, además, lo hacía con premura, podía tener problemas, así que se limitó a observar las oscuras aguas con el cuerpo temblando. La chaqueta que había perdido emergió hacia la superficie convertida en un jirón de ropa desgarrada.

Adrien permanecía en silencio, observando la pantalla encendida de su teléfono móvil. Durante largos minutos se mantuvo sentado en el sofá blanco del salón, con sus propias manos entrelazadas, observando aquellas cinco letras con las que debería ser más drástico. Chris no lo entendería de otro modo. Eliminar, bloquear. Todo eso podía resultar sencillo en aquel aparato, pero no podría actuar del mismo modo en su día a día y cuando Christian regresase al instituto habrían de abordar el asunto de manera definitiva.

El crujido de la cerradura lo alertó, pero Adrien no se movió del sofá. Tayr se detuvo momentáneamente en el umbral de la puerta que daba entrada al salón. Colocó la llave sobre la mesa y suspiró antes de acercarse al sofá para tomar asiento junto a Adrien. Observó la pantalla del móvil, aún prendida y se rascó la frente.

—Qué insistencia... —murmuró.

Adrien alzó una ceja como única respuesta y desconectó el teléfono de

nuevo.

—Tienes mejor aspecto —le dijo sin mirarlo.

No le había pasado inadvertida la distinta expresión en Tayr; ya no perlaba su rostro el sudor ni estaba pálido. Tampoco la sangre asomaba ya a través del cuello de su camiseta.

—No debiste haber ido hasta allí —le respondió el joven brujo—. Tuviste suerte de que fuese Rum la que estaba, pero si en su lugar hubieras encontrado a Moran, las cosas habrían sido muy diferentes, te lo aseguro.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo. No podía dejarte así después de lo que hiciste por nosotros la otra noche.

Adrien lo miró y la tensión se desplomó, al menos aquella que lo había mantenido atenazado ante la posibilidad de que toda esa ira que no había sido capaz de despertar en el brujo con contestaciones fuera de lugar, se prendiera de pronto al haber llevado a cabo tan temerario acto. Pero nada en la expresión de Tayr era hostil o mostraba que estuviera molesto. Por contra, otro tipo de tensión se instalaba en el cuerpo de Adrien cada vez que tenía a Tayr delante. Cuando el brujo lo miraba sentía como si pudiera llegar hasta lo más profundo de su alma, como si fuese capaz de conocer y descifrar cada uno de sus pensamientos. Su cercanía lo inquietaba y aunque trataba de convencerse a sí mismo de que se debía a su condición de noctis, otra parte de él parecía tener muy claro que esa no era la razón. Y no era ningún cínico. Tayr era mucho más apuesto y atractivo de lo que lo había sido ningún otro de los noctis que habían llegado hasta Luzaria con la Conmuta. Hasta un ciego podría darse cuenta. Negar cierto grado de atracción resultaría ridículo, pero nada más. Tayr despertaba en él lo que cualquier hermoso monumento generaría en un turista curioso.

—Aun así, no puedo más que darte las gracias.

Fue la voz del propio Tayr la que lo despertó de su particular zozobra. Adrien asintió y espantó aquellos pensamientos. Era guapo, no tenía nada más de particular. Pero él acababa de romper con su chico y todo en su interior estaba revuelto. Debería concederse tiempo hasta asentarse y recuperar aquella serenidad que tanto tiempo llevaba perdida.

—De nada.

Tayr no se movió y Adrien tampoco deseaba hacerlo. De pronto, sentado en el silencioso salón de su casa junto a aquel muchacho, se sintió dueño de una paz que anhelaba, como si hubiera salido de una centrifugadora que lo había ido estampando de un sitio a otro y hubiera desembocado, al fin, en una

merecida calma.

—¿Qué te hubiera pasado si no hubieses tomado ese preparado? —se atrevió a preguntarle.

—Supongo que, tarde o temprano, hubiese acabado recurriendo a Rum, pero confiaba en poder dejar pasar unos pocos días, en que las cosas se calmaran en la taberna.

—¿Hay algo entre ella y tú?

Apenas había terminado de formular la pregunta, sintió que todo en su interior ardía de vergüenza. Trató de no exteriorizarlo y se limitó a tragar saliva y aparentar normalidad. Era una pregunta sin más. Tayr iba a vivir en su casa durante el próximo año; forjar lo más parecido posible a una relación de amistad era lo mínimo a lo que podía aspirar con él. A lo que debía aspirar.

—Lo hubo. —Tayr tampoco se mostró sobresaltado o molesto ante la cuestión formulada—. Pero hace mucho tiempo de eso.

Adrien se echó hacia atrás en el sofá, recuperando el teléfono móvil, en cuya pantalla fijó su mirada nerviosa.

—No tienes que justificarte, es tu vida. Solo es que se me hizo un tanto evidente... por la forma en la que te miraba.

Tayr también relajó su postura corporal, echándose hacia atrás y apoyando su espalda en el mullido sofá.

—No me justifico —le explicó—, solo respondo a tu pregunta. Como te he dicho, ocurrió hace tiempo; no creo que ya me mire de un modo especial.

Adrien sonrió.

—Solo de uno que me permite imaginar que hubo algo y acertar.

Tayr le devolvió la sonrisa y fijó la mirada en el rayo de sol que cruzaba el salón en diagonal, accediendo a través de la ventana y clavándose en el suelo como una espada de oro.

—¿Y ahora le va a tocar pelear con Azra por tu amor? —preguntó con fingido dramatismo—. Sería la primera vez que se da un romance entre un noctis y un lúzaros.

La risa se abrió aún más en los labios de Tayr, que lo miró de soslayo.

—¿Qué dices? —preguntó con una timidez nueva—. No estoy aquí para eso.

Adrien lo miró fijamente.

—Bueno, estáis todo el tiempo juntos. Lo siento, pero a la gente le gusta demasiado hablar y te has convertido en la comidilla del instituto. No me digas que esperabas otra cosa.

—Azra no sería mi sombra si cierto anfitrión no me hubiera dejado tirado el primer día sin saber adónde ir.

Los ojos verde azulados de Tayr le devolvieron una mirada directa y no exenta de un brillo burlón. El brujo se puso en pie y le dio un golpecito en el hombro.

—Estaba bromeando. Pero lo cierto es que me ha ayudado a moverme por ese laberinto al que llamáis instituto.

—Azra no parece mala chica, aunque poco puedo decirte de ella. Formo parte de los invisibles y ella solo se relaciona con la élite, como todos los elfos.

—La élite... ¿Y yo ya estoy ahí?

—Lo está cualquiera que les entre por los ojos. Pero me alegra que hayas hecho planes con ella. No te aburrirás.

Tayr recuperó las llaves que había dejado sobre la mesa y se giró, devolviéndole la atención a Adrien.

—Me ha pedido que la acompañe al evento que se celebrará por la Conmuta. Le he dicho que sí.

—¿En serio?

—Sí, ¿la he cagado? Es decir, no tengo ni idea de lo que se hace allí.

—¿No se celebra en Noctia?

—No, que yo sepa.

—¿Que tú sepas? —Adrien también se puso en pie en actitud relajada—. ¿Dónde vives, Tayr? —preguntó con sorna—. ¿En una cueva?

El brujo ya no sonreía aunque su expresión seguía siendo relajada.

—No, no la has cagado. El Nut solo es un evento que se celebra en La Sede un par de semanas después de la Conmuta. Los elfos no se pierden una sola fiesta. Un poco de comida, música, baile, discursos y mil formalidades. Habrá miembros del Consejo de la Luz y también del Consejo de Nix, los tuyos.

—¿El Consejo de Nix estará ahí?

Hubo un cambio en la expresión corporal de Tayr. Adrien lo notó de pronto más rígido y tenso.

—Sí, cada año vienen.

El brujo asintió.

—Voy a darme una ducha. Gracias de nuevo, Adrien.

—De nada, Tayr.



10 Intenciones ocultas

Siempre era de noche en Noctia, pero cuando los brujos dormían, la oscuridad pesaba de un modo distinto, como si fuera un fantasma que pudiera pasearse a través de los lóbregos pasillos del caserón. June llevaba un buen rato intentando contactar con su casa, desesperada, hasta que al fin, la señal duró más de dos tonos y la voz de su padre sonó al otro lado del teléfono.

— June, cariño.

— Papá, tengo que hablar contigo. Es importante, pero aquí la cobertura es pésima, así que no me interrumpas, ¿de acuerdo?

Ander frunció el ceño y caminó a través del despacho de su casa, iluminado únicamente por una lámpara de pie que quedaba junto a la sobria mesa de madera a la que se aferró.

— June, ¿qué pasa? ¿Está todo bien?

— Se trata de Tayr. Por lo que tengo entendido, es peligroso. No consigo entender cómo el Consejo de Nix lo eligió a él para la Conmuta, pero así lo han asegurado los brujos.

— June, no te oigo bien y hablas demasiado rápido. Tranquilízate, ¿de acuerdo?

— ¿Cómo voy a tranquilizarme? Nos han metido a un malnacido en casa. Las cosas que han explicado los brujos sobre él son terroríficas y eso que apenas sé nada, aunque, francamente, aún desearía saber menos.

A aquellas alturas, June había roto a llorar, como consecuencia del nerviosismo que la atenazaba. Ander hubo de hacer de tripas corazón para retomar aquella conversación y trató de trasladarle a su hija el sosiego que no sentía.

— June, ¿te tratan bien?

— Sí, no... no puedo quejarme, aunque esto no es como pensaba. Creí que estaría en Ántico, la capital. Y sin embargo, el caserón se encuentra en mitad de ninguna parte y aquí viven más de veinte brujos. Un clan.

— Sé que las condiciones de vida no son las mismas que aquí. Muchos de los hijos de los compañeros del Consejo que han estado de Conmuta relataban vivencias similares, pero te pido un esfuerzo, cariño. Solo serán unos meses. Por lo que sé, las cosas en la capital son más complicadas.

— Papá, no es mi situación la que me preocupa.

— Por nosotros, puedes estar tranquila. Tayr parece un buen chico, no tenemos la más mínima queja.

— Un buen chico no le corta la mano a una persona ni deja embarazada a otra y la abandona a su suerte para que se muera agonizando en un río. No sabes nada de él.

A nder guardó silencio, impactado ante las aterradoras circunstancias que June le había relatado.

— ¿Eso te han dicho?

L a muchacha ahogó sus palabras en un sollozo antes de ser capaz de volver a hablar:

— Papá, Adrien hablaba maravillas de él y mi hermano es fácilmente impresionable. Manténlo alejado del brujo, por favor.

— Descuida, June. No permitiré que nada malo le ocurra a tu hermano ni tampoco a tu madre. Si lo que cuentas de Tayr es cierto, estaré atento a cada uno de sus movimientos y, si es necesario, pondré vigilancia.

— Cuéntale todo lo que te he dicho a Adri, por favor.

— June, despreocúpate, pero no creo que lo mejor sea ponerlo al corriente. Quiero que esté tranquilo, igual que tu madre. Te prometo que cuidaré de ellos. Y también necesito que tú estés bien.

— Habla con el Consejo de Nix y exígeles una explicación. Estarán allí en unos días con motivo de la Nut por la Conmuta, ¿no?

— Sí, hablaré con ellos, pero quiero que te mantengas tranquila, ¿de acuerdo?

J une no podía efectuar esa promesa, pero confiaba en su padre y en las posibilidades con las que este contaba para proteger a Adrien y Lorna.

— Cuando se me termine la batería no podremos hablar más por teléfono.

L o que la chica apuntaba era una evidencia de sobra conocida por Ander y por todos. No había electricidad en Noctia y los métodos de comunicación serían mucho menos ortodoxos y lentos cuando su teléfono móvil sucumbiera.

— Nos quedará el correo, cariño. Te escribiré tan a menudo como pueda, pero debes estar tranquila y dedicarte a aprender. Yo cuidaré de todos. Te quiero, June. Te mando un beso enorme de parte de los tres. También de tus abuelos.

L a comunicación se cortó sin que ella pudiera añadir una palabra más. Casi lo agradecía, pues deseaba que su padre la creyese tranquila y confiada,

pero no lo estaba en absoluto. Caminó hasta la ventana y escrutó la negrura del bosque. Las vistas daban a la parte posterior del caserón, justo donde se encontraba el lago. Las aguas brillaban a la luz de la luna menguante, único elemento que la mantenía en contacto con su mundo: el astro nocturno. Por lo demás, todo en Noctia era inquietante y diferente; incluso el sonido del viento que arrastraba siempre aullidos y gritos, lamentos y el sempiterno tañido de una campana lejana. Oía perros o lobos. Licántropos, con toda probabilidad. Y sabía que se encontraba en la *terra* de Telasia, perfectamente delimitada, donde ninguna otra raza osaría entrar, pero a pesar de eso no podía mantenerse tranquila.

Hurgó en su bolsillo y el colgante que el vampiro le había entregado. No creía que fuera muy sensato llamarlo en el caserón brujo, máxime cuando aún conservaba aquella moneda que le había robado en su propia casa, así que después de ponerla a buen recaudo entre sus pertenencias, cogió su chaqueta y salió al pasillo sin más dilación. Allí topó con dos brujos que la miraron con indolencia pese al grito con el que la joven acompañó el sobresalto al encontrarse con ellos.

— Joder... —murmuró.

Se llevó la mano al pecho y caminó sin dirigirles la palabra. Aparentemente no todos se dedicaban a dormir. Mientras bajaba la escalera observó de soslayo a una pareja sentada en el sofá antiguo que quedaba al otro lado del enorme salón. Ni el brujo ni la bruja le prestaron la más mínima atención, la cual cosa agradeció.

Abandonó la casa sin ningún problema y se frotó los brazos, mientras se alejaba.

M

A drien dio dos golpecitos en la puerta del despacho y entró sin aguardar respuesta. Ander estaba sentado, envuelto en una montaña de papeles y con rostro fatigado. Sonrió a pesar de todo y no dijo nada, mientras su hijo se acercaba.

El despacho era, probablemente, la habitación más sobria de la casa y en aquel espacioso habitáculo no quedaba, casi, ni un solo hueco libre. Los muebles eran de aspecto anticuado y forraban cada centímetro de pared con

altas estanterías cargadas de aburridos volúmenes sobre historia, legislación y algún que otro libro de ficción. También había cuadros de Falizzo Ubrion, un famoso pintor elfo que solía dotar a sus creaciones de un trazo de magia gracias al cual parecían llenas de vida, como si las personas que dibujaba se movieran a través de la pintura. Adrien observó uno de los cuadros mientras caminaba con las manos metidas en los bolsillos y un aire tímido poco habitual en él.

— ¿Querías algo, hijo? —quiso saber Ander.

A drien apoyó la cadera sobre la recia mesa de su padre y trató de conferirle a su voz un timbre despreocupado.

— ¿Está todo bien? —preguntó.

— Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

A drien había oído la conversación de su padre con June, y aunque le faltaban las palabras de su hermana, las de su progenitor habían resultado suficientes para hacerse una idea inquietante del huésped al que estaban hospedando en casa. Pero nunca confesaría aquel extremo. Ander era un hombre celoso de sus asuntos, máxime cuando estos concernían al Consejo de la Luz, del que siempre había formado parte desde que el muchacho tenía uso de razón. Palabras como «confidencial» o 'secreto' formaban parte de su día a día y Adrien lo conocía lo suficientemente bien como para saber que lo más conveniente era callar si no había sido Ander el que sacaba el tema a la palestra.

— Pareces preocupado —se limitó a observar el muchacho.

— Estoy bien, Adrien. En las últimas semanas, la carga de trabajo se ha multiplicado y ahora, con la Nut hay mil cosas que organizar.

— En las noticias insisten con la tensión noctis. ¿Tiene eso que ver con el hecho de que mi hermana no esté en la capital bruja de Ántico?

A nder se echó hacia atrás en su sillón y entrelazó los dedos de sus manos.

— Ya te dije que los medios están sacándolo todo de quicio. No hay ningún problema en Noctia. Los acuerdos de paz entre sus *terras* forman parte de la Ley Común. Si no lo respetasen, las puertas del Muro no se abrirían para ellos.

— ¿Y qué ganamos nosotros, exactamente, con el hecho de abrirles las puertas para que campen por Luzaria como quieran y maten a placer por la noche?

A nder esbozó una sonrisa incrédula y forzada. Después se puso en pie y

se dirigió hacia el cajón archivador que había junto a la ventana. De él extrajo una carpeta en la que buscó con un evidente nerviosismo.

— ¿Hablas en serio? —preguntó aún sin mirarlo.

Adrien lo observó con los ojos entornados. Era evidente que algo no andaba bien y aquello solo acrecentó más su propio malestar.

— Sí, hablo en serio —admitió él.

Hubiera sido más sencillo recular y no tentar a la suerte cuando Ander no parecía de humor, pero la situación la parecía a Adrien lo suficientemente grave como para dar un paso al frente.

— Hijo, la Ley Común existe desde hace más de cien años —respondió el hombre—. Resulta absurdo que la cuestiones. Lo único que nos corresponde a nosotros es velar por su cumplimiento. Celebro tu repentino interés por todo este asunto, pero ahora no tengo tiempo para darte una lección de historia. Tal vez en otro momento.

Regresó a la silla y se dejó caer pesadamente sobre ella mientras abría un *dossier* y lo examinaba con minucioso interés. Adrien no se había movido, pero volvió a erguirse y miró de nuevo a su padre.

— Si tener a un noctis metido en casa fuera peligroso, ¿nos lo dirías a mamá y a mí?

Ander alzó la mirada y entrecerró los ojos, suspicaz.

— ¿Eso te ha dicho Lorna? ¿Que es peligroso?

— No, mamá no me ha dicho nada. Te lo estoy preguntando yo.

— ¿Crees que sería tan sumamente inconsciente como para tener bajo mi techo a alguien que pudiera hacer daño a mi mujer y a mi hijo? ¿En serio lo crees, Adrien?

El joven lo miró, sorprendido por la actitud de su padre. Era lo que June debía de haberle contado a juzgar por la conversación segada que había oído al otro lado de la puerta del despacho, pero Ander parecía molesto, furioso y novedosamente inquieto.

— Te recuerdo que estás castigado. Ve a tu habitación, por favor. Tengo cosas que hacer.

M

Como la alumna aplicada que siempre había sido en Luzaria, June tenía perfectamente clara en su cabeza la geografía de Noctia. Avanzaba hacia el

norte y Telasia, la *terra* bruja, colindaba al noroeste con Vieros, *terra* nigromante. Una parte de ella, temía cruzar las difusas e invisibles fronteras de aquel mundo de sombras y oscuridad. Al contrario de lo que sucediera en Luzaria, en Noctia no había letreros ni carteles que informasen sobre la salida de una *terra* y la entrada en otra. Por otro lado, la Ley Común era de extendido cumplimiento en toda Noctia, por lo que caminar por una *terra* no debía de suponer mayor complicación que hacerlo sobre otra, pero June desconocía aún muchas cosas allí y si bien había conseguido acercarse a los brujos, las otras criaturas seguían siendo grandes desconocidas cuya presencia temía.

Una fina llovizna había empezado a descargar sobre su cabeza y, para su sorpresa, esta parecía caliente y arañaba la piel, como si un sinfín de pequeñas agujas se descolgasen desde el oscuro firmamento, punteándola. Sostenía el medallón en la mano y la estaba apretando con tanta fuerza que llegaba a dolerle. Su afilada punta le causó una herida en la palma, pero June no se detuvo y mientras avanzaba, a largas zancadas furiosas, maldijo toda aquella situación que se había tornado aún peor con el paso de los días: vivía en un lugar horrible donde nadie le tenía la más mínima consideración; un vampiro al que había robado la había convertido, además, en una traidora para los brujos. Y remataba la situación enterándose de que aquel que estaba viviendo en su casa era un ser horrible y despreciable. ¿Qué más podía torcerse? Tal vez sus pasos.

De pronto fue incapaz de hacer avanzar su pierna, que había quedado cautiva del barro. Tiró, haciendo un esfuerzo y fue consciente de que tampoco podía mover la otra.

— ¿Qué cojones...? —masculló, furiosa.

Gritó con rabia y cayó de rodillas al suelo. Estaba empapada y se atrevería a decir que perdida. Su único propósito al abandonar el caserón brujo había sido el de alejarse lo máximo posible y solo ahora tropezaba con la evidencia. Trató de levantarse de nuevo y comprobó que sus pies se habían hundido hasta ver engullidas por completo sus botas.

— ¡No! —exclamó, incrédula.

Observó con detenimiento y confirmó que se encontraba en medio de una tierra que se la tragaba lenta, pero inexorablemente. Los árboles retorcidos que crecían de forma desordenada le quedaban demasiado lejos para poder sostenerse en sus quebradizas ramas. Se apartó el pelo de la cara y, sentada sobre el fango, trató de sacar una pierna. Escuchó, entonces, un siseo y alzó la mirada inquieta. Había tres figuras algo más apartadas. Lo único que podía

distinguir en ellas eran sus capas oscuras protegiéndolas de la inclemente lluvia, pero nada más.

— ¿Pueden ayudarme, por favor? —preguntó June—. Estoy atrapada.

El silencio fue la única respuesta, aunque como siempre en Noctia, este no era completo, y en esta ocasión, lo acompañaba un siseo constante, como si de una serpiente se tratase. Miró el suelo con desesperación, pero estaba segura de que aquel inquietante ruido no tenía otro origen más que el de aquellos tres desconocidos que la miraban sin urgencia, pese a su dramática situación.

— Me llamo June —añadió, con la voz temblando—, soy la humana de la Conmuta. No... no quisiera que pudierais tener problemas con la Ley Común. Si pudieseis ayudarme...

Se sentía ridícula al aludir a la Ley en una situación como aquella, pero una voz ronca y rasgada respondió:

— La Ley Común no nos obliga a salvar a nadie. Tan solo nos conmina a no dañar... ni matar.

No tenía ni la menor idea de cuál de los tres había hablado; el que se ubicaba a la izquierda era algo más alto que los otros dos, pero en aquellas circunstancias no lograría adivinar, si quiera, su género. Tampoco le importaba demasiado. Con aquel percal hubiera aceptado la ayuda de la criatura que se había merendado su chaqueta aquella tarde en el lago. Pero nadie allí se mostraba por la labor.

Cuando quiso ponerse en pie, comprobó que no podía y que lo que antes había parecido solo una tierra blanda, ahora era agua que seguía engulléndola con la misma implacabilidad y con un hambre voraz. June sintió las piernas flotando en una especie de nada gelatinosa que se la tragaba y el pánico le recorrió la espalda como esa culebra que antes había creído oír. Gritó de nuevo en un latigazo de rabia y miedo; sabía que aquellos seres, fueran lo que fuesen, no la ayudarían, pero sus días no podían terminar allí, en una pestilente ciénaga en mitad del bosque con la misión inconclusa y temeraria de convertirse en traidora de sus propios anfitriones, brujos, por encargo de un vampiro al que ni siquiera conocía. Era todo demasiado absurdo y enrevesado. Su hermano la necesitaba; no podía dejarlo solo.

— ¡Ayudadme, por favor! —sollozó en un grito roto.

Y no le importó humillarse, arrastrarse o suplicar, pues su orgullo había sido también engullido por el fango. Temblaba de pies a cabeza, lloraba y gritaba cuando la tierra amenazaba con dar por finalizado el particular

banquete que se daría aquella noche, y entonces un fuerte tirón la sacó por completo de allí. June estaba en *shock*, completamente bloqueada y aturdida, pero fue capaz de distinguir la figura de Eugene apartándola de la zona pantanosa para permitir que se arrodillara en un suelo duro y seco.

— ¿Estás bien? —le preguntó él, colocándose a su misma altura.

Las manos frías del vampiro la sostuvieron desde sendas mejillas, tratando de fijar la mirada perdida de la joven en los ojos bicolor de él.

— June —insistió el muchacho.

Pero ella era incapaz de hablar, de modo que Eugene se limitó a cargar con su cuerpo y llevársela de allí.

— Vamos.

M

Debería sentir un vuelco en el estómago al estar frente a él, al saberse objetivo de aquella mirada indescriptible de ojos verde azulados que no expresaban nada; debería sentir miedo, desasosiego o rechazo. Máxime ahora, después de todo lo que intuía, pero lo cierto era que no le sucedía así.

Cuando bajó la escalera de casa, el brujo lo estaba esperando con los brazos cruzados, apoyado sobre el coche y ese aire místico que lo envolvía. Llevaba puestas las gafas de sol, ocultando así aquel tono de ojos que tanto fascinaba a Adrien.

— Buenos días —lo saludó Tayr, educadamente.

— Buenos días —respondió él.

Antes de entrar en el coche, Adrien alzó la mirada y pudo ver la figura de su madre convertida en un contorno al otro lado de la cortina. Desde que June se había marchado a Noctia, Lorna apenas salía de aquel cuarto abohardillado, en el que también parecía huir de su marido.

Adrien suspiró mientras prendía el contacto. De nuevo, el foco de sus preocupaciones pasó a estar sentado a su derecha y quién sabía si Tayr sería también una de las preocupaciones de Lorna.

Una parte nada desdeñable de sí mismo se negaba a darle cabida a todo lo que había deducido de la conversación entre su padre y su hermana. Tayr había tenido mil ocasiones para hacerle daño y no había hecho más que ayudarlo. Hubiera podido aprovechar cualquiera de las injuriosas respuestas que él mismo le había espetado desde el primer día en que lo conociera como

excusa para rebelarse contra él y sin embargo, Tayr había soportado con estoicidad cada una de aquellas contestaciones. El brujo se había mostrado amable e incluso atento a todo cuanto él le había explicado en una necesidad extraña de sincerarse con él.

El itinerario hacia el instituto le reclamaría los diez minutos de rigor, además de lo que sumasen los atascos que ya pudo prever al llegar al centro.

— He hablado con mi hermana —dijo de pronto, sin mirar a Tayr.

Sí percibió, como siempre, los ojos del brujo sobre él mismo. Se había colocado las gafas de sol sobre la cabeza y guardó silencio, como si esperase a que Adrien siguiera hablando.

— Me ha sorprendido conocer que está viviendo en un clan en un caserón en medio de algún bosque. ¿Por qué no vives en Ántico?

El semáforo en rojo le dio la ocasión de mirar a Tayr y comprobar el efecto que aquella pregunta había causado en él.

— No todos los brujos viven en Ántico. —respondió este con su sempiterna calma—. Hay más *terras* que los albergan, como Telasia o Intora.

— ¿Y en ambas *terras* viven de ese modo?

— Tanto en Telasia como en Intora hay ciudades, aldeas y clanes.

— ¿Y por qué vosotros vivís en un clan?

Tayr fijó la mirada al frente cuando el vehículo volvió a ponerse en marcha. Adrien creyó detectar que se había encogido de hombros.

— Es una forma de vida como cualquier otra. Hay personas más hurañas y... vivir en un clan te permite mantener determinadas costumbres.

— ¿Sacrificáis cabras? —preguntó Adrien con sorna.

Miró a Tayr fugazmente mientras conducía y este respondió con una sonrisilla que incomodó aún más al muchacho.

— Cabras, no.

Adrien aferró el volante con más fuerza.

— Cabras, no —repitió—. ¿Entonces qué?

Temía la respuesta; no sabía si quería conocerla, pero la pregunta había brotado sola, como aquellas confesiones que Tayr obtenía sin efectuar el menor esfuerzo, sin que Adrien pudiese tener la impresión de que había sido el brujo el que deseaba saberlo más de lo que él mismo quería explicarlo.

— No creo que sea relevante.

— ¿Tenéis problemas en Ántico?

Adrien estaba lanzado y la desesperación por conocer la seguridad de su hermana era tal que estaba dispuesto a preguntarle por el mismísimo demonio,

si hacía falta.

— ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Tayr.

— Solo quiero saber... Supongo que mi hermana se encontraría más a gusto en una casa en la capital, una ciudad ordenada, según tengo entendido. Y no... no consigo entender por qué tú, por qué alguien que vive alejado del mundo. No sé, me resulta... desconcertante. ¿Tenías problemas en Noctia?

— ¿Toda esta repentina curiosidad viene solo porque te has enterado de que tu hermana vive con más brujos en un caserón?

En aquel punto de la conversación, el instituto ya se visualizaba a lo lejos y las miradas habían llevado a cabo un juego tan significativo como las preguntas y las respuestas lanzadas al vuelo.

— Me gustaría que fueras sincero —añadió Adrien, de nuevo con la vista clavada al frente—. Estoy preocupado por June. ¿Hay razón?

Solo en aquel momento fue consciente de que tal vez hubiera metido la pata con Tayr. Una cosa era mostrarse preocupado por la forma en la que June pudiera encarar su estancia en Noctia y otra, mostrar una inquietud evidente sustentada en algo más, algún tipo de certeza de la que Adrien no debiera disponer.

Estacionó el coche y se atrevió a mirar de nuevo a Tayr, que no le había quitado, prácticamente, el ojo de encima.

— Crees que estar lejos de Ántico puede exponer a tu hermana a situaciones complicadas que la dejen desamparada —respondió al fin el brujo—, pero piensa que del mismo modo puede apartarla del centro de la discordia, si la hubiera. Si alguien quisiera problemas con los brujos, no los buscaría en unos pocos que viven apartados de todo por su propia voluntad, sino que les daría de lleno en el corazón: Ántico.

Dos golpecitos en el cristal del copiloto distrajeron la atención de ambos y el rostro sonriente de Azra los saludó.

— Creo que vienen a buscarte —dijo entonces Adrien.

Tayr volvió a colocarse las gafas de sol y abandonó el vehículo con un pequeño gesto de su cabeza. Adrien lo vio alejarse junto a la elfa, que parecía radiante y entusiasmada con la llegada del brujo. Y lo cierto era que todo el instituto lo parecía, pero Adrien era incapaz de apartar de su mente todo aquel asunto, pues las respuestas de Tayr se le antojaban tan enigmáticas como él mismo. «Si alguien buscara problemas con los brujos...». Pero ¿acaso los buscaba alguien? ¿Estaría, realmente, June a salvo de ellos si era así?

Observó su teléfono móvil y comprobó que no había llamadas ni

mensajes. Buscaría un momento a lo largo de la mañana y trataría de contactar con June; solo ella podía hablarle con franqueza de la situación con la que hubiese topado en Noctia. Había desechado hacerlo a lo largo de las horas anteriores, convencido de que sería incapaz de ocultar su inquietud.

M

El vaso aún temblaba, apresado entres sus manos y el agua se sacudía como en aquella ocasión en la que el suelo en Luzaria había empezado a moverse como consecuencia del seísmo. Ni siquiera aquel día su corazón había llegado a desbocarse tanto, aunque ahora lo sentía más tranquilo y acompasado. Agradecía que Eugenne no la hubiera atosigado con absurdas palabras de consuelo que nada lograrían en aquel momento; por contra, el vampiro la había dejado sola en una acogedora sala, muy distinta a aquella otra en la que habían hablado la primera vez. June tenía la mirada fija en la enorme chimenea que le quedaba delante, tan grande que casi podría engullirla por completo. Había llegado a plantearse si no podía tratarse, acaso, de una puerta al infierno. Aquello estuvo a punto de arrancarle una carcajada, pero aún no estaba segura de si se trataba de la respuesta a algo gracioso o a su persistente estado de histeria tras lo ocurrido.

Se revolvió ligeramente en el regio sillón rojo que estaba ocupando, idéntico al que le quedaba a mano derecha, al otro lado de una elegante mesilla de madera oscura en la que había una jarra llena de agua. La sala estaba en penumbra, pero June pudo distinguir que era una especie de despacho o pequeña biblioteca. No era demasiado espaciosa y eso contribuía al aspecto cálido y acogedor que le confería ya la chimenea. Observó un candil colgado en un soporte de la pared, responsable de emitir la suave luz anaranjada que batallaba contra la tiniebla sin llegar a espantarla del todo. Había un par de estanterías cargadas de libros y de algunos ornamentos exóticos en los que June prefirió no profundizar.

Alzó la cabeza al distinguir una sombra adentrándose en la sala. Era Eugenne. El vampiro se acercó a ella con gesto grave y se mantuvo a una distancia prudencial mientras la miraba. Llevaba una camisa blanca, ligeramente desabrochada y un pantalón negro. Mantenía las manos a la espalda y el cabello castaño le caía en un aire enigmático a sendos lados del rostro.

La moneda. Se le vino a la cabeza de nuevo y una vez, como tantas otras le

había ocurrido, se arrepintió de su impulsividad a la hora de querer hablar con él. ¿Y si lo había descubierto ya? ¿Y si sabía que había sido ella quien se la llevó?

—¿Estás mejor? —preguntó con voz suave.

June tomó aire y lo exhaló antes de responder, nerviosa aún.

—Sí. Gracias por ayudarme.

—Te metiste en *terra nigromante* —añadió el vampiro, agachándose frente a ella—. No fue una opción muy sensata. Creí que estaríais más al corriente en cuanto a geografía en el momento de entrar en Noctia.

—Debí de desviarme o... Solo quería alejarme del caserón. Necesitaba hablar contigo.

—No quiero ponerte más nerviosa, June, pero te fue de poco. La influencia nigromante eclipsa la agudeza auditiva y visual de los vampiros. Entrar en Vieros fue muy peligroso.

—Aquellos tres tipos... ¿eran nigromantes?

—Sí, así es.

—No pensaban hacer nada. Creí que la Ley...

—La Ley obliga a respetar tu vida, no a salvarla de cualquier torpeza de la que seas víctima.

—Torpeza...

Eugene había sido muy cuidadoso en todo momento desde su llegada hasta el castillo, pero su sutileza empezaba a transformarse en una pequeña reprimenda y aquello envalentonó a June.

—El brujo del que querías información —empezó a decir—, tiene que salir de mi casa inmediatamente.

Eugene frunció el ceño y tomó asiento en el sillón contiguo al de June. Por contra, ella se puso en pie, dando rienda suelta a un nerviosismo nuevo que había espantado al anterior.

—¿Has averiguado algo?

—Solo que es un malnacido y que no lo quiero cerca de mi familia.

—Me temo que necesito algo más.

—Pues yo no necesito saber nada más —espetó, nerviosa.

Eugene se puso en pie también. Por un momento a June se le había antojado un rey ocupando su trono.

—June, aunque quisiera yo no podría hacer nada para sacarlo de tu casa. Es el Consejo de Nix el que decide y mientras Tayr no incumpla la Ley no harán nada.

—¿Tengo que esperar, entonces, a que haga daño a alguien?

—Oye, no sé qué has averiguado exactamente, pero temo que sea solo la punta del iceberg.

June pestañeó, mientras su desasosiego iba en aumento.

—¿Qué quieres decir? —se atrevió a preguntar.

El vampiro apartó fugazmente la mirada y volvió a centrarla en ella. Suspiró y se apartó el pelo de la cara, tratando de mostrarse de un modo cercano y afable, eliminando cualquier rasgo inquietante o frío.

—June, el equilibrio entre lúzaros y noctis siempre ha sido algo complejo. Por eso, el Consejo extrema la cautela a la hora de elegir al Noctis. Pero esta vez, la elección rompe todos los esquemas; están planeando algo y necesito saber qué es porque más allá de tu familia, puede ser Luzaria al completo la que sufra las consecuencias y también Noctia, de paso.

—¿Y eso pasa por mantener al brujo ese en mi casa?

June estaba alterada y había empezado a gritar.

—Eso pasa por no levantar sospechas y por mantener la normalidad mientras averiguamos qué está pasando. Solo te pido un poco más de paciencia y que sigas haciendo lo que estás haciendo hasta ahora.

—No voy a seguir con tu estúpido juego.

June se apartó y recorrió la estancia en dirección a la salida, pero la repentina llegada de Talea la disuadió de marcharse. Reculó y buscó de forma inconsciente la protección de Eugene, que se mantenía inmóvil en su sitio.

—¿Qué haces ahí? —preguntó este.

—Vigilar —respondió la voz rasgada de la mujer—. No me gusta la humana. Grita demasiado.

—No te gusta ningún humano, grite o no.

Talea enseñó los dientes y dejó escapar un escalofriante siseo.

June trató de reprimir su incomodidad. Aquella vieja chiflada le recordaba demasiado a Stynda, la bruja del caserón. ¿Cuántas viejas locas habría en aquel mundo? Y lo más inquietante, ¿por qué todas acababan cerca de ella?

Cuando se dio cuenta, la vampira había desaparecido de allí, aunque aquello no la tranquilizó lo más mínimo. Eugene se volvió, despacio y se rascó la frente.

—Lo siento. Escucha, debes tranquilizarte.

—Te he dicho que no voy a seguir con esto. He hablado con mi padre y lo he puesto sobre aviso. Hablaré con él de nuevo y pediré salir de aquí. Si lo que dices es cierto...

—Si lo que digo es cierto, ayudarías mucho más a los tuyos, averiguando la verdad. El Consejo de Nix quiere algo y si cortas un camino, abrirán otro, pero seguiremos sin saber hacia qué destino.

—¿Y por qué no le preguntas directamente a ellos? ¿Por qué lo eligieron a él?

—¿Crees que van a decírmelo? El Consejo no da explicaciones a nadie, pero me consta que hubo discrepancias sobre el elegido y mucha perseverancia por parte de algunos para que fuese Tayr.

—¿Y aún necesitas más evidencias de que mi familia puede correr peligro?

Dio media vuelta y caminó de nuevo hacia la salida. Las reticencias por volver a topar con la vieja vampira la sacudían, pero no aminoró el paso hasta que la voz de Eugene la detuvo de nuevo.

—Si te acuso de robo las cosas se te pueden poner muy feas.

June se atrevió a girar ligeramente la cabeza, pero aún necesitó unos segundos más para mirar a Eugene. El vampiro se acercó, despacio, exento de cualquier aire intimidatorio.

—¿De qué estás hablando? —se atrevió a preguntar ella.

—¿El Consejo de la Luz te ha pedido un arkanai? Supongo que sabes que es así como se llaman las monedas, ¿no? ¿La robaste para ellos?

June se volteó por completo y frotó sus propios brazos, impregnada por un frío nuevo y crudo. Observó que el fuego seguía crepitando en la chimenea y comprobó que las ventanas estaban cerradas. La temperatura no había bajado, probablemente.

—No —susurró, incrédula aún.

¿Cómo había podido ser tan ingenua? ¿En serio había pensado que Eugene no se habría dado cuenta de algo tan evidente? Cerró los ojos y maldijo su propia idiotez.

—¿La pusiste ahí para que la viera? —logró preguntar. ¿Acaso existía forma alguna de que Eugene pudiera conocer sus intenciones?

—Claro que no. ¿Cómo iba a saber que la querías?

—Tengo entendido que es un objeto valioso. ¿Y tú la tienes tirada en una mesa, sin más?

El vampiro alzó una ceja, incrédulo.

—¿Me estás riñendo por mi desorden? —Ella se limitó a bufar, asustada aún—. Nadie entra en el castillo de Estyria, por lo cual no me hace falta tenerla bajo llave y, sinceramente, no pensé que tú fueses a llevártela.

—Pues me la llevé —se defendió. Y a ella misma su respuesta le pareció

patética, como la de una niña pequeña que se sabe descubierta en una acción tan burda.

—Ya veo.

—¿Te diste cuenta y no me dijiste nada?

—Así es.

—¿Y por qué no?

—Quería saber para qué la robaste, qué podía esperar de ti y de qué lado estabas. Recuperarla no me supondría demasiado esfuerzo, nadie más puede tocarla, de modo que probarte era un lujo que podía permitirme.

—El Consejo de la Luz no sabe nada. Leí sobre ellas y me fascinaron, de modo que me propuse buscar alguna cuando llegase.

—Buscar alguna... o robarla, ¿no? —respondió Eugenne, alzando las manos—. Hagamos un trato: yo te ayudo y tú me ayudas.

June frunció el ceño, desconcertada ante aquella propuesta.

—¿Qué hay de la moneda?

—Por el momento guárdala tú, como prueba de confianza. Pero quiero mi parte del trato.

June resopló. Estaba tensa y no tenía ni la menor idea de si podía confiar en aquel vampiro, pero aparentemente él la tenía en sus manos.

—De acuerdo, ¿quieres un trato? Riesgo por riesgo. Información por información.

Eugenne entrecerró los ojos, visiblemente interesado.

—Riesgo por riesgo —murmuró.

—Yo me arriesgo a ser descubierta por los brujos; no es poco. Tú te arriesgas a que no te devuelva tu arkanai.

El vampiro sonrió, complacido.

—Información por información —añadió.

—Me resultan fascinantes, pero no hay información sobre los arkanais. ¿Qué son exactamente? ¿Por qué el demonio que dirige La Cóginita tiene una igual?

Eugenne se mostraba relajado y su lenguaje corporal lograba transmitirle eso mismo a June. El vampiro dio la vuelta y caminó hasta la ventana, cuya hoja abrió ligeramente sin que eso hiciera entrar el más mínimo resquicio de luz, pero sí un frescor agradable.

—Anouk tiene una, pero no es igual. Además, de la suya y la mía hay once más repartidas por Noctia; antaño eran los símbolos de los trece tronos que conformaban el Imperio de la Noche.

—El Imperio de la Noche... —musitó June.

De manera inconsciente empezó a acercarse a Eugenne, abandonando la idea de marcharse.

—Solo los elfos se refieren a Noctia de ese modo —apuntó.

—Los elfos son inmortales; conocieron la época en la que a Noctia se la llamaba así.

—¿Cada *terra* tiene, entonces, una de esas monedas?

—Cada uno de sus trece tronos se representa en esos símbolos, así es. Más tarde se los convirtió en monedas de pago.

—¿De pago? ¿Para qué? ¿Qué se pagaba con ellas?

—La muerte. O su tránsito, mejor dicho.

June tragó saliva. La idea de que la utilidad aquellos pequeños discos de metal fuese la de saldar el tránsito entre el mundo de los vivos y el de los muertos, resultaba verdaderamente escalofriante.

—El barquero —añadió Eugenne con un suspiro.

—Caronte —musitó June, incrédula—. Pero eso es solo un mito.

Eugenne no dijo nada, pero el modo en el que la miró la hizo comprender que si bien los mitos en Luzaria eran solo objetos de invención y leyenda, en Noctia podían ser mucho más.

—Hay mil cosas en todo esto que tenemos que averiguar, June. Aguanta un poco más, por favor. Te juro que a tu familia no le pasará nada y a ti tampoco. Como te digo, la moneda es una forma de pago para morir, por lo que si estás en peligro lo sabré. Es el símbolo de mi trono.

—¿Si estoy en peligro lo sabrás?

—Es algo parecido al llamador, pero... sin sangre.

—Espero que resulte también más útil. Hoy casi no lo cuento.

Eugenne sujetó la mano de June y se la volteó con suavidad para ver la pequeña herida que se había ocasionado en la palma al agarrar con fuerza el *Sanguem* o llamador de sangre. June tragó saliva al sentir cálido, por primera vez, el contacto con el vampiro. Sus dedos acariciaron la mano de la joven, generando algo extraño en su interior, algo que debería a la condición de Eugenne, sin duda alguna, aunque resultó curiosamente agradable.

—El corte es diminuto —observó él—. Por eso no capté la llamada.

—¿Qué querías, que me desangrara?

El vampiro sonrió.

—No, claro. En cualquier caso, con el arkanai no hace falta sangre, pero es mejor que los brujos no lo vean.

—¿Tratarían de quitármelo?

—No podrían. Como te he dicho, cada arkanai tiene a un propietario; el único capaz de tocarlo.

—Yo lo estoy tocando.

—Tú no eres una noctis.

La joven suspiró profundamente, abrumada ante la cantidad de información recibida aquel día; primero en la Cógnota y, después, en boca de Eugene.

—¿Por qué no me contaste todo esto el otro día?

—Confiaba en no tener que hacerlo por el momento. Sé que es un asunto delicado y probablemente, lo que ignoro lo torne aún más peliagudo, pero creo que hoy no me quedaba más opción.

June acabó asintiendo. Una parte de sí misma, una enorme y casi completa, le pedía salir huyendo de allí, regresar a Luzaria, tirar la toalla y el año que le quedaba por delante en Noctia, pero aquello solo podría derivar en un desastre. No solo la Conmuta era una forma amistosa entre lúzaros y noctis de fortalecer la unión entre unos y otros, sino que en medio de esa calma tensa que siempre los había caracterizado parecía estar fraguándose algo complejo e incomprensible que se hacía necesario averiguar, pues tal y como Eugene había dicho, si el Consejo de Nix no lo lograban de una manera, lo haría de otra. Y en todo caso, ella seguiría sin saber qué querían ni por qué.

—De acuerdo —concluyó—. Hay trato.



11 Choque de magias

Adrien estaba acabando de recoger sus cosas en el vestuario cuando la puerta se abrió y se encontró con el rostro de Chris. Por un momento sintió como si el mundo entero se hubiera paralizado, pero su móvil cayó al suelo y aquello resultó suficiente para sacarle del particular hechizo que su exnovio prendía en él. Le hervían las preguntas en la cabeza; por un momento había llegado a pensar que no volvería a verlo, que Christian se las ingeniaría para cambiar de instituto en la recta final del curso y no toparía con él nunca más, algo que, sin duda, lo ayudaría a arrancárselo de la cabeza y también del corazón. Pero Chris estaba allí, con aire abatido y despojado de la tensión habitual en él, como si todo le diera igual.

—Hola —lo saludó.

El cuerpo le pedía no responder, seguir ignorándolo, como había hecho desde su teléfono móvil, pero supuso que aquel arrebató infantil no lo ayudaría. Allí no podía bloquearlo ni silenciarlo. Lo mejor era echarle la misma madurez que le había puesto a su relación con él para normalizar las cosas cuanto antes; al fin y al cabo, aún les quedaban unos pocos meses de curso.

—Hola —respondió al fin, tras un largo silencio.

Chris se acercó y colocó la mochila sobre el banco de madera.

—No hay manera de hablar contigo —apuntó, con el hombro apoyado sobre la taquilla.

—Creo que ya está todo dicho.

Adrien se resistía a mirarlo. El contacto directo con aquellos ojos era un punto débil que debía empezar a desmontar, pero aún era demasiado pronto. La ruptura estaba todavía muy reciente.

—Te quiero —murmuró Chris, sin voz.

—Ya es tarde, Christian. Me ha costado un mundo tomar la decisión y aunque ahora me esté destrozando, sé que a la larga será lo mejor. Me estoy haciendo un favor.

—¿Y yo?

—Me temo que por ti habrás de mirar tú. Yo ya lo he hecho por mucho tiempo.

La puerta se abrió en aquel momento y Chris reuló en un acto reflejo.

Adrien ni siquiera se movió cuando los muchachos entraron entre las sempiternas risas y burlas.

—Mirad lo que tenemos aquí —observó Pol—. Es la extraña pareja. ¿Hemos interrumpido algo?

—Ya basta —murmuró Chris.

Adrien lo miró. Aquel ridículo atisbo de valor era nuevo, pero esta vez estaba en juego el propio pellejo de Christian, eso estaba claro. De haber sido solo Adrien el objeto de las burlas de aquellos chicos, a él le hubiera faltado tiempo para huir. Ahora ya no podía hacerlo y Adrien se sorprendió lamentando más la situación por Chris que por él mismo.

—Ya no estamos juntos —se justificó este—. Adrien y yo...

—Oh, la parejita ha roto —se burló Zaind, uno de los dos feéricos que, junto a Pol y Ron, humanos, conformaban aquella peculiar pandilla—. ¿Qué ha pasado? ¿No te deja ponerte encima, Chris? ¿Cómo lo hacéis?

Las palabras vinieron acompañadas de un empujón que propiciaron que Chris se golpease la cara contra la taquilla.

—¿Por qué no cortáis ya con esta mierda? —exclamó Adrien, alterado—. ¿Cuál es vuestro jodido problema con esto? ¿Que seamos gays? ¿Que aun siéndolo tú no te hayas comido una mierda con ninguno de los dos?

Los chicos estallaron en carcajadas mientras Pol se le acercaba con un rictus muy distinto. En esta ocasión, sin embargo, fue Adrien que lo empujó primero.

—Largaos y acabad ya con esto —espetó.

Y no pudo decir nada más. El empujón esta vez, le vino por detrás y para entonces, Pol ya estaba esperándolo con el puño en ristre. Adrien sintió un dolor lacerante en la mandíbula y un nuevo golpe en la nariz. Su cabeza topó con la de Chris cuando ambos cayeron al suelo y a pesar de lo aturdido que se sentía, trató de revolverse y lanzó una patada que llegó a golpear en algo o en alguien. No sabía en qué o en quién.

La puerta se abrió de nuevo y los golpes cesaron. El corro de piernas y cuerpos que los habían encerrado se abrió y el fluorescente del vestuario volvió a concederle algo de visibilidad a Adrien. Tayr estaba en la puerta, igual que había sucedido días atrás, con la salvedad de que Christian yacía tendido en el suelo, con las lágrimas mezclándose con la sangre. Adrien se arrodilló y ayudó a su exnovio a sentarse, apoyándole la espalda en las taquillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Tayr.

El brujo entró en el vestuario y cerró la puerta tras de sí, un gesto de lo más banal que resultó intimidatorio.

—Nada, sal de aquí —respondió Pol.

Trató de conferirle seguridad a su voz, pero Adrien detectó un temblor nuevo en ella y no pudo negar un secreto regocijo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Tayr, colocando su mochila en el suelo. Un nuevo gesto inquietante. A Adrien no pudo dejar de resultarle curioso: cualquier acto que Tayr llevase a cabo parecía el prolegómeno de algo terrible. Y no sabía si eso era bueno, pero en aquel momento solo podía disfrutarlo.

—No te metas en esto, noctis —intervino Zaind.

—Es la segunda vez que me topo con esta escena y no me gusta.

Pol se giró y miró al resto de los muchachos. Después devolvió su atención a Tayr.

—¿Tú también te lo tiras? —preguntó con una sonrisa forzada—. Al fin y al cabo vives con el niño de papá, ¿no? ¿También te acuestas con el rubito? ¿O te vas más su novio? ¿Hacéis tríos? El *ricachón*, el *zombie* y la rata cobarde.

Adrien trató de ponerse en pie. Quería ver a Tayr destrozándolos, a Pol y los suyos implorando perdón, pero si el brujo les daba una lección acabaría metido en un buen lío y... ¿acaso no mataría así dos pájaros de un tiro?, pensó Adrien para sí. Si lo que su hermana había insinuado sobre Tayr era cierto, bien estaría que, después de la peculiar lección impartida a Pol y sus cuatro secuaces, acabase recibiendo la suya propia. Sería algo fantástico. Y sin embargo, una parte de sí mismo se rebelaba ante la idea.

—Tayr, déjalo —murmuró con escasa voz y nula convicción.

Y el brujo debió de captarlo así porque no se movió. Sin embargo, Adrien no tardó en comprobar por qué y poco tenía que ver con la obediencia, al menos en gran parte. Reconoció al instante el movimiento en las manos de Zaind, uno de los feéricos, inmovilizando a Tayr como lo había hecho otras tantas veces con él mismo. La madre de Adrien era también una feérica y aunque rara vez utilizaba su don, al muchacho no le costaba captar los escasos estímulos corporales que delataban la magia blanca. Los músculos se tensaban, los ojos se aclaraban y un zumbido apenas perceptible creaba un aura alrededor de ellos.

—¿Y ahora qué, maldita basura?

Zaind se acercó al brujo a una distancia que suponía una provocación en toda regla. Tayr miró a Adrien y ahora el muchacho sí tuvo la sensación de que

el brujo le pedía permiso, pero si fue así, no obedeció al gesto negativo de su cabeza. Un haz de luz azulada recorrió a Tayr de arriba a abajo, devolviéndole el movimiento y su puño se proyectó hacia el rostro de Zaind, que cayó al suelo, desplomado. Los otros recularon y cruzaron miradas desesperadas que acabaron propiciando la huida. Tayr se movió para sujetarlos, pero Adrien lo agarró del brazo, impidiéndoselo.

—Déjalos.

—¿Estás bien? —quiso saber el brujo.

—Sí. No... no te preocupes. Estoy bien. ¿Está muerto? —preguntó con la garganta encogida y la mirada clavada en Zaind.

El feérico permanecía tendido en el suelo, con los ojos cerrados y los brazos extendidos. Sus alas eran dos velos arrugados y aplastados por su propio cuerpo.

—No —respondió Tayr, sereno—. No está muerto.

Chris trató de ponerse en pie y Adrien lo ayudó.

—Has utilizado tu... poder —murmuró el primero de ellos—. Brujería.

Adrien no dijo nada, pero miró a Tayr como si esperase una confirmación que, en gran parte, ya tenía.

—Solo para contrarrestar el suyo —respondió el brujo.

—No puedes hacerlo —escupió Chris, apoyado aún sobre las taquillas.

—Él tampoco.

De pronto aquello se había tornado en una disputa entre Chris y Tayr.

—Ya, pero no es lo mismo —repuso de nuevo el muchacho—. Los dos habéis quebrantado la Ley.

—¿Por intervenir en una pelea? ¿Por detenerla? —espetó Tayr. Adrien no lo había visto alterado prácticamente en ningún momento, pero tenía la sensación de que su exnovio lo lograba con relativa facilidad—. ¿En qué jodido apartado dice que uno debe dejarse apalear? ¿O apalear a otros?

Adrien buscó a Chris con la mirada.

—Tiene razón —intervino—. Nos ha ayudado y así se lo haremos saber a todos. Aquí nadie ha visto brujería.

—Yo sí la he visto —escupió Chris—. No tengo ningún interés en ayudarlo.

—Ya, tu interés suele pasar solo por ayudarte a ti mismo.

—¿Tú me dices eso?

Tayr se volvió hacia Chris y se aproximó, activando de nuevo la tensión en el rostro del muchacho.

—¿Cómo te sientes, jodida basura? —espetó, dejándolo sin habla—.

¿Satisface más que te dejen hecho una piltrafa o salir huyendo con la cobardía que te caracteriza?

—Tayr... —intervino Adrien de nuevo.

—Tranquilo. No voy a hacerle nada.

La puerta se abrió de nuevo y el director del instituto apareció, flanqueado por los muchachos que habían escapado de allí. Todos guardaron silencio y, para bien o para mal, dejaron que la escena hablase por sí sola.

Si se ponía a pensar en ello, por momentos tenía la sensación de haberlo soñado todo. Eugenne la había llevado de regreso al caserón brujo y antes de que fuera capaz de colocar la cabeza sobre la almohada, Stynda la había despertado para avisarla de que Sam había ido a buscarla y de que la esperaban, de nuevo, en La Cógnta. Sin embargo, durante el largo trayecto en el carromato había estado segura de que ni la más vívida de sus pesadillas quedaría grabada en su mente con tal claridad. Lo sucedido en Vieros, *terra* nigromante, no había sido fruto de ninguna divagación o sueño y más le valía empezar a tenerlo claro y utilizar lo sucedido como una advertencia. Noctia era un territorio gigante, mucho más grande que Luzaria, pero solo entonces fue consciente de que, si bien conocía todas y cada una de las ubicaciones de cada *terra* y a los seres que la habitaban, no había tenido ni la más remota idea de dónde ubicar el caserón brujo... hasta ahora, y debía admitir que la cercanía con la frontera nigromante de Vieros no le agradaba lo más mínimo.

A pesar de que todo cuanto Anouk le contaba le resultaba fascinante, June se distraía continuamente aquella mañana. Alzó las cejas al ser consciente de eso en sus propios pensamientos, no porque le sorprendiera caer presa de mil distracciones después de lo vivido, sino por la absurda circunstancia de estar empezando a ser capaz de ubicar el momento del día en el que se encontraba a pesar de la permanente oscuridad que gobernaba en los cielos de Noctia.

Anouk torció la cabeza y la miró con curiosidad.

—Echo en falta las preguntas y observaciones del primer día. ¿Estás bien, June?

—Lo siento. Tuve un pequeño incidente ayer y no consigo quitármelo de la cabeza.

Estaba siendo completamente sincera, pues en aquel momento necesitaba cualquier información que pudiera caer en sus manos, al menos una más allá de la historia sobre la fundación del Imperio de la Noche y los mil datos

históricos con los que Anouk había empezado a aburrirla.

—Sin darme cuenta, me adentré en territorio nigromante. Estuve a punto de...

Anouk continuaba mirándola con una expresión indescifrable. A June le resultaba enormemente difícil identificarla como un demonio; era una mujer preciosa, de piel tostada y cabello sedoso. ¿Cómo podía tratarse de una criatura del infierno? Aquel pensamiento la llevó a pasear la mirada por la enorme sala de alquimia, atestada de botellas con extraños contenidos, de viejos pergaminos plegados y de libros. ¿Acaso era eso el infierno? No parecía demasiado aterrador. Sí estrambótico o inquietante, pero nada parecido a las calderas que, de pequeña, solía cobijar en su mente al evocar a los demonios de Noctia.

—Debes tener cuidado —señaló al fin Anouk—. Los nigromantes se nutren de la muerte, cuanto más lenta y agónica sea, mejor para ellos, de modo que si te encuentras en peligro, no harán nada por ti. De hecho, dudo mucho que ningún noctis fuese a hacerlo.

June tragó saliva ante aquel último apunte. Esbozó una sonrisa nerviosa y se colocó el cabello rizado detrás de la oreja. Permanecía sentada al lado de Anouk, en una especie de taburete, algo que le dejaba la enorme mesa de pruebas a la altura del abdomen. El demonio se mantenía de pie.

—¿Tú tampoco? —preguntó June, sin dejar de forzar la sonrisa.

Anouk abrió otra en sus labios, mucho más natural y relajada. Fue su única respuesta y a pesar de la encantadora expresión que aquel gesto había dibujado en su hermosa cara, a June se le pusieron los pelos de punta.

—Bien, June. Tal vez no sea un buen día para ahondar en datos históricos y dado que estás algo dispersa, dime, ¿hay algo en especial que quisieras que te explique?

Había muchísimas cosas, claro, y tantas de ellas la pondrían en evidencia que debería seleccionar bien. Eugene le había pedido que no confiase en nadie y supuso que eso incluía a Anouk.

—¿Diriges tú sola este sitio? —preguntó.

Necesitaba conocer al máximo los lugares en los que se movería de forma más o menos habitual.

—Sí. Soy la única moradora del castillo de Gungrath, pero no de Sorutz, naturalmente. Hay más demonios aquí y en otras *terras*, claro.

—¿Por qué algunas razas están separadas en distintas *terras*? —quiso saber June—. Es decir, hay demonios en Sorutz, en Trásaro y en Imblia, por

ejemplo. O brujos, en Telasia y en Ántico.

—El Imperio de la Noche mezcló a todas las razas en los albores — empezó a explicarle Anouk, como si narrase un cuento. Caminó hasta una de las teas que se anclaba en la pared y paseó su mano entre la llama, como si lo hiciera bajo un cálido chorro de agua, sin quemarse—. Pero la rebelión las fragmentó. Había mucho pensamientos opuestos en aquel entonces, incluso entre las propias razas comunes. Aquella guerra atroz nos hizo aún más distintos. Fue delicioso... —murmuró.

Giró la cabeza y de nuevo le envió a June a una sonrisa encantadora, como si no estuviera saboreando y degustando con exquisitez y apetencia los efectos de una guerra larga y cruenta, por lo que de ella sabía June.

—En Luzaria se habla del... regreso de la guerra en Noctia —se atrevió a señalar June—. Mi padre asegura que son solo invenciones de la prensa.

Anouk se movió hasta la otra antorcha mientras la llama del fuego que había acariciado como a un animal se enredaba en su brazo y prendía la tea, dotando a la estancia de algo más de luz.

—Ha pasado mucho tiempo desde todo eso —apuntó—, aunque la nostalgia sea, a veces, una vieja compañera que susurra al oído y te desangra.

—¿Nostalgia por la guerra?

—¿Por qué no? Una guerra no deja de ser una lucha por aquello que se anhela.

—Dijiste que había estabilidad en el trono de Ántico, que una emperatriz lo ocupaba. ¿Quién iba a enfrentarse a ella?

—No te preocupes, June. Respetamos la Ley. Solo así se nos permite poner un pie en Luzaria.

June trató de digerir la evasiva, que dejó en su mente un sabor amargo. Anouk le había explicado muchas cosas en los últimos días, pero tenía la sensación de que lo que ocultaba era tan cuantioso como relevante.

—¿Por qué se alzó el Muro? —preguntó un poco después.

A esas alturas de la conversación y después de prender dos antorchas más, Anouk había regresado a su lado.

—Hace mucho tiempo de eso, años, siglos... La población lúzara temía a la noctis; en aquel entonces, Noctia era solo un bosque extenso y temido, encantado y maldito. Lo que salía de sus entrañas sembraba el miedo y el recelo, así que durante años, alzaron un muro infranqueable que potenciaron con esa magia que tanto temían; pretendían encerrarnos.

Zaind, Pol y los demás se habían marchado ya; también Chris acababa de salir por la puerta del despacho, pero Adrien y Tayr aún continuaban allí. La pose del primero emanaba un mayor nerviosismo que la del brujo, que permanecía repantigado en el pequeño sillón que había frente a la mesa del director. En los largos minutos que había durado la regañina, las miradas habían dicho más que las palabras. Pol y los demás habían acusado a Tayr de utilizar la brujería en Luzaria, algo de extrema gravedad. Chris se había encargado de respaldar aquella versión y solo Adrien lo había negado. Ni siquiera tenía claro el porqué. Resopló, hastiado de esperar, mientras sabía que el director hablaba con su padre en el pasillo.

—Nos va a caer una buena —murmuró—. Haz el favor de negar lo del uso de la brujería.

—No voy a negarlo —respondió Tayr, irguiéndose ligeramente—. Solo lo usé para contrarrestar su magia. El golpe no tuvo nada de mágico; al menos no en el sentido más literal de la palabra.

Adrien sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Lo dejaste K.O. Han necesitado una hora y media para que despertase.

—¿Quieres conmovirme?

—No, qué va. Pero... ¿Por qué lo hiciste?

—Porque te estaban golpeando. Otra vez. Y porque son cinco y tú estás solo. No es justo.

Justicia. ¿Cómo alguien que apelaba a ella y que además, se metía en líos por defender lo que en su opinión la quebrantaba, podía ser el mismo a quien su hermana acusaba de ser un malnacido? Por primera vez dio cabida a la opción de que aquellos que habían despotricado de Tayr en Noctia fuesen enemigos del brujo. Solo así podría entenderlo. El joven no respondía en absoluto al tipo de persona o noctis, que pudiera generar tal angustia y desasosiego en otro alguien, a menos que se tratase de un rival.

—Chris estaba... —dijo Adrien, tratando de dar continuidad a la conversación que habían iniciado.

—Hecho un guiñapo en el suelo y llorando —lo interrumpió Tayr.

—No puedes culparlo por eso.

—No lo culpo, al menos no esta vez. Pero tampoco te suponía una gran ayuda.

La puerta se abrió y el rostro grave de Ander cruzó el umbral seguido por el director del instituto, el señor Ranbrell, uno de los feéricos más sabios de Luzaria, según contaban. Ranbrell pertenecía al mismo tipo de feérico que Lorna y, por tanto, tampoco tenía alas. Era alto y delgado, de piel pálida y lisa, como si los años que pesaban sobre sus espaldas no lo hicieran, en absoluto, sobre su rostro y manos.

El feérico tomó asiento en su silla, mientras que Ander permaneció delante de los muchachos, con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Algo que decir?

—Me golpearon —respondió Adrien, tratando de adelantarse a Tayr—. Llevan mucho tiempo haciéndolo.

—¿Qué estás diciendo? —Ander frunció el ceño, incrédulo y se revolvió, visiblemente nervioso.

—Lo que oyes. Desde que se enteraron de que soy gay, no han dejado de acosarme: insultos, palizas, burlas, bromas pesadas, prácticamente todos los días. La diferencia hoy fue él. —Adrien hizo un gesto con la barbilla, señalando a Tayr—. Detuvo la pelea.

—¿Por qué demonios no me habías dicho nada nunca?

Adrien se desinfló de nuevo sobre la silla y clavó la mirada en la mesa del director.

—No quería que nadie lo supiera, aunque June sí se enteró. Le pedí que no dijera nada. Creí que podría acabar manejando la situación.

Ander se llevó una mano al puente de la nariz y se mostró más fatigado de lo que su hijo lo había visto jamás. Suspiró hondamente y modificó el punto de su atención.

—¿Has utilizado brujería?

—Sí —respondió Tayr.

—Lo inmovilizaron, papá. Zaind también hizo uso de su magia para dejarlo clavado y golpearle. Conmigo lo ha hecho mil veces y se supone que está prohibido, ¿no? La magia blanca tiene unos códigos de uso.

—Los tiene, Adrien, pero no estoy hablando de eso ahora. La magia blanca no hiere ni mata. La oscura, sí.

—Pues a ninguno de ellos le hizo falta magia blanca para herirme continuamente y esta vez, quizás me hubieran matado, de no ser por él. —Adrien se puso en pie, molesto—. No puedo creer que ellos se hayan largado de rositas y nosotros estemos aquí, dando mil jodidas explicaciones por habernos defendido.

—Ellos no se irán de rositas —intervino el director—. Pero Tayr casi mata a un chico. Zaind está ingresado en el hospital con un cuadro fuera de peligro, pero bastante aparatoso. Si sus padres toman medidas...

—Me importa una mierda si toman o no medidas.

Ander alzó el brazo para agarrar a su hijo, pero la mano de Tayr se adelantó como un depredador letal saltando sobre su presa y lo retuvo para estupor de todos. El director volvió a levantarse de la mesa, a pesar de que la estampa que se dibujaba frente a él parecía un fotograma de algo que se hubiera detenido en el tiempo: nadie se movía. Y nadie se movió hasta que Tayr obedeció a Ander:

—Suéltame.

Los dedos del brujo se aflojaron en torno al brazo del hombre.

—Su hijo ya ha tenido suficiente violencia por hoy.

—¿Violencia? ¿Acaso crees que yo...?

Ander exhaló una amplia bocanada de aire y volvió a mirar al señor Ranbrell.

—Nos vamos. Si hay cualquier novedad, hágamela saber, por favor. Le remitiré el informe de lo que decida.

—Gracias, señor Winchester.

—Vámonos.



12 Marcas en la piel

Anouk acompañó a June hasta el enorme recibidor de La Cóginita a través de la escalinata, como era habitual. Después la saludaba con una reverencia y volvía a perderse entre las sombras, como una roja llama engullida por la noche. June estaba convencida de que incluso el calor se apaciguaba cuando la mujer se iba.

Permaneció allí durante unos segundos escrutando la oscuridad que envolvía el resto de los pasillos, donde no había antorchas ni ninguna otra forma de iluminación. El demonio le había asegurado que ella era la única moradora del lugar, pero aquel sitio era inmenso. ¿Qué secretos esconderían sus muros? La construcción era antiquísima; de eso, no solo daban buena muestra sus vetustos muros, sino la historia que la propia June había estudiado. Pero lo cierto era que no tenía ni la más remota idea de qué habría albergado ese sitio antes de convertirse en el centro de conocimiento de los Noctis e incluso de los lúzaros de la Conmuta, que pasaban allí buena parte de su tiempo.

Suspiró hondamente, descartando la idea de echar un vistazo. Cada vez que su temeraria mente hilvanaba una idea alocada, las palabras de Eugene regresaban a su cabeza para ejercer de ariete y tumbar la puerta hacia su curiosidad.

Las bisagras chirriaron cuando tiró del enorme portón para encontrarse con el siniestro rostro de Sam, el cochero al que ella misma había 'bautizado'. Debía admitir que, a medida que pasaban los días, el tipo no resultaba tan inquietante como al principio y hasta era capaz de encontrar en su cara algún matiz simpático.

—¿A qué raza perteneces, Sam? —preguntó con indolencia, mientras caminaba de regreso a la carroza.

El hombre la miró sin decir nada y mantuvo la portezuela abierta. June infló los mofletes y exhaló todo el aire que había capturado, mientras ocupaba su deprimente asiento. Debería resignarse a mantener aquella insulsa relación con el cochero y no era que esperase grandes diversiones por parte de este, pero había llegado a imaginar que podía conseguir un amigo con el que poder charlar y desahogarse acerca de las extravagancias de los brujos. A Eugene,

seguramente no le interesase nada más allá de lo que a Tayr concerniese y con Anouk, sencillamente, no se atrevería a comentar nada. Y aquellas dos personas eran las únicas 'no-brujos' con las que había trabado cierta relación.

No dejaba de resultar deprimente que con lo grande que era Noctia, su vida social fuera a limitarse a una decena de brujos de entre los cuales solo tres o cuatro se dignaban a dirigirle la palabra; un vampiro y un demonio. Ciertamente era que aún le faltaba un año entero allí, pero si su rutina iba a limitarse a ir de La Cóginita al caserón y viceversa, no tendría muchas oportunidades de alternar. Por otro lado, si la vida social de Noctia la llevaba a vivencias tales como enterrar vampiros durante su sueño, tal vez fuera mejor recluírse en su habitación.

Suspiró de nuevo ante aquel desalentador panorama. No resistiría un año entero así.

Adrien fue el primero en entrar en el salón, seguido por Tayr y, finalmente, por Ander. Lorna bajó la escalera rápidamente y apareció allí como una embestida, directa hacia su hijo, cuyo rostro sostuvo entre las manos, emocionada.

—Por los dioses, hijo —exclamó, llorando. Lo abrazó con fuerza y derrumbó sobre él toda la tensión acumulada desde que el director había llamado a su casa, informándola de lo ocurrido. Dado que a ella le había resultado imposible acudir, había llamado a su marido, pero al regresar a casa, la espera se le había hecho eterna.

—Te han golpeado —siguió hablando Lorna, mientras paseaba los dedos sobre las heridas y moretones de su hijo.

—Mamá, estoy bien.

Adrien buscó a Tayr, ligeramente avergonzado ante lo que consideraba una excesiva preocupación por parte de Lorna. Su madre solía conseguir que se sintiera como un niño.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó la mujer a su marido.

—Hay una pandilla que la tiene tomada con él —explicó Ander, como si Adrien no estuviera allí.

—Cielos... —Lorna se llevó las manos a la boca, reprimiendo un sollozo.

—Mamá, no te preocupes.

—¿Por qué no nos habías dicho nada? —quiso saber ella.

—No quería inquietaros.

—¿Inquietarnos? Adrien, por los dioses...

—Tayr intervino, por suerte —continuó explicando Ander—, pero hizo uso de brujería y ahora puede estar metido en un buen lío.

Adrien buscó de nuevo al brujo con la mirada. Permanecía de pie, apartado y con las manos metidas en los bolsillos. Su aspecto inspiraba cualquier cosa menos lástima, pero Adrien sintió la necesidad de apartarse de su madre y colocarse junto a él, borrar, de algún modo, la estampa que lo dejaba solo en aquel salón, donde nadie parecía especialmente preocupado por él. Allí no había una madre sujetándolo para comprobar cada herida ni un padre buscando soluciones.

—Ellos también utilizaron magia blanca —repuso Adrien, molesto—. ¿Por qué no cuentas toda la historia?

—¿Es eso verdad?

Lorna se colocó delante de su marido y Adrien creyó detectar en torno a ella esa especie de aura rojiza que se le prendía cada vez que se enfadaba.

—Sí, sí lo es —confirmó él mismo—. Cada vez que me han golpeado la han utilizado para inmovilizarme. Si no, te aseguro que más de una vez le hubiera partido la cara a esos malnacidos.

—Son cinco, Adrien —repuso Ander, en medio de un profundo suspiro—. Y a golpes no se soluciona nada.

—Eso no me lo cuentes a mí, papá. Díselo a ellos. Mamá —añadió, acercándose a Lorna—, no podéis permitir que le pase nada a Tayr. Solo me ayudó y utilizó su magia para romper la inmovilidad de la que le habían hecho presa, nada más.

Lorna escrutó a Tayr minuciosamente y se acercó a él.

—Te doy las gracias por haber ayudado a mi hijo.

—No hay nada que agradecer, señora. Era lo justo.

Era la segunda vez que Adrien lo escuchaba aludir a la justicia. Veía la forma tímida en la que se comportaba cuando creía estar de más; el silencio con el que toleraba que otros hablasen de él de forma injusta. Y los argumentos de su hermana se derrumbaban ante el peso de todo aquello.

—Habla con el Consejo —le pidió Lorna a su marido—. Intercede por él. No pueden castigar que haya defendido a Adri.

—Había otras formas.

—¿Cómo? —Adrien se interpuso entre su madre y su padre—. ¿Cómo,

papá? ¿Cómo te defiendes de una magia blanca que te inmoviliza? ¿Debería haber dejado que lo apaleasen también a él? ¿Que siguieran enzarzados conmigo?

Ander suspiró de nuevo y buscó a Tayr por encima del hombro de su hijo. El brujo se mantenía inmóvil y en silencio.

—Supongo que tienes razón —acabó aceptando—. Veré qué puedo hacer.

Ander caminó hasta el umbral de la puerta y se volteó al llegar allí.

—Tu castigo queda provisionalmente aparcado, si a tu madre le parece bien. —Miró a Lorna y esta asintió—. Estaría bien que aprovecharas la tarde y ayudaras a Tayr con la Nut. Es pasado mañana.

El hombre desapareció con paso cadencioso pasillo a través y su pisadas se perdieron escaleras arriba hasta que hubo cerrado la puerta de su despacho, donde solía pasar largas horas encerrado.

Lorna se acercó a Adrien y lo abrazó con fuerza mientras él buscaba de nuevo a Tayr, que lo miraba en silencio.

—¿Qué tal tu maleta? —preguntó Adrien—. ¿Tienes ropa para el Evento?

—Tengo ropa —respondió el brujo—. Otra cosa es que la consideréis apropiada para ese Evento. No tengo ni idea.

—¿Por qué no le echas una mano, cariño? —sugirió Lorna, aún abrazada a su hijo—. Será una forma de compensar lo que ha hecho por ti.

—No tiene nada que compensarme —insistió Tayr.

—Yo creo que sí —repuso Adrien—. ¿Le echamos un ojo a tu vestuario?

—Vale.

June resopló haciendo volar el mechón de pelo que le cruzaba la cara. Los rizos ascendían impulsados por el aire que salía de sus labios y caían de nuevo en medio de su rostro. Y así llevaba entreteniéndose el interminable tiempo que había transcurrido desde que el eje de la carroza se había partido y Sam trataba, inútilmente, de repararlo. No sabía cuánto exactamente. El brujo —al fin había adivinado la raza a la que pertenecía— mascullaba maldiciones en un idioma extraño que June agradeció no entender. Permanecía sentada sobre una roca, abanicándose con sus propias manos y observando, inquieta, el entorno. La presencia de Sam le infundía algo de calma y eso ofrecía una buena idea de lo desesperado de su situación: un hombre de rostro acerado, extraños ojos negros y aspecto enfermizo conformaba su único asidero hacia la seguridad. Pero Sam debía de saber cómo moverse en aquel lugar y supuso

que en territorio nigromante, él mismo correría tanto peligro como ella, por lo que el cochero se cuidaría mucho de dar un paso en falso y por ende, ella haría lo mismo.

—¿Qué pasa, Sam? ¿Vas a tardar mucho rato?

—Tal vez queráis venir vos a repararlo.

Su voz había sonado tan áspera como siempre, pero había hecho uso de la ironía y hasta aquello llegaba a resultarle simpático. Se puso en pie y se acercó a él.

—¿No consigues hacerlo tú?

—Está roto. —Sam se incorporó y lanzó un pedazo de hierro aparentemente oxidado a cierta distancia.

—¿Y entonces qué vamos a hacer?

—Caminar.

—¿Estás loco? El caserón está lejísimos. ¿Por qué no... por qué no montamos sobre el caballo? Porque es un caballo, ¿no?

—El animal no se monta.

Sam se había alejado y había empezado a soltar los enganches que mantenían a aquel extraño corcel amarrado a la carroza, convertida ahora en un armatoste inútil.

—¿Por qué no?

El brujo la miró con los ojos entornados o eso le pareció a June, pues lo cierto era que distinguir expresión alguna en aquella cara resultaba tarea imposible.

—Porque no.

Soltó todas las correas y palmeó la grupa del animal, que se alejó de allí con paso indolente.

—¿Por qué dejas que se vaya?

—Aryaffos no se monta.

—¿Aryaffos es el caballo?

—No es exactamente un caballo. Al menos no uno común.

—¡Oh, por Dios! —exclamó la joven, molesta—. Me da igual si es o no un caballo común porque lo cierto es que aquí todo es muy poco común. Pero tenía lomo y yo tengo culo y los dos podían haberse conocido y... ¿Sam?

El cochero había empezado a caminar y se alejaba ya de allí arrastrando sus pasos sobre el fango.

June suspiró profundamente y buscó una resignación que se resistía a instalarse en su mente. Bajó los brazos y se remangó para liberarse del calor

asfixiante que arreciaba con la caída del día. Y ese era el único elemento con el que podía distinguir el momento en el que se encontraba. Algunas noches habían sido más frías en Noctia, y otras la desesperaban en medio de un calor insufrible que no le permitía sentirse cómoda de ningún modo. Más de una vez había estado tentada de saltar por la ventana de su habitación y zambullirse de cabeza en el lago, pero recordar lo que moraba bajo las oscuras aguas, casi hacía apetecible la permanente capa de sudor que la envolvía.

Volteó la cabeza al escuchar algo entre la espesura.

—Sam... —murmuró, inquieta. Pero el cochero no se detuvo ni le prestó la más mínima atención—. ¡Sam! —insistió ella, más alto.

Y al fin Sam se detuvo, pero no lo hizo como consecuencia de su llamada, sino al topar con una silueta que apareció inesperadamente y arrancó a correr, de nuevo, camino a través sobre el oscuro enlosado de la Vía Negra. June no olvidaría nunca aquel curioso sendero que se abría paso entre la maleza de Noctia como una serpiente oscura y letal. La Vía Negra era territorio neutral, donde ninguna raza podía dañar a otra, más allá de lo que exigía la Ley Común. De haber dado con su trazado horas atrás, se habría sentido mucho más segura, pero en aquel momento no era eso lo que la inquietaba.

—¿Quién era? —le preguntó a Sam.

El brujo se limitó a encogerse de hombros.

—Lo mirabas como si...

—Se dirige a Las Catacumbas. Solo me aseguraba de que no fuera un miembro del clan. No lo miraba.

—Las Catacumbas.

Sam retomó el paso y June corrió hasta alcanzarlo, aunque fue incapaz de dejar de mirar atrás, donde la figura de aquel extraño o extraña se había perdido ya. Enfundado en la capucha oscura que lo cubría había sido incapaz de discernir en él el menor rasgo.

—Zoe dijo que los brujos van regularmente a Las Catacumbas, ¿qué hay allí?

—Roca y negrura.

—Sí, suena a catacumba total —respondió ella con ironía—. Pero algo más ha de haber para que ellos vayan hasta allí, ¿no? Y para que no dejen que Zoe los acompañe.

La niña le había hablado de 'alguien' a quien ella misma ignoraba, pero June no deseaba hablar de más y meter a la pequeña en problemas.

—Los brujos del clan son excéntricos —respondió Sam.

June alzó una ceja. ¿Podía Sam considerarse alguien ajeno a la excentricidad? ¿Podía alguien en Noctia hacerlo? Supuso que sí; al fin y al cabo, para ella todo aquello era nuevo y extraño.

—¿Conoces a Tayr?

—¿Y qué brujo no lo conoce?

June alzó una ceja.

—O sea que eres un brujo, ¿eh? —se congratuló al haber logrado adivinar su raza. Se parecía poco a los que moraban en el caserón, pero a aquellas alturas ya no cuestionaba las cosas que llamaban su atención entre los muros de Noctia—. ¿Qué sabes de él?

—Que no quisiera tenerlo a mi lado.

—¿Por qué no?

—Porque no. —Sam se detuvo y la miró fijamente—. ¿Está en vuestra casa?

—Así es.

El brujo exhibió una novedosa sonrisa que dejó clavada a June en su sitio. Sam siguió adelante y la sonrisa se convirtió en una risa histérica cuyas carcajadas se alzaron hacia el cielo nublado. La joven se giró de nuevo y desandó sus pasos de regreso a la Vía Negra. El nombre de Tayr no había desaparecido de su mente ni un solo segundo, pero las palabras y la reacción de Sam ante su mención habían logrado inquietarla más. Si se limitaba a regresar al caserón brujo y encerrarse allí no averiguaría nada, no lograría moverse de su sitio ni avanzar, de modo que, fuese lo que fuera lo que ocultaba el secretismo de Las Catacumbas, indagaría, sabría si estaba relacionado con Tayr e informaría a Eugene; haría todo lo posible para sacar a Tayr de su casa antes de que hubiera algo que lamentar.

Adrien se detuvo frente a la puerta del cuarto de Tayr y se hizo a un lado, pero el brujo también se había quedado quieto algo más atrás en el pasillo.

—Es tu habitación —dijo Adrien, mientras hacía un gesto con la mano, como si cediera el paso.

—Es tu casa —respondió Tayr.

—Oh, nada de eso. Mientras estés viviendo aquí, esto es tuyo y pertenece a tu intimidad. No sé en Noctia, pero eso aquí se respeta como algo sagrado. O

debería... Siempre hay personas como mi hermana.

Tayr asintió y abrió la puerta; entró y, como era habitual en él, permaneció inmóvil junto a la entrada. Por momentos, Adrien pensaba que debía de ser fácil confundirlo con un armario o una mesa. Tayr era discreto y silencioso. Apenas se movía y era como si buscara un constante camuflaje con el entorno. Pero entonces lo miró y dudó mucho de que fuera capaz de confundirlo con un mueble. Entró y observó la habitación en penumbra. Apenas accedía un poco de luz por la parte inferior de la ventana, que se desparramaba en el suelo como una limosna de sol.

—¿Te molesta la luz? —preguntó, mientras se volvía.

—Un poco. En Noctia siempre es de noche. Supongo que me he acostumbrado a eso, aunque puedo soportarla sin problema.

—Una noche eterna, eh. Creo que no aguantaría ni dos días en Noctia.

—Puedes levantar la persiana, si quieres.

—No, está bien. Es tu cuarto, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo —respondió el brujo con una tímida sonrisa.

—Bueno, ¿y tu... tu maleta? Si quieres que le echemos un ojo... Aunque bueno, no tienes ninguna obligación de enseñarme nada, es decir... Podemos...

—No hay problema.

Tayr caminó hasta un pequeño fardo de ropa y lo colocó sobre la cama; se remangó la cazadora que llevaba puesta y deshizo el nudo, dejando extendido el escaso vestuario que había traído consigo. Adrien lo miró estupefacto.

—No habías deshecho la maleta aún —observó.

—No he tenido ocasión.

Adrien paseó la mirada a través de la habitación y, más allá de aquel fardo de ropa sin deshacer, juraría que el brujo apenas había tocado nada del cuarto de invitados que Lorna le había preparado. El escritorio estaba impoluto y también las mesillas de noche. Los libros estaban intactos sobre los anaqueles y había una pequeña toalla doblada sobre una cama perfectamente hecha.

—¿No estás a gusto? —le preguntó.

—Sí, claro que lo estoy. Solo es que... no necesito tantas cosas como tenéis aquí.

Adrien fijó de nuevo la vista en la ropa, apenas unas diez prendas, entre pantalones, jubones, armillas y alguna camisa vieja.

—¿Esto es todo?

—Es todo.

Tayr se sentó en la cama y miró a Adrien con curiosidad.

—Es la ropa más fea que he visto en mi vida —confesó este, divertido.

Extendió una vieja camisa amarillenta a la que le faltaba una manga y la soltó sobre el resto de prendas. Después hizo lo mismo con un pantalón negro fabricado en una textura rugosa que debía de estar remendado.

Tayr hizo más amplia la sonrisa que había exhibido antes mientras lo veía horrorizarse más y más ante cada prenda que desfilaba por su vista. Adrien lo miró y negó con la cabeza, sonriendo también. Apenas entraba un poco de sol allí, pero el muchacho juraría que los ojos del brujo podían distinguirse con la misma facilidad que si estuviera debajo de un luminoso foco. ¿Acaso podía ser algo que debiera a su condición?

—En serio, ¿a qué os dedicáis en Noctia? ¿Puedes pasar con esto?

—A decir verdad, me sobra la mitad.

Adrien bajó los brazos y dejó de analizar la indumentaria del brujo.

—Supongo que somos mundos muy diferentes.

—Supones bien —confirmó Tayr, desprovisto ya de aquella arrebatadora sonrisa.

—Debemos de parecerse una panda de idiotas superficiales.

—No he dicho eso.

—No, pero has de pensarlo. Yo en tu lugar lo pensaría.

—Lo único que pienso es que Noctia y Luzaria son lugares muy diferentes, que las prioridades no tienen nada que ver en uno y otro sitio. Nada más.

Adrien suspiró profundamente y soltó la armilla que había mantenido en sus manos.

—¿Te gusta ir de tiendas, Tayr?

—No lo he hecho nunca.

—Bien, pues espero que no te horrorice tanto como a mí porque te hace buena falta, al menos para el Evento.

—De acuerdo.

Se había alzado un viento gélido que contrastaba enormemente con el calor que hacía cuando no soplaba. June sudaba, pero la caricia de aquel aire extraño le erizaba el vello. Mientras avanzaba a paso aligero sobre las losas negras del camino, había percibido multitud de presencias acechándola desde

las sombras. Debía de encontrarse en la frontera entre Imblia y Telasia, *terras* demoníacas y brujas, respectivamente. Poder ubicar lejos a los nigromantes la tranquilizó, pero después recordaba que las demás razas no debían de ser menos peligrosas y que su animadversión hacia los hijos de la muerte, como se conocía a los nigromantes en Luzaria, se debía únicamente al episodio vivido en su *terra*.

Se detuvo al escrutar algo a su izquierda porque estaba segura de haber distinguido la estela gris de la capa que el extraño que se había cruzado con ellos llevaba puesta. Pero seguirlo significaba abandonar la Vía Negra y adentrarse, por tanto, en aquel bosque espeso de troncos negros y retorcidos.

—Vale —murmuró para sí—, solo tengo que ir con cuidado. Nadie me salvará el pellejo si me ocurre algo, pero tampoco me harán nada. Soy June, la humana de la Conmuta.

Mientras hablaba consigo misma había abandonado el seguro trazado de la Vía. Escuchar su voz le impedía captar otros sonidos más inquietantes y además, le concedía cierta sensación de normalidad.

Se movió entre los árboles, apartando ramas, lianas y otras prolongaciones que colgaban desde los árboles y cuyo tacto había resultado tan inquietante como el hecho de que hubieran tratado de enroscarse en sus muñecas. Cuando la espesura quedó atrás, se sacudió el pelo con insistencia.

—Qué asco, joder.

Oteó el entorno y avanzó, despacio mientras observaba, fascinada, los enormes huecos que se abrían en la roca. Era como si una piedra gigantesca hubiera caído desde el cielo y en su rugosa e irregular superficie se hubieran abierto un sinfín de oscuras entradas hacia su interior. Las Catacumbas resultaban tan inquietantes como el resto de lugares en Noctia y entonces, mientras se lamentaba interiormente ante el hecho de que en sus estudios no se mencionaran lugares tan increíbles como aquel, detectó la sombra gris perdiéndose a través de una de ellas. Por un momento temió que pudiera tratarse de uno de los brujos del clan, pero además de que el propio Sam le había asegurado que no era así, lo cierto era que los brujos solían moverse siempre juntos y aquella figura estaba sola allí.

Exos era, probablemente, la tienda de moda más cotizada de Luzaria. Cinco plantas con ropa para mujer, hombre, jóvenes y niños. Cuando Adrien y Tayr

cruzaron sus puertas de cristal automáticas eran apenas las seis de la tarde y el bullicio estaba en su máximo apogeo. La directora de la tienda había saludado a Adrien personalmente y también a Tayr, después de que el muchacho lo presentase como el brujo de la Conmuta. Al llegar a la sección juvenil, y siguiendo las instrucciones de la directora, un hombre los había atendido con cortesía y había puesto a disposición de ambos las camisas y pantalones más caros y exclusivos de la tienda. Con ellos, los había conducido a una zona personal y los había encomiado a tomar tanto tiempo como necesitasen y a solicitar su asistencia si así lo deseaban. Y es que ser hijo de un miembro del Consejo de la Luz confería determinados privilegios de los que a Adrien le gustaba disfrutar para no naufragar entre el gentío.

—¿Qué se supone que hay que hacer con tanta ropa? —preguntó Tayr, abrumado.

Adrien se dejó caer pesadamente sobre el sillón rojo que había frente a los vestidores mientras masticaba chicle y sacó el teléfono móvil de su bolsillo.

—Probártela —respondió con indolencia.

Consultó las llamadas de su teléfono los y mensajes recibidos para hacer tiempo durante aquellas ceremoniosas pruebas que lo aburrían soberanamente fuera quien fuese su acompañante.

—¿Toda? —exclamó el brujo.

—Sí, claro. De esa forma podremos comparar, y llevarnos las que más te gusten.

—Con una camisa y un pantalón será suficiente.

—Tranquilo, Tayr, y adelante. Odio ir de tiendas, ya te lo he dicho, pero trataré de asesorarte lo mejor que sepa.

Tayr resopló y se perdió en el interior del vestidor al que los había conducido el dependiente.

Mientras esperaba, Adrien eliminó las tres llamadas perdidas de Chris. Debía admitir que la tarde diferente que estaba pasando con Tayr se lo hacía más fácil, pero a pesar de lo incomprensible que le resultaba la postura de su exnovio aquella mañana al acusar al muchacho de brujería, se preguntaba cuánto aguantaría rechazando sus intentos de acercamiento. Apenas habían pasado unos pocos días desde la ruptura y sus sentimientos estaban aún a flor de piel. No dudaba de que pudiera flaquear, aunque haría todo lo posible por que no sucediera. Al fin y al cabo, lo más difícil estaba hecho y había sido dar el paso. Amaba a Christian, eso no podía negarlo, pero tampoco podía seguir obviando por más tiempo lo nociva que su relación se había tornado con el

tiempo, si es que alguna vez había sido distinta.

Alzó la cabeza cuando Tayr corrió la cortina y dio un par de pasos adelante. Llevaba puesta una camisa negra medio desabrochada con un pantalón *beige* que potenciaba ese halo misterioso que lo envolvía. Extendió ligeramente los brazos y miró a Adrien, esperando a que dijera algo, pero Adrien había enmudecido. Se revolvió en el sillón y guardó el teléfono móvil mientras se tragaba el chicle.

—Te queda gen... bien. Está muy bien.

—¿Nos lo llevamos, entonces?

—Pruébate antes los otros.

—¿Para qué?

—Para comparar, Tayr. Nos llevaremos el que más te guste.

El brujo claudicó y volvió a meterse en el vestidor, donde cerró la cortina con un seco tirón.

Adrien resopló y respondió a la llamada de su madre, que simplemente quería interesarse por cómo les estaba yendo la tarde e informarle de que su padre había hablado ya con el Consejo de la Luz y habían tomado una decisión con respecto a lo ocurrido. Lorna no pudo explicarle gran cosa, pero sí le transmitió que todo parecía haber ido bien. Eso tranquilizó a Adrien aunque el estado de relajación adquirido solo le duró hasta que Tayr volvió a salir del vestidor con un pantalón negro y una camisa del mismo tono que sus ojos.

—Ma... ma... mamá, te dejo. Luego hablamos... Sí, estoy bien, tranquila. Yo también te quiero.

Cortó la comunicación y se puso de pie.

—¿Qué?

—Estás... te... te queda bien.

—Se me hace raro vestir de un color distinto al negro.

Adrien sonrió.

—La vida es de colores, Tayr.

—Ya —respondió el brujo, exhibiendo una sonrisa tímida.

—Pruébate el último.

Volvió a meterse en el vestuario por segunda vez y Adrien ya no fue capaz de sentarse. Resopló de nuevo mientras se quitaba la chaqueta, que dejó sobre el sillón. Echó un vistazo a la tienda y a las personas que se habían lanzado en las voraces garras del consumismo. Las luces de Navidad decoraban toda la planta, aunque por alguna razón, lo que siempre se le había antojado agobiante y pesado, tal vez aquel año resultase distinto. Incluso la música que sonaba a

través de los altavoces le pareció alegre y jovial. Tal vez no fuera tan horrible ir de compras, después de todo, al menos si uno no era el que había de probarse mil cosas y el que sí había de hacerlo era un brujo de ojos verde azulados y cabello oscuro.

Tayr abrió la cortina y Adrien se volvió para verlo con la camisa azul oscuro desabrochada y el torso al descubierto.

—Me va pequeña —se quejó el brujo—. No puedo ni moverme y ni hablemos ya de abrocharla.

Trató de mover los brazos y el tejido se mostraba tirante, pero Adrien no reaccionó. Su mirada se había fijado precisamente en la parte que la prenda no cubría. El torso de Tayr era imperfectamente perfecto. Las líneas marcaban una piel dura y fibrosa; músculo y tendón. Pero también cicatrices y heridas antiguas que no habían curado bien, cortes, quemaduras. En el centro del pecho, a la altura del esternón, tenía una especie de tatuaje de colores oscuros y, seguramente, abstracto. Había un símbolo, pero no se parecía a nada que Adrien hubiese visto antes.

—¿Quieres que pida otra? —se atrevió a articular al fin.

Tayr se la quitó y Adrien vio un segundo tatuaje en su espalda que descendía desde la base de su nuca y a través de su columna: letras que, de formar palabras, debían de hacerlo en otro idioma, uno absolutamente desconocido para él: una 'A' más grande en su nuca y seis letras a cada lado de su columna, como si esta formase una frontera imaginaria que las dividía: *ESTATE*, a un lado; *MIVCKA*, al otro.

—¿Por qué no nos llevamos una de las que me he probado ya? —preguntó Tayr, mientras se giraba, con aire quejumbroso—. ¿No te gustan?

—Sí, te... te sientan genial. Si estás harto...

—Lo cierto es que agobia un poco todo esto.

—Vale, entonces. Nos llevaremos los dos pechos; digo, camisas. Las dos camisas.

Tayr sonrió.

—Con una es suficiente, Adrien.

—Vamos, no importa. Nos llevaremos las dos. Y los pantalones.

—No hace falta, de verdad —insistió Tayr.

—Acéptalo como un regalo, una forma estúpida y superficial de agradecerte lo que has hecho hoy por mí.

Tayr asintió de forma apenas perceptible.

—No es necesario, pero... vale.

—Azra va a flipar cuando te vea.

—Cualquiera que me conozca, lo haría. Seguro.

En esta ocasión fue Adrien quien sonrió mientras Tayr volvía a ponerse el jersey negro y deshilachado con el que había salido de casa.

—¿Estáis saliendo?

No podía creer que hubiera preguntado aquello. ¿Qué debía importarle a él lo que Tayr hiciera con esa elfa estirada y pretenciosa? ¿Y por qué de pronto la calificaba así? Aquel era el carácter de los elfos, pero en Azra nunca había visto a una mala chica; al menos, en el instituto iba a lo suyo y no se metía con nadie; incluso la había visto defender a algunos muchachos del acoso de otros. No a él, claro estaba, pero Adrien siempre había estado convencido de que los elfos de último curso ni siquiera reparaban en la existencia de los simples humanos.

—¿Saliendo?

La pregunta de Tayr lo devolvió a la realidad y, para su sorpresa, en lugar de aprovechar la confusión del brujo para olvidar la cuestión, se encontró aclarándola:

—Me refiero a si estáis juntos, como pareja, ya sabes.

Caminaban hasta el mostrador, mientras Tayr se ajustaba la chaqueta negra.

—No, qué va. Azra es solo una amiga que me ha ayudado en los primeros días. No sería tan inconsciente como para enredarme con alguien aquí.

—¿Por qué? ¿Tienes pareja en Noctia?

—No, pero... Lo cierto es que no sabría en qué lugar de mi vida encajar a una pareja. Mucho menos a este lado del Muro.

Adrien asintió y alzó el brazo, llamando la atención del dependiente que ya los esperaba.



13 El camino de la verdad

Enterar en las Catacumbas. ¿Por qué a su mente solo se le ocurrían aquel tipo de imprudencias? ¿Por qué su testarudez había de ser siempre más fuerte que su miedo? Por aquel carácter obstinado se había metido en mil líos y a pesar de las reprimendas de su padre y su madre, aquello nunca la había hecho escarmentar. Y allí estaba la mejor prueba: se encontraba sola, en *terra* bruja, alejada de la Vía Negra y persiguiendo una sombra gris de la que no había logrado distinguir el menor rasgo que pudiera generarle un mínimo de confianza, dispuesta a entrar por la negra oquedad a través de la que la había visto perderse. Resopló con fuerza y dio un paso al frente. Solo uno antes de que la mano fría y huesuda de Sam la asiese por el hombro, deteniéndola. June gritó y el brujo la soltó, reculando un paso, aparentemente tan asustado como ella misma. Aquella fue la primera vez que June distinguía una expresión en el acerado rostro de Sam.

—¡Joder! —gritó la joven—. ¿Qué mierda estás haciendo? Casi me sacas el estómago por la boca.

Sam torció la cabeza como si le sorprendiera aquella aseveración. Él no había hecho nada de eso.

—Mi deber es conducirlos desde La Cógnta hasta el caserón. No se me permite ninguna concesión al respecto y en este momento, mi señora, os encontráis muy alejada de uno y otro punto.

—La sombra se dirigía...

—No me importa en absoluto hacia dónde se dirigía la sombra, como vos decís. Lo que a mí me han encomendado es...

—¿Alguna vez piensas o actúas por ti mismo? —lo interrumpió June.

Aún le temblaban las piernas y dar rienda suelta a su enfado era una forma de dejarlo ir y relajarse. Sam la miraba tan absorto como al principio, pero ella siguió hablando:

—No sabía que aún hubiera esclavos en Noctia. En Luzaria ese asunto se abolió hace mucho, cuando los seres mágicos y los humanos establecieron los pactos de igualdad entre razas.

—No soy esclavo de nadie.

—Hablas continuamente de quien te ha encomendado mi cuidado. ¿Quién es?

—Solo obedezco al Consejo. El Consejo de Nix dicta las leyes y en Noctia obedecemos. Gracias a eso se mantiene también la paz con Luzaria.

—¿Acaso existiría amenaza de algún enfrentamiento entre lúzaros y noctis sin la Ley Común?

—¿Vos qué pensáis?

—Que no —respondió taxativa. Demasiado. Nunca se lo había planteado, pero ¿qué protegía, si no, la Ley Común? Normas que obligaban a lúzaros y noctis a actuar de un modo determinado y que más allá de regir su convivencia, establecían una frontera de paz. ¿Qué ocurriría si esta no existiera?

—Vámonos —zanjó Sam—. Se hace tarde.

June dedicó una última mirada a Las Catacumbas y emprendió el camino de regreso tras los pasos del brujo. No olvidaba que habrían de volver andando, así que le esperaba un larguísimo camino por delante.

Pasaban de las ocho de la tarde cuando Adrien y Tayr entraron por la puerta del salón entre risas y comentarios. Lorna se incorporó, sonriendo al verlos llegar de aquella guisa. Casi no recordaba la última vez que Adrien había expresado tal tranquilidad y alegría.

—Parece que las compras han ido muy bien —observó, mientras se acercaba a su hijo para darle un beso.

—Hola, mamá.

—¿Qué tal, cariño?

—He conseguido endosarle a Tayr algo más de lo que quería, pero en serio, no vayas nunca a comprar con un brujo si no quieres quedar todo el tiempo en evidencia.

El interpelado sonrió tímidamente mientras colocaba un par de bolsas sobre el sofá.

—Lo siento —se disculpó—. Esto no es para mí.

—Pues pensé que tampoco estaba hecho para Adrien, pero diría que te lo has pasado muy bien.

—Bueno, mis anteriores experiencias no se parecen en nada a lo de hoy. Ha sido... único. Divertido.

La sonrisa se atenuó en su rostro, mientras seguía mirando a Tayr. Apartó la

vista, conmocionado por el nerviosismo que despertaban en él los ojos del brujo. Cada vez dudaba más de si no estaría llevando a cabo un continuo conjuro para lograr tal efecto.

—Querías contarme lo del Consejo —le dijo entonces a Lorna—. ¿Qué sabes?

—No harán nada especial contra ti, Tayr, aunque sí habrá un pequeño castigo para los dos, tú y el feérico, Zaind. También para los otros chicos, aunque de distinta índole, al no tratarse del uso de magia.

—Mamá...

—Ya sé lo que vas a decir, Adri, que no es justo y que Tayr solo te defendió. Estoy de acuerdo, pero creo que, tal y como se han desarrollado los acontecimientos, podemos darnos por satisfechos así.

—¿Qué le va a pasar?

—Inhibirán tu magia durante un tiempo —volvió a decir, dirigiéndose de nuevo a Tayr—. Aún no saben cuánto.

Adrien lo miró, buscando su reacción: lo vio apretar el puño y cerrar los ojos; emitió un leve suspiro y guardó silencio. Era evidente que la medida no le gustaba.

—Eso no debería suponer nada grave —añadió Lorna—, puesto que Tayr no debería hacer uso de su poder durante su estancia en Luzaria, ¿no es así?

—Sí.

La respuesta del brujo fue apenas un susurro que confirmaba el mal trago que suponía para él todo aquello.

—Lo siento —concluyó Lorna.

Acarició la mejilla de su hijo y le dio a Tayr un pequeño apretón en el hombro al pasar por su lado mientras se marchaba de allí.

—Es por mi culpa —dijo Adrien, rompiendo el silencio que se había generado en la estancia.

Tayr había permanecido pensativo hasta que la voz de Adrien lo sacó de su ensoñación.

—No es culpa tuya. Tú no golpeabas a nadie.

—¿Te supone un gran inconveniente que te priven de tu magia?

—No, tu madre tiene razón. No puedo utilizarla de todos modos.

Tayr suspiró y se rascó la cabeza mientras observaba las bolsas con la ropa que habían comprado.

—Ha sido una tarde genial —dijo Adrien al percatarse—. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

—Me alegra oír eso. Para mí ha sido todo un aprendizaje.

Adrien sonrió.

—Sí, has aprendido que no puedes llevarte los zapatos puestos si no los has pagado antes o una dependienta loca podría perseguirte durante varios kilómetros a la redonda.

—Por ejemplo, sí.

—Bueno, pues será mejor que me vaya. Tengo mil cosas que hacer.

Tayr recogió las bolsas.

—Gracias a ti por perder la tarde conmigo.

—No la he perdido.

—Me refiero a que tienes que hacer mil cosas que no has podido hacer antes, por mí.

—No cambio esta tarde por ninguna de esas mil cosas.

Adrien se ruborizó, sorprendido ante su propia confesión. No era la primera vez que le ocurría en presencia de Tayr. Hablaba y decía las cosas con una sinceridad casi aterradora. Ante el brujo había confesado sentirse hastiado por todo cuanto su relación con Chris le había reclamado sin sentir correspondencia en el riesgo asumido. Y aquello había pasado el primer día en el instituto con él. No sabía qué lo acuciaba a hablar de aquella manera tan clara y directa con Tayr, pero le gustaba sentir que podía dar rienda suelta a las palabras sin que nada lo coaccionara.

—Después de una temporada jodida, necesitaba algo así —añadió. Ya no le importaba si estaba siendo excesivamente sincero. Ante los ojos de Tayr nunca se sentía juzgado y eso le gustaba—. Y que tenga que venir alguien desde el otro lado del Muro para eso... —añadió, mientras negaba con la cabeza.

Caminó hasta la puerta y Tayr se apartó ligeramente para dejarlo pasar, pero por un momento estuvo muy cerca del brujo y se sintió envuelto en su mirada. También aquello era habitual y generaba en él un nerviosismo excitante que le gustaba experimentar.

—Si necesitas algo, estaré en mi cuarto —se despidió—. Es decir, no me refiero a que necesites algo dentro de mi cuarto... —aclaró, azorado— o sí, bueno, que si pasa algo...

Tayr sonrió.

—Te he entendido, Adrien. Gracias.

Tragó saliva y subió rápidamente la escalera que lo llevaba a su habitación, entre cuyas paredes se perdió.

Cuando tuvo ante sí el caserón brujo casi no podía creerlo. ¿Era posible que hubiera pasado horas caminando? Desde luego sus pies así lo acreditaban. Y lo más inquietante: ¿era posible que se alegrase de estar, por fin, allí? Perspectiva, se respondió. En la vida, todo era siempre cuestión de perspectiva. Cuando aquel fantasmagórico caserón habitado por una veintena de brujos se presentaba ante sí como el lugar en el que debería vivir durante el próximo año, el panorama se tornaba desolador. Por contra, cuando era el destino tras una caminata inacabable, la llegada lo convertía en hogar, una meta alcanzada.

Sam dejó caer la mochila de June, con la que había cargado durante todo el camino y dio media vuelta, alejándose de allí.

—Adiós a ti también —exclamó ella, sin que eso llamase la atención del brujo, que continuó con su camino como si nada.

June recogió la mochila en el preciso instante en el que Lorya salía por la puerta, acompañada de la perpetua sombra de Elain y un par de brujos más. Zoe también los acompañaba y permaneció apoyada en la barandilla de madera que envolvía el porche de la casa. La presencia de aquel concurrido séquito no debía de tener nada de particular; todos vivían allí, pero aquel era un recibimiento inquietante.

—Has tardado una eternidad —apuntó Lorya—. ¿Está todo bien?

—Sí. Al carruaje se le rompió el eje y Sam no pudo arreglarlo. Tuvimos que venir caminando desde La Cógnota.

—¿Sam? —preguntó Lorya—. ¿Quién es ese?

—Oh, el cochero. No tiene nombre, según me dijo —aclaró mientras caminaba hasta la casa—, pero a mí se me hace extraño hablar con alguien a quien no puedo dirigirme por su nombre, de modo que decidí llamarlo Sam. —Lorya alzó una ceja, sorprendida ante aquella explicación. El rostro de Elain, por contra, seguía siendo un bloque de piedra inexpresivo al que acompañaban los demás—. No sé si le gusta, pero no se queja, así que... —añadió June, con una risa nerviosa.

Ninguno volvió a decir nada y la muchacha accedió al interior del caserón, sintiéndose manifiestamente escrutada por todos. No había discreción en aquellas miradas directas e incluso acusadoras. June tragó saliva y se deslizó

lo más rápidamente que pudo hasta la planta superior, sin dejar de cruzarse con brujos y brujas que la señalaban, que hablaban sobre ella y la observaban. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? ¿Acaso sus recelos hacia Tayr podían haber despertado otros tantos sobre ella misma? No tenía sentido. June no había hablado de Tayr con ninguno de los brujos y brujas del caserón y por contra, habían sido ellos los que se habían mostrado encantados por la ausencia de aquel otro miembro de su clan.

Llegó hasta su habitación y cerró la puerta, apoyando la espalda sobre ella. El corazón le latía a mil y por un momento sintió una náusea ascendiéndole por la garganta. Aferró la moneda que guardaba en el interior de su bolsillo y fue incapaz de moverse cuando alguien llamó a la puerta.

—Tenemos que hablar, June.

La voz de Lorya sonaba tan amistosa como siempre, pero algo dentro de ella le advirtió. La noche desparramaba sus sombras sobre el claro a través de la ventana que había al otro lado y la necesidad de huir se le hizo, de pronto, apremiante.

—Un momento —exclamó.

Se movió con rapidez y arrastró el pequeño mueble del tocador hasta colocarlo detrás de la puerta. El ruido había sido más que considerable, pero no le importaba.

—June, ¿qué estás haciendo?

Corrió hacia la ventana y se giró por última vez, dirigiendo su mirada hacia el armario en el que guardaba sus maletas. Irse sin nada y abandonar el dineral invertido en *Exos* y otras tiendas de reconocido nombre le dolía en el alma, pero la voz de Lorya resultó determinante para concederle el último impulso que necesitaba.

—Vamos, June, solo queremos saber qué hacías en Las Catacumbas.

Sintió un calor abrasador ascenderle por las piernas, deslizarse por todo su cuerpo y llegar hasta su rostro encendido. La voz de Lorya había llegado acompañada de un golpe en la puerta. Estaban tratando de entrar y no les costaría demasiado conseguirlo.

—Dios mío...

Abrió la hoja de la ventana y la altura se le antojó más temeraria que nunca. Había una parcela de tejado sobre la que podría caminar hasta acercarse a la canaleta para dejarse caer, después, sobre la tierra húmeda. Y debía hacerlo antes de que la cercasen porque no tardarían en llegar hasta allí si la puerta se les resistía demasiado, cosa improbable. Salió por la ventana y caminó con

cautela, apoyándose en sus manos. El vientecillo frío de la noche le pareció aún más frío al lamerle la piel sobre la capa de sudor que la cubría.

—Dios, no puedo... No puedo, no puedo, no...

Un seco impacto en el tejado la hizo voltearse y topó con la figura de Elain, que la miraba con aquella mueca que había empezado resultándole inquietante; después, indiferente y aquella noche se le clavaba en el alma como lo haría un cuchillo sobre su piel.

—Me perdí... —balbuceó con voz temblorosa—. Llegué hasta allí sin darme cuenta y no...

Elain descendió a través del tejado inclinado hasta la parcela plana en la que ella se encontraba y la asió la muñeca, obligándola a levantarse. Estaba frío y aquel primer contacto con el brujo le cortó el aliento. ¿Acaso iba a matarla allí mismo? ¿Aquel era su final, su triste y patético final? Qué idiota había sido. Y lo único en lo que podía pensar era en su hermano pequeño, en lo solo que lo dejaría y en lo que le costaría superar su muerte.

Elain la tomó, entonces, en brazos, pasando sus manos por la cara inferior de sus rodillas. En un gesto instintivo June se aferró a su cuello y lo miró, aun pálida y sin capacidad para respirar. El brujo saltó desde el tejado y cayó de pie sobre la tierra, la dejó en el suelo y tiró de su muñeca, arrastrándola bosque a través. Y June no supo cómo sus piernas habían respondido, pero lo cierto fue lo que lo hicieron y se encontró corriendo bosque a través de la mano de Elain.

Adrien bajó las escaleras aún tratando de despejarse después de la siesta que se había echado. Llevaba tiempo sin descansar del modo en el que lo había hecho aquellas últimas horas. Las remembranzas de la tarde con Tays aún regresaban a su cabeza abriéndole sonrisas ante las locas ocurrencias del brujo. Aquello le había ayudado a relajarse y a descansar también.

Eran casi las diez de la noche y la luz del salón estaba encendida, como era habitual, pero allí solo estaba Lorna, sentada en el sofá con la mirada perdida y en silencio.

—Mamá...

La mujer alzó la cabeza y lo miró con una sonrisa triste mientras le extendía el brazo para que se acercase. Adrien lo hizo hasta arrodillarse en el suelo, frente a ella. Lorna estaba llorando y en las últimas semanas, aquello se había

convertido en algo habitual.

—¿Qué te pasa? —preguntó él—. ¿Has discutido con papá?

Lorna se tomó su tiempo para hablar.

—Habíamos decidido separarnos cuando June regrese.

Guardó silencio, calibrando la reacción de Adrien, pero el muchacho no se mostró sorprendido.

—Pero no puedo esperar más —añadió entre sollozos.

—¿Tan mal están las cosas?

—Tu padre tiene una amante.

Durante unos segundos, Adrien fue incapaz de respirar.

—¿Una amante?

—Gillian Novak, miembro del Consejo, como no podía ser de otra forma. Tu padre se pasa media vida allí.

Conocía a Gillian Novak, una humana alta, morena y de cabello corto, duras facciones y mirada de hielo. ¿Cómo habría podido su padre fijarse en alguien así? En nada se parecían sus inexpresivas facciones al dulce rostro de su madre. Sacudió la cabeza, alejando la imagen de esa mujer. Lo último que deseaba ahora era ponerse a compararlas. Para él, su madre siempre saldría ganando.

—No quiero que le digas nada aún. No sé cómo gestionarlo, pero no deseo hacer de esto algo más traumático.

—¿Que no le diga nada? ¿Cómo cojones...? ¿Cómo lo sabes? —exclamó, nervioso.

Se puso en pie y Lorna hizo lo mismo, sujetándolo de la mano.

—Adrien, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice?

—Es algo que sospechaba, así que he hecho las indagaciones necesarias, pero como te digo, necesito que, por el momento, guardes silencio.

La miró, con los labios apretados y sucumbió al abrazo de su madre en el preciso instante en el que fuera, se escuchaba el sonido de las puertas de un coche al cerrarse. Adrien se apartó y miró a su madre, desconcertado. Eran casi la diez de la noche. ¿Quién pululaba por las calles, habiendo sonado ya el Toque de Queda?

—Tu padre no está... —murmuró Lorna, como si hubiera adivinado su pensamiento.

La puerta se abrió y Ander entró como una embestida.

—¿Dónde coño estabas? —le lanzó Adrien, sin poder contenerse.

Lorna se aferró a su mano y trató de tranquilizarlo, mientras Ander se aproximaba con el ceño fruncido. No era habitual que Adrien le hablase en aquellos términos.

—Adri estaba nervioso —lo justificó su madre—. Le dije que habías salido y... es tarde.

Ander se limitó a coger el control remoto de la televisión y ponerla en marcha. Desde la oscura imagen inicial apareció el presentador de las noticias sobre el rótulo de 'Última hora' y cada palabra que brotaba de sus labios, sumía a Lorna y Adrien en la más absoluta incredulidad, relegando otros asuntos que en aquel momento diluyeron su importancia:

—«... El cuerpo sin vida ha sido hallado en la avenida Nortax, cerca del Muro de Caronte, y presenta signos evidentes de una violencia extraña. Un largo corte en el tórax y heridas de consideración en el cuello que lo hicieron desangrarse, además de pequeños rasguños en torno a brazos y piernas, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El hombre, según afirman sus conocidos, no salía nunca por la noche. Además, los agentes que han hallado el cuerpo aseguran que el asesinato es muy reciente. La brigada feérica ha determinado que no ha transcurrido, si quiera, una hora desde su muerte, que se habría dado en torno a las nueve de la noche. Testigos que habitan en zonas cercanas aseguran haber visto un haz de luz azulada en el lugar de los hechos. Por ahora, estos son todos los datos de los que disponemos, pero seguiremos informando a medida que vayan conociéndose más cosas. Muchas gracias por su atención y que tengan una buena noche».

—Joder... —murmuró Adrien, incrédulo.

Su padre había escuchado la noticia sentado en el sofá en pose inquieta, con el cuerpo inclinado hacia delante, y su madre, lo había hecho de pie con los brazos cruzados y un evidente nerviosismo impidiéndole permanecer inmóvil por completo.

La puerta de la calle volvió a abrirse en ese momento y Tayr entró, llamando la atención de un sorprendido Adrien y también de sus padres. El frío de la noche lo acompañó, como si lo flanquease y se disipó cuando cerró la puerta de nuevo.

—Hay varios tipos ahí fuera... —anunció, desconcertado.

—¿Dónde estabas? —preguntó Ander, al tiempo que se levantaba y caminaba como una flecha hacia él.

—Salí a dar un paseo. Se me permite salir por la noche, ¿no quedamos así?

—¿Un paseo que te llevó a arrancar algún cuello? —exclamó Ander,

visiblemente nervioso.

—Papá...

Adrien trató de acercarse, pero su madre lo agarró de la muñeca y negó con la cabeza cuando él la miró.

—No sé de qué estás hablando —se justificó Tayr, tan tranquilo como de costumbre.

—Han matado a un hombre hace menos de una hora. Las heridas que han encontrado en su cuerpo son extrañas, impropias de cualquier acto de vandalismo común, hubo un haz de luz azul, como el que describían los chicos en el instituto. El Muro no se abre hasta las doce y tú eres el único noctis que está en Luzaria. ¿Quieres más pistas, Tayr?

—Yo no he matado a nadie.

—Dime, chico —insistió Ander—, ¿por qué sales tú solo después de la complicada situación en la que estás? La pelea en el instituto te ha puesto en el punto de mira. El Consejo quiere inhibir tu poder, ¿y tú te largas esa misma tarde sin dar explicaciones a nadie?

—No había nadie en la casa cuando salí, ¿a quién iba a avisar?

—Yo sí estaba —intervino Adrien por primera vez, dubitativo.

—Estabas durmiendo. No quise despertarte solo para decir que iba a dar un paseo. No pensaba tardar y... —Guardó silencio y observó las expresiones que lo envolvían—. ¿No me creéis?

—¡Han matado a un hombre, Tayr! —exclamó Lorna, preocupada—. ¿Por qué tenías que salir justo hoy?

—¡Yo no he sido! —gritó el joven brujo.

—¿Y quién demonios va a haber sido? —bramó Ander.

Los gritos se imponían unos a otros, aplastándose, los argumentos golpeaban como bofetones y la mirada herida de Tayr se le clavó a Adrien en la piel como un cuchillo, pero el muchacho no acertó a decir nada y solo pudo potenciar una sensación de ridículo, la misma que lo había llevado a enterrar los temores de June solo porque el chico al que aludían tenía unos ojos fascinantes, un cuerpo de ensueño y una boca que había empezado a convertir en tentación.

—No puedo creerlo —espetó Tayr ante el silencio de los demás—. He pasado la tarde con tu hijo, ¿cómo puedes pensar que sea capaz de matar sin más?

—Eres un noctis —respondió de nuevo Ander, antes de que Lorna lo hiciera—. Los noctis matan y creo que cedemos suficiente permitiendo que lo

hagáis en un intervalo de tiempo en el que la Ley os protege, pero no fuera de él. Fuera de él, no. No quiero verte más cerca de mi hijo.

—Pues lo tienes bastante jodido, Ander porque tengo que pasar un año aquí, viviendo y estudiando con él.

Las palabras de Tayr estaban teñidas de enfado y aquella fue la primera vez que Adrien lo veía de esa guisa. Parecían un desafío. Ni siquiera durante la pelea en el instituto, Tayr había llegado a perder los papeles o a gritar. Aquello le recordó lo poco que conocía al brujo, pero por otro lado, ¿qué esperaba? Estaban acusándolo de algo que aseguraba no haber hecho. Desde el primer momento, Tayr hubiera tenido todo el derecho del mundo a sentirse atacado. ¿Cómo podía reaccionar alguien a quien se señalaba todo el tiempo sin concederle, si quiera, la más mínima opción de defensa?

—No volverás a estar solo con Adrien ni con Lorna ni con nadie hasta que el Consejo decida cómo actuar contigo —zanjó Ander, acercándose al noctis —. Esto no quedará así.

—Papá... —Adrien se zafó del agarre de su madre y se acercó a su padre —. ¿Qué vas a hacer?

—Por lo pronto, no me esperéis despiertos esta noche. Tengo reunión, pero necesitaba asegurarme de que las cosas aquí estaban bien. Hay cinco guardaespaldas en la calle, personas de confianza. Se instalarán aquí y cuidarán de vosotros. Mañana habrá decisiones en firme.

—Esto es ridículo... —murmuró Tayr.

—Enciértrate en tu cuarto y no vuelvas a salir hasta que yo lo diga. Si intentas algo, atente a las consecuencias. ¿Entendido?

—Yo no he matado a nadie.

—¿Entendido? —repitió Ander, implacable.

—Entendido.

El brujo dio media vuelta y le dedicó una última mirada a Adrien antes de subir escaleras arriba. Ander abrió la puerta de acceso a la calle y dos hombres siguieron al noctis hasta su cuarto, atajando las instrucciones del padre de Adrien.

Los pies le respondían por puro automatismo mientras Elain tiraba de ella en una alocada carrera bosque a través. Se detuvieron, resollando ambos y el

brujo escrutó a uno y otro lado, como si valorase la mejor alternativa para seguir. Se volvió ante los sollozos de June y la miró de manera efímera.

—¿Qué estás haciendo? —logró preguntar ella con la voz entrecortada.

Elain la soltó y resopló mientras se apartaba el pelo castaño de la cara.

—¿Qué hacías en Las Catacumbas? —le preguntó él, ignorando su anterior cuestión.

Un pensamiento absurdo anidó en la mente de June en aquel momento: era la primera vez que lo escuchaba hablar sin que su voz escupiera las palabras como si fueran flechas.

—No hacía nada, de verdad.

—June, yo no soy el que te está amenazando ahora. Necesito la verdad.

La joven frunció el ceño, desconcertada. Todo era tan extraño que trató de hacer memoria y recordar si Anouk le había ofrecido algo para tomar en La Cógnota, algo que pudiera estar produciéndole alucinaciones, pero aquel día no había sido así. Alzó la mirada y buscó a través de aquel espeso bosque, como si necesitase la certeza de que estaban solos y de que no empezarían a salir brujos de detrás de los árboles y hasta de debajo de las piedras.

—Seguía a alguien —acabó diciendo—. No sé quién era. Se cruzó conmigo y con Sam mientras él trataba de reparar el carruaje. Zoe... —Calló, consciente de que tal vez aquella confesión pudiera tener consecuencias para la pequeña bruja. Y como si pudiera leer su mente, Elain habló:

—Cuéntamelo.

—Pero Zoe...

—Zoe es la que nos ha contado que estuviste en Las Catacumbas. Deberías poner un poco más difícil ganarse tu confianza.

No podía creerlo. Aquella chiquilla con la que había compartido una tarde de juegos y que le había despertado tal ternura le había contado a todos sobre su paseo por Las Catacumbas, la había delatado de algún modo. Pero ella no podía ser la sombra que había visto, pues estaba segura de que aquella figura era más alta.

—Oye —murmuró, desconcertada aún—, ¿por qué parece que me estés ayudando? Supongo que no es así, ¿verdad?

Elain bajó la cabeza, impaciente y volvió a alzarla sin decir nada.

—Zoe me dijo que solíais ir a Las Catacumbas y que ella nunca podía acompañaros. No supo decirme qué había allí, pero Sam me dijo que el desconocido con el que topamos iba en aquella dirección y sentí curiosidad. Nada más.

Mientras hablaba, en su mente solo podía visualizar el rostro de Eugene. El vampiro le había advertido que no confiase en nadie y allí estaba ella, en mitad de no sabía dónde, con el brujo más antipático del clan — probablemente superado solo por el tal Tays, que más que antipático debía de ser un auténtico monstruo—, contándole el porqué de su presencia en un lugar al que nunca debería haber ido.

—¿Sueles seguir a toda sombra con la que te cruzas?

La voz de Elaine volvió a despertarla de los pensamientos que la absorbían continuamente, arrancándola de una realidad de la que, en todo momento, deseaba huir.

—Solo si acude al mismo sitio que mi nuevo clan con ese secretismo — respondió, furiosa. Consigo misma, con Elaine, con Zoe y con Eugene; con los brujos, con Tays y con el mundo.

Elaine volvió a agarrarla de la muñeca y arrancó a caminar de forma apresurada.

—Tienes que largarte del caserón —le dijo—, ya no hay vuelta atrás. Sospechan que te traes algo entre manos y...

June se detuvo y se zafó del agarre de Elaine.

—¿Y tú? —espetó—. ¿Qué es lo que pretendes tú?

—Mis intereses no son cosa tuya.

—Si pasan por salvarme el culo...

—Si pasan por salvarte el culo aprovéchalo y deja de pedir explicaciones. Yo no puedo prepararte una huida en el tiempo del que dispongo. Tengo que volver con el clan o empezarán a sospechar.

—¿Adónde pretendes que huya? Me queda un año aquí. ¿Crees que puedo pasarlo escapando de los brujos?

—Me temo que los acontecimientos se precipitarán mucho antes de ese tiempo.

—¿Quién eres realmente y qué cojones está pasando?

—Me llamo Elaine y como bien decías, te estoy salvando el culo. Hoy es lo único que debería interesarte. Ahora explícame tú si tienes algún amigo aquí porque yo tengo que irme y estaría bien que pudieras asegurar tu existencia durante un tiempo más.

June dudó antes de hablar. Parecía evidente que Elaine no diría nada más y si continuaba intentándolo, lo único que conseguiría era que se marchase y la dejara allí.

—Eugene... —musitó.

Elain pestañeó antes de hablar:

—¿El príncipe de las sanguijuelas?

—Es el único aquí en quien confío... o algo parecido.

Elain apartó la vista, como si estuviera valorando algo, tal vez lo idóneo de confiar en el gobernante de Estyria o puede que la distancia a la que se encontraba su *terra*. No era excesiva y de hecho, Lorya y los demás acudían con asiduidad hasta allí para llevar a cabo su peculiar diversión enterrando a los vampiros mientras dormían.

—Está demasiado cerca, pero si confías en él...

June no confirmó nada.

—Vamos, te llevo a Estyria.

Cruzar de una habitación a otra desde la ventana era una práctica habitual para Adrien y June. Solían hacerlo cuando uno de los dos estaba castigado y sus padres los obligaban a encerrarse en su cuarto y no salir de allí hasta nuevo aviso. Adrien casi había llegado a echarlo de menos. El cuarto de invitados le quedaba algo más lejos, pero logró llegar sin el menor problema. Se asomó y pudo ver a Tayr, que solo parecía alzar las persianas por la noche. El brujo permanecía sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama y el rostro hundido entre las manos. Reparó en las bolsas de la compra de aquella tarde y comprobó que los pantalones y las camisas estaban tendidos en la cama. La actitud de Tayr no parecía la de alguien que había sido sorprendido haciendo algo incorrecto, sino la de alguien abatido y preocupado.

Adrien dio dos golpecitos en el cristal, llamando de inmediato la atención del brujo, que se puso en pie y abrió la ventana.

—¿Qué haces aquí?

Adrien se mantuvo en su sitio, sin atreverse a entrar.

—¿Lo hiciste tú? —se limitó a preguntar.

—No, te juro que no. Y sé que a un juramento mío no le debes ningún valor, pero te estoy diciendo la verdad, no he sido yo.

Adrien quiso entrar y Tayr lo ayudó, sujetándolo de la mano, un contacto eléctrico que le hizo dar un vuelco en el estómago. Se apartó, azorado, y dio media vuelta de nuevo.

—¿Por qué saliste?

—Porque Azra me llamó.

—¿Azra? Joder, Tayr. ¿Merece la pena ponerte en riesgo de ese modo por un polvo?

Le sorprendió la rabia en sus propias palabras, pero Tayr no pareció comprenderlo.

—¿Saliste para acostarte con ella?

—No. —La contundencia y el estupor se mezclaron por igual en la voz de Tayr—. Ya te dije que no hay nada entre nosotros. Me llamó llorando, dijo que tenía un problema y que me necesitaba. Acudí.

—¿Sin preguntar?

—Nunca cuestiono las razones por las que un amigo me llama. Si lo hace acudo, ya está.

Adrien pestañeó antes de responder.

—Espero que al menos el motivo mereciera la pena.

—La seguían tres tipos por la calle, estaba asustada.

—¿Y te llama a ti?

—Me llamó a mí. ¿Tan extraño es? ¿Soy el noctis del que nadie debe fiarse y el último al que llamar cuando necesitas ayuda?

—No he dicho eso. Sería un cínico si pensase así después de lo que has hecho por mí.

Adrien caminó y tomó asiento en la cama de Tayr, suspirando y naufragando en una extraña zozobra entre el desconcierto y un creciente sentimiento de agrado por cada cosa que conocía en Tayr —era leal hasta el extremo—, aunque aún fuese mucho más todo aquello que ignoraba. ¿Por qué se empeñaba en dar cabida solo a lo bueno?

—¿No mataste a uno de esos tipos?

Tayr se agachó delante de él; su pecho llegaba a rozar la rodilla de Adrien.

—Te juro que no. Joder, tienes que creerme, por favor. Tú sí.

Adrien sonrió tímidamente.

—¿Yo sí? Creo que es más importante que te crea mi padre.

Tayr chasqueó la lengua.

—Fui hasta donde ella me indicó y al verme llegar, los tipos se marcharon. No les puse una mano encima; ni siquiera les hablé.

—¿Cómo sabían quién quieras?

—¿Alguien en esta ciudad no lo sabe? Mi cara está en todos los malditos medios cada día.

Adrien exhaló aire.

—Tienes razón. ¿Quién pudo haber sido, entonces?

—No lo sé, pero el único lugar en el que hay noctis es...

—La taberna. ¿Pudieron ser Rum o su padre?

—No, imposible. Moran respeta la Ley Común y Rum, también.

—Pero hay clientes en esa taberna. No está abierta durante el día, ¿no?

—No, que yo sepa, pero hay habitaciones e ignoro si alguien puede hospedarse en ellas.

—Pues habrá que averiguarlo, Tayr. Porque mi padre no tiene a otro candidato al que señalar y si pone esto en manos del Consejo, las cosas estarán muy jodidas.

El brujo asintió y colocó una mano sobre la rodilla de Adrien de manera inconsciente.

—No voy a pedirte que te involucres en esto —le dijo—, solo que me dejes actuar para averiguarlo. Necesito salir.

Adrien seguía con la mirada fija en la mano de Tayr. El brujo se dio cuenta y la apartó.

—Lo siento.

—No. —Adrien la atrapó al vuelo y la mantuvo sujeta al tiempo que se movía hacia adelante y su trasero se deslizaba por el borde de la cama hasta acabar sentado en el suelo junto a Tayr. Lo miró a los ojos y reprimió un impulso atroz de abrazarlo—. No voy a dejarte solo en esto. Tú me has ayudado a mí.

No importaba si se estaba equivocando y confiaba en la persona incorrecta. Su abuelo siempre solía decirle que si alguien traicionaba su confianza no había de ser él quien se avergonzase.

—No hago nada para que me lo devuelvas —musitó Tayr—. Y en cualquier caso, ya lo habrías hecho.

Adrien giró la cabeza y miró la ropa sobre la cama.

—¿Eso? ¿Con dos camisas y dos pantalones? Vamos, Tayr, es una forma estúpida y superficial. Ahora puedo hacer algo de verdad.

—Si quieres hacer algo, cúbreme. Saldré, averiguaré qué ha pasado y regresaré antes de que se haga de día. Por favor.

—Iremos los dos. Y es mi última palabra.

Tayr suspiró profundamente. Era evidente que la idea no le entusiasmaba, pero también lo era que Adrien no aceptaría otra cosa.



14 Conversión

Habían rebasado los límites de Estyria relegando atrás la Vía Negra. Hacía rato que habían dejado de hablar, pero en el único tramo en el que Elain lo había hecho, le había explicado que, por fortuna, aquella zona de Noctia era la más pequeña, allá donde las *terras* limitaban en poco espacio y era fácil pasar de una a otra. Hacia el este las extensiones se ampliaban y las *terras* se prolongaban por millas y más millas de interminable avance.

June estaba agotada. A la caminata antes llevada a cabo junto a Sam, le sumaba la que acababa de llevarla hasta *terra* vampira. Allí, cerca de la verja que rodeaba el camposanto, se dejó caer de rodillas y trató de recuperar el aliento. El cielo era un amasijo de nubes centelleantes y el viento silbaba entre las copas de los árboles lejanos.

—Hasta aquí —concluyó Elain, captando la atención de June—. Tienes que irte. Lorya y los demás te encontrarán si permaneces aquí por mucho tiempo.

—¿Qué es lo que quieren de mí? ¿Por qué no me lo dices de una vez?

—Solo hazme caso y guarda bien la moneda.

—¿Cómo... cómo sabéis que la...?

June se puso en pie de forma costosa.

—Zoe es el sigilo personalizado. Entrar en tu habitación mientras dormías y registrar cada bolsillo de tus maletas y de tu ropa es tarea sencilla para esa cría.

—¿Zoe? ¿Y por qué no me la quitó entonces?

—Porque solo su legítimo propietario puede tocar su arkanai. El tuyo pertenece al príncipe.

June recordó esa misma información que ya le había dado Eugene.

Elain dio media vuelta y corrió, perdiéndose su silueta entre las sombras del bosque.

—Zoe... —murmuró June. Aún no podía creer la forma ruin en la que aquella cría se la había jugado hasta dos veces: delatando su incursión hasta Las Catacumbas, en primer lugar y registrándola después hasta dar con la moneda, para contárselo más tarde a Lorya y los demás—. Hija de puta.

Se acercó hasta la verja y encajó el rostro entre dos barrotes. Observó el

reloj de la torre y comprobó que eran las doce. Allí siempre eran las doce, así que no tenía ni la más remota idea de cómo o dónde podría encontrar a Eugenne. Sacó la moneda de su bolsillo y la observó con una curiosidad nueva. Cuando se la había robado al vampiro se la había confiado, le había obsesionado tanto la idea de que los brujos no la encontraran que casi ni se atrevió a sacarla de su bolsillo. Ahora podía recrearse en su brillante superficie, en los extraños símbolos que decoraban una y otra cara y en sus minuciosos grabados.

Resopló y se armó de valor trepando la verja. Cayó al otro lado y caminó, frotándose los brazos para repeler las crudas sensaciones que generaba en ella el viento cortante que soplaba allí. Dudó al llegar al camposanto, temerosa de encontrar a los vampiros en sus tumbas, pero por suerte, estaban vacías. Siguió caminando y los sonidos que enviaba el bosque la inquietaban cada vez más. Alzó la mirada, rezando interiormente por no encontrarse con aquel murciélago malhumorado que adquiriría forma de vieja satánica para amargarle la existencia. Y aquel debía de ser su día de suerte —así de alto estaba el listón— porque fue capaz de llegar hasta la puerta del castillo sin topar con nadie. Movié la gruesa anilla de metal que colgaba de la recia madera y la golpeó. Después reculó y alzó la mirada hacia lo alto de aquella edificación.

Una mujer joven y de aspecto pálido le abrió la puerta tras pocos segundos. Sus ojos eran azules, pero de un tono nada común. Sonrió, mostrándole a June unos colmillos largos y afilados, y se apartó, invitándola a entrar.

—El príncipe os recibirá enseguida.

—¿Acaso me esperaba?

—No, pero os ha visto llegar en compañía del brujo. Por suerte se ha marchado —añadió—. No son bienvenidos en Estyria.

June tragó saliva al comprobar que la mujer sostenía en su mano una brillante espada demasiado grande para ella. Pensó en Elain y en su cabeza rodando hasta acabar colándose en una tumba vampira ocupada por alguien.

—Joder... Tengo que hacer una limpieza de mente.

—June...

Eugenne apareció desde las sombras con su habitual sigilo, pero June estaba empezando a acostumbrarse a las extrañezas de aquel mundo y sus habitantes.

—No te esperaba —añadió el vampiro.

—Lo siento, pero las cosas se han precipitado. Los brujos me están buscando, saben que tengo la moneda y saben, también, que estuve en Las

Catacumbas, algo que aparentemente no les ha hecho demasiada gracia.

—Te dije que tuvieras cuidado con el arkanai.

—Ya, pero no imaginaba que tuviera que protegerme del manoseo de alguien mientras duermo.

—¿Manoseo? ¿De quién?

—Zoe, una zorra de siete u ocho años.

Eugene desvió momentáneamente su atención a la mujer que había abierto la puerta a June y que continuaba allí plantada sin decir nada.

—Puedes retirarte, Sylvie.

—Por supuesto, alteza.

June extendió la mano con la moneda sobre su palma, pero el vampiro se limitó a mirarla.

—Sígueme.

Por suerte para ella, regresaron a la sala a la que Eugene la había llevado la noche en la que la había rescatado de hundirse en las arenas movedizas frente a la desidia de los nigromantes, que habían ejercido el peculiar papel de un buitre que acecha mientras el depredador acaba con su presa y deja tan solo las sobras. Aquel era el único rincón en toda la Noctia conocida —que no era tampoco mucha— que le resultaba cálido y acogedor.

—¿Qué fuiste a hacer a Las Catacumbas?

—Seguí a alguien. Ni siquiera sabía quién era.

—No parece una razón muy coherente para ponerte en el punto de mira. Un desconocido va a un sitio ¿Y tú lo sigues?

—Hablas igual que Elain.

—¿Era él el brujo que te trajo?

—No entiendo por qué, pero me ha salvado la vida. Lorya y los demás iban a por mí. El brujo dijo que debía marcharme de aquí o me encontrarían.

—¿Has conseguido averiguar algo más sobre Tayr?

—No, y no estoy segura de querer hacerlo. Lo único que quiero es que esto se acabe, que ese tío salga de mi casa y volver. Elain dijo que los acontecimientos se habían precipitado y no cree que deba estar un año aquí.

Volvió a extender el brazo con la moneda y quiso entregársela a Eugene, pero de nuevo el vampiro volvió a ignorar el ofrecimiento.

—No es lo más sensato del mundo, pero te haré llegar hasta Ántico.

—¿Es que no me has oído? Quiero volver a mi casa.

—Lo siento, June, pero si te devuelvo a tu casa, el polvorín estallará.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Oh, demonios, ¿no puedes cuidar un poco más tu vocabulario?

La mirada furibunda de la joven fue suficiente respuesta.

—Escucha, lo único que sé es que el Consejo de Nix envió a un chico nada común a la Conmuta, un tipo con las manos tan manchadas de sangre que podría crear un camino paralelo a la Vía Negra con toda la que ha derramado. Y el Consejo de la Luz estuvo de acuerdo. ¿Crees que este último no se informa sobre el noctis que acudirá a Luzaria? Exactamente igual que el de Nix se informa del lúzaros que vendrá. Tengo la impresión de que hay algo muy grande en juego.

Cada palabra que salía de la boca de Eugenne, así como cada gesto de sus manos y de su rostro, cada movimiento de su cuerpo, nervioso, conseguía tensarla más. Pensar en que el Consejo de la Luz pudiera estar de acuerdo en algo de lo que se estaba cociendo le resultaba simplemente imposible, pero era cierto que siempre se informaba antes sobre el noctis que acudiría.

—Si han enviado a un sanguinario a Luzaria es porque los noctis quieren hacer daño —apuntó la chica.

—¿Con el beneplácito del Consejo de la Luz?

—Probablemente los hayan engañado sobre ese Tayr. Mi padre decía que parece buen chico.

—Tu padre es miembro del Consejo.

—¡Claro que sí! —exclamó June, temblando—. ¿Y qué?

Guardó silencio con los ojos clavados en los de Eugenne.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó después.

—Nada. June, la Conmuta forma parte de la Ley Común; si lo rompemos desataremos algo terrible.

—¿Y crees que no está rota la Ley ya? He tenido que huir del caserón; llevo más kilómetros caminados hoy que en plena semana de rebajas.

Eugenne alzó una ceja, desconcertado.

—En Luzaria no saben nada de esto —respondió al fin—, pero algo me dice que llevan a cabo su propio plan y que ambos están propiciando que el otro quebrante la Ley. Es como si lo quisieran.

—En Luzaria no saben nada, tú lo has dicho.

—No saben nada de esto, pero sí de muchas otras cosas. Todo es demasiado turbio. No sé si estén de acuerdo o no, pero hay un plan en toda esta historia y aunque no tengas ni idea, tú estás en él. Si vuelves antes de tiempo, a uno de los dos se lo estarás poniendo en bandeja.

June tomó asiento en el regio sillón rojo que quedaba frente a la chimenea y

hundió el rostro entre sus manos. Las palabras se habían convertido en un amasijo incomprensible que se ovillaba en su mente sin dejarla pensar con claridad. Y lejos de lo que le gustaría, eran los argumentos de Eugenne los que parecían tener más sentido que los suyos propios.

Escuchó la voz del vampiro muy cerca y al apartar sus manos, lo vio arrodillado en el suelo, a su lado.

—Sé que pedirte que confíes en mí por encima de tu padre es inútil, pero dame algo de tiempo, por favor.

—¿Qué quieres que haga? —se atrevió a preguntar.

—Instalarte en *Ántico*, la ciudad capital bruja y ocultar tu identidad. Estarás lejos de Lorya y los suyos. No imaginarán que estás allí. Necesito que te lleves el *arkanai* y esperes.

—Esa moneda me pone en peligro si Lorya y su clan la quieren.

—Es el único modo en el que yo puedo saber que me necesitas, la única forma de comunicación discreta.

—¿Y el *Sanguem*? ¿El llamador de sangre?

—En *Ántico* estarías demasiado lejos. No lo captaría.

—¿Estaré sola allí?

—Es lo más seguro, June. Iré a buscarte tan pronto como tenga respuestas.

—Necesito algo más. —La muchacha se puso en pie y se alejó, visiblemente tensa—. Estar allí sola con esto que ni siquiera sé utilizar... suena a sentencia de muerte.

—Hay una manera —respondió Eugenne, incorporándose también—, aunque entraña ciertos riesgos.

—¿Cuál?

—Que no seas una humana sola en *Ántico*, sino... una vampira.

June frunció el ceño, con un mayor desconcierto a medida que la conversación avanzaba.

—No lo entiendo.

—Si te... si te muerdo...

—¿Convertirme en una vampira? Ni de coña.

—Técnicamente no te estarías convirtiendo... o no del todo. Hay una poción que puede revertir el efecto en los veinticinco días posteriores a la conversión. Pasado ese tiempo ya sería imposible, pero no deberías dejarlo transcurrir.

—¡Estás como una regadera! —bramó June.

Y a su voz, todo se precipitó: hubo un grito y un latigazo de viento frío le

arañó el pómulo haciéndola sangrar. Eugene la asió de la muñeca y la apartó, interponiéndose entre ella y algo más: Talea.

—Otra vez la vieja loca —escupió June, furiosa.

—Puedes irte —le ordenó Eugene a la anciana.

La mujer emitió un siseo y mostró unos dientes amarillos e irregulares, una amenaza en toda regla.

—Talea... —insistió Eugene. Suspiró hondamente, cuando la mujer hubo obedecido y después se volvió hacia June, que seguía detrás de él—. Haz el favor de no gritar. Cuando siente que alguien me ataca, acude.

—Yo no te estaba atacando.

—Me has gritado, es suficiente para ella.

En aquel momento June fue consciente de que su estado de nerviosismo iba en aumento y de que aunque las cosas parecieran complicadas, el vampiro no había perdido la calma en ningún momento.

—Lo siento.

—De acuerdo, tranquilízate, por favor.

La joven soltó aire con un largo soprido y se sintió agradecida por la sonrisa serena de Eugene, a pesar de las circunstancias.

—Siendo un vampiro en *Ántico* —empezó a decir June—, ¿acaso no correría peligro? Por lo que sé, las razas foráneas no son bienvenidas en las *terras* de otros.

—Estás en lo cierto, pero cuando se produjo la Rebelión, hubo un ejército que entró en *Ántico* para derrocar el entonces gobierno brujo y ese ejército fue el mío. Algunos vampiros se establecieron allí. Son pocos, pero a nadie le sorprende verlos.

—Es decir, que si me... conviertes en vampira, podría estar a salvo en *Ántico*.

—Por un tiempo limitado, sí.

—Veinticinco días.

—Eso es. Te haré llegar la poción pronto y podrás revertir el efecto cuando lo desees. Solo necesito un poco de tiempo para saber lo que está pasando. Después te sacaré de aquí y esto dejará de ser cosa tuya, en la medida en que puedas apartarte.

June cerró los ojos y trató de ordenar ideas, algo que no había conseguido desde que cruzase el Muro de Caronte.

—Entiendo que necesites tiempo para pensarlo. Tómatelo y descansa hoy aquí. Sylvie te preparará una habitación.

Adrien se dejó caer desde la celosía que quedaba en el lateral de la fachada y aterrizó junto a Tayr, que colocó su mano sobre la espalda del muchacho para evitar el traspie. Por lo que sabían, había un vigilante en la puerta principal y otro, en la trasera, además de los que se habían apostado en las habitaciones de cada uno de ellos. Pero nadie custodiaba las alas sin de acceso de la casa.

—¿Cómo llegaremos hasta la taberna? —preguntó Adrien, en voz baja—. Mi padre tiene un coche del Consejo, pero si lo cogemos se dará cuenta... claro.

—Iremos andando, cómo si no.

—La taberna está en la otra punta de la ciudad. El Toque de Queda ha sonado y esto es una jungla.

—Una jungla de noctis. Estás con uno, fíate un poco.

Tayr dio un paso adelante y se detuvo, dirigiéndose de nuevo a Adrien:

—¿Te fías? —quiso asegurarse.

—¿Crees que si no me fíase estaría aquí?

Abandonaron la propiedad trepando a través del muro que la rodeaba.

—Cinco personas apostadas en casa —recordó Adrien, sorprendido—. A mi padre se le ha ido la cabeza. No creo que seas tan peligroso, ¿no?

Había concluido la frase con una risa nerviosa, pero un silencio incómodo amasó una respuesta no pronunciada, aunque sobradamente entendida. ¿Acaso cinco hombres no supondrían inconveniente si Tayr quisiera eliminarlos?

En pocos minutos habían dejado atrás el promontorio en el que se asentaba la zona acomodada de Luzaria, la urbanización de Las Stellas en la que vivían Adrien y su familia, así como la zona colindante, conocida como Doraudia o los Bosques Dorados. Allí, los edificios presentaban un diseño totalmente distinto, acorde a la cultura élfica. Construcciones altas y espigadas de blancas fachadas y envueltas en cristalinas cascadas que las convertían en hermosos lienzos. Para llegar hasta ellas había que atravesar una pequeña área de bosque conformado por altísimos árboles de brillantes hojas perennes. En las primeras horas de la noche, podían verse pequeños puntos de luz entre la espesura, haces mágicos que guiaban a los transeúntes hasta los distintos edificios y casas, pero bien entrada la oscuridad, las luces se apagaban y el bosque presentaba un aspecto distinto, más siniestro. Sus ramas parecían

brazos lastimeros rogando al cielo limpio de aquella noche, salpicado de estrellas y coronado por una hermosa luna de plata.

Los primeros aullidos se dejaron huir al encarar la Avenida Universal, conocida así por ser el punto de confluencia entre las distintas áreas o barrios en los que se dividía Luzaria, centro neurálgico de la ciudad.

Tayr agarró a Adrien y lo invitó a pegar la espalda en la pared mientras cinco sombras cruzaban fugazmente el lugar, aparentemente tras los pasos de una primera más rápida y algo más pequeña y menuda.

El brujo miró a Adrien, cuya expresión aterrada lo decía todo.

—Los lobos están de caza —anunció.

—¿Qué era... qué era lo primero?

—Una bruja. Vamos.

Le costó moverse cuando Tayr se apartó y siguió adelante. Aquel bulto veloz al que seguían cinco licántropos era una bruja, alguien perteneciente a su misma raza, pero a Tayr no parecía importarle demasiado.

—¡Adrien!

El noctis lo llamó y él acudió, relegando aquellos pensamientos que lo llevaban a una conclusión de la que estaba tratando de huir: no conocía a Tayr. Podía ser alguien que se había preocupado por él, alguien que lo había escuchado y ayudado, pero también era alguien extremadamente frío, siempre sereno y ajeno a los problemas de sus congéneres, según acababa de ver.

Cayó delante de él como un aguacero y lo hizo recular, asustado, pero a tiempo de darse cuenta de que el brujo acababa de aplastar en el suelo algo gelatinoso que trató de quitarse de los zapatos, arrastrándolos con insistencia y una evidente mueca de asco.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Adrien.

—Inventos nigromantes. Ayudaría que no te quedases parado cuando te solicito que sigamos. ¿Estás bien?

Adrien asintió y aunque la cabeza le hervía en preguntas y dudas, decidió que aquel no era el momento.

No lo entendía. June había pasado las últimas noches de su vida acostada sobre un incómodo colchón, mugriento, duro y lleno de parches. Ahora estaba en un cálido lecho de enormes dimensiones, mullido con sábanas limpias. Y

sin embargo era incapaz de pegar ojo. Lo vivido en aquella última jornada, la colmaba de emociones y pocas eran favorables. Los brujos persiguiéndola; Elaine arrastrándola en una alocada carrera; la paciencia que Eugenne le solicitaba y que pasaba por dejar a su hermano a merced de aquel brujo del que apenas sabía nada y al que sin embargo, temía y odiaba a partes iguales. Y por último, cómo no, la sugerencia del vampiro. Convertirse en una durante unos días. Solo unos días. Experimentar la sensación de ser una noctis. Se irguió y permaneció sentada en la cama, abrazando sus piernas y observando la tenue llama que ya se apagaba en la chimenea que había en su cuarto. Resultaba sorprendente que, lejos de asustarla, le pareciera excitante probarlo. Al fin y al cabo serían solo unos pocos días. Después, tomaría aquella poción a la que el vampiro había aludido y volvería a ser la misma humana mortal de siempre. Pero mientras estaba en Noctia, ¿qué tenía de malo poder protegerse y vivir tranquila? Fuese el tiempo que fuera.

Sonrió, se mordió el labio y se levantó de la cama.

Adrien estaba sudando cuando alcanzaron a ver la mole de piedra del Muro de Caronte a lo lejos. Su silueta se alzaba imponente, recortada contra la luz de la luna, que parecía emborronarse allí, como si temiera cruzar aquella frontera extraña y desconocida.

Lo recorrió un escalofrío al pensar en que June estaba allí. Tayr lo agarró del brazo con suavidad y lo apremió a recorrer los últimos metros. El contacto con el brujo le resultó extraño y le hizo sentir nervioso. Había deseado acercarse a él en la tienda de moda, acomodarle las solapas de la camisa, quitarle las arrugas a la prenda y sentir la piel de Tayr bajo su caricia.

—¡Adrien!

Salió de sus pensamientos y sintió como si hubiera caído desde un tejado.

—Perdóname... —murmuró, casi sin darse cuenta.

—¿Por qué?

—Nada, olvídalo.

—Hemos llegado. ¿Estás bien?

—De fábula... —respondió. Y ni él mismo supo si estaba ironizando o siendo sincero.

El rostro de Rum asomó al otro lado de la mirilla en aquella puerta frente a

la que había estado ya dos veces.

—¿Otra vez tú aquí? —espetó la licántropa sin cortesías previas—. Sabes que mi padre no te quiere en este lugar.

—Pues lo siento mucho porque he venido a hablar con él.

—Oye, Tayr...

—Y no voy a irme sin hacerlo.

—Jodido testarudo... ¿Quieres que acabe arrancándote la cabeza?

—El Consejo de la Luz me culpa del asesinato producido esta noche, pero yo no he sido y solo puede haber sido un cliente de esta taberna. Si tu padre no es quien me arranca la cabeza, serán ellos y puesto que, aparentemente, debo darla por perdida, al menos quiero saber por quién.

—Pudo haber sido cualquiera.

—Rum, no me tomes por imbécil. No hay noctis por el día en Luzaria. Tu padre no permitiría un quebrantamiento de la Ley Común. Quiere tener su local aquí y para eso necesita que no haya incidentes. Él mismo y su patrulla se han encargado siempre, según sé, de limpiar las calles de maleantes, si los hubiera.

Rum desvió su mirada hacia Adrien, que se había mantenido en un segundo plano hasta el momento.

—¿Por qué viene él? Es el hijo de un miembro del Consejo, según sé.

—¿Quién mejor que él como testigo? Voy a probarle que no he sido yo.

La licántropa resopló y volvió a ocultarse al otro lado de la mirilla, cuya puerta crujió pocos segundos después.

—Pasad.

Tayr tomó la delantera y avanzó con determinación a través del angosto pasillo que debía conducirlos hasta el atestado salón de la taberna. Ya desde la entrada se escuchaban los gritos, palmadas y la música procedente de exóticos instrumentos, una amalgama de sonidos que llegaba a resultar molesta.

Rum agarró a Tayr del brazo, empujando ligeramente a Adrien, que había caminado tras él.

—No vamos a montar ninguna escenita en la taberna —le advirtió la licántropa—. Si quieres hablar con mi padre, sube arriba y lo avisaré.

—De acuerdo —aceptó Tayr—. Vamos.

—El humano, no.

—¿Por qué el humano no?

—Porque mi padre no los quiere tampoco aquí y sabes que no aceptará

hablar contigo en su presencia. Dudo, incluso, que acepte hablar contigo. No compliques más las cosas.

—Entonces, llévalo a otra habitación hasta que yo termine.

—No hay habitaciones libres, Tayr. El chico esperará conmigo.

—No pienso dejarlo solo.

—He dicho conmigo, no solo. Yo me ocuparé de él.

Tayr se acercó a Adrien. Este había comprendido que debería esperar allí, mientras el brujo hablaba con el licántropo propietario de aquel lugar, aunque en el rostro de Tayr adivinaba que aquello no le hacía mucha gracia.

—No te muevas de su lado, hazle caso a Rum y no te metas en líos —le exigió—. Acabará enseguida.

—Tranquilo.

—Lo digo completamente en serio, Adrien.

—Lo sé, he dicho que tranquilo, ¿vale?

Rum sonrió con socarronería.

—Qué conmovedor... Vamos, Tayr, sube de una maldita vez. Iré a buscar a mi padre.

Esperó frente a la puerta y observó el lóbrego pasillo. Solo la tenue luz de la mortecina luna penetraba a través de las ventanas que salpicaban la fachada, derramándose sobre el suelo y desterrando la completa oscuridad. Desde allí alcanzaba a verse el camposanto donde había conocido a Eugenne. Casi le resultaba cómico que aquel hubiera sido el lugar en el que hubiera podido conocer a alguien, aunque ese alguien fuese un vampiro.

La puerta se abrió y topó con el somnoliento rostro del noctis, cuyo cabello largo estaba desordenado.

—¿Interrumpo algo? —preguntó ella, alzando una ceja.

—Solo dormía.

—¿En una cama?

—No, en un ataúd.

—Oh... claro.

—¿Pasa algo? —quiso saber el vampiro.

Apoyó la cabeza en el marco de la puerta y June se sorprendió a sí misma mirándolo embobada. Con aquel aspecto descuidado, parecía solo un chico normal y corriente mucho más joven de lo que le había asemejado antes.

—Quiero hacerlo.

Eugenne frunció el ceño, aparentemente desconcertado y volvió a erguir la cabeza.

—Quiero convertirme —le aclaró June.

—¿Ahora?

Ella asintió con vehemencia.

—¿Estás segura? Es una decisión difícil. Piénsalo bien.

—No es tan difícil.

Trató de contener el mal humor. Tomar aquella determinación no había resultado fácil, era cierto. Lo último que necesitaba era que el vampiro insistiera en que pensara y volviera a pensar las cosas con el riesgo de caer de nuevo en la duda, porque si eso sucedía querría regresar a Luzaria, sacar a aquel brujo a patadas de su casa y contrariar a Eugenne, cuyos planes parecían más claros que los de la propia June.

—Oye, tú mismo dijiste que es solo algo temporal, ¿no? —insistió la joven—. Creo que, convertida en un vampiro, será la forma más segura para mí de vivir aquí mientras tenga que hacerlo.

Eugenne aún guardó silencio durante unos segundos más. Después, abrió más la puerta de su habitación y se apartó, cediéndole el paso.

—¿Entro?

—Por favor.

June se tocó las mejillas con disimulo. Pensó que tal vez, la conversión sería alguna especie de ceremonia que habría de llevarse a cabo en una de las frías salas del castillo, una cripta, tal vez, con algún tipo de ritual u ofrenda; quizás, incluso algún sacrificio de sangre mediante una cabra o un cerdo. Se abofeteó a sí misma mientras miraba la cama deshecha de Eugenne.

—¿Y el ataúd?

Eugenne recogió su cabello en una coleta mientras la miraba.

—Era sarcasmo, June. No duermo en un ataúd. Si no lo hago en el camposanto, lo hago en mi cama. ¿Destroza eso algún mito lúzaros?

—Yo creo que, entre unos y otros, os los habéis cargado todos.

Eugenne se detuvo frente a ella y la miró con una intensidad nueva que hablaba de sed, la misma que había adivinado en la vieja Talea o en otros vampiros a los que había visto, pero que nunca había detectado en él.

El príncipe noctis se acercó, potenciando el nerviosismo en June.

—¿Dolerá? —se atrevió a preguntar.

—Apenas —murmuró él.

Sintió la mano del vampiro en su espalda, acercándola, como si se dispusieran a dar inicio a un baile íntimo, y supuso que el escalofrío que la recorría era producto de la transformación que se avecinaba. La otra mano de Eugene le sujetó la barbilla, guiando su cabeza con suavidad para que la inclinase ligeramente. Su respiración se disparó y sus sentidos se nublaron hacia una placentera percepción cuando notó la suave piel del vampiro rozando la propia, mejilla con mejilla. Los dedos de June se aferraron a los brazos de él cuando notó el pinchazo disparando un océano de sensaciones a través de su cuerpo. De pronto se sentía diferente, como si flotase, como si volara, como si hubiera sido despojada de algo que pesase y que la atara a una existencia que no había tenido sentido hasta ahora.

Eugene se apartó despacio y June lo vio tan alterado como ella. Tenía sangre en la comisura de los labios y sus pupilas parecían dilatadas. La mano del vampiro se relajó sobre la espalda de June, aunque no se apartó por completo.

—Ya está... —le susurró—. Es posible que te sientas extraña al principio.

—Estoy genial —respondió ella, con una risa tonta dibujada en sus labios.

Estaba tan cerca de él que pudo percibir el momento en el que su propio aliento dejaba de rebotar contra la boca de Eugene y su pecho abandonaba la respiración alocada que amenazaba con dejarla sin aire. Ya no lo necesitaba.

Siguió mirándolo y no supo en qué momento él se había aproximado tanto. June alzó ligeramente la cabeza y sus labios rozaron los de él, que imprimió fuerza a un beso inesperado. ¿Formaría aquello parte de la transformación? No lo sabía, pero no le importaba lo más mínimo. Se amarraron en un abrazo de fuego y aun así, aquella distancia inexistente le pareció a June un mundo. ¿Acaso la sed que creía sentir por él era la llamada de la sangre? Tampoco lo sabía y aunque las preguntas se multiplicaban y la ausencia de respuestas acabase por no importar, sintió que todo se nublaba y los labios de Eugene la abandonaban en una ciega desesperación.

La recogió en brazos cuando se derrumbó sobre él y la recostó en su propia cama, cubriéndola con la sábana. Eugene se llevó las manos a los ojos y sus dedos furiosos recorrieron su propio cabello, liberándolo de la coleta. Se apartó, ofuscado y abandonó la habitación, dejando a June sumida en un profundo y necesario sueño.



15 Cabeza de turco

Rum lo había conducido de manera discreta hasta una mesa situada al fondo de la sala y desde allí Adrien se dedicó a observar el jolgorio existente en la taberna. No le resultaba sencillo distinguir entre una raza y otra, pues la avezada en esas lides siempre había sido June, fascinada por las razas noctis y siempre responsable ante su inminente Conmuta. Desde que su hermana se había marchado, solo había logrado hablar con ella una única vez y cómo la echaba de menos. El veloz desarrollo de los acontecimientos apenas le había dejado tiempo para notar su ausencia, pero claro que la echaba en falta. Deseaba contarle su ruptura con Chris, lo cual le haría enormemente feliz. De lo que no estaba tan seguro era de que confesarle la manera en la que estaba empezando a ver a Tayr le alegrase igual de igual modo. No, no lo haría en absoluto. Conocía a June alias mandarina lo suficientemente bien como para saber que le recriminaría su pésimo gusto con los chicos. Salir de una relación con alguien como Christian para fijarse en alguien como Tayr no sería considerado como un evolución para su hermana, sino como un tropiezo sucesivo con la misma piedra o incluso una mayor.

—No te muevas ni hagas nada raro.

La voz de Rum al pasar por su lado lo distrajo de sus pensamientos. La licántropa serpenteó entre las mesas atestadas hacia la barra, donde su padre charlaba distendidamente con dos tipos ante los que gesticulaba de manera airada. Cuando su hija llegó hasta su lado, le prestó atención y la expresión se le agrió de inmediato. Adrien estuvo seguro de que los ojos se le habían oscurecido y pudo ver una chispa de furia en ellos. Tampoco los tipos que habían estado charlando con él se mostraron ajenos a lo que malhumoraba a Moran. Hubo un intercambio de palabras y el tabernero se acercó más a ellos. Rum se giró y le dedicó una fugaz mirada a Adrien, pero después su padre la agarró del brazo y la arrastró hacia el otro extremo de la sala, desapareciendo a través de una puerta lateral.

—Quiero este asunto claro y zanjado —exclamó Moran, lo suficientemente alto como para que Adrien lo oyera sin dificultad.

Los dos hombres con los que el licántropo había mantenido aquella animada charla se movieron en dirección opuesta, hacia el angosto pasillo desde el que había llegado él.

—¡Eh!

Adrien se puso en pie como un resorte, atendiendo a un impulso cuyo origen él mismo ignoraba. De pronto estaba allí, en un local ilegal atestado de noctis en plena noche, con el amparo de la Ley Común protegiendo los instintos de todos ellos: vampiros, licántropos, demonios y brujos.

—Ni se os ocurra salir por esa puerta —les advirtió.

Estaba temblando y se aferraba a la mesa con una fuerza tal que no le sorprendería partirla. Estaría bien poder hacerlo y lanzar así un aviso a aquella gente, pero dudaba mucho de que fuese a lograrlo.

—¿Hablas con nosotros? —preguntó uno de ellos, tan sorprendido como el resto del local.

En pocos segundos, Adrien estaba cubierto de murmullos y cuchicheos, centro de miradas y dedos que lo señalaban. Suponía que ya debían de saber que era un humano y no tenía ni la más remota idea de cómo salir de allí de una pieza, pero aquello era lo mínimo que le debía a Tayr, al menos un intento o incluso tiempo para que él se diera cuenta de que el tal Moran no acudiría a hablar con él. Y este fue precisamente el que regresó desde la misma puerta por la que había salido junto a su hija. Su ceño fruncido se fijó también en él y se acercó apartando dos mesas de sendos manotazos durante su avance.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —escupió con los ojos prendidos en ira—. ¿Cómo has entrado?

—Solo quiere hablar con usted ¿y en lugar de dar la cara, le envía a dos matones? No entiendo por qué cojones confía en usted.

Moran entrecerró los ojos e intensificó su mirada sobre Adrien. Por un momento creyó que iba a transformarse allí mismo, que lo despedazaría y lo serviría como menú especial en la taberna, pero ya estaba hecho, había dado un paso al frente y un golpe sobre la mesa. Lo único que le quedaba era reunir el escaso valor que pudiera quedarle en el cuerpo y mostrarse firme, en vez de hacerlo como un crío asustado al que ni siquiera les divertiría matar.

—¿Quién cojones crees te que eres?

—No creo que mi nombre te diga gran cosa.

Se hizo un silencio extraño. Tal vez por tratarse de un lugar en el que, probablemente, nunca reinaba. No era lo mismo que acudir a un bosque solitario en busca de paz; allí uno sabía lo que se encontraría, pero en una taberna atestada de noctis el silencio era algo artificial y contenido, como una jauría de perros amarrada. Y entonces, el estallido de furia: Moran asestó un nuevo manotazo a la mesa que Adrien había ocupado y esta quedó hecha

astillas. La mano del licántropo sangraba, pero no titubeó para agarrar a Adrien y empujarlo contra la chimenea que había en la sala. El muchacho se golpeó en la piedra de la que estaba hecha y cayó frente a las fauces del fuego, que en medio del aturdimiento, se le antojó una figura burlona y amenazante. Trató de ponerse en pie y sacudió la cabeza, recuperando la visión que se le había tornado doble. Se volteó rápidamente y lanzó un puñetazo que impactó directamente en el rostro de Moran. El licántropo giró la cara, dolorido y sus ojos centellearon en lo que, ahora sí, se le antojaba el inicio de una transformación. La respiración de Moran se tornó extraña y sus facciones se desdibujaron.

—¡Papá! —gritó Rum, desde el otro lado—. Ese chico es hijo de un miembro del Consejo de la Luz.

Pero para Moran era tarde. Sumido en plena transformación, el hombre ya no atendía a razones. Lanzó un manotazo cuando ya era la garra de un lobo y Adrien no reuló a tiempo de evitar el arañazo en su brazo. Trató de apartarse y los platos cayeron al suelo desde la mesa sobre la que pasó, pero no llegaría muy lejos, toda vez que uno de los matones de Moran lo esperaba ya al otro lado. Lo asió del cuello de la sudadera y aunque Adrien logró golpearle de nuevo, el tipo ni siquiera se inmutó. Era un licántropo, al igual que su otro compañero, y del mismo modo que había hecho el tabernero, dio también inicio a la transformación.

—¡Basta! —Rum gritaba, tratando de detener aquello, pero la naturaleza de los lobos había tomado el control y solo había algo que pudo interponerse entre ella y la escabechina que estaba por venir: Tayr. Se plantó allí a toda prisa y le asestó un fortísimo puñetazo a uno de los hombres de Moran, que cayó al suelo, dolorido. Un demonio, ajeno de inicio a la disputa, se unió a la misma y empujó a Tayr sin que este lo viera venir. Cayó de rodillas al suelo y para entonces, Moran estaba ya sobre él. Hubo un forcejeo y aunque Adrien distinguió que Tayr trataba de razonar con el lobo, nada lo haría comprender, si quiera, una palabra. El joven lúzaro llegó hasta allí y destrozó una silla sobre lo que ya era el lomo de un enorme animal. Eso lo enfureció más y mientras él se apartaba, Tayr logró ponerse en pie.

—¡Sal de aquí! —le gritó.

Adrien negó con la cabeza y mientras Tayr volvía a enzarzarse en una disputa con el lobo, él recogió un cuchillo de una de las mesas.

—¡Tayr!

En un gesto instintivo, el brujo lo cogió al vuelo y lo miró, como si hubiera

esperado otra cosa. Tal vez no fuera el arma más propicia para luchar contra un licántropo, pero allí tampoco había mucho más donde escoger. Dejó caer el cuchillo y le asestó a Moran dos puñetazos que dieron con la bestia en el suelo. Gruñó, mientras Tayr buscaba con la mirada al segundo de sus matones, de quien no había rastro alguno.

—¡Se acabó! —gritó Rum, furiosa—. Esto se ha terminado aquí. Largaos ahora mismo.

Pero Tayr se arrodilló ante el cuerpo de Moran, que empezaba, lentamente, a recuperar su forma humana.

—Necesito información y me largaré rápidamente —le dijo—. No volveré nunca más, te lo juro.

—Tayr... —le advirtió Rum.

El brujo, sin embargo, hizo caso omiso a la llamada de la joven.

—Han matado a un hombre hoy mismo y tiene que haber sido...

—Le dije que no contase conmigo —musitó Moran, como si divagase. Permanecía sentado en el suelo, desnudo y con la vista clavada en el fuego de la chimenea.

—¿De quién hablas?

—Le exigí que no volviera. Y a ti te exijo lo mismo. No quiero volver a verte más.

—Moran...

Un seco tirón del brazo lo hizo ponerse en pie. Rum lo miraba furiosa.

—Salid de aquí ahora mismo.

—Necesito que me diga...

—Largo de aquí, Tayr. Los dos.

El brujo buscó a Adrien con la mirada y lo sujetó del brazo con suavidad, invitándolo a abandonar el lugar.

June se aferró a la barandilla de madera cuando descendía, con paso lento e inestable. Eugene la vio mientras permanecía sentado a una larga mesa que no compartía con nadie. Tampoco había nada sobre ella, a excepción de un candelabro con varias velas encendidas. Junto al fuego de la chimenea era la única iluminación de la sala, pero June podía ver a la perfección, pues a la poción que Anouk le había dado días atrás le sumaba la conversión. Aún no

podía creerlo, aún le generaba escalofríos pensar en lo que era.

Eugenne no la miró hasta que estuvo a su lado. El vampiro parecía hipnotizado por las pequeñas y estáticas llamas de las velas.

—¿Estás mejor? —le preguntó sin más.

—Aún me siento extraña, pero estoy bien.

—Te acostumbrarás.

Eugenne se puso en pie y se apartó, prácticamente sin mirarla.

—Deberás aprender a saciar tu sed. Es lo único que necesitas saber.

June se volvió y sintió un escalofrío nuevo y extraño.

—¿Te refieres a morder?

—Sí, claro. En cuanto te desenvuelvas bien con ello, nos marcharemos.

Lorya podría buscarte aquí. Tengo todo preparado para tu viaje a Ántico, pero antes, acompáñame.

Salieron hasta el callejón que daba a la misma bocacalle y Adrien resopló, agradecido ante el frío de la noche que le acarició el rostro con compasión, aliviándolo. Dio media vuelta y apoyó la espalda en la pared mientras Tayr cerraba la puerta y lo miraba.

Los primeros copos de nieve empezaban a descolgarse con suavidad.

—¿Estás bien? —le preguntó el brujo.

Adrien asintió, tratando aún de tranquilizarse y de acompasar la respiración, tan disparada como sus latidos.

—Joder... —murmuró sonriendo.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó Tayr, con los brazos en jarra—. Te dije que te quedaras quieto.

—Nada es gracioso, pero estoy de los nervios. Casi nos matan y... Lo siento, pero lo vi todo, querían darte un escarmiento y no pude...

—De acuerdo, tranquilo. Estamos bien, ¿no?

—Te di un arma, ¿por qué no...? ¿por qué no la usaste?

—No he venido aquí a pelear, Adrien, sino a averiguar lo que ha pasado con ese tipo al que han matado.

—Yo tampoco he venido aquí a pelear, pero si hay alguien dispuesto a matarte, no pue...

Se interrumpió cuando Tayr le pasó la mano por la mejilla.

—Puedo curar esto.

Adrien le agarró la muñeca y la apartó despacio, sin soltarle.

—Ni se te ocurra. Van a inhibir tu magia, ¿recuerdas?

—Pero aún no lo han hecho y si volvemos a tu casa así, será muy difícil ocultar lo que ha pasado esta noche.

—Te la estás jugando otra vez. Mi padre te tiene enfilado.

—Tu padre no sabrá nada, a menos que tú se lo digas.

Adrien tragó saliva y soltó la mano de Tayr, que volvió a apoyarse, despacio, sobre su mejilla. Sintió un calorillo irradiar de ella y supo que el golpe había desaparecido. Tayr bajó la mirada y paseó los dedos de su otra mano sobre el brazo de Adrien, cerrando el araño ocasionado.

Adrien lo miraba embelesado. Negar la atracción que sentía hacia Tayr era lo más ridículo que había hecho en su vida. ¿A quién se lo ocultaba? ¿A sí mismo? Se lo había negado a Chris, pero cuando su entonces novio le había espetado aquellos reproches celosos, nada era cierto o al menos, él no era consciente de ello, a pesar de lo que Tayr había generado en él ya el primer día en que lo tuvo ante sí. Sin embargo, ahora estaban allí, los dos solos en un oscuro callejón, con las manos del brujo sobre su piel, y el corazón le bombeaba más deprisa de lo que lo había hecho durante la disputa en la taberna. Y estaba a punto de volverse loco porque percibía lo mismo en Tayr, que no se apartaba a pesar de que las heridas estaban más que sanadas. Pero aquello no tenía sentido.

—Tengo la sensación de que haces magia continuamente conmigo —murmuró Adrien.

Tayr sonrió.

—Es curioso porque a mí me pasa lo mismo contigo.

—¿Magia yo? Yo no puedo...

—No hablo de brujería o de magia blanca.

—¿Y entonces? —preguntó tras un corto silencio.

—Hablo de otra cosa, Adrien.

La mirada se hizo eterna, como si solo a través de los ojos fueran capaces de decirse todo aquello que las bocas se habían resistido a confesar, al menos hasta aquella noche.

—Tienes unos ojos increíbles. Todo en ti es... —musitó Adrien.

Tayr se acercó algo más y él dejó caer su frente sobre el hombro del brujo. Estaba tan nervioso que le temblaban las manos y se sentía incapaz de resistir por más tiempo esa mirada fija sobre él. Percibió la mano de Tayr sobre su

nuca, acariciándole el cabello, mientras él se perdía en la curva de su cuello y aspiraba su aroma. Alzó de nuevo la cabeza, alterado, con la vista clavada en su rostro y lo tuvo más cerca que nunca.

—Confíesme algo —le pidió Adrien—, aunque sea una idiotez para equilibrar la balanza. Yo te...

—Te hubiera besado el primer día que te vi —lo interrumpió Tayr.

—¡*Wow!* Es una gran idiotez. —El brujo sonrió—. El primer día que me viste fui un gilipollas contigo.

—No fuiste un gilipollas, solo alguien tocado.

—Hundido, más bien.

—Pero ya no. Y nunca más.

Adrien se mordió el labio.

—Creí que te gustaban las chicas.

—Creíste mal.

—Pero dijiste que había habido algo entre Rum y tú...

—No dije que ese algo fuera una relación o un lío.

Adrien no se había sentido más alterado en toda su vida. Casi le parecía increíble que aquello estuviera pasando. Pensó en su hermana e imaginó lo que diría si estuviera allí: «¿Por qué no eres capaz de poner los ojos en un chico normal? Uno que merezca la pena, que te merezca de verdad».

Pero alzó la mirada y topó con los ojos de Tayr, y las palabras brotaron solas de sus labios:

—Quisiste besarme el primer día. ¿Hoy no?

—Cada día desde entonces.

—¿Y por qué no lo has hecho aún?

—¿Quieres que lo haga? —susurró Tayr, tan cerca ya de él que la pregunta sonaba ridícula.

—Sí... —respondió Adrien en el mismo tono.

Sus bocas llegaron a rozarse. Adrien estaba seguro de que Tayr podría escuchar los latidos de su corazón desde su garganta. Pero la puerta de la taberna se abrió y la tensión cayó desplomada como lo habían hecho ellos mismos durante la pelea. Tayr se apartó y volteó la cabeza mientras Adrien se tragaba una maldición.

—¿Aún estáis aquí? —exclamó Rum, furibunda.

—Ya nos íbamos —respondió Tayr.

La licántropa lo agarró del brazo, impidiéndole moverse.

—Sé quién es el tipo que estuvo aquí hablando con mi padre: el suyo.

Señaló a Adrien con la cabeza y durante unos segundos ninguno fue capaz de moverse o decir nada.

—Van a por ti. El Consejo de la Luz.

—Eso es ridículo —intervino Adrien, adelantándose un paso.

—¿Y por qué entonces ese empeño en culparme? —preguntó Tayr—. Tu padre ni siquiera me ha dejado hablar, no me ha escuchado.

—Ha escuchado a su hija y eso es suficiente —gritó Adrien, enfadado—. June llamó la otra noche, aterrada, y le advirtió sobre ti. No concibo otra forma de actuar que la de mi padre. Solo trata de protegernos.

—¿De mí?

—¿Qué cojones has hecho en Noctia? Es tu clan el que te acusa, Tayr.

Tayr miró a Rum, y Adrien sintió una complicidad que lo hizo enfurecer aún más. Porque hacía apenas treinta segundos el noctis y él habían estado a punto de besarse, murmurándose confidencias y ahora todo saltaba por los aires y a Tayr le bastaba una mirada con aquella chica para entenderse.

—Cuídate de esos hijos de puta —concluyó la joven licántropa.

—Te recuerdo que estás hablando de mi padre —escupió Adrien.

Tayr le colocó una mano sobre el pecho, tratando de refrenar la ira del muchacho.

En aquel momento un grito sesgó la noche como si un puñal pudiera romper el nítido trazado del cielo. Tayr echó a correr y Adrien aún necesitó unos segundos para reaccionar; quiso seguirlo y aunque Rum trató de retenerlo, no lo consiguió. La negrura cubría las calles y solo la luna esparcía su plata sobre ellas, como un argentado chorro apenas visible, pero Adrien aceleró la marcha, siguiendo a la veloz figura del brujo. Cruzaron sombras a su alrededor, escuchó silbidos y jadeos, el aleteo de algo revoloteando cerca, pero su atención cayó presa de la enorme figura sobre la que Tayr saltó. Apenas era capaz de distinguir nada desde allí, aunque sí supo que estaban peleando y que el bulto era uno de los licántropos de Moran, el que había desaparecido durante la disputa en la taberna. Había algo en el suelo, una sombra más pequeña que se arrastraba de forma penosa y con dificultad.

Adrien gritó al percibir una mano sobre su hombro y, cuando se volvió solo alcanzó a ver la figura de un encapuchado desplomándose en el suelo y el veloz brazo de Rum, recuperando la daga que acababa de hundirle en el abdomen a aquel desconocido. Adrien la miró, absorto.

—Nigromantes —murmuró—. Ve con cuidado.

—Ya...

Devolvió su atención a la pelea entre Tayr y el licántropo cuando un alarido escalofriante rasgó el silencio. La bestia cayó y ya no hubo movimiento.

Adrien corrió hacia allí y comprobó que Tayr yacía tendido de rodillas en el suelo y que las uñas de la bestia que, aparentemente estaba muerta, habían dejado un reguero de sangre en su pecho, allá donde aquel tatuaje había llamado tanto su atención. También había un hilillo escarlata asomándole desde la boca, y sus ojos, cuyo brillo habían logrado hipnotizarlo siempre, estaban apagados y carentes de vida.

—¡Tayr!

Adrien se dejó caer a su lado y le sujetó la cara mientras observaba a un hombre tendido en el suelo con una herida similar a la del brujo. Sus ojos carentes de vida se clavaban en el cielo negro, mientras su cuerpo languidecía en mitad de un charco de sangre.

Rum le dio un empujón con el pie, volteándolo con pocos remilgos.

—Tayr... —murmuró Adrien, devolviéndole la atención—, ¿puedes oírme?

Le temblaban las manos, manchadas con la sangre del brujo, mientras las colocaba sobre la herida, buscando una forma absurda de taponarla y evitar que acabase igual que el tipo que yacía allí.

—Joder...

Tayr no respondía, su respiración era lenta y dejó que Adrien le recostase la cabeza sobre su regazo.

—Ayúdalo, por favor —le pidió a Rum.

La licántropa lo miraba, como si valorase algo interiormente.

—¡Vamos, tienes que darle esa mierda! —gritó él, cada vez más nervioso—. ¡Rum! ¡¿Qué cojones te pasa? Se va a morir!

Rum sacudió la cabeza, como si despertase de unos pensamientos lejanos y extrajo de un bolsillo una ampolla algo más pequeña que la que le entregara a él mismo y a Chris unos días antes. Parecía que había pasado un siglo desde entonces. Entre los dos lograron que Tayr lo tomase y en pocos segundos, su respiración se acompasó. Adrien observó, atónito, cómo la herida en el abdomen se cerraba. Se llevó una mano aún ensangrentada a la frente y trató de serenarse. La mirada de Rum era como un empujón, un acoso constante que la licántropa remató con sus palabras:

—Ten cuidado. No vais a ninguna parte.

Él la miró, dudoso.

—No...

—Te estás enamorando de él y es lo más ridículo del mundo.

Rum se puso en pie y se alejó despacio, arrastrando el cadáver del licántropo con el que Tayr había acabado. Sus huecas pisadas pronto se fundieron con los sonidos de la noche, aunque Adrien era incapaz de escuchar en su mente algo distinto a sus palabras. Bajó la cabeza y comprobó que Tayr estaba despierto, aún apoyado sobre su regazo y mirándolo.

El desplome de la adrenalina derrumbó también a Adrien, que empezó a sollozar, propiciando que Tayr se incorporase para abrazarlo.

—Adrien... —murmuró con voz ronca—, ya ha pasado, estoy bien.

Pero él solo pudo aferrarse al brujo con más fuerza y dar rienda suelta a toda la tensión acumulada, como si Tayr fuera su particular dique y lo cierto era que, en el tiempo que llevaba allí, había ejercido como tal.

June permanecía sentada sobre la tierra mojada con la mirada clavada en la nada y aún temblando. Eugene se sentó a su lado. Por un momento había dejado de ser el elegante joven de aspecto distinguido e impoluto que paseaba, indolente, por el castillo de Estyria. Estaba despeinado, tenía barro en la cara y sangre en la comisura de los labios. También ella. Lo miró y él le paseó un dedo sobre la barbilla para limpiársela.

—Lo has hecho bien.

June se levantó de forma precipitada y se apartó del cuerpo de aquella mujer que yacía tendida en el suelo con el cuello ensangrentado y la mirada perdida.

—June...

Eugene la siguió.

—La he matado —musitó ella entre sollozos—. La he matado.

—Es normal que no midas las fuerzas la primera vez.

—¡La he matado! —gritó, furiosa.

Se volvió y golpeó Eugene en el pecho, haciéndolo recular un paso. El vampiro aguantó estoicamente el brote furioso de la muchacha.

—Dios... —Se llevó las manos a la cara y dio rienda suelta al llanto.

Eugene se acercó con timidez y la abrazó. June se debatió con mil impulsos en su interior, quería golpear al vampiro, salir corriendo de allí, abrazarlo con la fuerza suficiente para hallar consuelo, pero nada lograría apartar de su mente la imagen de aquella mujer huyendo, tratando de salvar su

vida, mientras ella la perseguía de manera implacable, sedienta, hambrienta y veloz hasta darle alcance y saciarse. No era lúzara, pero pensar en eso no la tranquilizó.

—¿Quién era? —se atrevió a preguntar, con el rostro aún pegado al pecho de Eugene.

—No era nadie. Nunca son nadie. No puedes plantearte eso.

June reculó y miró al vampiro.

—La Ley...

—No has quebrantado ninguna Ley, June, sería absurdo. No puedes imponer a los leones de tu mundo que no cacen por ley. Es la naturaleza de un vampiro: beber sangre para vivir. La Ley puso fin a las guerras que asolaban nuestras *terras*, pero no a cazar, no a alimentarse ni siquiera a las peleas menores que tienen lugar en las calles de Luzaria y que acaban con vidas.

—No puedo matar a alguien cada vez que necesite... alimentarme. Esto ha sido un error.

—No matarás cada vez que la sed te llame. Aprenderás a controlar tu fuerza y no llegarás a esto. Pero las primeras veces es normal, June, y necesario. Para calibrarte a ti misma, tu resistencia, tu fortaleza. Ahora mismo eres un mundo por descubrir.

—Creo que voy a vomitar.

Eugene sonrió.

—No vomitarás, tranquila. Vamos, hay que ponerse en marcha.

—Quiero revertir el efecto.

Eugene lanzó un suspiro que se perdió en la noche como un fantasma.

—Es normal que pienses así ahora. Pero todo pasará y en cualquier caso, necesito unos pocos días para disponer de la poción. Vamos, es hora de ponerse en marcha.



16 **Ántico, ciudad imperial**

Cuando levantó la cabeza, se topó con el rostro grave de Gasgun Andersen, probablemente el miembro más joven del Consejo de la Luz, que abandonaba el despacho de su padre. Adrien no se movió del sillón en el que esperaba ni respondió a la encandiladora sonrisa que Gasgun le dedicó al llegar hasta él. No debía de tener más de veinticinco o veintiséis años y nunca entendería que alguien le hubiera considerado para ocupar un lugar en el Consejo. En opinión de Adrien no era más que un estirado con aires de grandeza y poco cerebro; dudaba, incluso, de que su palabra fuera tenida en consideración, pero allí estaba, tratando de eclipsar la preocupación con la que había abandonado el despacho de su padre tras la su hilera de perfectos dientes en una forzada sonrisa.

—Buenos días, Adrien, ¿cómo estás? Es una sorpresa verte por aquí.

Extendió el brazo y, como era habitual, Adrien experimentó la sensación de tener ante sí a alguien que le perdonaba la vida o que se dignaba a mirarle desde un pedestal muy alto.

—¿Está ya libre mi padre? —se limitó a preguntar él.

Se puso en pie y el gesto obligó a Gasgun a recular un par de pasos y a guardarse la mano en el saludo no correspondido.

—No está en su despacho. ¿Quieres que lo avise?

—No hace falta. Iré yo mismo y lo esperaré allí.

—Vale, como quie...

Emprendió el camino hacia el despacho y lo dejó con la palabra en la boca. Nunca le había caído bien aquel tipo, pero habitualmente, Adrien solía hacer uso de su extenso repertorio de actitudes políticamente correctas, tan útiles con el Consejo de la Luz. Aquella mañana no estaba de humor. Dio dos golpes en la puerta por pura cortesía y entró sin esperar respuesta. No había nadie. Resopló, mientras avanzaba y colocaba su mochila sobre una de las dos sillas que quedaba frente a la enorme mesa, sobre la que se esparcían multitud de documentos desordenados. Entre ellos observó un dossier cerrado con un llamativo rótulo: *Cabeza de turco*. Se volteó, asegurándose de que su padre no regresaba aún y lo abrió con interés. Lo primero que tuvo ante sí fue un rostro conocido. Solo había visto a aquel tipo una vez, pero le resultaría imposible olvidarlo porque era el único cadáver que había tenido ante sí y hacía solo

unas pocas horas de eso. Debajo de la escalofriante fotografía de su cuerpo maltratado había un nombre, un lugar y una hora: Lothar Camiles. Elfo. Ciento seis años. Avenida Nortax. Asesinado en la tarde del viernes día veinticinco. Veinte horas y treinta minutos. Único sospechoso: Tayr Liberthon (brujo de Noctia).

Lo cerró al ver la figura de su padre a través de la pantalla que había en la parte superior del despacho, una cámara en la que podía visionarse todo aquel que accedía hasta allí a través del pasillo principal. Apenas tuvo tiempo de recular un paso, cuando Ander entró en el despacho de forma apresurada.

—Adri —exclamó, sorprendido—, no te esperaba. ¿Ha pasado algo? —Cerró la puerta y se dirigió rápidamente hasta su mesa—. ¿Por qué no estás en el instituto?

—Quería hablar contigo.

—¿Han vuelto a molestarte esos chicos? —preguntó con visible preocupación.

—No, no tiene nada que ver con ellos.

Ander respiró, aunque el alivio no fue total en su expresión. Aún resollaba, como si hubiera llegado hasta allí corriendo o de manera imprevista.

—Pues... lo cierto es que estoy bastante ocupado. Si pudieras esperar a la hora de comer, tal vez...

—No han dejado salir a Tayr para ir al instituto —lo interrumpió él.

Ander apartó la mirada y volvió a centrar su atención en los documentos, mientras los recogía. Se dejó caer pesadamente en el sillón y firmó un par de ellos con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Y cómo pretendes que le permitamos acercarse a los alumnos después de lo que hizo?

—¿Desde cuándo una persona es culpable sin derecho a defenderse o sin que deba demostrarse nada en su contra?

Ander volvió a dejar los documentos sobre la mesa y se echó hacia atrás en su sillón.

—¿A qué viene esto, Adrien?

—No le has dejado abrir la boca. Alguien aparece muerto y no esperas ni siquiera a que haya una investigación. Lo arrancas del instituto, lo encierras en su habitación y ¿qué pretendes, devolverlo a Noctia acusándole de quebrantar la Ley Común? No tienes ni idea, ni una sola prueba contra él.

—Tu hermana me lo advirtió. —Adrien lo miró sin decir nada—; dijo que eras fácilmente impresionable y supongo que ese chico te ha ganado. Pero no

es lo que creímos, hijo.

—¿Dónde estuviste el jueves por la tarde?

Lo escupió sin más, incapaz de seguir hilvanando un camino que no llevaría a ninguna parte. Por injusto que le pareciera el inexistente juicio del que Tays había resultado culpable, su padre no daría su brazo a torcer y, en apariencia, la maquinaria del Consejo ya estaba en marcha, de modo que buscaría cercarlo, ponerlo contra las cuerdas.

—¿Pero qué es esto? —Ander se puso en pie de nuevo y caminó hasta la ventana que le quedaba a la derecha con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón—. ¿Mi hijo me pide explicaciones sobre adónde voy o dejo de ir?

Estaba empezando a ponerse nervioso y Adrien lo sabía bien. Conocía cada gesto en él, cada movimiento en su cuerpo. Hasta el momento había justificado la actitud de su progenitor. June lo había llamado desesperada y supuso que no era extraño que Ander hubiera activado todos los recelos en contra de Tays hasta el punto de no necesitar pruebas para acusarlo de un asesinato, pero al parecer las cosas eran aún más graves. El aura de Ander se ensombreció.

—Mamá dice que tienes una amante. Y tiene pruebas. Fotos, grabaciones del jueves —mintió—. Imágenes muy comprometidas.

Ander lo miró absorto.

—¿Qué idiotez es esa? ¿En serio Lorna te ha dicho eso?

—Me las ha enseñado. No puedes negarlo. Estuviste con ella el jueves.

—¡No estuve con nadie el jueves, Adrien, maldita sea! Tu madre se lo está inventando, está mintiendo y no sé cuál es el propósito.

—Te digo que las he visto —repitió él, implacable—. ¿O acaso tienes a alguien que pudiera demostrar dónde estuviste ese día? ¿Dónde coño estuviste el jueves?

Ander se acercó, despacio, con los ojos entornados, como si buscara algo más allá de las palabras y la actitud desafiante de su hijo. No existían tales imágenes y aunque su padre tuviera un idilio con Gillian Novak, Adrien sabía perfectamente que el jueves no habían estado juntos, pero ¿cómo podría probarle Ander que no había sido así, si los únicos que sabían dónde había estado eran Moran y Rum, licántropos de un local noctis ilegal en Luzaria?

Dos golpecitos en la puerta interrumpieron la conversación.

—Adelante —murmuró Ander, sin moverse.

El rostro de Gasgun asomó desde allí y sonrió, mientras se disculpaba:

—He olvidado el *dossier* —informó—. Lamento la interrupción, pero sin él no puedo...

—En realidad, agradezco que hayas venido, Gasgun.

Ander caminó hacia él en largas zancada con el *dossier* en la mano y le echó el brazo pro encima del hombro.

—Mi hijo necesita que le confirmes que el jueves tú y yo estuvimos juntos en una reunión.

Gasgun lo miró y tragó saliva mientras empezaba a asentir, dubitativo al principio, firme al final.

—Claro. Justo ese día estuvimos en mi despacho, ¿por qué?

—Por nada, Gasgun, puedes irte.

Le estampó el *dossier* sobre el pecho y prácticamente lo echó de allí.

—Ya lo has oído. Y ahora, si no tienes nada más que añadir...

—Te has convertido en un puto mentiroso.

—No voy a consentir que me hables...

—No existen tales imágenes entre Gillian Novak y tú, tienes razón, aunque quizás la confirmación de mi madre sea peor sentencia para ti. Y Tayr tampoco mató a ese hombre. Lo sabes perfectamente.

—Adrien, no sé qué demonios te pasa, pero estás muy equivocado.

—El tipo que tienes en tu informe murió anoche, a manos de un licántropo, delante de mí. Supongo que el Consejo montó todo el numerito por la tarde, pero os faltaba un muerto y ahora ya lo tenéis. Tayr no fue y si tú no paras toda esta mierda con el Consejo, yo tampoco pararé la otra mierda con la prensa. Lo contaré todo y les daré la carnaza que tanto les gusta. Tu imagen se irá a la mierda y tu puesto en el Consejo será solo cuestión de tiempo. No mereces otra cosa.

—¿Me estás extorsionando? —preguntó tras unos segundos de silencio.

—Digamos que te apremio a ser un buen chico, papá. No se dicen mentiras.

Ander necesitó unos segundos eternos para recuperar la capacidad de respirar. Caminó hasta la puerta y activó la señal de advertencia para no ser molestado; después, apagó la pantalla que enviaba la señal de visionado a la central y exhaló todo el aire de sus pulmones.

—Tu hermana llamó el otro día alarmada con...

—Lo sé —lo interrumpió él—. Te oí. No sé qué te contó ella, pero te oí hablar desde la puerta de tu despacho.

Ander asintió. Ni siquiera parecía molesto por la intromisión de su hijo.

—Puede que Tayr vaya a andarse con más cuidado aquí, pero en Noctia podría empapelarse el Muro de Caronte al completo con todo lo que ha hecho. Buscaremos la manera si él no nos da la excusa, pero hay que sacarlo de aquí

y hay que hacerlo con la máxima cautela, Adri, porque June está allí. —Por un momento, Ander pareció abatido—. Mi pequeña está allí.

Adrien cayó sobre la silla y sus pensamientos volvieron a ser la maraña en la que no habían dejado de convertirse desde el primer momento con Taysr.

—¿Qué ha hecho? —preguntó sin mirar a su padre—. Necesito saber algo.

—Por suerte, tu hermana se ha enterado de lo menos grave... Ese chico desproveyó a los suyos de magia. No a él mismo, naturalmente. Dejó embarazada a una chica y tanto el niño como ella, murieron. Las brujas de su raza no pueden concebir vida; él lo sabía y aun así... Ha matado a muchos noctis, personas inocentes.

—No me lo creo —murmuró al fin—. Él no mató a ese hombre y el Consejo se está inventando las pruebas en su contra. Si no paras esto, yo tampoco pararé lo de tu amante. Y es mi última palabra.

Se puso en pie y desapareció de allí.

Tardaría en acostumbrarse a los efectos de su nueva condición. Eugene se lo había repetido varias veces, pero aun así no podía deshacer el nudo que se le había hecho en el estómago mientras avanzaba montada a lomos de aquel negro corcel. Oía sonidos que se producían en la otra punta del bosque, era capaz de ver el movimiento de una hormiga y el aire le traía tantos aromas que por momentos sentía que se mareaba.

Relegó todas aquellas sensaciones cuando al fin hubieron alcanzado su destino. Ántico era una mancha negra en una planicie de arena. Roca oscura que salpicaba la tierra alzándose durante millas y más millas. Ni siquiera alcanzaba a ver el final. El cielo era un espejo de la tierra, un enfrentamiento entre tinieblas que no dirimía a un vencedor. Al fondo, el castillo imperial se alzaba como un gigante somnoliento que despertase de su letargo. La Vía Negra se difuminaba al entrar en la urbe, como si la temiera y de pronto, el camino era un trazado de arena que serpenteaba por calles anchas y bien delimitadas. Al este, había edificios más altos, como dedos de un gigante saliendo de las entrañas de aquel mundo oscuro, y desde allí, June alcanzaba a ver la línea del mar, brillante.

Los edificios de las afueras estaban más espaciados entre sí, salpicados en el extrarradio, rompiendo la homogeneidad del núcleo, donde las casas y

construcciones se apilaban en un alianza de roca negra.

La noche era profunda, pero June discernía la actividad que salpicaba las calles, multiplicando la negrura. Oía voces hablando en susurros, risas; el sonido metálico de las monedas en cualquier trueque o comercio; los pasos firmes de lo que debía de ser un ejército recorriendo las calles. Torcieron hacia el oeste y se introdujeron en una calleja estrecha. Viajaba firme sobre su caballo, siguiendo de cerca a Eugenne, pero bajo la capucha adivinaba miradas furtivas desde puertas y ventanas.

El vampiro bajó del caballo cuando hubieron dejado atrás la calleja y ayudó a June a hacer lo propio. Abrió la puerta de un edificio alto de fachada cenicienta y oscuros ventanales que estaba apartado de los demás. El pórtico mostraba una arquitectura diferente y conducía hasta una puerta de recia madera oscura con grabados sobre toda su superficie. Al llegar junto a ella, Eugenne miró a June, que lo había seguido en silencio durante todo el camino. Le ofreció la mano y ni siquiera ella supo por qué tenía claro lo que el vampiro le solicitaba. La joven sostuvo su muñeca y la mordió, provocándole al instante una sangrante herida con la que se deleitó. Eugenne apartó la mano y la sangre goteó sobre el metal de la aldaba, que humeó, crujiendo al instante. La puerta cedió y el vampiro se apartó para que June entrase. Ella pestañeó, desconcertada.

—Es una apertura de sangre —le explicó él—. La forma segura de no perder una llave —bromeó.

June entró al fin, respondiendo a la invitación de Eugenne y se encontró en un salón grande en forma heptagonal. El suelo estaba completamente enmoquetado y de los altos techos colgaba una lámpara de araña con infinidad de cristales. Se mecieron suavemente cuando Eugenne cerró la puerta y proyectaron exóticos brillos que se derramaron sobre la estancia.

—¿Esta casa es tuya? —preguntó ella.

—Sí. Regalo de la Timoria, la legión de la emperatriz Liatli, actual gobernante de Ántico.

—Parece enorme —observó ella, mientras alzaba la mirada hacia el techo.

—Lo es. Espero que estés a gusto durante el tiempo en que te hospedes aquí.

—Gracias.

—Enviaré a Sylvie para que te ayude y asista en todo cuanto necesites. Este lugar es demasiado grande para habitarlo sola.

—Tú no te quedarás, naturalmente —quiso saber ella.

—No.

Eugenne fue tajante y ni siquiera la miró al responder.

—Si la cerradura funciona con tu sangre, ¿cómo...?

—Te mordí, así que ahora tu sangre es la mía.

Esta vez sí la miró y reparó en la mueca de asombro de la muchacha.

—Tranquila. Todo se normalizará cuando bebas el preparado. Ahora... me marcho.

Dio media vuelta y su oscura capa planeó en el salón como un fantasma. Abrió la puerta y su sombra se perdió entre las tinieblas. Y allí solo quedaron ella y sus dudas. ¿Pensaba Eugenne seguir actuando como si no hubiera ocurrido algo entre los dos?

Adrien llamó a la puerta de la habitación y en pocos segundos, Tayr le abrió. Llevaba puesta una camiseta blanca y el pantalón oscuro que habían comprado hacía un par de días.

—¿Aún estás así? —preguntó, mientras entraba—. Faltan dos horas para que dé inicio la Nut.

Las camisas que habían comprado continuaban esparcidas sobre la cama, como si el brujo no se hubiera decidido por una u otra o, más bien, como si no le hubiera importado demasiado cuál ponerse. De nuevo imaginó la escasa importancia que Tayr estaría dándole a un acontecimiento como aquel.

—Veo que tú ya estás listo —observó él, sacándolo de sus pensamientos—. Estás impresionante.

Adrien se rascó la cabeza, sonrojado. Frente a Tayr tenía la sensación de que todas sus reacciones y respuestas se disparaban hasta el extremo. Por momentos se sintió ridículo, como un quinceañero al que piropean y que no sabe dónde meterse, y aunque tampoco podía decir que los quince años le quedasen demasiado lejos, nunca se había sonrojado fácilmente.

—Gracias.

—¿Qué has hecho para conseguir que lo retiren todo? —quiso saber Tayr.

Resopló, agradeciendo el cambio en la conversación.

—¿De dónde sacas que he tenido algo que ver? —preguntó.

Tayr torció la cabeza y sonrió.

—Es cierto que van a por ti —admitió Adrien, solícito. Cogió la camisa

del mismo tono que los ojos de Tayr y lo miró, mientras la sacaba de la percha —. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Pues yo creo que sí lo sabes.

Tayr exhaló aire y guardó silencio.

—¿Crees que esta noche es la mejor para hablar de eso? Tenemos que ir a la Nut.

Dos golpecitos en la puerta que Adrien no había llegado a cerrar, interrumpieron la conversación y Lorna asomó al otro lado. Iba elegantemente ataviada con un sencillo vestido de gasa azul con detalles dorados. Su cabello se recogía en un sobrio moño a la altura de la nuca y había destellos brillantes en su cara; no así en sus ojos, que continuaban arrastrando la misma tristeza inherente a ellos en los últimos meses por más que se esmerase en disimularlo.

—¿Necesitas ayuda en algo, Tayr? —preguntó, mientras sonreía con amabilidad.

—No Lorna, muchas gracias.

—Adrien, estás guapísimo, cariño. ¿No te lo parece? —le preguntó al brujo.

—Mamá... —trató de reprenderla su hijo.

—Me lo parece —respondió el interpelado—, pero no me sorprende. Es un dryadalis.

Adrien y Lorna lo miraron boquiabiertos, con el ceño fruncido y en silencio. Después se miraron entre ellos.

—¿Qué me ha llamado? —quiso saber el muchacho.

—Dryadalis... —repitió ella, devolviendo su atención a Tayr, al que escrutó con detenimiento—. Hacía muchísimo tiempo que no escuchaba algo en kraático antiguo. De hecho, la di por una lengua muerta.

—Casi —le explicó él—. Apenas se habla en Noctia, pero aún quedan... rescoldos. Por así decirlo.

Lorna asintió sin salir aún de su asombro.

—¿Me vais a decir qué es dryalis? —intervino Adrien de nuevo.

—Dryadalis, cariño.

—Es la forma en la que se llamaba al descendiente entre un ser mágico y un no mágico —apuntó el brujo, mientras cogía la camisa que Adrien había estado sosteniendo.

—Es kraático antiguo —aclaró Lorna—, un lengua que se hablaba tiempo atrás, pero que a día de hoy, prácticamente se ha perdido.

—Significa 'ilusión' —volvió a decir Tayr—. Era lo que sentían los primeros padres mixtos cuando su criatura nacía, según apuntaban las historias. Hubo un tiempo en que las razas no se mezclaban, pero cuando la Ley dejó de prohibirlo, empezaron a nacer dryadalis.

»En un principio se le llamaba a cualquier criatura, cuyos progenitores pertenecieran a razas distintas; con el paso del tiempo, se le aplicó solo a los lúzaros y más particularmente a los hijos e hijas de los feéricos con humanos. Decían que eran los más hermosos.

Se hizo un silencio denso después de que todos escuchasen la explicación de Tayr y finalmente, fue Lorna quien lo rompió.

—Me alegra que todo se haya aclarado —le dijo al brujo—. Esa camisa es una fantástica elección. Adri, ¿por qué no lo esperamos fuera y dejamos que se cambie tranquilo?

—Claro.

Había intentado dormir sin llegar a conseguirlo. El menor sonido la despertaba y había llegado a preguntarse si algún día conseguiría volver a pegar ojo mientras fuera una vampira. June también había inspeccionado la casa de arriba a abajo, confirmando lo que ya adivinaba. Se trataba de una enorme y señorial mansión con cada estancia perfectamente amueblada. Eugene vivía en Estyria, pero nada, salvo el polvo y la suciedad, hubieran hecho pensar que no moraba nadie en aquel lugar. La azotea disponía de una extensión amplia que ofrecía una visión privilegiada de la ciudad de Ántico. Había una buhardilla y varias habitaciones en la planta superior, además de una biblioteca, un despacho y dos baños. Abajo, una enorme cocina colindaba con el salón. Había un despacho y una sala pequeña en la que June había pasado la mayor parte del tiempo. No sentía frío, pese a llevar varios minutos frente a la chimenea que ella misma había encendido. Algo en su interior apelaba a las sensaciones humanas como asidero ante aquella soledad que la embargaba. Estaba en Noctia, tal y como decretaba la Conmuta, pero se encontraba lejos del lugar al que había sido enviada, sin el conocimiento de su familia ni del Consejo de la Luz. Sin nadie a quien pudiera contarle lo que sentía en aquel momento, el temor que la acongojaba y sabiéndose herramienta en la guerra de intereses cruzados entre Noctia y Luzaria. Observó su teléfono móvil aun sabiendo que no le quedaba batería y que no tenía forma de hablar

con Adrien. Lo necesitaba de veras.

Se puso en pie y recogió la capa del perchero. Caminó con decisión a través del largo pasillo y llegó hasta la calle. Necesitaba dar un paseo, sumirse en algún tipo de actividad que mantuviera su mente ocupada y lejos de las acuciantes sensaciones que la abrazaban aquella noche.

Vació el vaso en su garganta y dirigió la enésima mirada a Tayr y Azra. La elfa era una diosa sobre la tierra aquella noche. Vestía un hermoso traje blanco con engarces dorados que la hacían brillar más que a la luna y sin embargo, a él le parecía que no destacaba más que su acompañante.

La Nut se llevaba a cabo en la última planta de La Sede, una sala enorme de brillante suelos blancos en cuyas baldosas uno podía verse reflejado sin el menor inconveniente: la Sala Cúpula. Sonaba una musiquilla agradable desde los altavoces que envolvían la estancia, al compás de la luces amarillas que decoraban cada rincón. Al fondo, un corto pasillo conducía a un salón anexo donde todo estaba preparado para la cena. Adrien alzó la mirada fijándola sobre la impresionante claraboya que convertía al cielo estrellado en una cúpula mágica.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo y buscó el número de June. A aquellas alturas sería prácticamente imposible poder hablar con su hermana, pero no se le ocurría nada mejor en lo que invertir aquel tedioso e interminable tiempo. Mientras pulsaba la tecla correspondiente, se arrepintió de no haberlo intentado más seguido, pero June tampoco lo había hecho, más allá de la llamada a su padre y quiso pensar que eso era una señal de que su hermana se encontraba bien.

—Vamos, mandarina —musitó—. Contéstame. Tengo mil cosas que contarte.

Se volvió y ya no fue capaz de decir nada más ni de escuchar, si quiera, la voz al otro lado del auricular, advirtiéndole sobre lo imposible de establecer contacto. Christian apareció entre el gentío, con su padre y su madre. No había estado allí durante las horas previas, y eso tenía sentido, puesto que ninguno de sus progenitores tenía nada que ver con el Consejo de la Luz, pero allí estaba el radiante matrimonio, saludando a los miembros del mismo, mientras su hijo clavaba la mirada en Adrien, incapaz aún de darle crédito a la

situación.

Mientras su exnovio se acercaba con decisión, Adrien se encontró, por enésima vez, con la mirada de Tayr, que parecía más pendiente de él que de Azra. La elfa, hija de la consejera Aines Drasla, no había dejado de hablar en toda la noche y, milagrosamente, Tayr se mostraba capaz de responderle a todo a pesar de la escasa atención que parecía estar prestándole a la hija de la única elfa del Consejo. Pero la presencia de Chris tensó al brujo y a Adrien no le costó distinguirlo. Y no era extraño: a él debía buena parte de los problemas en los que estaba, pues a pesar de la ayuda prestada, Christian no había dudado a la hora de acusar a Tayr.

—Buenas noches —lo saludó el muchacho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Adrien, con acritud.

—Ya veo que no te alegras especialmente.

—Me sorprende, más bien. No te esperaba.

—El Consejo ha tenido a bien invitar a mi madre y, por supuesto, mi padre no se pierde la ocasión de aparecer en la pomposa vida pública, aunque sea al lado de la mujer que más odia.

Adrien tensó la mandíbula. Conocía de sobra los problemas existentes entre los padres de Christian, que llevaban varios meses sin vivir juntos, y por un momento se preguntó si los suyos acabarían igual, llevando a cabo una pantomima continua como la de aquella noche, exhibiendo sonrisas forzadas, mientras todo el mundo hablaba de ellos. Le enfermaba que su madre tuviera que aguantar el tipo mientras Gillian Novak le lanzaba miradas a su padre y sonrisas radiantes a la propia Lorna. No le había pasado inadvertido el modo en el que Ander arrastraba a su esposa todo el tiempo, tratando de apartarla de allí, pero a Gillian parecía divertirle aquello. Y a Adrien le estaba costando un mundo no intervenir y montar una escena allí mismo. Por eso vació de nuevo el vaso de un solo trago.

Chris se acercó más y rozó con su dedo la mano de Adrien.

—Te echo de menos.

—Chris, no empieces. Hoy no estoy de humor. Entre nosotros está todo zanjado.

—¿Seguro? Vamos, no me creo que todo lo que hemos vivido deje de importarte de la noche a la mañana.

—No es eso, pero lejos de lo que creí no estoy tirado por las esquinas llorando tu ausencia y quisiera seguir así.

—Salgamos de aquí —le susurró Chris—. Hablemos con calma fuera de

todo esto, por favor.

—No tengo nada que hablar contigo, Christian.

—Joder, Adri, si no tienes nada que decir, al menos, escúchame.

Dio un paso adelante y Adrien estuvo contra la pared, pendiente de que nadie más se diera cuenta, visiblemente incómodo ante aquella situación.

—Aparta.

—Vamos, Adrien... Siempre te encantó que te acorralase.

—Estamos en un sitio a reventar de gente. ¿Ahora te da igual que te vea tu padre?

—Ahora me da igual que me vea todo el mundo. Te quiero.

Trató de besarlo y Adrien se apartó.

—Para.

—¿Pero qué mierda te pasa?

Un seco empujón dio con Christian en el suelo, que arrastró la ponchera y algunos vasos de cristal, llamando la atención de todos al momento.

—Te ha dicho que pares —se limitó a espetar Tayr.

—¿Qué demonios está pasando? —exclamó Edran Oxon. Lo seguían varios miembros del Consejo y algunos de sus acompañantes, los padres de Adrien entre ellos.

—Adri... —Ander se adelantó unos pasos y Lorna abrazó a su hijo rápidamente.

—No ha pasado nada —se excusó él—. Hemos tropezado, lo siento.

—No hemos tropezado —repuso Chris—, él me ha empujado —añadió, señalando a Tayr.

—No te ha empujado él, he sido yo —intervino Adrien.

—No lo has empujado tú —exclamó Tayr—. Te estaba molestando.

—No me... bueno, sí, pero... ¿Por qué está él aquí? —exclamó Adrien sin más, encarándose con su padre.

Hubiera preferido seguir restándole importancia al asunto, excusarse con un pequeño incidente y dejar que aquella aburridísima velada siguiera sin más, pero sabía que aquello acabaría convirtiéndose en un cruce de acusaciones entre Chris y Tayr del que todo el mundo sacaría su propia y común conclusión, culpando al brujo.

—Cielos —murmuró Edran—, esto parece el patio de un colegio.

—Adrien... —musitó Ander.

—Yo lo invité —intervino Gillian Novak—. Tu padre me dijo que era un buen amigo tuyo y pensé que te haría ilusión. Entiendo que estas veladas se

hacen largas y tediosas para los más jóvenes, así que... pensé que podrías estar entretenido con él y evitar malas compañías. —Miró a Tayr con poca discreción—. Además de que el señor y la señora Fellow gozan de mi más absoluta admiración, claro está —apostilló, tratando de que la presencia del matrimonio no pareciera algo meramente colateral.

Adrien miró a su padre, desconcertado ante el argumento de Gillian. ¿Qué habría llegado a contarle a su amante sobre su relación con Chris? ¿Habría sido su padre capaz de llevar a su expareja allí solo para apartarlo de Tayr? ¿Aun a sabiendas de la forma catastrófica en la que había terminado la relación entre ambos?

—¿Por qué no olvidamos este desafortunado incidente —intervino Lorna— y pasamos a cenar?

—La señora Winchester tiene razón —dijo la serena voz de Hilmagenta Breaker, la feérica más antigua del mundo.

Se decía de ella que era un ser enormemente poderoso, aunque como miembro del Consejo respetaba la ley y jamás utilizaría su magia sin los protocolos y ceremonias necesarios, pero Adrien solo veía en ella una anciana entrañable con la que había charlado en más de una ocasión. Era regordeta y recogía su cabello blanco en un elegante peinado. Sus ojos eran de un gris tan claro que a veces parecía encontrarse en algún tipo de trance.

—El Consejo de Nix llegará a las doce, así que sería adecuado que para entonces hayamos terminado ya en la mesa —añadió la mujer—. Sobra decir que sus gustos gastronómicos tienen poco que ver con los nuestros. Resultaría de pésima educación recibirlos cenando.

El gentío se dispersó entre rumores y murmullos. Lorna se aferró a los brazos de Adrien y Tayr y los arrastró a ambos hasta el salón.

Cada paso que daba fascinaba más a June. El bullicio era el mismo que podría encontrarse en Luzaria a cualquier hora del día: gente que iba y venía con prisa. Había un enorme mercado en lo que había de ser una plaza y los comerciantes exhibían su género a voz en grito. Había multitud de antorchas prendidas en diversos puntos de calles y plazas, pero el fuego que crepitaba en ellas no era uno común. Una llama ocre se proyectaba desde la base, impregnada en brea a juzgar por el olor que desprendía, pero el fuego apenas

se movía. Aquel fulgor potenciaba el halo misterioso de las calles de Antico y ni siquiera su condición de vampira la liberó de un escalofrío.

Un empujón a su espalda estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio y reclamó su atención, arrancándola de las hermosas prendas que había estado viendo en el mercado. Entrecerró los ojos y arrugó la nariz, reconociendo un olor extrañamente familiar. Se ajustó la capucha que había estado a punto de perder y emprendió la marcha tras los pasos de la figura grisácea. Estaba segura de que había topado con ella en alguna parte y no tardó en reconocer dónde: Las Catacumbas. Aceleró el paso cuando el extraño hizo lo mismo, seguramente consciente de la persecución de June.

Pronto hubieron dejado atrás la zona más concurrida de la ciudad y las afueras les dieron la bienvenida con un silencio más hondo y una oscuridad diferente, más pura y profunda. June se detuvo al experimentar de nuevo aquella extraña sensación que solo la había acuciado una vez en las últimas horas, pero con una intensidad abrasadora. Sed. Aceleró el paso, consciente de que si no fijaba un objetivo diferente, aquel extraño o extraña se convertiría en su presa, pero aún no se sentía capaz de dominar aquella voluntad, suya en parte y ajena también. Eugene le había dicho que, poco a poco, lograría acostumbrarse, pero aún era demasiado pronto. Arrancó a correr cuando también lo hizo el extraño y la velocidad de June, muy superior a lo normal, no tardó en darle alcance a su presa. Cayó al suelo y perdió la capucha, dejando al descubierto a una muchacha joven de rizado cabello rubio. Tendida en el suelo, la miraba, asustada. No debía de tener más de catorce o quince años, pero no pudo evitar pensar en Zoe y en las malas pasadas que le había jugado esta a pesar de su corta edad. No, no debía fiarse de nadie solo por eso.

La muchacha se puso en pie y June distinguió en su mano una hermosa daga plateada.

—Aléjate de mí, te lo advierto —masculló la chiquilla con los dientes apretados.

Pero June no atendía a razones. Comprendía la amenaza de la joven y también sus motivaciones, pero en su cabeza y en su corazón solo existían tres letras: sed. Se lanzó a por ella con decisión y la joven blandió la daga, repeliendo el ataque. June se detuvo, consciente de la herida que había recibido. Miró a la muchacha y emitió un sonido gutural, impropio de ella, novedoso y aterrador, pero la daga la saludó de nuevo al salir proyectada desde las manos de la chica, que arrancó a correr sin más demora. June cayó de rodillas con el arma clavada en su abdomen y un miedo atroz abrazándola

entre tinieblas.



17 Ley rota

Ni en sus peores pesadillas la noche habría podido ir peor, aunque tampoco estaba muy seguro del motivo exacto de su desazón. Si lo pensaba con serenidad, nada había sido distinto a lo que hubiera podido esperar en un primer momento, salvo la imprevista presencia de Chris que, para más inri, había cenado a su lado. Por lo demás, todo había sido igual que cada año: La sala de siempre, atestada con la misma gente de siempre envuelta en su sempiterna pomposidad. Los adornos excesivos, atiborrando el lugar; la música, demasiado alta; los platos de comida exagerada, durante la velada y aquel baile rancio. Las sonrisas falsas, las adulaciones y las aburridas conversaciones sobre noctis y lúzaros. El Consejo de Nix no llegaría hasta pasadas las doce de la noche, momento en el que las puertas del Muro de Caronte podían abrirse sin quebrantar la Ley Común. Y Tayr, que había asistido a la cena abrumado por la incesante verborrea de Azra y que había desaparecido de su vista hacía un buen rato, después de que acabase la cena y se trasladasen todos de regreso a la sala Cúpula. Tampoco la elfa estaba por allí, de modo que dedujo que habrían buscado algún escondrijo para dar rienda suelta a lo que fuera que hubiera entre los dos. Por más que Tayr se lo hubiera negado, parecía algo evidente y ni siquiera entendía por qué el brujo se molestaba en ocultárselo o en disimular.

Chasqueó la lengua mientras abandonaba la sala principal y desaparecía en dirección a los pasillos. Con la actividad bullendo en el salón de eventos, la única iluminación se concentraba en el corredor principal, que conducía hasta la zona de los ascensores. El resto de lugares dependía solo de la iluminación de emergencia, y Adrien lo agradeció. Se escurrió entre las sombras con rumbo al único sitio en el que podría soportar quedarse hasta que la luz del nuevo día le permitiera regresar a casa, previa salida para saludar a los miembros del Consejo de Nix, pues su padre no le permitiría una descortesía con ellos. Después, podría retirarse a una de las habitaciones preparadas a tal efecto —pues todos los invitados habrían de pasar la noche allí—, pero además del temor de encontrar a Tayr con su compañía, estaba el hecho de que no deseaba encerrarse en un lugar en el que pudieran encontrarle fácilmente.

Aún faltaba un buen rato para las doce, así que Adrien llamó al ascensor y aguardó el largo descenso hasta los sótanos. Recordó el miedo que le había

dado de pequeño recorrer aquellos pasadizos eternos y laberínticos. Sonrió mientras negaba con la cabeza y llegó hasta la puerta del Archivo, donde se embriagó con el olor a papel viejo. Las estanterías estaban llenas de ellos, acuerdos y tratados que databan de mucho tiempo atrás, años; siglos, quizás. No le interesaba lo más mínimo lo que en ellos pusiera, pero aquel aroma le agradaba y le ayudaba a relajarse. Descendió a través de la pequeña escalera de caracol que conducía hasta la parte más vetusta del Archivo, pero no llegó a bajar los escasos diez o doce peldaños que la conformaban, pues una presencia en la planta baja lo dejó clavado. Era Tayr, y a diferencia de lo que hubiera podido esperar, estaba solo... y vestido. Se había desabrochado un par de botones de la camisa y permanecía inclinado sobre un cajón del que había extraído ya numerosos documentos que reposaban ordenadamente sobre un montón en el suelo. Se irguió, apartándose, al ver a Adrien allí inmóvil.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —preguntó este.

—Nada.

Adrien terminó de bajar la escalera en espiral y se detuvo al final de la misma, con la mano apoyada aún sobre la barandilla metálica.

—¿Qué estás buscando?

Tayr suspiró profundamente y dejó claro que esa sería su única respuesta.

Entonces, un chasquido precedió al apagón y la puerta que había en la parte superior de la escalera se cerró con el crujido y el siseo de su sistema automático. El Archivo era la parte más antigua del edificio, pero sus mecanismos de seguridad eran tan modernos como el más vanguardista de los despachos o salas y Adrien sabía perfectamente que cualquier fallo en el sistema eléctrico sellaba puertas y accesos en todo el edificio.

—¡Mierda! —exclamó, mientras regresaba arriba y empujaba, inútilmente, con el hombro.

Por suerte, en aquella sala también había alumbrado de emergencia, un par de lámparas anaranjadas ancladas en la pared que, a duras penas, permitirían distinguir un paso por delante.

—¿Qué coño ha pasado? —volvió a preguntar Adrien.

—Parece un apagón —respondió Tayr, sin moverse aún de su sitio.

Recogió los documentos y volvió a colocarlos con cuidado en su sitio, mientras Adrien regresaba de nuevo abajo.

—Genial... —murmuró—. ¿Qué cojones estabas buscando? Y no me digas que nada.

—Buscaba información.

—Información. ¿Sobre qué?

—Sobre antiguos tratados entre noctis y lúzaros, Adrien. Nada importante.

—¿Nada importante y tienes que hacerlo a hurtadillas?

—No creo que ningún miembro del Consejo de la Luz vaya a hacerme un tour turístico por aquí.

—Supongo que eso es porque no tienes nada que buscar por aquí.

Tayr apoyó la cadera sobre la mesa de madera que quedaba junto al archivador. Adrien hizo lo mismo en la barandilla aunque su estado denotaba un mayor nerviosismo que el de Tayr, como era habitual.

—Me desconciertas —acabó confesándole—. Te juro que no sé a qué atenerme contigo. Una de cal y otra de arena. Haces cosas que me lanzan a creer ciegamente en ti y otras que me hacen preguntarme una y otra vez qué quieres de verdad. Quién eres.

—¿Y por qué todo eso? —preguntó el brujo.

—Ya te lo dije: mi hermana llamó aterrada a mi padre, previniéndonos sobre ti. No llegué a saber de qué se te acusaba, pero por lo visto, en tu clan no eres muy popular. Créeme, hay pocas cosas que asusten a June, pero a juzgar por el tono de mi padre, debía de estar aterrorizada. Dime la verdad, ¿qué has hecho en Noctia? No te juzgaré, no conozco tu vida ni tus circunstancias.

Tayr le dedicó una larga mirada mientras guardaba silencio y Adrien se apartó, evitando aquellos ojos que lo hipnotizaban. Lo rebasó y tomó asiento sobre una mesa que quedaba algo más apartada. A la luz de aquellas pequeñas lámparas, la mirada de Tayr se tornaba aún más misteriosa y Adrien dio cabida en su estómago a un temor nuevo y extraño.

—No sé qué le hayan contado a tu hermana. No puedo defenderme de algo que ignoro.

—Pero sí sabes qué has hecho en Noctia, ¿no? ¿Qué ha podido crear tanta acritud entre tu gente? Te tienen miedo.

—¿Tú me tienes miedo?

Adrien forzó una sonrisa.

—Eso es lo que me desconcierta, Tayr. Que a ojos de tu propio mundo pareces un monstruo y sin embargo, conmigo... No sé, me has... defendido, ayudado, escuchado. Te has portado genial conmigo, pero lo cierto es que no te conozco y no sé por qué lo haces.

Tayr se acercó y Adrien cerró los dedos en torno al borde de la mesa sobre el que los mantenía.

—¿Por qué lo haces? —volvió a preguntar—. ¿Por qué me has permitido hablarte como a un don nadie sin crisparte lo más mínimo? ¿Por qué te la has jugado por mí más de una vez? Me acompañaste a buscar a Chris aquella noche; nos salvaste, enfrentándote a aquella bestia. Has utilizado brujería por intervenir en una pelea que no iba contigo, sino conmigo. Arriba has estado a punto de meterte en otro lío por quitarme a Chris de encima. ¿Por qué? ¿Por qué haces todo eso?

—Porque me pareces la persona más frágil que he conocido jamás.

Tayr se había detenido frente a él, manteniéndose a una distancia prudencial.

—¿Frágil? —exclamó Adrien.

La pregunta buscó aliarse con la indignación, pero Tayr lo interrumpió antes de que diera rienda suelta a esta.

—Entiéndeme. No me refiero a que seas alguien débil, sino a que en el momento en el que te conocí estabas destrozado mentalmente. Y también físicamente, visto lo visto. La relación que mantenías con aquel gilipollas te estaba machacando. Y además cargas con los problemas de tus padres, con la preocupación por tu hermana. Te vi al borde de un abismo y algo dentro de mí se rebeló.

—Voy a decirle a mi padre que estabas aquí —murmuró Adrien con un hilo de voz. Esperaba y deseaba que su escasa determinación no se hubiera hecho evidente, pero sabía de sobra que sí.

Tayr se acercó y colocó las manos a sendos lados de la mesa en la que Adrien permanecía sentado, encerrándolo de algún modo en una deliciosa prisión.

—Díselo —respondió el brujo en idéntico tono.

—¿Querías congraciarte conmigo para llegar hasta este sitio? ¿Qué intentas?

Tayr se había acercado y Adrien solo podía fascinarse ante sus ojos. Por más que preguntase, espetase o reprochase sabía que nada sonaría creíble mientras Tayr mantuviera aquella distancia, y se odió a sí mismo por estar ratificando la fragilidad de la que el brujo había hablado.

—No busco congraciarme contigo —Tayr recortó algunos centímetros más—. Podría haber llegado hasta aquí, sin ti. De hecho, tú acabas de llegar y yo ya estaba.

—Intentas que no le cuente nada a mi padre.

—Cuéntale lo que quieras, Adrien. Haz lo que te haga sentir más seguro.

No lo negaré, te lo juro.

—¿Qué estás haciendo?

—Intento besarte, pero no te callas.

—¿Besarme? —Adrien tragó saliva, incrédulo—. ¿Así crees que vas a conseguir que no le cuente...?

—Se lo contaré yo mismo, si quieres; confesaré en cuanto podamos salir de aquí, pero ahora cállate, por favor.

—Quieres que me calle. ¿Y si no quiero que me beses?

—Entonces no lo haré.

Se mantuvo inmóvil, mirando a Tayr, esperando de algún modo una confirmación que lo llevase a moverse en uno u otro sentido. Y Adrien ya no pudo más. Agarró a Tayr de la camisa y lo arrastró hacia sí, colocando su frente contra la del brujo. Deseaba resistirse por absurdo que fuera, por evidente que estuviera siendo su deseo. Y posó sus labios sobre los de Tayr, que respondió con la misma contención que lo había atenazado a él mismo. Adrien cerró los ojos y se envolvió en la sensación más embriagadora de su vida. Por un momento pensó en si podía tratarse de brujería y se apartó de la deliciosa cercanía de Tayr.

—¿Ahora tampoco estás haciendo magia? —logró preguntar.

Tayr frunció el ceño, desconcertado, y negó con la cabeza. Lo estaba negando y Adrien lo creía. Volvió a inclinar su cuerpo hacia él y siguió respirando el aire que Tayr le ofrecía, a hacer cautivos a sus labios de los del brujo que obraban con maestría en su boca. No sabía qué estaba haciendo. Dudaba de él, de sus intenciones, de todo lo que June había contado acerca de su vida en Noctia, de lo que el propio Tayr se negaba a explicar. Lo había sorprendido en el Archivo, alejado de todos y buscando entre los tratados y documentos. Ni siquiera le había confesado el qué. Y a pesar de todo solo deseaba perderse en aquellos labios que, de manera inesperada se le habían ofrecido esa noche.

—¿Dónde está Azra? —susurró. Y al momento se sintió ridículo por aquel amago de celos.

—No lo sé —respondió Tayr, sin moverse.

El brujo había reulado un paso, convencido de que las reticencias de Adrien no le permitirían abandonarse, pero el muchacho lo sujetó de la cara y lo arrastró de nuevo hacia su boca. Esta vez, el beso no fue una tentativa ni el esbozo de algo más grande; fue la suma de mil cosas que lo elevaron más alto de lo que jamás se había sentido. Los labios de Tayr moviéndose sobre los

suyos eran fuerza y pasión, eran deseo y firmeza, seguridad y convicción. Su lengua, arrasando cada rincón de su boca era magia. Tal vez no brujería ni ningún otro tipo de hechizo noctis, pero no había otra forma de describir aquello. Sentir el calor del cuerpo de Tayr contra el suyo propio estuvo a punto de marearlo. Lo agarró del pelo oscuro, que le caía desordenado hasta casi rozarle el hombro y, su otra mano, se perdió bajo la camisa, tensándola y haciéndole saltar un par de botones, deseando arrancársela. Tayr sonrió aún contra la boca de Adrien.

—Te la vas a cargar—murmuró.

Adrien lo miró, con la respiración disparada y el cuerpo pidiéndole que se saciara de él, pero aquella inesperada pausa había prendido en su mente la misma alarma que en su momento le advirtiera sobre Chris. Y en aquella otra ocasión no le había hecho caso. Había acabado saltando al vacío y estampándose contra la dura realidad. Y no resistiría otro golpe igual. Resopló y trató de ordenar ideas. Solo había deseo entre aquellas viejas paredes. Nada más. En Tayr buscaba una tregua de Chris. Y sin embargo se encontró confesando algo muy distinto:

—No quiero pasar otra vez por lo mismo, y sé que no hay nada entre tú y yo, pero me conozco y podría llegar a ilusionarme.

Evocó las palabras de Rum, augurando lo que él mismo temía: que se estaba enamorando de Tayr.

El brujo le acarició la mejilla y sus ojos contuvieron por un momento el fuego que los había prendido hacía solo un instante.

—Jamás te haría daño. No siento sino ganas de protegerte, una necesidad irrefrenable de que nada ni nadie en el mundo te hiera, pero haces bien en desconfiar.

—¿Qué buscabas, Tayr?

—No puedo decírtelo.

Adrien bajó de la mesa, apartándose y se llevó la mano a la frente. Pero Tayr caminó tras él.

—Por favor, confía en mí. Tal vez pueda hacerlo más adelante, cuando las cosas sean más seguras.

—¿Seguras para quién?

Adrien se volvió y hubo de refrenar las ganas de seguir besando a Tayr, de mandar al traste las preguntas, los porqués y la seguridad en la que deseaba moverse. Pero no lo hizo.

—Seguras para todos.

—Los medios cuentan cosas inquietantes sobre vosotros. Mi padre no les da crédito, pero... ¿qué hay de cierto? Y no me digas que no sabes de qué hablan.

Tayr suspiró hondamente y aunque Adrien pensó que volvería a darle largas, acabó hablando:

—Las cosas en Noctia no son la balsa de aceite que el Consejo de la Luz y el de Nix venden, pero a corto plazo no pasará nada.

—¿Y a medio? ¿A largo?

—Nada si puedo evitarlo, Adrien.

—¿Tú? ¿Evitar el qué? Mi hermana está allí.

—Escucha, dame una semana. Te lo contaré todo entonces.

—En una semana, a June pueden haberle ocurrido mil cosas.

—Tu hermana no corre ningún peligro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Puedes poner la mano en el fuego por ello?

Tayr guardó silencio y aquello fue una chispa en el particular polvorín de Adrien, que se apartó, empujando el cuerpo de Tayr. El brujo lo sujetó del brazo y lo atrajo hacia sí de nuevo.

—Dame una semana y cálmate, por favor. Cuando hablo de no permitir que sufras, incluyo a tu hermana, a tu familia. Si ellos sufren, sufres tú y no voy a permitirlo. No va a pasarles nada, pero necesito un poco de tiempo y sobre todo, necesito que confíes en mí.

—¿Hasta el punto de embaucarme?

Sentía las lágrimas abrasándole los ojos. Negar la atracción que sentía por Tayr a aquellas alturas resultaría ya absurdo, pero la idea de que el brujo buscara un acercamiento solo para asegurarse su silencio le torturaba. Y ni siquiera sabía por qué: Tayr lo deseaba tanto a él como él al brujo, así lo había sentido en aquel arrebato que los había fundido por un momento, pero no había nada más.

—No quiero embaucarte, Adrien —confesó Tayr—. Me gustas.

—Cállate.

Tayr suspiró, como si se desinflase.

—Supongo que he elegido el peor momento y no debería...

—¿Qué? ¿No deberías haberlo hecho? ¿No deberías haberme besado? Pues no vuelvas a hacerlo nunca más. Estoy harto de cargar con los errores de los demás, con los impulsos arrepentidos.

Adrien trató de apartarse de nuevo, pero Tayr se interpuso, impidiéndole el paso.

—Busco la Vara de Paxia —le soltó—. Buscaba información sobre dónde está. Solo sé que la guarda el Consejo de la Luz.

—¿La Vara de Paxia?

—La Vara de poder de Ántico. Durante años la llevaron consigo todas las emperatrices de la ciudad bruja y también los emperadores. Pero fue robada hace mucho tiempo, con motivo de la Rebelión durante las últimas guerras noctis y entregada al Consejo de la Luz, según sé, cuando se firmó la Ley Común.

—¿Y para qué la quieres?

—Revelarte eso pone a demasiadas personas en peligro.

Adrien frunció el ceño, desconcertado ante aquella inesperada confesión.

—Tayr, no...

—El Consejo de Nix me envió aquí con una misión que dista mucho de encontrar la vara, pero a mí es lo único que me interesa.

Adrien necesitó unos segundos para digerir las palabras de Tayr; no era posible.

—¿Qué misión?

—Romper la Ley, una misión pactada entre los dos Consejos para desatar la guerra.

—¿Qué cojones estás diciendo? El Consejo de la Luz...

—El Consejo de la Luz estuvo de acuerdo con el de Nix o tal vez fuera al revés; no lo sé, pero te estoy diciendo la verdad.

—¿Para qué iban a querer romper...? ¿Por eso te enviaron a ti? ¿Porque es fácil que tú la rompas?

—Eso pensaron, pero estoy tratando de evitarlo todo el tiempo, Adrien. El Consejo de la Luz busca culparme de mil cosas porque supondría una excusa para quebrantarla. Y el Consejo de Nix estará encantado de crees porque eso situaría a los brujos en el punto de mira y les concedería una excusa para arrancar una guerra.

—Estás mintiendo.

—No, no estoy mintiendo. Escucha, yo he provocado el apagón. No puedo toparme con el Consejo de Nix.

Adrien abrió la boca, pero ya no supo qué decir; el desconcierto era tal que las preguntas le colapsaron.

—¿Por qué no? —logró pronunciar.

—Porque sabrán lo que estoy haciendo. Mi único interés está en la vara, no en lo que ellos quieren.

—¿Y qué se supone que tienes que hacer con es vara? ¿Destruirnos a todos?

Espetó una carcajada nerviosa, incrédula.

—La vara no puede hacer daño a nadie. Su único cometido es el de proteger a la emperatriz, la única persona que puede devolverlo todo a su sitio.

—Todo esto es muy confuso.

—Por eso siempre te pido que te quedes al margen, no que me ayudes, solo que no me impidas hacer lo que debo.

—Mi hermana...

—Supongo que la inmunidad de tu hermana estará pactada, pero no sé si vayan a respetarla porque aquí cada uno juega con sus propias reglas y la hija de un miembro del Consejo puede ser un excelente comodín.

Adrien abrió la boca y de nuevo el silencio se erigió en su único argumento. Tayr se acercó más a él.

—Tu hermana no está sola en Noctia. La cuidarán.

—¿Quién?

La luz regresó en aquel momento con un latigazo que no sobresaltó a ninguno de los dos, inmersos ambos en argumentos y realidades muy lejanas.

—Tengo que irme, Adrien. Si me ven aquí...

La puerta crujió en ese momento y la irrupción fue instantánea: Ander flanqueaba a una llorosa Aines, la única elfa del Consejo y madre de Azra, y a Edran Orson, a quienes acompañaban otros invitados aunque ningún miembro del Consejo más.

—¿Dónde está mi hija? —escupió la elfa, furiosa.

Se había plantado frente a Tayr, que solo acertó a mirar a Adrien. Su expresión serena era muy distinta a los asombrados ojos de Ander; no en vano, encontraba a su hijo en la lejanía del Archivo, solo con Tayr.

—No lo sé —respondió el brujo después—, llegué hasta aquí solo. Azra había salido a la azotea.

—¡Mientes! Mi hija desapareció contigo.

—Aines, cálmate —le solicitó Ander, aunque parecía evidente que nada, salvo la aparición de su hija, lograría calmar a la elfa—. El Consejo de Nix está aquí. Hay varias cosas que se hace necesario hablar con ellos, Tayr. Excusas cada cosa, pero allá donde estás siempre pasa algo. Azra ha desaparecido, estuvo toda la noche contigo y me temo... que no podemos seguir ayudándote.

—¿Ayudándome? No has hecho más que soltar mierda encima de mí, tú y tu Consejo. Repito que antes de salir de la sala Cúpula, Azra estaba en la azotea.

—Acompáñanos, muchacho —ordenó Edran.

El feérico hizo ademán de agarrarlo, pero Tayr se zafó con brusquedad y se plantó delante de Adrien.

—Solo voy a decirte dos cosas: la primera es que yo no he hecho nada. Y la segunda es que no estoy arrepentido.

Reculó un paso y sin tener claro el porqué, Adrien supo lo que iba a suceder. Negó con la cabeza, pero ya no tuvo tiempo de retenerlo. Tayr desapareció del Archivo a una velocidad vertiginosa, dejando tras de sí un aire gélido. Adrien corrió tras él y solo pudo atisbar un haz de luz azulado cayendo por el cañón de la larguísima escalera del edificio. A su alrededor oía voces, gritos, órdenes y un movimiento incesante. La huida de Tayr había hecho saltar todas las alarmas y especialmente la suya propia.

Cuando abrió los ojos su visión era aún borrosa y le costaba enfocarla. June adivinaba un contorno sobre su rostro y parpadeó, tratando de eliminar la capa de niebla que se interponía entre ella misma y el mundo. Cerró los puños y supo que estaba en una cama, pero la habitación no era más que un amasijo de colores que se mezclaban como en la paleta de un pintor.

—Eugenne... —murmuró sin apenas voz.

Alzó la mano, que le pesaba un quintal y la posó sobre la mejilla que la observaba. Su piel estaba fría y, al tacto, la encontró rugosa y áspera.

Cuando al fin fue capaz de ver lo que tenía delante, gritó, arrancándole también un grito a Sam.

—¿Qué cojones estás haciendo tú aquí?

—Me encomendaron cuidar de vos, trasladaros durante los desplazamientos. Y aquí estoy.

June se había erguido y aún temblaba, pero entonces recordó lo que había sucedido entre los muros de aquella oscura ciudad. Apartó la manta que la cubría y observó su abdomen intacto. La camisa que llevaba estaba empapada en sangre seca, pero no había dolor ni nada más allá de un brumoso recuerdo.

—Esa no es la forma de matar a un vampiro —anunció la voz melosa de una mujer—. Aun así, deberíais tener cuidado. Vuestra conversión no es

completa y lo sucedido podría haber sido peor.

—Sylvie...

—Su majestad me envía a cuidaros, mi señora.

—Ya le he dicho que no hacía falta —repuso Sam. Su voz era neutra, pero June estaba segura de que lo había exclamado con enfado.

—También le he explicado a vuestro amigo que una orden de mi señor no es cuestionable —aclaró Sylvie con calma.

Observó al brujo y a la vampira y recordó la pésima relación que existía entre ambas razas. ¿Realmente sería lo más seguro tener a uno de cada cuidando de ella? La propia June estaba a medio camino entre uno de ellos, pero aún tenía la cabeza embotada y pese a no padecer dolor, se sentía extraña.

—¿Por qué no te vas, brujo? —La voz de Sylvie volvió a romper el denso silencio de la noche ántica.

—Debo velar por ella.

—No, debes trasladarla y puesto que no ha de ir a ningún sitio, lo mejor sería que te retires.

Sam abrió la boca y se dispuso a hablar, pero June colocó una mano sobre su brazo, conteniéndolo. No podía estar segura, pero creyó detectar una mueca agria en el rostro del brujo. ¿Acaso se debería a su nueva condición?

—Sylvie tiene razón, Sam —dijo, apartando la mano—. Eres... eres mi cochero y dado que no tengo que ir a ninguna parte, no preciso de tus servicios. Muchas gracias.

El brujo se ajustó su ajada chaqueta y abandonó la habitación, dedicándole a Sylvie una dura mirada ante la que la vampira respondió con un siseo.

Cuando Sam hubo abandonado la habitación, Sylvie tomó asiento al borde de la cama y su expresión, antes irascible, se tornó amable y sonriente.

—Habéis perdido sangre y, como os digo, sin estar cerrada aún vuestra condición de vampira, eso os ha debilitado. En poco tiempo os encontraréis bien y sería conveniente que os recuperéis, saciándoos.

—La chica... —murmuró June, temerosa.

—No había ninguna chica cuando os encontramos. Tan solo esto.

Colocó la daga sobre la cama y June sintió un escalofrío al recordarla clavada en su abdomen. La hoja brillaba, proyectando la luz de la tea que prendía anclada en la pared.

—Puedo cazar para vos, si lo deseáis.



18 Símbolo de poder

Adrien entrecerró los ojos cuando los rayos oblicuos del sol incidieron directamente sobre ellos. Había visto cada hora transcurrir en el reloj, había contado cada minuto de la aguja acompañando el silencio de una noche eterna. Permanecía en la habitación para él dispuesta en La Sede, pero ni siquiera había tocado la cama. Las imágenes de lo vivido con Tayr la noche anterior habían danzado en torno a su mente como fantasmas capaces de generarle auténticas descargas eléctricas sin tocarlo. Recordar los labios del brujo sobre los suyos propios le generaba escalofríos. Pero Tayr se había ido y él no tenía la menor idea de adónde. Escuchó la enésima sirena cruzar la ciudad. Faltaban pocos minutos para las nueve y las puertas del Muro de Caronte debían de estar ya cerradas, por lo que todos los cuerpos de vigilancia y orden estarían en marcha buscando al brujo. ¿Cuánto tardarían en cercarlo? ¿Cuánto en dar con él y detenerlo?

Resopló, imaginando la escena y se puso en pie al escuchar dos golpes en la puerta. Lorna asomó con rostro fatigado. Vestía de forma mucho más sencilla que la noche anterior aunque conservaba el mismo peinado.

—Buenos días, cariño.

—Hola.

Adrien permaneció sentado al borde de su cama intacta. Su madre se percató, pero no dijo nada al respecto.

—Todo es un caos —observó el muchacho—. La ciudad entera está buscándolo. Pero no ha hecho nada.

—Azra sigue sin aparecer.

—Dijo que la había dejado en la azotea.

—¿Lo crees?

Llenó de aire su pecho y lo dejó escapar lentamente. Después fijó sus ojos oscuros en los de su madre.

—¿Qué sabes de la Vara de Paxia? —preguntó sin más.

Lorna frunció el ceño, confusa ante aquella inesperada pregunta.

—¿La Vara de Paxia?

Adrien asintió.

—Por lo que sé, la portaban las emperatrices del imperio antiguo. Las mujeres tenían prioridad sobre los hombres para ocupar el trono, aunque

también hubo emperadores. La Vara de Paxia albergaba en ella misma la fuente de magia bruja, una especie de... fuente de protección.

—¿Los brujos gobernaban Noctia?

—¿A qué viene este repentino interés por la historia noctis? Nunca te ha importado demasiado. Solías decir que...

—June era la que tenía que ir en primer lugar, lo sé. Pero te estoy preguntando.

Lorna asintió y no cuestionó las razones por las que su hijo deseaba saber todo aquello.

—Actualmente no gobiernan en Noctia, pero la emperatriz Tanray anhelaba hacerlo hace muchos años. Ella dio inicio a una cruenta y ambiciosa campaña de conquistas. Se contaba que estuvo a punto de hacer suyas las trece *terras*.

—Y esa vara...

—La Vara mandó crearla la hija de Tanray, Listhy, su heredera. La joven emperatriz quiso cambiar muchas cosas y lo que antes había sido sangre y acero se convirtió en tratados de anexión con provechosas condiciones para las *terras* que los aceptasen.

»Lysthi fijó que las emperatrices y emperadores habían de someterse al Rito de Paxia, purificar cuerpo y alma, según contaban, y renunciar para siempre a las armas. Era un requisito indispensable para ascender al trono; también lo llamaban Rito de Buena Voluntad para dejar claro a sus anexionados que no deseaban someterlos por la fuerza. Según sé, esa vara recogía el poder de la emperatriz, que también renunciaba a su magia. Simbólicamente, la máxima gobernante de *Ántico* renunciaba a toda capacidad de dominio sobre sus subyugados: acero y magia. Esta última quedaba captada en la vara que, no obstante, la protegía, pues despojada de todo eso, era alguien vulnerable ocupando un lugar tan detestado como codiciado.

—¿Y dónde está ahora la vara?

—No lo sé, Adrien. ¿Por qué quieres saberlo tú?

El joven suspiró sin mirar a su madre. Llevaba rato tratando de conectar las explicaciones de Lorna con las de Tayr.

—¿Quién gobierna hoy en *Ántico*?

—Hablan de una emperatriz joven, Liatli, que ascendió hará unos cinco años, sucediendo a su tío, Doroyan Vakko, pero ignoro muchos de sus detalles. Con la construcción del Muro, los acontecimientos de Noctia dejaron de trascender de forma clara y Luzaria nunca se ha inmiscuido demasiado en las formas de gobierno de Noctia o en sus sucesiones. El Consejo de Nix los

representa, así que... Lo que haya detrás no es asunto nuestro. La única condición de Luzaria fue la paz entre *terras* para establecer la Ley Común.

—En la tele no dejan de hablar de la guerra fría noctis, de intereses, de luchas de poder...

—Rumores, cariño. No lo creas todo.

—¿Y por qué no? ¿Qué tendría de extraño? ¿No hubo ya una guerra?

—Sí, pero...

—Has dicho que el trono de *Ántico* es un lugar codiciado y odiado. Muchos no querrán a esa emperatriz ahí y otros tantos podrían querer ocupar su lugar, ¿no? Siempre pasa con el poder.

La mirada de Lorna se oscureció y Adrien se percató al instante. La ventaja de tener una madre feérica era que el aura que él había aprendido a ver de pequeño era tan colorida que cualquier modificación en su tonalidad le hablaba sobre distintos sentimientos y estados de ánimo.

—Mamá...

—Tine era la hermana de Listhy, la otra hija de Tanray. A ella le fue arrebatado el apellido de su madre —confesó Lorna—; el suyo propio solo lo mantuvo en su elegida. Lysthi Vakko dio continuidad a la dinastía relegando por completo a Tine Hassul, que heredó el apellido de su padre para dejar clara ala línea de sucesión. Muchos quisieron enfrentarlas, pero no hubo conflictos conocidos entre ellas. Y todo eso ocurrió hace mucho tiempo. No hay razones para pensar que la estabilidad en Noctia sea frágil, aunque yo misma lo haya temido.

—¿Y por qué?

—Porque la emperatriz Liatli ascendió al poder hace cinco años y supongo que las sucesiones de gobierno a veces pueden ser delicadas. Pero como te digo, ella lleva un lustro al frente y nada ha ocurrido.

Adrien se puso en pie y se planteó si Tayr pudiera estar tratando de proteger a la emperatriz Liatli de algún tipo de amenaza. ¿Para qué, si no, iba a querer la vara? Pero si el joven brujo ponía tanto empeño en localizar una forma de protección sobre la emperatriz, debía de ser porque sobre ella se cernía una amenaza.

—¿Es posible que la vara esté en Luzaria? —preguntó Adrien, aun sin mirar a su madre.

—Lo está, de hecho. La paz entre *terras* fue una de las condiciones de la Ley Común, así que la entregaron para asegurar la inexistencia de las luchas de poder. Fue una condición impuesta por Luzaria.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

Y el violeta del aura de Lorna se mezcló con el ocre anterior: verdad y mentira se fundían por igual.

June empezaba a echar de menos el sol. Al principio, vivir sumida en una sempiterna noche le había parecido algo fascinante, pero ahora necesitaba esa sensación de dejar atrás algo angustioso e impregnarse de la luz de un nuevo día que ayudase a pasar página. Bajo el amparo de las tinieblas era como vivir atrapada en un continuo presente que no permitía avanzar. Debían de haber transcurrido horas desde lo sucedido con aquella muchacha en las calles de Ántico y sin embargo, asomarse a la ventana de aquella enorme mansión le hacía parecer que apenas debían de haber pasado unos pocos minutos. Continuaba siendo de noche y los fantasmas de lo ocurrido se proyectaban con facilidad.

Un fuerte sonido en el piso inferior la hizo volverse y cerrar la ventana. Abandonó la habitación en la que había pasado las últimas horas y caminó, dubitativa a través del pasillo. En un gesto automático se llevó la mano al abdomen. La herida estaba más que cerrada, pero aún se sentía débil. Llegó hasta la barandilla de madera oscura que descendía en semicírculo hasta el salón y allí vio a Sylvie sacudiéndose las manos junto al cuerpo de una chica que yacía tendido en el suelo. Era una muchacha joven, de lacio cabello rubio y pálida piel. Una bruja, con toda seguridad, pero vestía un uniforme rojo que la distinguía sobre cualquier otro de los brujos o brujas con los que había topado durante su pequeña excursión a la ciudad.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar mientras bajaba.

—¿Tienen nombres las presas? Es joven y vigorosa, a pesar de lo que veis, mi señora. No me ha resultado sencillo traerla, así que os sugiero que os alimentéis de ella antes de que despierte.

—¿Es un soldado? —preguntó June, ya desde abajo.

—Sí, supongo que ha de tratarse de un soldado de la emperatriz Liatli. La Timoria, su legión, campa por todo Ántico.

June se agachó ante ella y le acarició la mejilla, sintiendo algo muy distinto a lo esperado. No había compasión en su interior, ni siquiera horror ante la

escena de una muchacha joven arrancada de la calle por la fuerza y llevada hasta allí para que ella pudiera saciarse.

—No debería...

—Por supuesto que deberíais —la apremió Sylvie, agachándose junto a la joven. La tomó del pelo con fuerza y le giró la cabeza, ofreciéndole su bonito cuello a June—. Es un fantástico ejemplar y vos tenéis que restableceros. La emperatriz entiende cómo funciona el instinto de un vampiro. No os lo tendrá en consideración.

Nunca había librado una batalla semejante en su interior: la sed era poderosa, tiraba de ella con ímpetu y era como una voz que le susurraba todas las delicias de dejarse llevar. Su voluntad, por contra, trataba de mantenerse férrea y anclada, pero no lo consiguió. Sostuvo a la joven del rostro y se agachó justo en el momento en el que ella alzaba el puño, estampándose en la cara a June, que siseó como lo hizo Sylvie. En un segundo, la vulnerable muchacha que yacía tendida en el suelo del salón, las observaba con el ceño fruncido y en actitud defensiva. No portaba armas, pero algo en su posición corporal advertía a las vampiras.

—Ya os dije que era vigorosa —murmuró Sylvie.

—¿Qué pasa, sanguijuelas? —espetó la chica con una seguridad aplastante—. Me da que hoy os vais a quedar sin desayuno.

—Tranquila —respondió de nuevo Sylvie—, sabemos que en Ántico hay que trabajarse las cosas.

Siseó y aunque June no tuvo claro qué había sido, algo en su aspecto físico se modificó. De pronto, la joven vampira se asemejaba más un animal que una persona. Sus ojos brillaban con un destello letal y sus colmillos se hicieron más largos. Su cuerpo se encorvó hacia adelante y sus manos se convirtieron en garras con larguísimas uñas. Su cabello, de un negro azabache, fue plata descolgándose desde el moño que se le deshacía. June tragó saliva y no pudo evitar preguntarse si ella sería capaz de hacer algo así. Reculó y permitió que el combate que parecía a punto de desarrollarse se limitase a dos oponentes.

Sylvie se lanzó a por la muchacha y esta se movió veloz como un rayo para esquivar el ataque. Agarró un candelabro de la repisa de la chimenea y lanzó el brazo en un impacto seco que golpeó a Sylvie. La vampira sonrió, mientras se apartaba el cabello con un gesto de la cabeza y volvió a acechar a la muchacha.

—Basta... —murmuró June, con un hilo de voz apenas audible.

Ninguna de las dos pareció prestarle la más mínima atención y ambas

continuaron enzarzadas en la disputa. Una parte de June deseaba ayudar a aquella joven que solo luchaba por su vida, mientras que la otra únicamente podía aguardar, expectante, a que Sylvie diese la estocada definitiva. Hubo otro intercambio de golpes en el que la vampira reculó, azuzada por la férrea embestida de la chica. No podía negar ni dejar de admirar la ferocidad de aquella desconocida, que peleaba con uñas y dientes. Era joven; ni siquiera debía de haber cumplido los veinte, pero su arrojo sin un arma en las manos era más que envidiable. No en vano era un soldado. Probablemente hubiera pasado toda su vida blandiendo espadas y aprendiendo a luchar.

Sylvie la agarró del cuello y aunque la joven golpeó como respuesta, cayó de bruces, estampándose la cara contra el suelo. La vampira la agarró del pelo y tiró con fuerza, ofreciéndole de nuevo el cuello a June.

—Vamos, mi señora —le solicitó con el ceño fruncido y los dientes apretados.

La propia Sylvie tenía sangre en el labio.

June se arrodilló despacio en el suelo y sus nuevos colmillos, que emergían con la sed, se hundieron lentamente en la suave piel de la muchacha. De nuevo experimentó aquella sensación embriagadora que le recorría el cuerpo en un placentero espasmo. La joven gritó y June se apartó, como si hubiera despertado de un profundo sueño.

La chica le propinó un empujón y la miró, iracunda mientras se ponía en pie. Sylvie también se mantenía sentada en el suelo.

—Estás muerta —escupió la muchacha antes de desaparecer.

Abandonó la mansión, dejando la puerta abierta y June solo pudo agradecer que la chica no lo estuviera. Aún recordaba a su primera víctima, cazada cerca de los bosques de Estyria, cuando Eugenne la había enseñado a saciarse. En aquel entonces no había sido capaz de medirse y, probablemente, ahora tampoco hubiera podido hacerlo si la joven no la hubiera interrumpido con aquel grito que fue más de rabia que de dolor.

—¿Cómo os sentís? —preguntó Sylvie.

—Bien... —susurró ella.

Alzó la mirada hasta la parte superior de la escalera y mirar a Sam la avergonzó. No había juicio en su mirada; en la de aquel peculiar cochero nunca había nada, pero se sintió ruin por haber cercado de aquel modo a una chiquilla que había luchado sola contra dos vampiros y que aun claudicando, había vendido cara su sangre. Finalmente aquella aventura no se mostraba tan interesante como hubiera podido imaginar al principio. Deseaba dejar de ser

una vampira y deseaba hacerlo ya.

Había pasado la mañana como un león enjaulado, dando vueltas de un lado a otro de aquella enorme habitación que, de pronto se le tornaba pequeña y asfixiante. Con la ventana abierta, seguían oyéndose sirenas y a pesar de que la altura a la que se ubicaba su cuarto no le permitía ver la calle, sabía que toda la ciudad continuaba revuelta. En los escasos diez minutos que había invertido en desayunar, había visto la televisión; el rostro de Tayr aparecía en todos los informativos sobre rótulos que lo dibujaban como un monstruo, números de teléfono a los que dirigirse si alguien lo veía e instrucciones de mantener la calma, permanecer en casa y no salir bajo ningún concepto. Era una locura.

Alzó la mirada hacia el reloj que colgaba de la pared y comprobó que apenas faltaban diez minutos para las doce de la mañana. Estaba nervioso y no podía ocultarlo. Su padre lo había citado en la sala del Consejo a las doce en punto para tratar el asunto con el Consejo de la Luz y el de Nix. El primero de ellos no tenía nada de especial; conocía a todos y cada uno de sus miembros. Algunos le caían mejor y otros, peor. Pero estar frente al Consejo de Nix le inquietaba de forma ostensible. A sus integrantes solo los conocía por la prensa. Había visto sus rostros acerados e inexpresivos en multitud de ocasiones, pero tenerlos ante sí era otra cosa. Sin embargo, su cercanía con Tayr en los últimos días exigía su presencia ante los dos Consejos, que deseaban hablar con él para dar con el brujo de una vez por todas.

Los pensamientos bailaban en su cabeza mientras se encaminaba al lugar acordado. ¿Y qué debía hacer él una vez allí? ¿Ayudarlos a encontrar a Tayr? ¿Ayudar al brujo a eludirlos? ¿Debía hacer uso de la información que el propio Tayr le había dado? ¿Debía guardarle el secreto? De ninguna manera iba poder ayudarles a encontrarlo, puesto que no tenía ni la más mínima idea de cómo dar con él, pero dudaba que fuese a revelarlo en caso de saberlo.

Cuando llegó al área de administración, observó que el mostrador de información estaba vacío. No había allí rastro alguno de la eficiente secretaria que solía mirarlo con cara de pocos amigos cuando se presentaba de manera improvisada. Y era normal: nadie podía salir de su casa mientras no se encontrase al peligroso brujo que había escapado de la tutela del Consejo. O

eso era lo que decían en todas partes.

Se colocó ante la puerta y esperó a que se le concediera el acceso, pues las cámaras de visionado ya le habrían indicado a su padre y al resto de los miembros del Consejo que estaba allí. Un zumbido duradero le indicó que la puerta estaba abierta y Adrien accedió, empujándola ligeramente. Se detuvo sin llegar a entrar y fue incapaz de reprimir un escalofrío. La sala estaba en penumbra y la iluminación de emergencia ofrecía un tenue fulgor, tal y como había sucedido en el Archivo cuando Tayr había provocado el apagón en el edificio.

Cerró la puerta sin apartar la mirada del frente, donde solo adivinaba contornos y siluetas. En el centro de la mesa alargada se prendió otro haz de luz, similar a los que había visto ejecutar a Tayr, pero más suave. Solo entonces pudo distinguir rostros y facciones, aunque no estaba seguro de que eso lo tranquilizase más.

—Hola... —murmuró.

—Adrien, buenos días.

Su padre apareció desde algún lugar en la penumbra. Estaba despeinado y aún llevaba el elegante traje de la noche anterior, aunque poco quedaba de su porte immaculado. Se había deshecho de la corbata y había desabrochado algún botón de su camisa. Su rostro brillaba en una fina capa de sudor.

—Te presento a los miembros del Consejo de Nix —siguió diciendo Ander, mientras lo sujetaba del brazo, acercándolo—. Señoras, señores, les presento a mi hijo pequeño, Adrien.

No hubo respuesta; ninguna más allá de intensas miradas que escrutaban e incluso, juzgaban sin palabras.

Adrien tomó asiento en la silla que su padre le indicó. Él permaneció en pie, a su lado, completando las presentaciones.

—Ella es Yrona —dijo la voz cansada de Ander—, una bruja *captia*, como Tayr.

—¿*Captia*? —preguntó Adrien, antes de que su progenitor pudiera seguir hablando.

—*Captia* —confirmó la bruja—. Los *ígneos* son otro tipo de brujos, como aquí mi compañera Vanora —añadió, señalando a otra mujer con la cabeza.

—No sabía que hubiera distintas clases de brujos —observó Adrien.

—Las hay —señaló Vanora—, siempre las ha habido. Para matar a un *captia* hay que decapitarlo. Para matar a un *ígneo*, hay que prenderle fuego. Una sutil diferencia.

Adrien la miró, absorto, mientras la mujer tomaba una copa de la mesa y le daba un largo sorbo. Su pálida piel apenas se diferenciaba del cabello blanco que recogía en un tirante moño. Sus ojos eran de un inquietante tono ocre y lo único que resaltaba en su rostro era el carmín de sus labios carnosos. Era hermosa; una extraña forma de belleza en la que algo parecía fallar y al mismo tiempo, cada parte que conformaba el todo era perfecta. Muy distinta a Yrona. La piel de esta última era oscura, ébano y plata, en unos tatuajes inusuales que le recorrían los brazos en finas líneas paralelas. También el torso y el cuello. Sus ojos eran dos pozos negros, como negro era también su pelo suelto y lacio, enmarcando un rostro desprovisto de maquillaje.

—Adrien —lo llamó su padre. Y Adrien tuvo la sensación de que debía de llevar un buen rato haciéndolo. Yrona sonrió, como si le congratulase haber captado de ese modo la atención del muchacho.

—Lo siento —se disculpó él.

—Olmer es representante de los licántropos —continuó su padre, espetándole un mudo reproche en forma de mirada.

El interpelado era un hombre de mirada felina y piel tostada; no tanto como la de Yrona. Su cabello negro enhebraba plata en una melena desordenada que le alcanzaba los hombros. Su camisa blanca estaba ajada y asomaban desde su pecho las señas de una cicatriz antigua.

—Un placer —murmuró Adrien. Se dio cuenta, entonces, de que era la primera vez que saludaba a alguno de los miembros del Consejo noctis.

El licántropo hizo un gesto con la cabeza, que Adrien interpretó como un saludo. Había cierto parecido entre él y Moran, el propietario de aquella taberna ilegal, ubicada en territorio lúzaro, en el viejo barrio cercano al Muro de Caronte. Tal vez todos los licántropos se parecieran entre ellos, pensó, como lobos de una misma jauría.

—Ella es Feylan. —La voz de su padre le hizo girar la cabeza y topar con una mujer joven; probablemente la más joven de los allí presentes—. Vampira —añadió Ander

Su cabello era una cascada roja con la que ella misma jugueteaba, enroscándosela en las manos. Debía alcanzarle, como mínimo, hasta la cintura. Sus ojos albergaban un débil tono de gris, casi blanco y llevaba un vestido con un pronunciado escote. La forma sugerente en la que miraba a Adrien le resultó incómoda al muchacho, que se sentía como una presa evaluada por su depredador.

—Un placer, Adrien —murmuró la vampira, sonriendo.

—Lo mismo digo —respondió él, en un acto instintivo.

—Él es Irion —prosiguió Ander, presentándole al otro de los cinco miembros del Consejo de Nix—. Nigromante.

Adrien sintió que los huesos se le helaban cuando topó con la mirada de Irion. Portaba una capucha y sus ojos eran dos puntos iridiscentes en la negrura. Ignoraba si el hecho de que no se la quitase pudiera considerarse un gesto de mala educación, pero, desde luego, si era así, nadie se lo diría. Adrien se revolvió, incómodo, mientras su padre se sentaba a su lado.

—Por último, Lasthas —concluyó—. Un demonio.

Adrien hubo de buscarlo entre las sombras, pues no estaba sentado a la mesa, sino al fondo, apoyado en una pared. Lo envolvía un resplandor anaranjado, aunque no fue capaz de discernir nada más en él.

—Verás, hijo —empezó a decir Ander—, como ya sabes Tayr ha huido después de llevar a cabo una serie de actos reprobables que no...

—Que no han sido probados —interrumpió Olmer—. Realmente podría resultar ofensiva la forma en la que culpáis a un noctis aun sin disponer de prueba alguna contra él.

Adrien alzó una ceja, desconcertado ante el hecho de que fuera un noctis quien pusiera cordura en aquella sinrazón; pensaba exactamente lo mismo que él.

—Olmer —murmuró alguien. Irion hablaba como si fuera viento, una voz rasgada que parecía arrastrar ecos, lamentos, sonidos indescriptibles y aterradores—, es de suponer que el Consejo de la Luz ha hecho sus indagaciones para lanzar una acusación así con tal vehemencia, ¿me equivoco, Ander?

Adrien leyó la vacilación en la respuesta de su padre.

—No, Irion, me temo que no te equivocas.

Miró a su hijo fugazmente y Adrien supo que estaba mintiendo. Recordaba la última vez que había estado en el despacho de su progenitor, apenas una semana atrás, con la foto de un elfo que había muerto bajo la protección de la Ley Común a manos de un licántropo; el mismo hombre cuyo asesinato se le achacaba a Tayr fuera de las horas que que daban amparo a los actos más terroríficos de los noctis. Mentía, no cabía la menor duda, pero de ningún modo se atrevería a dejar en evidencia a su padre ante el Consejo de Nix. ¿Qué serían capaces de hacer lo descubrían? No lo sabía y prefería seguir sin saberlo.

—Según nos ha contado tu padre, Tayr se ha acercado bastante a ti en estos

días —apuntó la sibilina voz de Vanora—. ¿Tienes idea de dónde puede haber ido?

—No.

La respuesta brotó sola de sus labios y, de algún modo, resolvía la incógnita que él mismo se había planteado antes de la reunión: ¿cuál debía ser su motivación, apoyar a Tayr o participar en su captura? No lo había sabido hasta ahora.

—Estabais en el Archivo, Adrien —observó su padre—. ¿Por qué? ¿No te contó nada allí?

—Yo me marché de la Nut para evitar a Chris —respondió él con dureza—. La decisión de tu amiga Gillian de llevarlo resultó inoportuna y errónea. Tayr me dijo que se sentía agobiado —añadió, mintiendo también—, por eso se marchó. Nos encontramos de manera fortuita en el Archivo y después se produjo el apagón. La situación no era la idónea para una charla, como comprenderás.

—¿Y en los días anteriores? —quiso saber Irion.

Cada vez que el nigromante hablaba, Adrien tenía la sensación de que la temperatura se desplomaba.

—En los días anteriores apenas hablamos. En el instituto no solíamos ir juntos y fuera de él... solo lo acompañé a comprar una tarde. Hablamos de ropa, de la Nut.

—¿Nada más? —preguntó Vanora.

—Ignoro qué les ha hecho pensar que Tayr y yo somos grandes amigos, pero hace poco que nos conocemos. Para mí él es... un gran desconocido y no ha confiado en mí para contar nada. Solo asegura que él no ha cometido ninguno de los delitos de los que se le acusa.

—¿Y tú lo crees? —volvió a preguntar Vanora, suspicaz.

—Sí, lo creo.

—De acuerdo, Adrien —intervino Ander. El hombre parecía presuroso por acabar con aquello—. Puedo asegurarles que mi hijo no miente. En todo caso es necesario —añadió, dirigiéndose de nuevo a su vástago— que si contacta contigo o te enteras de algo, nos lo hagas saber. Es urgente, Adri.

El muchacho asintió, mientras paseaba una última mirada a través de los miembros del Consejo de Nix. No podía negar lo llamativo que le resultaba el hecho de que los integrantes del de la Luz no estuvieran allí, al fin y al cabo, el desorden que Tayr pudiera ocasionar en la ciudad incumbía a ambos. Supuso que estarían demasiado ocupados tratando de localizar al brujo y supuso,

también, que en la convicción de que él mismo era amigo de Tayr, habían optado por que fuese su solo padre quien lo acompañara durante la reunión.

—¿Puedo irme ya?

—Sí. Pero ni se te ocurra salir del edificio; no hasta que yo termine y podamos regresar juntos a casa.

—Todo esto me parece excesivo.

—Excesivo... —murmuró Yrona, sonriendo.

—No me discutas, Adrien —sentenció Ander.

Se puso en pie y abandonó el salón. Aun de espaldas a todos, percibía las miradas sobre él. Creyó escuchar susurros, murmullos que arrastraban su nombre como un alma en pena. No tenía en absoluto claro que le hubieran creído y aunque ninguno de ellos se movió de su sitio, tuvo la impresión de que lo seguían.

Cerró la puerta al salir y recuperó el aliento, la capacidad de respirar y el pulso. Por un momento pensó que iba a vomitar y apoyó la espalda en la pared mientras se apartaba el pelo claro de los ojos. No deseaba volver a topar con aquellas personas nunca más.

Tan ofuscado se sentía que ni siquiera reparó en la llegada de Hilmagenta Breaker. La feérica apareció frente a él y Adrien no supo si se había acercado caminando o si había aparecido mediante algún tipo de hechizo o magia blanca. Su uso estaba prohibido si no se seguían unas directrices que pasaban por la solicitud de un permiso, pero al fin y al cabo, ¿quién iba a espetarle reproches a la mujer más sabia y longeva de Luzaria? Sonrió y le ofreció a Adrien un vaso de agua fresca que el muchacho no rechazó.

—Gracias —murmuró cuando hubo dado un sorbo.

—Conozco las sensaciones que genera el Consejo de Nix cuando no estás acostumbrado a su presencia.

—¿Puede uno acostumbrarse a esto? —preguntó, antes de volver a beber.

—A todo puede acostumbrarse uno, Adrien. Créeme.

Se apartó de la mesa y miró de soslayo la cámara de visualización que había en la esquina del pasillo. Avanzó, despacio, seguido de cerca por la feérica y al llegar a recepción se dejó caer sobre el pequeño sofá en el que solía esperar a su padre cuando iba a buscarlo al trabajo.

—He tenido ocasión de charlar con tu madre —apuntó la mujer. Se mantuvo en pie con aquel halo majestuoso que algo en ella le confería; Adrien ni siquiera sabía qué era—. Sé que estás preocupado.

El muchacho tardó unos segundos en responder. Amasaba las palabras en su

cerebro, buscando las más adecuadas, pero el lío en su cabeza le impedía seleccionarlas.

—Todo esto me parece desorbitado.

—Me temo que conocemos demasiado poco para tener idea de la verdadera envergadura de esta historia, pero rara vez en el Consejo se despilfarran medios.

Adrien la miró, sorprendido.

—¿Conocemos demasiado poco? —preguntó—. ¿Acaso el Consejo no lo conoce todo?

Hilmagenta se acercó y tomó asiento a su lado. Le dio toquecitos en la rodilla y esbozó una sonrisa amable.

—No hablaba exactamente del Consejo. La Guardia Blanca tomará las calles en las próximas horas —añadió tras un largo silencio.

Adrien no podía dejar de mirarla. Hablaba como si ella misma ignorase las decisiones que el Consejo de la Luz tomaba, o tal vez parte de la situación que los conducía a actuar de ese modo, pero eso no era posible tratándose de ella. ¿Qué podía ocultársele al ser más poderoso de Luzaria?

—Tayr es solo un chico —respondió Adrien al fin—. Es dantesco que un ejército entero esté tras él.

—Ningún noctis es solo un chico. En este caso resulta evidente.

—¿Quién es Tayr? ¿Lo sabe usted? Por favor, si es así, dígamelo.

Hilmagenta lo miró, entornando los ojos y sin perder del todo su sonrisa.

—Dime, Adrien, ¿deseas ayudarlo o ayudar al Consejo?

Algo en su fuero interno le advertía sobre la intención real de aquella pregunta. ¿Había gato encerrado? ¿O lo encerrarían a él si declaraba querer ayudar a Tayr? ¿Era eso lo que realmente deseaba?

—Supongo que ya has respondido —volvió a decir la anciana. Adrien abrió la boca, pero su voz lo traicionó con un silencio elocuente—. Cuando uno se enamora no puede dejar de mirar al cielo, muchacho —concluyó la féérica mientras se incorporaba con dificultad. Agitó ligeramente las alas para ayudarse y Adrien notó un airecillo cálido y perfumado—. Como si las estrellas fuesen asideros que conspiran en un universo que puede proyectarte hasta su cima etérea; todo parece estar por debajo de ti y te olvidas de mirar al suelo. Pero conviene pisarlo con fuerza porque es ahí y solo ahí, donde podrás concederte un verdadero impulso, alejado de quimeras e ilusiones. Nadie te priva de conquistar el cielo, pero empieza desde la tierra. Ah, por cierto: No todas las puertas tienen llave y aun así, eso no quiere decir que no puedas

entrar en ellas.

Hilmagenta se marchó con paso sereno y cadencioso dejando a Adrien sentado en el sofá, con la mirada perdida y los puños apretados. A pesar de su halo majestuoso, Hilmagenta Breaker siempre había sido solo una ancianita ante los ojos de Adrien, hasta entonces. El contacto de la feérica con él mismo se había limitado a un par de toquitos en la rodilla y a pesar de ello, el joven sentía como si una garra sutil hubiera penetrado en su cuerpo, arrancándole sus más profundos sentimientos, sus más oscuros secretos. Y como solía ocurrirle con los feéricos, tuvo la sensación de que aquellas palabras eran un acertijo. Lo detestaba. Ander solía decir que aquella era la forma de expresarse de los feéricos. Su propia madre, Lorna, hablaba en ocasiones como si dejase un secreto flotando en el aire, palabras no pronunciadas que lograban captar más su atención que las que sí había llegado a decir.

Giró la cabeza y observó algo a su lado: una llave sujeta a una hermosa cadena argentada. Era grande y mostraba una forma exótica a la par que antigua: su intrincada superficie había perdido un brillo que algún día debió de asemejarse al de la plata, si acaso no lo fuera. La paleta mostraba tres niveles y no era la primera vez que la veía. Su padre tenía una igual. Y cada miembro del Consejo de la Luz también. ¿Acaso aquello era una indirecta? Ander solía decir que las cosas que a uno no le gustaban solo podían cambiarse desde un orden bien establecido como el Consejo de la Luz. ¿Le estaría abriendo Hilmagenta la puerta al cambio de todo aquello que no le gustara? Porque de lo que sí estaba seguro era de que la feérica no había olvidado la llave allí por casualidad.

Resopló, se puso en pie y voló escaleras abajo.

Tras los últimos acontecimientos, June se esforzaba por encontrar notas positivas en su nueva condición. Atacaba de forma desmedida, la sed la acuciaba con frecuencia y era incapaz de medir sus actos, pero aun siendo siempre de noche en aquellas vastas tierras, había aprendido a discernir en qué momento del día se encontraba. En su Luzaria natal, el sol aún no habría despuntado, pero ella se sentía incapaz de dormir. Las imágenes de los ataques se habían tornado recurrentes en su cabeza, como pesadillas que habían de

serlo y sin embargo, la sumían en un deleite que le pedía más. June se sentía agotada, pero había vagado por la extensa playa ántica durante varias horas. Allí no había nadie y la soledad se había convertido en una buena compañera con la que no ponía en peligro a nadie, aunque aquello no resultase suficiente. Pasaba los días contando las horas para que Eugenne regresase con el preparado que pusiera fin a su condición de vampira, algo que había acogido con demasiada premura y sin conocer las verdaderas consecuencias.

Unos gritos interrumpieron el lento deslizarse de la marea, única melodía que había quebrantado aquella noche que sabía a madrugada porque realmente lo era. Distinguió un cabello blanquecino y rizado mientras dos sombras perseguían a su propietaria, una joven a la que reconoció al instante y cuya presencia le puso los pelos de punta: se trataba de la chiquilla a la que había atacado en su primera noche, la misma que la había herido con una daga, dejándola sola en un callejón. Y a pesar de eso, se sentía en deuda con ella porque la chica no había hecho más que defenderse del ataque de una vampira, al igual que sucediera la noche anterior.

Se despojó de la capa que portaba y se encomendó a la escasa suerte de la que gozaba en los últimos días. Sus ideas no eran algo demasiado claro en su mente, pues de lo contrario, con toda seguridad no habría determinado hacer lo que se proponía en aquel momento. Arrancó a correr en dirección opuesta, de frente a la muchacha y a sus dos perseguidores. La chiquilla se detuvo súbitamente al verla y la miró con una mueca horrorizada. Se volteó, de nuevo y permaneció clavada en su sitio a pesar de su desalentadora situación: había de elegir entre ser capturada por dos hombres que aparentaban ser soldados o bien, atacada por una vampira hambrienta e insaciable. Los hombres también refrenaron el paso al percatarse de su presencia; ambos desenvainaron y continuaron acercándose a la joven, pero mucho más despacio.

—No te muevas de ahí —escupió uno de ellos.

June no podía estar segura de si se lo decían a ella o a la otra muchacha, pero no importaba. Fue la única que mantuvo un ritmo frenético en su alocada carrera. La chiquilla gritó cuando la tuvo encima, pero June pasó de largo y se abalanzó sobre uno de aquellos enormes tipos. Era pequeña y ligera, como siempre había sido su cuerpo, pero al mismo tiempo, sentía una fuerza nueva en su interior. Hundió las uñas en el brazo fibroso de aquel tipo mientras el otro miraba embobado. Sus colmillos buscaron el cuello del soldado sin concederle el más mínimo atisbo de tiempo para defenderse. El hombre había llegado a bracear en un vano intento, pero cayó de rodillas en la arena y su

cuerpo se desplomó hacia adelante ante la atónita mirada de su compañero. June pudo distinguir a la muchacha, inmóvil aún un poco más allá.

Emitió aquel sonido que ya empezaba a resultarle familiar, una especie de siseo sordo que componía toda una advertencia. En respuesta, el hombre sacudió la espada que portaba en la mano y cortó el aire con ella, pero June era capaz de detectar cada uno de sus músculos, venas y tendones; los percibía tensos, agarrotados y casi temblorosos. Llegó a repelerla cuando se lanzó a por él y June cayó sobre la arena, con un fuerte golpe en el ojo. Pero aquello que tiempo atrás la habría llevado derecha a un hospital, no le causó el menor daño en aquel momento. Se puso en pie de nuevo y paseó la mano sobre su rostro. Alzó otra vez el labio superior y se relamió, imaginando el dulce sabor de aquella sangre. Ya había probado la de su compañero y el manjar había resultado exquisito. No estaría mal poner punto y final a aquel inesperado desayuno con un poco más.

Su lado racional trató de abrirse paso a puñetazos en su mente y le habló de la posibilidad de un hombre inocente persiguiendo a aquella chiquilla por alguna razón, pero aquella parte de su cabeza apenas duraba un asalto en pie y el instinto más primitivo de los vampiros lo sepultaba como si una tonelada de tierra le hubiera caído encima al argumento. Cuando se dio cuenta, June había saltado sobre el otro hombre, que cayó al suelo, tratando de defenderse y llegando a golpearla. Sin embargo, la joven no tuvo excesivo trabajo para acabar hincándole el diente también a él. Alzó la cabeza cuando la sangre caliente de aquel soldado había colmado ya cada rincón de su alma sedienta. Tomó una bocanada de aire, deleitándose en su sabor y observó a la muchacha, que se había quedado clavada allí, incapaz de moverse; incapaz de pestañear. Pero se movió y pestañeó cuando June se puso en pie. Y arrancó a correr de nuevo.

—¡Espera, por favor! —bramó June—. ¡No quiero hacerte daño!

La chica siguió corriendo, ignorando sus palabras y solo se detuvo cuando June le dio alcance, algunos metros más allá. La joven trató de lanzar golpes en un intento patético y bastante ridículo, pero June se limitó a recular, con los brazos en alto, como si se mostrase desarmada ante aquella desconocida que no tenía más de catorce o quince años.

—Me llamo June. —Tal vez resultase un recurso ridículo, pero pensó que hacerla conocedora de su nombre, lograría reducir el efecto que causaba en la niña—. No voy a hacerte daño —repitió.

—¿Y por qué iba a creerte? —espetó la chica, con rabia—. Eres una

vampira. Esto es lo único que hacéis.

Señaló con la cabeza hacia los tipos que yacían tendidos sobre la blanca arena, en medio de sendos charcos de sangre que mancillaban la pureza de aquella playa.

—No es ver... —se interrumpió—. Yo... Hace pocos días que he sido convertida. Aún no me controlo, pero quiero hacerlo.

Estaba siendo sincera y esperó que el timbre dolido de su voz así se lo transmitiese a la muchacha.

—Ese no es mi problema —respondió ella.

—Lo sé. Solo quería... compensarte de algún modo por lo que pasó la otra noche. Lo siento de veras, no quería hacerte daño.

La chica pestañeó y acrecentó la curiosidad en su mirada. Después desvió la cabeza de nuevo hacia los cadáveres que la marea empezaba a engullir.

—Supongo que ya lo has hecho. Compensarme, quiero decir.

June asintió.

—¿Por qué te seguían? —quiso saber.

La chica se encogió de hombros, dando a entender que no tenía ni la más remota idea de por qué aquellos tipos la habían convertido en su particular objetivo aquella mañana. O si lo sabía, desde luego, no aceptaría contárselo a una completa desconocida que, para más *inri*, la había atacado hacía solo unas horas.

June reculó y dio media vuelta con la intención de desaparecer de allí. La niña estaba asustada en su presencia y no podía culparla. Pero la llegada de un tercer soldado la detuvo. Se llevó la mano al abdomen y algo dentro de ella la hizo sentir inquieta. No sentía la sed y al parecer, debía de ser esta la que despertaba en ella una furia tal que apenas podía recordar lo que era el miedo. Pero en aquel momento, no lo percibía.

El hombre continuó avanzando hacia ellas y acrecentó el paso a medida que se acercaba. June se volvió y comprobó que la niña no se había movido de allí. Parecía asustada y agotada.

—Ayúdame... —murmuró.

June se volteó de nuevo y aunque no sabía cómo, se dispuso a encarar el enfrentamiento. Si vencía, si lograba librar a la chiquilla de aquel otro soldado, al menos se ganaría su confianza y, por absurdo que le resultase, era algo que necesitaba.

Cuando el soldado llegó frente a ella, desenvainó su espada.

—Esto te va costar caro, malnacida —espetó el hombre—. Había rumores

de tu regreso, pero no creímos que fueras tan descerebrada.

Pasó junto a June, ignorándola, aparentemente ajeno a su condición de vampira, pero esta aprovechó la circunstancia para tratar de atacarlo por la espalda. Se colgó de su cuello y buscó morderle aunque no necesitase más sangre por el momento. El hombre se revolvió y la hizo caer al suelo con suma facilidad. Le propinó una patada y le dedicó una mueca de desdén, como si fuera un mosquito molesto. La chiquilla lo golpeó con furia y el soldado le devolvió el mamporro haciéndola caer al lado de June.

—¿Desde cuándo os acompañan las perras vampiras? —escupió el hombre—. Será algo que le parezca gracioso a la emperatriz Liatli, sin duda alguna. Además, no...

El tipo se interrumpió y la mueca en su rostro se modificó. Solo entonces, June reparó en que la hoja de una espada asomaba desde su estómago. Un hilo de sangre le brotó desde la boca y su enorme cuerpo, cubierto con una armadura roja, cayó al suelo entre las dos muchachas.

June alzó la mirada, desconcertada aún ante la rapidez de los acontecimientos, y comprobó que allí había alguien que portaba una capucha igual que la de la chiquilla. Era una figura más alta y corpulenta, y confiaba en que no estuviera allí para reclamar el botín que aquel otro acababa de perder. La figura avanzó un par de pasos y se despojó de la oscura capucha que había mantenido su cabello y facciones ocultas entre las sombras.

—Elain... —murmuró la chiquilla—, creí que no regresarías.

Extendió el brazo y el brujo respondió a su muda solicitud de ayuda para ponerse en pie. Le dio la mano y tiró con fuerza de ella mientras observaba a June.

—Lamento la tardanza.

June frunció el ceño, totalmente desconcertada. ¿Qué hacía allí aquel brujo? ¿De qué conocía a la chiquilla?

La niña extendió también la mano y June la aceptó tras una leve vacilación.

—Gracias también a ti por la ayuda —le dijo sonriendo—. Me llamo Ottana.



19 El Antiguo Imperio

Moverse a través de la ciudad no le había resultado sencillo. Nunca había visto nada igual: la Guardia Blanca, conformada por humanos, elfos y feéricos, había tomado cada calle, cada esquina y cada plaza. Luzaria estaba prácticamente desierta y las pocas personas que osaban moverse en ella debían ser identificadas a cada paso. Las precauciones tomadas por el Consejo concedían a cada persona apenas unos pocos minutos para salir a la calle, obtener suministros en los grandes almacenes y encerrarse de nuevo en casa. Esas eran las premisas, al menos hasta que hubieran dado con el brujo prófugo. En el transcurso de aquellas horas se le habían atribuido dos muertes más y esta vez a Adrien le resultaría imposible averiguar si el elfo y la humana de los que hablaban las noticias habían fallecido de verdad o si eran nuevos inventos del Consejo para acrecentar la culpa de Tayr. Al fin y al cabo, habían inventado la primera, ¿por qué no iban a hacer lo mismo con otras tantas más? Su propio padre había admitido que, si bien tenían pleno conocimiento de que Tayr no había llevado a cabo el primero de los asesinatos, debían achacárselo para poder devolverlo a Noctia y librarse de él. Por contra, el propio brujo le había asegurado que el Consejo de Nix y el de la Luz habían pactado aquel quebrantamiento de la Ley Común. ¿Qué sentido podía tener aquello? ¿Hubiera enviado Ander a su hija a Noctia sabiendo todo lo que se iba a cocer? No, era imposible, pero había demasiadas piezas que no encajaban y estaba empezando a desesperarse.

Cruzar la ciudad le había llevado mucho más tiempo del previsto. A cada paso topaba con las armaduras blancas de la Guardia, una visión sobrecogedora con la que nunca habría creído topar. Todo el mundo conocía de la existencia del flamante ejército lúzaros, pero había pasado tanto tiempo desde el último conflicto bélico entre razas que aquel ejército, unido como tal, ni siquiera existía.

Adrien necesitaba localizar a Tayr e, ignorando por completo su paradero, solo había una persona a la que podía preguntarle: Rum. A Moran no le haría mucha gracia —ninguna en realidad— verlo por allí de nuevo, pero mucho se temía Adrien que en aquel momento, las sutilezas estaban de más. Cuando llegó a la calleja en la que se encontraba la taberna, tuvo una sensación extraña. Alzó la mirada hacia los altos edificios de pisos abandonados que lo

envolvían y se sintió observado. Las palabras de su padre y los consejeros de Nix aún redundaban en su cabeza. ¿Y si lo habían seguido? Chasqueó la lengua, maldiciendo y cruzó la calzada en dirección a la taberna. Se detuvo, entonces, en la parte superior de las escaleras que no llegó a bajar. La puerta estaba abierta y aquello no era nada normal en un local ilegal que extremaba la cautela para no ser descubierto.

—¿Rum?

Casi lo había susurrado, temeroso de lo que pudiera encontrar allí dentro.

Bajó despacio, sujetándose en la barandilla metálica que descendía junto a los peldaños. Había dos sillas tiradas en mitad del pasillo, un cuadro convertido en un montón de maderas astilladas y una lámpara con los brillantes cristales desparramados por todas partes. Avanzó lentamente, con el ceño fruncido y paseó los dedos con suavidad sobre la pared de yeso en la que había varios agujeros. Siguió caminando y se detuvo momentáneamente al lado de la escalera que ascendía hacia las habitaciones. Dudó sobre si subir o seguir hacia el salón de la taberna; optó por esto último y allí el espectáculo resultó dantesco. Los cuerpos se esparcían por doquier, sobre las mesas tumbadas y rotas. Había cristales por todas partes y charcos de sangre envolviendo a sus propietarios. Adrien estaba a punto de vomitar. Apoyó las manos en la pared y trató de espantar los pensamientos que podían ubicar a Tayr entre aquellos cuerpos. Un fogonazo aterrizó en su mente de manera conveniente: las cicatrices que había observado en su cuerpo y el recurrente pensamiento de lo superficial que debía de parecerle a Tayr todo en su vida. Salir corriendo de allí y llorar hubiera sido la alternativa de un crío de ciudad asustado, pero no era eso lo que quería ser en aquel momento y si deseaba constatar qué había pasado con Tayr, lo primero debería ser descartar que estuviera allí. Resopló y entró en la sala con prudencia. Observó con contención a los cadáveres; movió los que estaban bocabajo y trató de no pisar a ninguno. Con el estómago revuelto, terminó la inspección, aliviado y sin haber dado con el brujo aún. Aquella fue la primera vez que la duda lo tranquilizó y le hizo sentir bien, pero aún había sitios en los que podía y debía mirar. Salió de allí y ascendió rápidamente, evitando el cuerpo de una mujer que se esparcía en el último tramo de los peldaños. Abrió las habitaciones una por una; la mayoría estaban vacías y en un par de ellas encontró el mismo espectáculo que en la taberna. Bajó rápidamente y antes de abandonar el lugar, recordó la salida por la que Tayr y él se habían marchado la última vez, la que daba a un oscuro callejón que convertiría, pese a todo, en uno de sus lugares

favoritos. O tal vez no. Le costó abrir la puerta, como si algo la contuviera al otro lado. La forzó, empujando y cuando pudo asomar la cabeza, topó con el cuerpo de Rum tendido en el húmedo suelo de la calleja.

—Dios...

La joven licántropa estaba desnuda y trató de moverse, emitiendo un suave quejido. Adrien se despojó de la chaqueta que llevaba y se la tendió por encima, cubriendo su magullada piel.

—Rum, ¿estás bien?

No lo estaba y no hacía falta una respuesta para constatarlo.

—¿Qué ha pasado?

—Consejo... —logró balbucear entre espasmos—. Búscalos.

—¿El Consejo de Nix? ¿Ellos han hecho esto?

Rum negó con la cabeza de manera apenas perceptible y para Adrien aquello fue un bofetón que, lentamente, lo despertaba a una realidad extraña y desconocida.

—¿El de la Luz?

Rum alzó una mano, casi sin fuerza y Adrien se la sostuvo.

—Búscalos... inténtalo en los apartamentos de Al...

—¿Altum?

Los ojos de la muchacha se perdieron en el vacío de un cielo que no emitía luz alguna aquella tarde. Era una superficie blanca, como si también el firmamento se hubiera ataviado en la búsqueda de Tayr. Adrien le cerró los ojos, con la mano temblorosa y dio un respingo con el sonido de su teléfono móvil. Lo buscó con torpeza en sus bolsillos ante la posibilidad de que pudiera tratarse de Tayr, pero comprobar que era Chris el nombre que aparecía escrito en la pantalla le puso furioso. Se incorporó y gritó al tiempo que estampaba el aparato contra la pared. Miró a Rum y se sintió bloqueado. No debía de tener aún los veinte años y estaba tirada en un callejón, muerta. Al menos, había llegado a tiempo de apretarle la mano mientras se marchaba; un triste consuelo. Pero, sobre todo, había llegado a tiempo de oírla murmurar el nombre de sus asesinos: el Consejo de la Luz. Su padre había estado allí días atrás y aquellas piezas empezaban a encajar de forma dolorosa, si bien aún había muchas fuera de su lugar.

Reparó, entonces, en que la mano de Rum apesaba uno de aquellos ungüentos milagrosos; para ella no había llegado a tiempo. Tal vez le hubieran faltado fuerzas para poder tomarlo. Lo cogió, venciendo ciertos reparos, y lo guardó en el bolsillo de su sudadera.

Abandonó el callejón con una carga de más sobre su espalda. Resultaría absurdo llevarse a la joven licántropa y buscarle un lugar más respetable a su cuerpo; ni siquiera la conocía bien, pero dejarla allí, de aquella forma y en aquel estado le dolió. Sin embargo, debía solicitarse pragmatismo. Habían salido pocas palabras de sus labios moribundos, pero haría buen uso de ellas, de sus verdugos y del lugar en el que podía encontrar a Tayr.

June había permanecido inmóvil, ligeramente apartada mientras Elain curaba, de forma minuciosa y entregada, una de las múltiples heridas que había sufrido aquella chiquilla, de nombre Ottana. Había sido ella quien le había propuesto que los acompañase y ya ni siquiera podía estar segura de si a Elain aquello le parecía acertado o si lamentaba haber de vérselas con ella otra vez. En esta ocasión, el brujo no dijo nada y a aquellas alturas, June ya tenía perfectamente claro que su expresión marmórea era siempre la misma.

—Estoy bien, Elain —insistió la chiquilla.

El joven cubrió el zurcido de la ceja con un pequeño apósito y se mantuvo agachado en el suelo, mirando a la chica.

—Estás siendo muy imprudente —le dijo.

—No puedo vivir permanentemente aquí recluida.

—Ya que insististe en regresar, la prudencia es lo menos de lo que deberías hacer gala.

—Lo sé, Elain, pero voy a volverme loca aquí encerrada.

—Mejor loca que muerta.

Ottana bufó y buscó a June con la mirada, mientras Elain se ponía en pie, apartándose. La chiquilla extendió el brazo, invitándola a acercarse. Por momentos se había sentido como una extraña invadiendo una intimidad incómoda y ajena, pero la chica, cuyo rostro había adquirido un matiz risueño en las últimas horas, trataba de ponérselo más fácil. De pronto parecía más joven de lo que la había visto en la calle, habiendo de luchar por su vida y defendiéndose, sin que el pulso le temblara, del ataque de un vampiro. Ahora, a salvo y bajo la protección de Elain, parecía solo una niña.

—¿Necesitas cuidados? —le preguntó a June—. ¿Estás herida?

—No, gracias —respondió ella.

—En ese caso, debería marcharse —apuntó Elain.

El brujo permanecía de brazos cruzados, junto a la ventana, a la que dedicaba rápidas miradas de vez en cuando. La luz de la luna penetraba a través de los sucios cristales. Estaban en una de las casitas de las afueras, en los barrios menos concurridos y el lugar era más que modesto.

June rio, mientras negaba con la cabeza.

—Esté donde esté, tú me quieres lejos, ¿no?

Ottana frunció el ceño y cruzó miradas con uno y otro.

—¿Cómo? ¿Os conocéis?

—Es la humana de la Conmuta —explicó Elain con desidia.

—No es cierto —replicó Ottana, levantándose como un resorte—. Ni siquiera es humana. Es una vampira.

Elain la miró, desconcertado, pero June se mantuvo sentada sobre la cama.

—Es una larga historia —se limitó a decir.

El brujo dio dos zancadas y sujetó a Ottana de la mano, colocándola tras él.

—¿Qué idiotez has hecho? —espetó.

—Seguir los consejos de Eugene para...

—¿El príncipe de Estyria? —exclamó Ottana de nuevo, con los ojos como platos—. ¿Qué tiene que ver él contigo?

—¿Él te recomendó que te convirtieras?

Elain continuó hablándole como si la chica a la que protegía no hubiera dicho nada.

—Dijo que no podía regresar a Luzaria aún, que eso supondría un quebrantamiento de la Ley Común y también dijo que estaría más segura en Noctia si me convertía.

—¿Cómo has podido acceder a algo así? Te creí más inteligente.

June se puso en pie, furiosa y encaró a Elain.

—¿Inteligente? ¿Es lo que pretendías decirme con tu indiferencia y tu menosprecio? ¿Que te parezco alguien inteligente? Me has tratado como a una enorme mierda.

—He centrado en ti la menor atención posible, que es el mayor favor que podía hacerte, pero te encargas tú sola de ponerte en evidencia.

—Soy un vampiro en Ántico. Eugene dijo que eso no me haría diferente a nadie.

—Salvo por el pequeño detalle de que también eres la humana de la Conmuta y no solo una jodida vampira.

—Ya basta —exclamó Ottana, harta de aquella discusión en la que zozobraba, perdida.

Se colocó entre los dos, venciendo las reticencias de Elain.

—¿Es cierto que eres la humana de la Conmuta? —quiso saber la chiquilla.

—Sí. Pero no sé qué está pasando ni aquí ni en Luzaria y... ¿quién eres tú?

—le escupió a Elain—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Mi nombre es Ottana, ya te lo dije antes y soy...

—Ottana —irrumpió de nuevo Elain—. Ya te lo ha dicho antes.

La chiquilla resopló.

—Esta chica, sea quien sea, me ha salvado la vida en la playa, Elain. Creo que tiene derecho a saber.

June apretó los labios. También la había atacado hacía solo unas horas, pero la chiquilla no dijo nada al respecto y ella solo podía sentirse agradecida; casi tanto como avergonzada.

—¿Saber? —preguntó Elain—. Es amiga del vampiro. Hay información que no deberíamos poner en sus manos, ni siquiera por gratitud.

Ottana volvió a girarse y centró sus ojos azules en June.

—Soy la legítima emperatriz de Ántico.

Elain cerró los ojos y dejó escapar un hondo suspiro.

—Y él es Elain, general de la legión Áurea, la más temida y respetada de Noctia. Apartada y ninguneada por la mujer que hoy ocupa el trono de Ántico: Liatli Hassul, vulgar usurpadora, la asesina de mi familia.

Hacia rato que Adrien había dejado de sentir frío. Atravesar la ciudad a pie era una tortura que nunca había sufrido hasta aquella noche. Pensar en todo cuanto había recorrido casi le hacía sentir vértigo, pero allí estaba, en el curioso barrio de Altum. El mar se revolvía enfurecido en aquella zona y la noche empezaba a descolgarse lentamente, tiñendo el cielo de un violeta hipnótico. Alzó la mirada hacia las plataformas que conformaban la edificación, una sobre otra como trampolines de cemento en cuyos extremos brillaba un pequeño haz de luz. Altum era el lugar en el que las mareas moraban; seres que pasaban la mayor parte del tiempo en el mar, pero que, en ocasiones, tomaban descanso en aquellos edificios desde los que podían saltar al agua sin dificultad. No entendía por qué Tayr podía haber elegido un lugar así. Ciertamente estaba apartado del centro de la ciudad, pero era un sitio extraño que Adrien no le agradaba.

El viento soplaba con fuerza a medida que ascendía las escaleras entre los

pisos del edificio con todo el sigilo posible. La forma de vida de las mareas era muy diferente. Casi todo lo que necesitaban lo obtenían del mar y en aquellos reductos de piedra básicamente descansaban, alejados de los peligros del mundo submarino, tales como animales salvajes o cualquier otro tipo de amenaza. Pero ignoraba qué podría encontrar por la noche e ignoraba, también, como podría tomarse una marea la invasión de un humano en sus dominios.

Adrien se movía como una sombra en el el entresijo de arcos de piedra que conducían de un pasillo a otro. Con la luna asomando entre los jirones de nube, el esqueleto del edificio era un laberinto de sombras y juegos de luz.

Una mano lo asió del hombro, arrasándolo antes de que fuera capaz de gritar y en pocos segundos estuvo contra la pared de uno de aquellos pequeños habitáculos —ni siquiera sabía si podía llamarlos apartamentos— con el rostro de Tayr a escasos centímetros del suyo. Al reparar en que era él, el brujo lo soltó y reculó con el ceño fruncido.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó en voz baja.

—Vengo de turismo —respondió él con sorna—, este es un sitio ideal para eso. ¿Tú qué crees? Llevo todo el día buscándote.

Tayr tardó unos segundos en hablar de nuevo.

—¿Te envía tu padre?

—No. Mi padre se moriría si supiera que estoy aquí.

—¿Y entonces?

Adrien se mantuvo con la espalda apoyada en la pared.

—¿Aún me lo preguntas?

Tayr se acercó un pasito y le apartó el cabello sudado a Adrien, que se mantuvo inmóvil, mirándolo.

—Estás empapado.

—Mira quién habla... ¿Sabes lo que es patearse la ciudad entera?

Tayr sonrió.

—Me hago una idea.

Adrien le devolvió la sonrisa.

—Vale, tú también lo has hecho y como siempre, soy yo el que se queja sin que...

El beso de Tayr lo silenció. Duró unos pocos segundos y estuvo lejos de la pasión imprimida en el Archivo una noche atrás. Fue algo dulce, rendido al puerto de llegada después de una travesía eterna y fatigosa.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó Adrien—. Quise buscarte en el barrio

de Nortax.

—Cerca del Muro serán los primeros sitios en los que me busquen.

Adrien lo miró. Tayr sudaba igual que él y al principio aquello no le había llamado la atención. Él mismo estaba empapado después del trayecto que lo había llevado hasta allí y además, Tayr llevaba todo el día huyendo, pero leyó algo distinto al cansancio en el brujo y llevó la mano al extremo inferior de la camisa que llevaba, la misma que habían comprado juntos hacía solo unos pocos días. Tayr le sujetó de la muñeca, impidiéndole hacer lo que se proponía, pero la elocuencia en el silencio de Adrien resultó suficiente advertencia y el brujo le soltó, permitiéndole alzar la camisa para ver la herida que le surcaba la parte derecha del abdomen.

—¿Qué ha sido? —preguntó Adrien.

—Un demonio. Anoche.

Aún sangraba, al tiempo que supuraba, y al corte lo rodeaba un moretón oscuro.

—¿Y qué se supone que haces con una herida así? —quiso saber Adrien—. ¿Esperar a morirte?

—Confiar en vivir, más bien.

—Rum...

—No puedo pedirle ayuda a Rum —lo interrumpió Tayr, apartándose de allí—. No quiero exponerla más. Tu padre estuvo en la taberna, ya la oíste. Si fue a exigirles hacer algo de lo que poder culparme, no estoy seguro de la respuesta que Moran le daría, pero no voy a ponerlos más en peligro para...

—Vengo de allí, Tayr.

Lo miró largamente y no hizo falta ninguna explicación. El brujo se dejó caer sobre la cama que había en una sala pequeña con cocina a la derecha y un diminuto salón en el centro. Lo indispensable para pasar solo unas pocas horas al día allí. Anclado a la pared había un plasma que estaba encendido y sin volumen. El rostro de Tayr continuaba ocupando cada uno de los espacios de la programación, los rótulos que apremiaban a dar con él de forma urgente desfilaban por la pantalla una y otra vez, al tiempo que instaban a la gente a no abandonar sus hogares.

Adrien se acercó a él y tomó asiento a su lado mientras Tayr hundía el rostro en sus manos. El lúzaro dudó unos segundos, pero acabó echándole el brazo por encima del hombro y atrayéndolo hacia sí.

—Lo siento.

—¿Está muerta? —se atrevió a preguntarle al fin—. ¿La has visto?

—Sí —murmuró Adrien.

Aparecieron dos rostros de nuevo en la pantalla, el elfo y la mujer humana, ambos asesinados por el brujo, según apuntaban las informaciones. Tayr se irguió, con los ojos fijos en el televisor, al igual que Adrien. Ninguno de los dos le dio voz a la presentadora de las noticias, aunque ambos sabían a la perfección lo que estaban diciendo. Después, fue la taberna la que apareció en pantalla, totalmente destruida. Los vehículos y caballos de la Guardia Blanca rodeaban el lugar mientras extraían cuerpos de allí, cubiertos todos con sábanas blancas que impedían una visión más dantesca de todo.

—¿Por qué Moran puso ahí un local? —preguntó Adrien sin apartar su atención del televisor—. ¿Por qué quebranta la Ley un tipo que le da tanta importancia como asegurabas?

—Porque la madre de Rum es humana. Y quería estar cerca de ella, de algún modo.

—¿Un noctis y una lúzara?

—¿Tan alocado te parece?

—No... no sé.

Tayr cogió el mando a distancia y subió el volumen del televisor:

«... el local ilegal, donde el brujo pudo haber perpetrado varios de sus asesinatos. Una vez descubierto, las investigaciones apuntan a que fue él mismo quien mató a los noctis que se divertían clandestinamente en aquel lugar, propiedad de Moran Tropps, cuyo cuerpo no se encuentra entre los fallecidos. El objetivo: que nadie pudiera delatarle. Numerosos testigos aseguran haber visto a Tayr merodeando en las cercanías antes del brutal acto».

La imagen de una mujer feérica con el rostro surcado en lágrimas apareció hablando para los micrófonos de la cadena: 'Lo vi en torno a las seis de la tarde. Huí y llamé a las autoridades. Estaba muy asustada'.

«Y esto es todo, de momento. Seguiremos informando y, en todo caso, les recordamos que permanezcan en sus casas y salgan lo menos posible. El Consejo de Nix está en Luzaria para tomar cartas en el asunto y aplicar las medidas convenientes, según han señalado algunos de sus integrantes».

—No pudieron haberte visto allí, ¿no? —preguntó Adrien, inquieto—. Pero esa mujer era una feérica y los feéricos jamás aceptarían participar en una mentira que pase sobre la Ley Común; es sagrada para ellos.

Tayr se puso en pie antes de apagar el televisor. Se llevó la mano al costado y caminó hasta la pasarela que daba al mar.

—Estuve allí —confesó él—. En un primer momento pensé en Rum. Ella era la única que podía ayudarme, pero no llegué a entrar. No quise seguir exponiéndola, ya te lo he dicho.

—No fuiste tú, ¿verdad?

Adrien se puso en pie y se volteó, quedando de frente a Tayr, que se apartó el pelo de la cara mientras negaba con la cabeza.

—¿Crees que he matado a Rum y a toda esa gente?

—Era una feérica la que...

—La que dijo que me vio, no te lo he negado. Pero no llegué a entrar. Yo no he sido. No he matado a ninguna de las personas que me están achacando.

—Nunca había pasado algo así, Tayr. Cada año hemos tenido aquí a noctis y nunca ha habido problemas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué tú?

Tayr se apoyó en la pared y resopló, sudoroso aún y en medio de notables temblores.

—¿Por qué has venido, si no me crees?

Adrien se acercó a él, furioso.

—¿Y qué quieres? ¿Que te profese una confianza ciega? No te conozco, Tayr. Y cuando intento hacerlo, solo recibo evasivas.

—Está bien que no me creas, pero estaría aún mejor que actuases en consecuencia. Si no me crees, no te cruces la ciudad entera buscándome, a menos que sea para entregarme.

—No voy a entregarte.

—¿Y entonces?

—¡No lo sé! ¿vale? Llámame imbécil, pero estoy en medio de una jodida encrucijada porque cada cosa que pasa te señala, pero al mismo tiempo sé que mi padre ha mentado inventando pruebas contra ti y, al mismo tiempo tú me ocultas información y al mismo tiempo...

Tayr guardaba silencio, mirándolo.

—Al mismo tiempo me gustas y sé que es un argumento patético para creerte. Rum tenía razón, me estoy colgando de ti y... joder.

Tayr bajó la mirada y volvió a alzarla.

—Deberías volver. No ahora, es de noche y es peligroso. Yo me iré, si eso te va a hacer sentir más seguro, pero regresa mañana con tu familia y desentiéndete de todo esto en la medida de lo posible.

—Así de fácil, ¿no?

—No, no así de fácil. Pero en la vida hay que escoger caminos y cualquier cosa que esté en el otro lado de una balanza en la que se encuentren tu

seguridad, tu tranquilidad, tú mismo... está claro. Nadie merece que hipoteques eso.

—No quiero dejarte solo.

—Sé arreglármelas, Adri. Llevo mucho tiempo solo.

Adrien se acercó a él, con el estómago arrugado por las dudas que lo carcomían y, sobre todo, por las certezas. Extendió el brazo y le ofreció a Tayr la ampolla que había tomado de las manos de Rum. Tayr sonrió y alzó la mirada.

—Llévatela.

—La necesitas.

—No la quiero.

—¿Por qué no? —preguntó Adrien, confuso.

—Porque crees que cada cosa que hago es un intento por sacarte algo. Y tengo muy pocas formas de demostrarte que no, pero confío en que esta sea una.

—Dime quién eres, Tayr.

—Soy lo que ves. Y lo siento muchísimo, pero no puedo decirte nada más. No puedo.

El brujo estaba llorando. No confundiría el recorrido de aquella gota con sudor y Adrien ya no tuvo fuerzas para nada más. Lo abrazó con ímpetu, olvidando casi la herida que le hizo dar un respingo a Tayr. Pero no hubo rechazo y Adrien dejó de buscar certezas, puntos firmes en los que poner los pies para dar un paso adelante y simplemente se lanzó al vacío que suponía el enigma de Tayr. Sus labios volvieron a encontrarse con ímpetu.

—¿Qué haces? —susurró Tayr.

—Elijo un puto bando. El tuyo.

—Ni siquiera...

—Me da igual. Y me da igual equivocarme. Me la juego con el corazón y que le den a la cabeza, y si me estoy equivocando, el malnacido eres tú. Eso sí, tómate esto.

—No quiero que pienses...

—Déjate de idioteces. Estás herido y no soy un experto en este tipo de cosas, pero parece grave y ya sé que solo puedes morir si... te cortan la cabeza. Joder... Pero prefiero no saber qué te pasaría si esa herida sigue en tu abdomen. Solo necesito un par de respuestas.

—Adri, ya te he dicho...

—Estas puedes dármelas, seguro.

—Adelante, entonces —claudicó Tayr.

—Si tuvieras una nueva oportunidad, ¿volverías a hacer lo que has hecho en tu vida?

El brujo tardó unos segundos en asentir.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque con aciertos y con errores, he intentado hacerlo lo mejor posible.

—La última...

—¿Qué?

—¿Qué sientes por... por mí? La verdad. Aunque sea...

—Me acerqué a ti por puro afán de protección. Y al hacerlo supe que me pasaría lo inevitable.

—¿Qué?

—¿Cómo lo has dicho tú? ¿Que me estoy... colgando?

—¿Cómo lo dirías tú?

—Me estoy enamorando. O puede que ya lo esté. Hasta arriba.

Adrien sonrió y le quitó el tapón al frasco que, después, colocó sobre los labios de Tayr. El brujo ya no lo rechazó y tomó el ungüento.

—Pero un lúzaros y un noctis juntos es una locura, ¿no? —musitó después.

—Bueno, estamos los dos aquí ¿no? No soy alguien muy cuerdo y diría que tú tampoco.

Rubricó la confesión con un beso que Tayr no rechazó.

—Deberías quitarte esto —susurró Adrien.

Introdujo las manos bajo la camisa y sobre los hombros del brujo, deslizándolas a través de los brazos hasta que la prenda, ajada y llena de sangre, cayó al suelo.

—Y ponerte mi sudadera —añadió.

—Te vas a congelar.

—¿Congelarme? ¿Ahora? ¿Estás de coña?

Adrien no se movió. Mantuvo las manos sobre el pecho de Tayr y siguió sin despojarse de la sudadera. El corazón iba a salirse por la boca bajo la intensa mirada del brujo. Ambos pensaban lo mismo y no le costó adivinarlo.

—¿Crees que es un buen momento para esto?

—En realidad yo no... no estaba en... Bueno... en hacer...

Tayr sonrió.

—Vale, lo siento.

—No. No lo sientas, todo esto es... entiendo que...

—Adrien, no pasa nada.

El brujo continuaba jugueteando con los cordones de la sudadera de Adrien, que lo miraba, embelesado.

—¿Cómo va a acabar todo esto, Tayr? No solo... no solo lo nuestro, sino... La ciudad está patas arriba, te busca el Consejo de la Luz, el de Nix, la Guardia Blanca. Te busca todo el mundo.

—Ojalá pudiera responderte. No sé cómo terminará todo este embrollo. Pero lo cierto es que ahora me da igual.

Adrien se sacó la sudadera por la cabeza y la dejó caer en el suelo. Deseaba dar un paso más con Tayr y sabía que el brujo se dejaría llevar con él. Había imaginado aquella escena un millón de veces en las últimas horas, pero algo lo cohibía. No era el momento ni tampoco el lugar.

—Va a parecerse idiota, pero... ¿podemos dormir juntos?

—No es idiota. Me encantaría dormir contigo.

—Solo...

—Solo dormir.

Los nervios le apretaban el estómago como si fuera un papel y en su interior se libraba una lucha titánica.

—No quiero que pienses que no me gustas lo suficiente o que...

Tayr lo sujetó de la cara.

—Deja de justificarte. Si te encuentras bien, si no hay nada que necesites contarme, lo único que yo necesito saber es que no quieres que pase nada más esta noche. Y no es una idiotez que quieras que durmamos juntos y nada más. De hecho, me apetece muchísimo.

Adrien sonrió también.

—Tío, ¿de dónde has salido?

—Del Muro de Caronte.

Tenían claro dónde estaba el límite aquella noche, pero nada les privaría de llegar a la frontera. Adrien buscó el beso, que cobró intensidad y lo envolvió en una calidez que lo apartaba de Luzaria, de Noctia y del mundo entero. Por un instante las cosas dejaron de dividirse en dos: luz, oscuridad; verdad, mentira; lúzaro, noctis. Nada de eso importaba salvo la certeza de los labios de Tayr, el tacto de sus manos y su respiración agitada rebotando contra su boca. Y enredados en ellos mismos se desplomaron sobre la cama.



20 Una antigua maldición

El enésimo bufido de Elain estaba a punto de mandar al traste la paciencia de June, que caminaba junto a Ottana por delante del brujo. Aún le costaba encajar la idea de que aquel extravagante muchacho de aspecto descuidado y mirada asesina que vivía en un caserón perdido en ninguna parte fuese un soldado de las antiguas legiones áureas, un general, nada menos. Había oído hablar de ellas y había leído otro tanto al respecto en los libros, aunque no demasiado. Vivir en Noctia, aunque fuese unos pocos días, le había servido para entender lo poco que realmente sabía de los noctis. Conocía cada una de las razas y sus costumbres más superficiales, algo de la historia de aquel extenso territorio amurallado, pero no tenía ni la más remota idea de las tramas que se tejían entre las distintas *terras*, de la historia más real y arraigada en todas ellas y, mucho menos, de cualquier conflicto o enfrentamiento que hubiera existido alguna vez. Sabía de las antiguas guerras, por supuesto, pero no de las actuales tensiones o enemistades que aquellas viejas desavenencias habían arrastrado y prolongado a lo largo del tiempo. En Luzaria, el Consejo de la Luz se esforzaba por transmitir una imagen pacífica de sus vecinos oscuros, supuso June, en pos de no prender las alarmas de cualquier posible altercado.

Ottana se ajustó la capucha y continuó caminando a través de las intrincadas calles de *Ántico*, algo que parecía no hacerle ninguna gracia a Elain. El brujo se mantenía a una distancia prudencial, pero había insistido mucho en que la chiquilla no saliera de la casa. La actividad había disminuido ostensiblemente respecto de sus paseos anteriores por la ciudad bruja, pero aun así esta era todavía considerable.

—Mi señora... —insistió el joven brujo.

Para June no había pasado inadvertido el cambio en la manera de dirigirse a la chiquilla. 'Otanna', en la intimidad del hogar. 'Mi señora', en la calle.

Ottana aceleró el paso y le dedicó a June una breve sonrisa.

—¿Por qué no quiere que salgas?

—Porque si la emperatriz Liatli me viera en *Ántico* me decapitaría. Ella nos arrebató el trono.

—¿Y entonces por qué estás aquí? No parece muy seguro que lo hagas.

Ottana se detuvo bruscamente y miró a June con un desafío implícito en el brillo de sus ojos azules, oscuros como una tormenta.

—Porque la emperatriz y su nueva legión mataron lo único que me quedaba. A mi hermano. Antes lo habían hecho con el resto de mi familia, mi padre y mi hermana.

—¿Eres hija de Doroyan?

Ottana asintió con una sonrisa.

—Creí que estaba enfermo.

—Lo estaba. Pero Liatli lo mató.

La chiquilla retomó de nuevo el paso y June la siguió, tras sostener la fugaz e iracunda mirada de Elain.

—Lo siento mucho —murmuró—. ¿Cuándo ocurrió?

—Hace cinco años. Solo mi sobrina, mi hermano y yo sobrevivimos, pero a él le tendieron una trampa... Nos la tendieron a los dos y se lo llevaron. Hace pocas semanas supe que había muerto. Elain me lo dijo cuando volvimos a reencontrarnos; era su mejor amigo. Y ahora ya no tengo nada que perder. Si he pasado la vida huyendo del trono, de la responsabilidad y del miedo que me generaba ocuparlo, ahora lo haré a como dé lugar. Aunque sea lo último que haga, restableceré las cosas. O moriré en el intento.

June se detuvo mientras Ottana seguía caminando. Era tal la amargura que teñía la voz de aquella bruja que, por un momento, la sintió como propia. Anouk, el demonio de La Cógnota, había hablado de una sucesión serena en el trono de Ántico, afirmando que el emperador Doroyan había fallecido como consecuencia de una terrible enfermedad y que, tras la renuncia de su hija al trono, había sido su sobrina Liatli quien había ascendido a él. Pero por lo que Ottana le estaba contando, aquello no había sido así. La usurpación del trono brujo se había dado hacía solo cinco años, bajo un total secretismo y desconocimiento para el Consejo de la Luz. Y de pronto entendía por qué no la habían llevado a Ántico, una ciudad que aún parecía convulsionada por el brusco cambio de gobierno.

Elain la rebasó, ignorándola por completo y se detuvo unos pocos pasos más adelante, exasperado.

—¿Vienes o qué?

—¿Y a ti qué más te da? Es a ella a quien cuidas, ¿no?

—Me gustaría que no estuvieras aquí, cierto. Pero preferiría que regresases a tu Luzaria natal y que no puedan acusarnos de haber roto la Ley Común cargándonos a la humana de la Conmuta.

—¿Cargádonos? ¿Piensas matarme?

—No haría falta. Viendo las decisiones que tomas, tú sola lo habrás conseguido antes de...

Elain se volvió repentinamente ante el sonido metálico que había oído a su espalda. June la tuvo ante sí y la reconoció al instante: la joven que Sylvie había llevado a casa la noche anterior, la misma a la que había mordido. Aún logró distinguir el moretón en su cuello, pues la joven recogía su rubia y lacia cabellera en una trenza larga.

—Apártate en nombre de la Timoria —exclamó la muchacha, dirigiéndose al joven cuyo rostro no podía vislumbrar bajo la capucha.

June se volvió momentáneamente y comprobó que Ottana permanecía inmóvil allí, mirándolos también y tratando de ocultar su rostro ante la recién llegada, una soldado de la nueva legión imperial, según habían dicho.

Lejos de lo que había podido esperar, Elain desenvainó su espada lentamente y se interpuso entre ella misma y la chica.

—Es a ella a quien reclamo —repitió la soldado con los dientes apretados—. Si no quieres problemas con la Timoria, entonces hazte a un lado.

Elain se arrancó la capucha entonces, dejando su cabellera castaña al descubierto.

—¿Desde cuándo hablas en nombre de la Timoria, Anven?

Los ojos de la muchacha se abrieron mucho y por un instante, June creyó detectar en ellos un brillo nuevo y conmocionado. Pero duró apenas unos pocos segundos y a pesar de su turbación adoptó una postura defensiva, sosteniendo en alto su brillante espada.

Gritó y se abalanzó sobre Elain al tiempo que alguien tiraba del brazo de June: Ottana.

—¡Vamos!

—Pero y él...

—¡Él es un soldado de la Áurea, sabe defenderse, corre!

Y se alejaron apresuradamente dejando tras de sí el choque metálico de las espadas al saludarse.

Adrien abrió los ojos y casi se sintió tentado de pellizcarse para saber si lo había soñado todo. Pero no le hizo falta. Percibía el calor del cuerpo de Tayr

tras él y sentía el brazo del brujo sobre su cintura. Giró la cabeza, sonriendo y lo vio sumido en un sueño tranquilo. El cabello negro le caía sobre los ojos cerrados y Adrien se lo apartó con delicadeza. Se mordió el labio inferior, incrédulo ante aquella escena. Hacía apenas un mes no hubiera podido plantearse estar con alguien que no fuese Chris y sin embargo, pensar en su exnovio en aquel momento no le despertaba nada. Si alguna vez había dudado del paso que se había atrevido a dar con él, aquella noche con Tayr disuadió cualquier temor y eso que lo único que habían hecho juntos había sido hablar de banalidades y dormir; una escena de lo más cotidiana que les regaló el espejismo de una vida normal, sencilla.

Trató de incorporarse y solo pudo lograrlo de manera parcial, pero resultó suficiente para ver con claridad los tatuajes en la espalda del joven brujo, que yacía boca abajo. Los acarició con cuidado y también topó con distintas cicatrices que le pusieron los pelos de punta. Tayr se movió y lo miró con los ojos entrecerrados. Soplaban un vientecillo frío que entraba a través de la zona de la pasarela, por la que no había pared. El cielo era un lienzo de tonos malva y arrebolados. Desde allí divisaba el brillo del mar, convertido en pequeñas motitas sobre el agua inquieta. Casi parecía incierto que fuera de aquel remanso de paz, las cosas fuesen tan caóticas.

—Buenos días, brujo durmiente.

El brujo suspiró, sonriendo.

—Buenos días —respondió con voz ronca por el sueño.

—¿Qué significan? —preguntó Adrien después.

Tayr alzó de nuevo la cabeza y se apoyó sobre sus codos.

—¿El qué?

—Los tatuajes. Tienes dos.

—Es algo complejo —respondió tras un breve silencio.

—¿Son las iniciales de los nombres de tus amantes? —preguntó Adrien con sorna.

Tayr rompió a reír. Verlo de aquella guisa con el cara de sueño, abrumó a Adrien.

—¿Qué dices? No, en absoluto.

—¿Y entonces?

—¿De verdad te interesa?

—Me muero de curiosidad.

Tayr se deslizó sobre la cama y besó a Adrien en los labios, arrancándole todo el aire de los pulmones por lo inesperado de aquel gesto. Después apoyó

la cabeza en el hueco entre su cuello.

—Son las iniciales de las trece *terras* de Noctia —murmuró.

Adrien seguía deslizando sus dedos a través de la espalda del brujo, fascinado por la complejidad del dibujo.

—¿Por qué tienes eso tatuado?

—Creo que la unión es más fuerte que lo individual.

—¿Y la «A» de la nuca? ¿Es de Adrien?

Tayr volvió a reír y levantó de nuevo la cabeza.

—Es de Ántico. No cabía en otra parte. Tatuármelo en el culo hubiera sido irrespetuoso.

En esta ocasión fue Adrien quien rio.

—A mí no me lo parece. Tienes un culo perfecto.

—Gracias.

—¿Y el del pecho?

Tayr guardó silencio durante unos segundos en los que se limitó a aspirar el aroma de Adrien, tan nuevo para él, tan fascinante.

—No tienes que contármelo si no quieres —murmuró el muchacho, captando una aparente reticencia.

El brujo se apartó y permaneció tumbado a su lado.

—A veces es necesario tener presentes los malos recuerdos. —Giró la cabeza y se encontró con la atenta mirada de Adrien, que lo observaba desde un ceño fruncido y una expresión grave—. Por ahora, prefiero no tocar el tema.

—Vale, lo siento.

—No te disculpes. —Volvió a alzarse y lo besó de nuevo—. No podías saberlo.

Adrien asintió.

—¿Y las cicatrices? ¿Cómo te las has hecho? Tienes muchísimas.

—Van ligadas al tatuaje.

—De acuerdo. Nada de preguntas por ahora.

—¿Te molesta? Dijiste que no hago más que darte evasivas, pero...

—No me molesta. Solo me inquieta pensar en todo lo que hayas podido pasar.

Tayr esbozó una sonrisa serena.

—Ahora estoy aquí, contigo y lo que haya pasado da igual. O lo que tenga que pasar.

Volvieron a besarse y Adrien sentía que podría estar todo el día

haciéndolo, besando aquellos labios de los que nunca se saciaría, abrazado a la calidez de Tayr, acariciando su piel, incluso aquellas heridas de las que no quería hablar.

—Tengo una sorpresa para ti —le dijo después.

Se levantó y caminó hasta el otro extremo de la habitación, mientras Tayr se erguía, aún en la cama.

—¿Qué es? —preguntó sonriendo.

—Esto.

Adrien cogió una guitarra que había colgada en la pared. Sintió un frío glacial cuando abandonó el lecho y regresó rápidamente, sentándose con la espalda apoyada en el cabezal.

—¿Escogiste este apartamento porque había una guitarra? —le preguntó—. Parecías fascinado la primera vez que viste una en casa.

—Lo cierto es que no me había dado cuenta. Lo escogí porque estaba vacío.

—Casi todos lo están. Bueno, ¿te parece muy loco que en mitad de todo este caos te toque una canción?

Tayr hizo más amplia su sonrisa.

—Una completa locura. Adelante. ¿Podrías cantar también?

—No, canto fatal.

—No es cierto.

—Vale. Pero no te rías.

—¿Cómo iba a reírme, Adrien?

—De acuerdo.

Carraspeó mientras sus dedos se deslizaban sobre las cuerdas, sin orden al principio y entonando una melodía después; una música que acompañó con su voz ante la entregada mirada de Tayr.

[Escucha el audio de 'Adrien' en la web de la autora].

—Bueno... ¿qué? ¿qué te ha parecido?

—Increíble.

—Chris se partía de risa cuando la tocaba. Decía que no era lo mío.

—Mataría a ese imbécil.

Adrien pestañeó, desconcertado.

—No debería haber dicho eso, olvídalo —se disculpó—. Es agua pasada, no quiero hablar de él.

—Los malos recuerdos puedes tatuártelos o no, Adri, pero te forjan. Te hacen ser como eres, forman parte de ti y no puedes desterrarlos.

—A veces te hacen más fuerte, ¿no?

—Si no se te llevan por delante, siempre te hacen más fuerte. Pero tienes diecisiete años, una nobleza absoluta y un concepto de la lealtad inquebrantable. No mereces nada de lo que te hizo pasar.

Adrien se volteó hacia él.

—Ahora estamos tú y yo —susurró—. No quiero hablar de él. No quiero que forme parte de mi vida, aunque lo haya hecho. Ya no.

Tayr volvió a encajarse en el hueco de su cuello y Adrien lo abrazó abandonándose entre su piel, pero aquellas palabras, el brillo en sus ojos al pronunciarlas y esa parte oscura que Tayr conservaba como la misma luna, instalaron en él un temor al que deseaba darle la espalda: «lo mataría».

—¿Has matado alguna vez?

La pregunta dejó la estampa congelada. Tayr no se movió y Adrien tampoco. Permanecían abrazados, pegados el uno al otro, buscando una fusión eterna.

—Sí, he matado muchas veces.

Y las acusaciones de June, aquellas que había desterrado sin razones objetivas, cayeron sobre él como una losa. Estaba enamorándose de Tayr y no podía ignorarlo, pero seguía siendo un completo desconocido que ocultaba una historia de dolor y muerte.

Como si fuera capaz de percibir el cambio producido, el brujo se apartó y recogió los pantalones del suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Adrien.

—Pasa que el paraíso tiene final. Me está buscando toda la ciudad, Adri —concluyó Tayr.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a volver a Noctia?

—No puedo volver sin la...

Guardó silencio cuando, al recoger la camisa, apartó el pantalón de Adrien y encontró algo brillante entre la ropa: una llave que sostuvo mientras miraba al lúzar.

—¿De dónde has sacado esto?

—Me lo dio Hilmagenta Breaker.

—¿Hilmagenta Breaker?

—Es la...

—Sé quién es. ¿Pero por qué te lo ha dado?

—No lo sé. —Adrien se puso en pie y recuperó, también, sus pantalones de las manos de Tayr—. Estuve hablando con ella, traté de averiguar algo más sobre esa vara, pero lo cierto es que no fue nada clara. Los feéricos nunca son claros cuando hablan. Mi madre es una y no... —Tayr lo miraba, sonriendo—. ¿Qué?

—¿Lo has hecho por mí? ¿Le preguntaste sobre la vara por mí?

—Pues claro, idiota. —Adrien se acercó a él y Tayr lo tomó de la mano.

—Gracias, Adri.

—No me las des, ya te he dicho que no sirvió de nada.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—Adrien, acabas de decir que los feéricos no son claros hablando. Cualquier cosa que te explicase, cualquier desvarío... dímelo.

El lúzaro resopló, como si le costase reproducir las palabras de la feérica.

—Dijo que cuando te enamoras pierdes de vista la tierra, como si buscaras asidero en las estrellas, pero que no debes hacerlo. Que el suelo sirve para impulsarse. O algo así. Ya te he dicho que no tengo nada.

El brujo lo sujetó de la cara para plantarle un pasional beso en los labios que dejó a Adrien a medio vestir.

—Tienes más de lo que crees. ¿Y si esta llave es la puerta en la que está la vara?

—Qué va. Es la llave del Consejo. La tienen todos los...

—No te la hado porque sí.

Ottana se detuvo, resollando y se despojó de la capucha tan pronto como hubieron abandonado las sombras recortadas de la ciudad de Ántico. El bosque las engulló, ofreciéndoles su dudosa protección.

June miraba a la chiquilla, sorprendida de no sentirse tan fatigada como ella. Tal vez, su nueva condición estuviera exponiéndole otra de sus escasas ventajas. Sentía que podría pasarse el día corriendo sin que eso le supusiera el más mínimo atisbo de cansancio.

—¿Por qué lo hemos dejado allí? —preguntó cuando Ottana se hubo repuesto un poco.

—Porque si esa soldado me ve, estoy muerta, ya te lo he dicho.

—Bueno, ¿y qué hacemos aquí?

Observó la espesura que se alzaba en torno a ellas, las hojas que se mecían en las atiborradas copas de unos árboles altos y esqueléticos. Colgaban lianas desde sus altas ramas y el sotobosque engullía sus pies, generándole cosquillas y una sensación de inquietud al no poder adivinar qué había debajo.

Ottana empezó a caminar y June la siguió sin dejar de escrutar el oscuro bosque. La luna se había perdido en una masa de nubes pequeña, pero compacta. June se detuvo cuando al contemplar una montaña de roca en la parte más profunda del bosque, una especie de gruta o cueva que le recordó a aquella otra en la que había visto a Ottana por primera vez, pero no creía estar en el mismo lugar.

—¿Son Las Catacumbas? —se atrevió a preguntar.

Ottana le dedicó una sonrisa traviesa al tiempo que seguía acercándose.

—También están cerca del caserón en el que vivía con los brujos.

—Las Catacumbas tienen varios accesos. Conectan múltiples *terras* por el subsuelo y fueron muy útiles en tiempos de guerra. De guerra activa, quiero decir. De una forma o de otra, siempre hemos vivido así —se lamentó—. Sé que los brujos del caserón trataron de dar conmigo porque me habían visto alguna vez. Fue cuando supe que Elain seguía con vida; él sí me encontró.

—¿Y qué es exactamente lo que buscas en ellas?

—La barca.

Ottana respondía preguntas con gran naturalidad, sin conferirle importancia alguna a las preguntas que June le formulaba.

—¿Qué barca?

—La de Caronte.

Aquello fue lo único capaz de detenerla. Apenas había cruzado el umbral de las Catacumbas y el silencio denso del bosque le permitió oír el repiqueteo del agua golpeando en algún lugar de aquella gruta enorme y oscura. Los bosques de Noctia eran muy diferentes a los de Luzaria, solía pensar. O los sonidos se multiplicaban o el silencio planeaba sobre ellos como un velo de miedo. Debía de ser temprano aunque el cielo de Noctia continuase siendo un lienzo negro con borrones grises.

—¿Para qué buscas la barca de Caronte?

—Lo que pasó a mi familia está relacionado con una antigua maldición llevada a cabo por Caronte. Durante toda mi vida he temido esa maldición. A decir verdad, durante toda mi vida he temido a todo. —La voz de Ottana empezó a tornarse temblorosa, pero ella mantuvo el avance y seguía mirando

al frente, como si no estuviera revelándole a June algo extremadamente doloroso. Y por alguna razón, June era incapaz de emocionarse o conmoverse ante las lágrimas de la joven bruja.

—Solía esconderme tras los muros del castillo y dejar que los demás resolvieran mis problemas, pero eso ahora no sirve. Ahora le debo algo a mi estirpe.

Se detuvo un instante y se enjugó las lágrimas con el antebrazo.

—Esa maldición —acertó a preguntar June—, ¿tiene que ver con las monedas con las que se paga a Caronte?

Recordó que Eugene había empezado a explicarle algo al respecto, pero no había llegado a saber nada más.

—Así es. Cada cien noches, el barquero regresa. No puede abandonar el río, pero sus secuaces buscan almas.

»Mi antepasada, la emperatriz Tanray, estaba conquistándolo prácticamente todo, pero la vida se le acababa y ella quería más. Le solicitó la inmortalidad a Caronte y este se la concedió a cambio de trece almas cada cien días. Y empezó cumpliendo el pacto. Sus prisioneros surtían a manos llenas los reclamos del barquero.

»Pero las *terras* se rebelaron y la guerra se recrudeció. Ella murió después de que varios noctis recurrieran a la Magia Antigua para acabar con su inmortalidad y cuando Caronte quiso cobrarle el paso, no tenía los arkanais. —June se llevó la mano instintivamente al bolsillo donde aún guardaba la moneda de Eugene—. Los rebeldes los habían robado y se los habían repartido, como señal de triunfo sobre Ántico.

»El barquero sigue viniendo. Mientras no rompamos esa maldición, seguirá volviendo y mantendrá las almas de mi familia atrapadas en los Fuegos de Athalión.

» Algunos de mis antepasados trataron de subsanarlo pero ahora es Liatli quien ocupa el trono y ella hizo creer a todo el mundo que es solo la rama de Vakko la que arrastra la maldición. Su apellido es distinto y afirma que con su gobierno acabará la maldición. Pero no es así porque Liatli es tan descendiente de Tanray como yo.

—Jamás había oído esa historia.

—Supongo que muchos de los secretos noctis mueren en el Muro de Caronte, que las piedras hacen algo más que contenernos fuera de tu mundo.

—Pero lo que explicaste antes... el asesinato de tu familia, ocurrió hace escasamente cinco años. ¿Cómo es posible que no supiéramos nada? Los

Intercambios ya se efectuaban entonces y todo el mundo pensó que se llevó a cabo una sucesión sin más.

—Aquellas invasiones sangrientas que llevaba a cabo la emperatriz Tanray quedaron atrás. —June recordaba haber escuchado esa misma historia en boca de Anouk, que al parecer no había sido fiel del todo al auténtico relato —. El Consejo de Nix ha puesto siempre mucho empeño en que las cosas no se sepan en Luzaria porque la Ley Común se aboliría y el Muro quedaría sellado. Por eso, las Conmutas se han llevado a cabo en *terras* estables y desde hace tiempo, nunca en territorio brujo.

—No puedo creer que las cosas sean tan desastrosas y nadie supiera nada —fue capaz de decir June tras un breve silencio en el que ninguna de las dos se movió.

—Desde que Tanray estableció el pacto con Caronte, las almas de todos mis antepasados muertos han quedado atrapados en los Fuegos de Athalión, un lugar horrible, y así seguirá pasando hasta que el pago con el barquero se efectúe.

—¿Y tú sola pretendes enfrentarte a él?

—Elain cree que no es la manera. Piensa que no conseguiré nada así y por eso me prohíbe mis excursiones a Las Catacumbas, pero lejos del trono no tengo otra manera de intentarlo si no es destruyendo su barca. Cuentan que se oculta en Las Catacumbas. Cada cien noches, la Vía Negra se convierte en un río de agua oscura y él la sigue como si fueran las venas de un monstruo insaciable.

—¿Y qué podrías conseguir desde el trono?

—Recuperaría a la Áurea, la Argentum y la Aes; hasta a la Praes, la legión de formación. Las legiones antiguas podrían luchar contra el barquero, pero no es eso lo que a la emperatriz Liatli le interesa porque Caronte la libera de todo aquel que considera una amenaza. Y porque su gran objetivo está al otro lado del muro. Para ella, ahora mismo, la maldición es algo secundario.

—¿Al otro lado del muro, has dicho? ¿Luzaria?

—Así es. ¿Qué emperatriz ambiciosa va a conformarse con que la dejen salir a dar un paseo de vez en cuando por otro mundo? Si lo conquistas, es tuyo y campas por él a tus anchas.

—¿Y las legiones le son leales?

—Las ha destrozado. Áurea, Argentum, Aes... Son solo historia. Ha recuperado a la Timoria, la legión de la emperatriz Tanray y ha puesto al frente a nuevos generales que, por supuesto, le obedecen. La Praes le resulta tan

insignificante que ni la ha tocado. Además, siempre se necesitan nuevos soldados y allí se forman.

—Dijiste que Elain era un general de la Áurea.

—Lo fue. Pero Liatli trató de matarlo, como hizo con los demás. Por suerte, Elain fue más rápido y más listo. Escapamos de Ántico, él, mi hermano, mi cuñada, mi sobrina y yo. Estaban a punto de darnos caza, así que nos pusieron a salvo y Elain y Resryon dejaron una pista para que los siguieran.

»Estuve largo tiempo sin saber nada de ellos, hasta que Elain volvió... solo. Me contó sobre la muerte de mi hermano y entonces juré que no descansaría hasta vengarlos a todos.

Cuando Adrien quiso abrir la puerta del habitáculo que habían ocupado, le resultó imposible. Empujó, golpeó y zarandeó el pomo sin que eso le sirviera de nada. Tayr lo miró al tiempo que guardaba en una mochila las últimas latas de comida que habían encontrado allí. No tenía ni la más remota idea de cuándo podría volver a comer, de modo que toda provisión era oro.

—¿Qué pasa?

Adrien abrió la boca, pero no llegó a responder. Tayr se volteó, centrando la atención en el mismo punto en el que el lúzaro la había fijado. Una familia de mareas los miraba, sorprendida. Adrien nunca podía dejar de fascinarse ante la presencia de aquellos peculiares seres que tan poco frecuentaban las calles de la ciudad. Su morfología era humanoide aunque sus brazos eran ligeramente más largos y tenían ancas entre unos dedos largos y estilizados. Su piel tenía un ligero tono verdoso y solían ir completamente desnudos, sin que eso expusiera forma alguna en ellos. No podía distinguirse el pecho ni el ombligo ni ninguna marca sobre una dermis lisa y brillante. Pestañeaban de una forma extraña, demasiado lenta.

—Es él, Joy —dijo la mujer—. El brujo al que están buscando.

—Llama a la Guardia Blanca, Verence, que avisen al Consejo.

El hombre se mantuvo en el extremo de la pasarela, sujetando a sus dos pequeños de la mano, mientras la mujer se movía con cautela por el habitáculo, sin apartar la mirada de Adrien y Tayr, buscando el teléfono.

—Por favor, no llamen a nadie —le pidió Adrien—. Ya nos íbamos.

—¿El muchacho no es el hijo de Ander Winchester? —quiso saber la

marea, como si él mismo no estuviera allí.

El hombre lo miró, entornando los ojos y asintió.

—Sí, tienes razón. Debe de haberlo arrastrado hasta aquí como rehén. Aléjate, muchacho. Llamaremos a tu padre y no...

—¿Es que no me han oído? No soy su rehén, solo quiero que nos dejen largarnos de aquí. Abra la jodida puerta y olvídense de que nos han visto.

El matrimonio cruzó una mirada grave, pero Tayr dio un paso al frente, inquietándolos aún más.

—Adri, hazles caso.

El lúzarlo lo miró, estupefacto.

—¿Qué?

—Vuelve a tu casa. Allí estarás seguro.

Avanzó a largas zancadas hacia Adrien, que se mantenía en un extremo de la habitación.

—¡No te muevas! —gritó el hombre, inquieto.

Pero Tayr hizo caso omiso y sostuvo a Adrien de la cara.

—Vuelve a casa, esto es peligroso. Yo sé cuidarme, no me pasará nada. Te lo prometo.

Lo besó, un contacto rápido aunque intenso del que al brujo le costó separarse. Después, centró su mirada en el hombre y los dos niños que se abrazaban a él en el extremo de la pasarela, temblorosos.

—Apártese —le ordenó Tayr.

—¿Qué? ¿Qué quieres hacer? —exclamó Adrien—. ¿No pretenderás...?

—Apártese —repitió él.

El hombre se limitó a negar con la cabeza mientras su mujer hablaba ya con las autoridades pertinentes. Adrien cruzó la habitación y le arrebató el teléfono de las manos al tiempo que Tayr arrancaba una carrera frenética tras la que saltó sobre la cabeza del hombre.

—¡No! —bramó Adrien, corriendo hasta el extremo de la pasarela.

Palideció mientras veía el cuerpo de Tayr precipitándose desde una altura temeraria al mar embravecido. Las crestas de espuma chocaban contra los acantilados mientras los broncíneos rayos del sol matinal se zambullían en el agua, tiñéndola de su mismo color.

Adrien ni siquiera oía lo que decían tras él. El matrimonio de mareas hablaba, alterado, pero él solo tenía en mente otra locura más. La enésima. Resopló y saltó desde lo alto notando al instante la falta de aire en los pulmones. Quiso gritar y no lo consiguió; menos aún cuando su cuerpo impactó

contra el agua helada y sintió que perdía la consciencia. Mil agujas parecían estar clavándose en su piel que quemaba y se congelaba por igual. Logró mantener los ojos abiertos apenas unos pocos segundos más, mientras veía cómo la luz del día en la superficie se convertía en un punto ridículo que desapareció junto a su consciencia.

La espalda de Elain chocó con violencia contra una fachada y la espada de Anven descargó con fuerza sobre él, que logró apartarse a duras penas. Estaba desarmado y sentía el pecho a punto de explotarle, pero hizo un último esfuerzo, sujetando la muñeca de la chica y girándola con brusquedad. Ella siguió el gesto con su cuerpo y se volteó propinándole, por fin, un codazo en la boca al joven brujo, que puso punto y final al combate. También ella resollaba y le escupió una mirada de autosuficiencia mientras relajaba su postura corporal, dando a entender que aceptaba la rendición de Elain.

—No puedo creer que estés aquí —le dijo la chica con desdén.

—Hay muchas cosas difíciles de creer —respondió él, pasándose el antebrazo por la nariz ensangrentada—, como verte en las filas de la Timoria, por ejemplo.

—¿Y cuál era la otra opción? ¿La soga? La muerte nunca es una alternativa.

—Se convierte en una si al otro lado está la humillación, doblegarse, someterse, entregarse. Venderse.

—¡No me he vendido a nadie! —gritó Anven, furiosa—. Y deberías largarte antes de que te venda a ti. Te torturarán, ¿sabes? Te ejecutarán. Que fue exactamente lo que me hicieron a mí hasta arrancarme un jodido juramento de lealtad. Vete a la mierda y llévate tus juicios contigo.

Elain guardó silencio mientras la miraba.

—Han pasado cinco años —observó, sin mover la espalda de la fachada contra la que había terminado— y sigues destilando el mismo odio.

—No, en eso te equivocas. Destilo mucho más. Juraste que lo protegerías, que darías tu vida por él, que no permitirías que nada malo le ocurriera, pero está muerto.

—Y tú rindes pleitesía a su asesina. Hice todo cuanto estuvo en mi mano, Anven.

—Pues no fue suficiente. Él era el único que podría solucionar todo esto.

En su día, dio un paso al frente, hubiera dado dos y tres y los que hubiese hecho falta. Pero no supiste protegerlo.

—Parece que hables de un crío indefenso. Resryon era el hijo del emperador, el mejor general que conoció la Leggio aun con apenas dieciocho años.

—La Leggio... Ahora solo existe la Timoria. Ni la Áurea ni la Argentum ni la Aes.

—De sobra lo sé.

—Pues resulta sorprendente. Desapareciste. Las noticias de su muerte llegaron, pero de ti no se sabía nada y pensé que tú también habrías muerto. Ya veo que no.

—Cosa que te congratula.

Elain trató de camuflar el dolor con ironía y no estuvo seguro de haberlo conseguido.

—Lárgate de aquí y no vuelvas —zanjó Anven—. O no titubearé en entregarte.

Pasó sobre la espada que Elain había perdido y la pateó, devolviéndosela a su propietario, que solo pudo ver cómo la joven se alejaba a través de la solitaria calle antigua. Hubo un tiempo en el que Anven había sido su hermana, igual que Resryon, pero aunque apenas habían transcurrido cinco años desde lo sucedido, a Elain le pareció otra vida, una muy lejana que prácticamente recordaba como ajena. Solo entonces se dio cuenta de que Ottana no estaba allí. Y tampoco June. «Mierda».



21 Uniones y desuniones

Un fuerte zarandeo le arrancó de las garras de un sueño profundo y oscuro. Volvió a sentir el frío apretándole cada hueso y cada músculo de su cuerpo, pero aquella gélida sensación se desvaneció por completo cuando fue capaz de distinguir el rostro que se ceñía sobre él. Era Tayr. Lo vio resoplar y detectó una mueca de alivio en su cara. No podía estar fingiendo; nadie sabía hacerlo tan bien, ni siquiera un brujo de Noctia.

—Joder, Adrien, ¿qué mierda estás haciendo? Podías haberte matado.

Adrien no se movió y trató de cerrar los dedos de las manos, constatando que estaban en la playa de Luzaria. Sus manos entumecidas apenas lograban rasgar la arena, pero el sonido de las olas era inconfundible. Alzó los ojos hacia un cielo gris de nubes cerradas aprisionando al sol.

—Adrien, ¿me oyes?

Asintió y trató de sentarse con la ayuda de Tayr. Lo miró y estaba completamente empapado, igual que él mismo.

—¿Tú me has sacado?

—Claro. ¿Por qué cojones saltaste?

—Por tú lo hiciste también. Te dije que no te dejaría solo.

Tayr colocó su mano sobre la mejilla de Adrien.

—Estás loco. No quiero arrastrarte en esto.

—¿No te das cuenta de que yo ya estoy hasta el cuello en esto? —Tosió y sintió la garganta hirviéndole. Hablar le costaba un mundo, pero al mismo tiempo sentía que las palabras le brotaban como una fontana, con la necesidad de saciar la sed y el tormento.

Adrien trató de ponerse en pie cuando Tayr lo hizo primero, pero se tambaleó sin llegar a conseguirlo.

—Hay que quitarte esta ropa empapada.

—Si vuelves a quitarme la ropa, huir será lo último en lo que piense.

—Muy gracioso.

—En serio, no podemos perder más tiempo.

—Perderemos todo el que haga falta en cambiarte. Te va a da una hipotermia.

Logró incorporarse apoyado en el brujo, que oteaba el entorno como si

buscase la solución más oportuna.

—Al final voy a pensar que te preocupas por mí —murmuró Adrien con una sonrisa tonta.

Tayr volvió a mirarlo.

—¿A qué viene eso?

—Lo siento —se disculpó al ver la expresión herida del noctis—. Supongo que no estoy acostumbrado a que se preocupe por mí alguien que no sea mi familia.

—Olvídate ya de ese gilipollas, Adrien. Yo no soy él.

—Ya lo sé. No pretendía compararte.

—Vamos, anda —concluyó, apoyándolo en él.

En el interior de Las Catacumbas discurría un sendero oscuro. June no hubiera creído que se tratase de la Vía Negra, cuyo trazado estaba perfectamente delimitado entre el verde oscuro que conformaba el suelo noctis o entre las zonas arenosas o rocosas. Serpenteaba como un reptil eterno zambulléndose en cada *terra* sin llegar a penetrar en ninguna de ellas. Ottana le había explicado que aquel camino se convertía en agua una vez cada cien años. Solo entonces reparó en que no tenía ni la más remota idea de cuándo sucedería aquello. Abrió la boca para lanzar la pregunta, pero enmudeció al comprobar que Ottana había tomado asiento sobre una roca y apartaba su melena rizada hacia un costado, tratando de refrescarse. Habían penetrado en la gruta a una profundidad considerable. El acceso era escarpado y en absoluto sencillo, pero al parecer, la joven bruja había efectuado el trayecto en más de una ocasión y lo conocía a la perfección. Incluso había colocado teas en algunos puntos de la pedregosa pared.

June apartó la vista, tratando de centrarse en otra cosa. Un insecto, un saliente en la roca, una estalactita; lo que fuese salvo aquel cuello largo y apetecible que despertaba en ella una sed irrefrenable.

—Hay varias bifurcaciones en unos cien metros —explicó Ottana—. El acceso oeste es el que lleva hasta la *terra* bruja de...

Se interrumpió al escuchar un grito agudo y seco y comprobó que Elain sujetaba a June mientras esta forcejeaba, exhibiendo unos colmillos largos y afilados. Algo se había modificado en su expresión, arrastrándola a un hambre

animal.

—No deberías perderte en grutas oscuras con un vampiro —la reprendió Elain. Sujetar a June le estaba exigiendo un considerable esfuerzo, pero, en apariencia, las fuerzas le daban para eso.

Ottana se soltó el pelo y reculó, regresando junto a ellos.

—Aléjate, por favor.

—Elain, ¿podrías cazar para ella?

—¿Qué?

El brujo alzó una ceja y echó la cabeza hacia atrás cuando June volteó la suya, amenazándolo con un siseo.

—Ayudaría que pudiera calmar su sed.

—Joder, cazar para una vampira. ¿Pretendes superar conmigo los límites de toda humillación?

—Vamos, seguro que podría ser peor —Ottana sonrió, crispando la paciencia de Elain.

—No puedo dejarla aquí contigo. Te despedazará.

Ottana se desprendió del cinturón que llevaba puesto y, mientras Elain sujetaba las manos de June, ella las ligó con fuerza. Cuando la joven hubo concluido, el brujo la empujó hasta la pared de roca y dobló los soportes de una de las antorchas que Ottana había colocado durante sus excursiones anteriores para que mantuviera sujeta a la vampira.

Elain sacó una daga de su cinturón y se la entregó a Ottana.

—Vuelvo enseguida, pero si intenta algo, no dudes en actuar.

Ottana asintió, como si escuchara por enésima vez la misma orden. Y en pocos segundos la figura de Elain desapareció con el mismo sigilo con el que había llegado hasta allí.

Colarse en un apartamento de la Avenida Asthon no había parecido muy sensato, máxime al descubrir que estaba ocupado por un matrimonio humano de avanzada edad.

Tayr salió de una habitación terminando de ponerse un jersey oscuro que le quedaba algo estrecho. Adrien, que ya se había cambiado, permanecía

sentado frente a los ancianos en un intento por tranquilizarlos.

—¿Lo ven? —preguntó—. Ese chico no es el brujo que sale en televisión. Es mucho más guapo.

Los ancianos intercambiaron una mirada curiosa.

—Sí —murmuró la mujer—. El chico tiene razón. Ese monstruo tenía el cabello algo más largo, ¿verdad, Charles?

El viejo asintió con vehemencia mientras Adrien miraba a Tayr, riendo. El brujo negó con la cabeza y se mantuvo apoyado sobre el mármol de la cocina que conectaba con el salón. La mujer se puso en pie y se acercó a él, sonriente.

—Entendemos el modo en el que habéis entrado en casa —dijo, sonriendo aún—, aunque nos habéis dado un buen susto.

—¿Lo entienden? —preguntó Tayr, fijando de nuevo la mirada en Adrien.

—Claro —exclamó la mujer—, tu chico nos ha contado lo vuestro y lo incomprensión de vuestros padres. Nunca entenderé esa intolerancia ridícula hacia el amor. Hacéis una pareja preciosa.

Tayr contuvo la sonrisa mientras miraba a Adrien.

—Podéis quedaros si queréis —intervino el anciano—. Tendréis una cama para los dos —añadió, con una risa pícaro.

—No podemos quedarnos, señor Huges —sentenció Adrien, incorporándose—, pero se lo agradecemos mucho.

—En ese caso tened cuidado. —Victoria hablaba mientras metía comida en una bolsa—. La ciudad está revuelta con el dichoso noctis huido. Pero vosotros os tenéis el uno al otro.

—Gracias, señora.

Tayr recogió la bolsa que la mujer le cedía y, sin más demora, desaparecieron de allí.

Habían dejado atrás los barrios cercanos a la costa y se movían por la zona más complicada de Luzaria. Las patrullas de la Guardia Blanca seguían salpicando cada calle de la ciudad, apostadas en cada esquina, vigilantes, alerta. Los caballos acompañaban a los coches y desde el aire, los destacamentos feéricos custodiaban cada rincón. El cerco se estrechaba, la búsqueda se intensificaba y la huida era cada vez más compleja. Hacía rato que habían visto la imagen de Adrien en el televisor de aquel viejo matrimonio. Todo el mundo pensaba que Tayr lo ha raptado, pues la familia de mareas en cuyo apartamento cayeron así lo había relatado.

—Joder —exclamó Adrien—, si vieron que salté detrás de ti, que no me obligó nadie. ¿Por qué coño siguen diciendo que me has raptado?

—Porque el brujo tiene que ser un auténtico hijo de puta a ojos de la población.

Adrien lanzó un suspiro, desinflándose.

—¿Cómo vamos a seguir moviéndonos si no tenemos ni idea de adónde ir? —exclamó Adrien.

Tayr lo miró con gravedad y el muchacho supuso que había hecho demasiado evidente su tono furioso, desesperado. Pero era así como se sentía y no podía evitarlo.

Tayr extrajo la llave que Hilmagenta Breaker le había entregado a Adrien y la observó con detenimiento. Restó pensativo durante unos minutos eternos y alzó la vista para ver a la enésima patrulla feérica surcar el cielo entre los altos edificios.

—Nos van a ver —murmulló Adrien.

—Yo creo que ya nos han visto.

El lúzaró negó con la cabeza.

—Imposible. Si nos hubieran visto, ya nos habría caído encima todo el mundo.

Tayr empezó a caminar con la mirada hacia el cielo, siguiendo la dirección del último destacamento feérico.

—¿Adónde vas? Nos van a ver, Tayr.

El brujo continuó caminando. Apresuraba el paso a medida que avanzaba y, dejando atrás el entresijo de calles estrechas que formaban el barrio de Limbea, se detuvo ante el límite del distrito élfico de Tinsul.

—¿Qué puede haber ahí? —preguntó sin mirar a Adrien.

El lúzaró se mantenía detrás de él con el ceño fruncido y el desconcierto por bandera. Tayr se giró y lo miró.

—Las estrellas como asidero, pero sin perder el suelo; lo único que puede impulsarte. Enamorado. ¿Dónde sellan su unión los elfos?

—¿Qué?

—Sé que llevan a cabo una ceremonia llamada el *Uilmel* o algo así. ¿Dónde lo hacen?

—En la catedral de Ladasdir, ¿por qué?

—¿Hay algún paso subterráneo allí? ¿Algún acceso, un sótano?

Adrien asintió con poca convicción.

—La cripta de Afros, el semidiós, lo llamaban, aunque siempre pensé que

era más una leyenda que cualquier otra cosa.

—Por lo pronto, creo que puede ser nuestro destino.

—A ver, ¿crees que los feéricos nos han visto y nos han ignorado y ahora piensas que debemos llegar hasta la catedral de Ladasdir? ¿Qué te has fumado?

—Hilmagenta Breaker te dio esto, ¿no? Te dio la llave que abre la puerta donde se guarda la vara, pero como bien dices, los feéricos no quebrantarían la Ley, a no ser...

—A no ser nada, no la quebrantarían jamás.

—A no ser que la Ley esté empezando a convertirse en algo corrupto y podrido que seres como ellos nunca aprobarían.

—Estás desvariando. Ni siquiera sabes si esa llave abre, realmente, la puerta que custodia la vara.

—Le hablaste de la vara, le preguntaste y te dio esto.

—Sí, pero ¿por qué el barrio élfico?

—Porque los elfos son los hijos de las estrellas, pero también criaturas de la tierra. Llámalo intuición. Vamos.

Amblaidin era un oasis verde en mitad de una jungla de asfalto. Sus árboles milenarios se elevaban como columnas gigantescas que competían con los rascacielos. No podrían llegar a ganar en altura, pero sí en belleza. Las copas caían en gráciles ramas dobladas de gran elasticidad que dejaban las flores de vivos colores colgando como suaves cortinas a las que mecía la brisa. No parecía tan fría en aquel lugar. Tampoco había caminos trazados en la hierba virgen que crecía salvaje por doquier.

La Guardia Blanca había llegado igualmente allí a caballo, pero el difícil acceso generaba más vacíos en cuanto a vigilancia y el avance pareció, de pronto, más fácil.

La cascada que descargaba en el lago empezó a oírse y Adrien supo que estaban cerca de la catedral élfica. De lo que no tenía ni la más remota idea era de cómo iban a entrar, pues Ladasdir era un templo perfectamente vigilado durante las veinticuatro horas del día. Recordaba una excursión con el instituto hasta aquel lugar de culto para los elfos. Apenas habían podido estar en el interior unos pocos minutos, tal era el recelo de sus diestros artesanos, por lo que apenas podía recordar ningún detalle de sus amplias salas, pero lo que sí recordaba a la perfección era a los guardias apostados en cada puerta y en cada acceso. Los elfos más inquietantes de Luzaria.

Antes de que dieran un solo paso más, el teléfono móvil de Adrien emitió

un sonido extraño, que llamó la atención de ambos; era el sonido de una llamada entrante, pero después del impacto recibido en la taberna, el dispositivo había quedado seriamente dañado. Adrien resopló al ver, de nuevo, el nombre de Chris en la pantalla.

Tayr le arrebató el teléfono de la mano y lo tiró al suelo para pisotearlo una y otra vez hasta que el tono de llamada dejó de sonar. Adrien alzó una ceja, desconcertado ante aquel gesto.

—¿Celoso, Tayr? —preguntó en tono jocoso.

—Esos cacharros dan tu localización, ¿no es así?

La sonrisa socarrona se borró del rostro de Adrien, que no acertó a responder.

—Pueden haber sabido todo el tiempo dónde estás.

—Tienes razón. Lo siento.

—Vamos.

Por suerte para ellos, el barrio elfo estaba tan desierto como las restantes calles de Luzaria. No tardaron en divisar la catedral, una mole de piedra salpicada de verde en pequeños balcones que moteaban la fachada. Con motivo de la búsqueda de Tayr, ni siquiera había guardias allí, una situación insólita que daba buena muestra de los recursos que estaban destinando a la búsqueda del brujo.

—Parece que no creen que puedas ocultarte en el barrio élfico —observó Adrien, mientras avanzaban.

—Es como meterse en la boca del lobo. Supongo que todos piensan que quiero volver a Noctia. Al fin y al cabo, el asunto de la vara no entraba en los planes de los dos Consejos.

Después de asegurarse de que no había nadie en los alrededores, empujaron un portón pesado y de recia madera oscura que no cedió ante el empuje. Estaba cerrado.

—Mierda —masculló Tayr.

—Espera, aparta.

Adrien extrajo un pasador del bolsillo de su pantalón y se agachó ante la puerta, introduciéndolo por la cerradura. Tardó unos minutos en acertar hasta que un crujido seco les indicó que la puerta estaba abierta.

—Eso ha sido muy... delincuente —apuntó Tayr, en tono sarcástico.

—No subestimes lo que puedes encontrarte en un pantalón de June. Me pregunto por qué no se llevaría este.

La puerta cedió lentamente con la fuerza de Tayr. Pesaba mucho y tras ella

se resguardaba un templo de gran belleza. Cerraron de nuevo el elevado portón y, por unos segundos, se admiraron en la hermosura de aquel lugar. Era una nave amplia construida en roca blanca desde cuyas paredes colgaban hermosas enredaderas con flores violáceas. Había bancos de piedra a uno y otro lado y en la parte central, allá donde toda iglesia tendría un púlpito, se encontraba una pequeña fuente que esparcía multitud de chorros pequeños por todo el perímetro. En el suelo había una alfombra verde, lugar donde los elfos se arrodillaban para sellar la bendición de Afros, el semidiós, enviado por las altas instancias élficas al mundo mortal, según rezaban las leyendas y el único capaz de bendecir uniones divinas. Los elfos eran inmortales, aunque solo ellos podían decidir poner fin a sus vidas. Pero una *Uilmel*, como se conocía la ceremonia de unión, era para siempre y eso daba buena muestra de su importancia.

Una enorme estatua de piedra gobernaba la sala en la parte frontal, flanqueada por otras seis, tres a cada lado. Afros y sus ángeles, sin lugar a dudas. Adrien había oído mil historias sobre ellos.

—Es fascinante, ¿no te lo parece? —preguntó, admirado.

Tayr no parecía impresionado y, de hecho, no había dejado de buscar por toda la nave, aquella apertura, puerta o acceso que los llevase hasta la parte subterránea de la catedral, la cripta del semidiós, según le había explicado Adrien. Regresó al cabo de unos minutos.

—He encontrado algo —anunció—. Da acceso a una sala pequeña y la puerta está cerrada. ¿Crees que pudiera conducir a la cripta?

—Debería de estar por aquí. No creo que enterrasen a alguien de esa importancia en una sala apartada de la principal.

Se puso a buscar junto a Tayr, ambos por lugares distintos de aquella enorme sala, donde sus voces volaban en un eco multiplicado hasta encontrarse.

—¿Te gustaría casarte? —le preguntó Adrien.

Tayr lo miró, sorprendido por la pregunta.

—No me digas que ya estas casado.

El brujo rompió a reír.

—No —respondió—. Además, no es eso exactamente lo que hacen aquí los elfos, ¿no?

—Los elfos no lo llaman así, pero es algo parecido. Una *Uilmel* implica mucho más compromiso que una boda y, generalmente, unos valores reales tras una ceremonia mucho más sencilla. Amor incondicional, pureza, voluntad

inquebrantable y, agárrate, eternidad.

—Bueno, como una boda humana, ¿no?

—Bajo mi punto de vista, una boda es más parafernalia que sentimiento. Para los elfos es distinto, es un símbolo auténtico de amor. Amor para toda la vida con la persona elegida. Dicen que no pueden dejar de amarse nunca y como son inmortales... Amor eterno —añadió, resoplando.

Tayr sonrió mientras apartaba una alfombra del suelo.

—Parece que lo digas con miedo. ¿Te asusta el compromiso a largo plazo, Adri?

—Nunca me ha asustado el compromiso. Ven, aquí hay algo.

Tayr recolocó la alfombra y se acercó sin perder la sonrisa, que se había atenuado en sus labios.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

Adrien espetó una carcajada.

—Podría ser. ¿Qué me dirías, brujo chiflado?

El noctis se agachó y paseó la mano sobre una trampa que permanecía cerrada en el lateral de la nave.

—Te diría que yo soy un noctis y tú, un lúzaros; que me busca todo el mundo por mil asesinatos y que no sabes nada de mí.

La sonrisa que había iluminado el rostro de Adrien desapareció cuando el brujo volvió a ponerse en pie, mirándolo.

—¿Cómo lo sellan los elfos? —preguntó Tayr.

—Con una llave seguro que no, así que esta no puede ser la puerta que...

—Me refiero a su unión.

Adrien pestañeó mientras carraspeaba. No podía dejar de sorprenderle que, en mitad de la urgencia que los apremiaba, Tayr encontrase lugar para hablar de aquello.

—Con una marca hecha con una especie de savia: *aszor* o *aszora*...

—*Aszorum*, cierto. Lo había olvidado.

Tayr dio un brusco tirón que desencajó la puerta cuadrada de sus goznes.

—Joder, qué bruto eres. Pretendía que pasásemos por aquí sin dejar demasiados destrozos. Es un santuario élfico, un lugar de culto.

—Me acusan de haber matado a un montón de gente, noctis y lúzaros. De haber secuestrado al hijo de un miembro del Consejo. ¿Crees que se van a enfadar mucho más por una puerta arrancada?

Pero en vez de entrar, Tayr dio media vuelta y recogió un cofre dorado que había junto a la fontana de alegres chorros. Regresó al lado de Adri y lo

destapó, dejando a la vista un líquido oscuro y espeso del que impregnó una especie de vara pequeña y metálica. La alzó y el líquido negruzco chorreó despacio.

—¿*Aszorum*? —preguntó Adrien.

Tayr asintió. Tomó el brazo del lúzaro y dejó caer el fluido sobre la piel del antebrazo, dibujando una especie de ocho o símbolo de lo eterno.

—Si tú quieres —empezó a decir—, sellamos la enésima locura con un *Uilmel* que nos una aquí y ahora, para siempre. ¿Qué dices?

Adrien sonrió

—Pantomima —respondió mientras tomaba la pequeña vara que Tayr le ofrecía—. Si no es real lo que uno siente por otro, el *Aszorum* desaparece a las pocas horas. Esto solo funciona en los elfos.

—Excusas. No te atreves.

—Claro que me atrevo.

El líquido negruzco resbaló ahora sobre la piel de Tayr mientras Adrien trazaba un dibujo en su antebrazo.

—¿Por qué una media luna?

—Una luna creciente. Porque es una de las pocas cosas comunes que tenemos, una de las pocas certezas. Un astro que brilla en el cielo cada noche, en el tuyo y en el mío, pase lo que pase aquí abajo, indiferente a todo, por encima de las circunstancias. Y que crece porque siempre busca más.

—Nunca lo había visto así. Me gusta.

Adri dejó el cofre a un lado y paseó su mirada castaña por la oscuridad que quedaba abajo, en la apertura que Tayr había dejado al descubierto.

—En las uniones élficas, la Luna de Miel no existe, pero en las humanas, sí y es una de las pocas cosas que merece la pena: desaparecer por unos días junto a tu pareja. ¿Te vienes, Tayr?

El brujo lo detuvo, colocando una mano sobre su pecho.

—Bajo yo primero... cariño.

Sonrió y se dejó caer hasta que hubo asegurado el lugar. Después, Adrien lo siguió.

Elain suspiró, hastiado, mientras June vomitaba. Ottana se mantenía junto al brujo, con los brazos cruzados y un lamento trazado en el rostro.

—No ha sido buena idea —murmuró—. No debí pedirte que cazases a un

animal. Tengo entendido que los vampiros no toleran bien la sangre animal, pero como June es también humana, pensé que...

—No te mortifiques más, Ottana. Lo que es absurdo es que estemos aquí, esperando a que una vampira se recomponga y cazando para ella.

—No podemos desentendernos de June. Me ayudó, ya te lo dije.

—Pero es amiga del príncipe. Y el príncipe no es nuestro amigo y ella lo sabe todo y... mierda.

—June no tiene nada que ver con nuestras enemistades. Ella solo confió en quien la ayudaba.

—La ayudaba alguien que sabía que vivía con nosotros; algo le pidió a cambio, seguro.

—Tiene razón.

Elain y Ottana se volvieron cuando June les habló. Aún tenía mal aspecto, pero al menos había dejado de vomitar. Mantenía la mano sobre su abdomen, dejando patente que el malestar permanecía.

—¿Qué te encargó, June? —quiso saber Ottana.

—No te lo explicaré con él aquí.

Elain puso los ojos en blanco.

—¿Puedes...?

Ottana no necesitó acabar la pregunta antes de que el brujo desapareciera de allí para tomar asiento sobre una roca no muy lejana, pendiente a cada movimiento de June ante la joven bruja.

—Eugenne quería que me enterase de por qué habían escogido a un brujo llamado Tayr para la Conmuta conmigo. Aparentemente no es la persona más recomendable del mundo. Es un malnacido y ese malnacido vive con mi hermano. Por eso acepté. Pero no tuve tiempo de averiguar nada, las cosas se precipitaron.

Ottana sonrió mientras le tomaba la mano a June.

—Entiendo. No te preocupes, yo hubiera hecho lo mismo. Es tu hermano el que puede correr peligro y es lógico que te preocupes.

—Joder, Otty, eres un trozo de pan y yo no puedo dejar de sentirme como una basura porque ni siquiera le has contado a Elain que... —Se interrumpió al captar la sonrisa en el rostro de Ottana—. ¿Qué pasa, qué he dicho?

—Otty... Res siempre me llamaba así. Era el único.

—¿Res es...?

—Era mi hermano.

June apretó la mano que Ottana le había cogido, tratando de confortarla.

Difícilmente lo conseguiría con un acto tan banal y difícilmente lo conseguiría una desconocida, pero se sentía en la necesidad de intentarlo.

—Tu hermano estaría orgulloso de ti —le dijo.

Ottana exhibió una sonrisa sincera, pero en absoluto desprovista de un halo triste.

—Gracias. Bueno, ¿y no pudiste averiguar algo sobre ese brujo al que escogieron, entonces? ¿Por qué Eugenne tenía tanto interés en él?

—Como te he dicho, no parecía el más recomendado para acometer la misión de un noctis de la Conmuta, que es la de fortalecer los lazos entre lúzaros y noctis. Pero no pude averiguar nada. Como te digo, las cosas se precipitaron y tuve que huir. Sin embargo —añadió alzando el tono de voz. Miró a Elain, que no les había quitado el ojo de encima— estoy segura de que tú sí sabes algo de él, puesto que convivió con vosotros, ¿no es así?

—Tayr es un malnacido, como bien te han dicho —le confirmó Elain—, pero me sorprende que el príncipe *chupasangres* no tuviera idea de por qué el Consejo lo escogió a él.

—¿Has convivido durante mucho tiempo con ese Tayr? —quiso saber Ottana.

—Bastante. Me instalé en el caserón poco tiempo después de que Res... —Guardó silencio al detectar la tensión en el cuerpo de Ottana—. No ha mentido nadie que lo haya definido como un auténtico cabrón.

—¿Y entonces por qué lo han elegido a él? —volvió a preguntar la joven bruja.

—Ya sabéis lo que desea Liatli. —Elain se puso en pie mientras respondía—. Si las cosas se ponen feas en Luzaria tendrá excusa para dar inicio a su conquista más allá del Muro. Quiere un conflicto.

June se sintió palidecer.

—El Consejo de Nix ha de haber estado de acuerdo —repuso Ottana—. ¿Qué sentido tiene eso? No todos están de parte de Liatli ni desean confrontación con Luzaria.

—Todos, no, pero supongo que con sus recursos, está en disposición de hacer fuerza. A nadie le conviene una ofensiva de la Timoria en sus *terras*.

—Aquí las cosas están aún muy revueltas. —Ottana se mostraba cada vez más nerviosa, al igual que June—. ¿Por qué iba a extender sus guerras más allá del Muro cuando aquí la situación no es estable para ella?

—No lo sé, Ottana. No creo que sea fácil entender la lógica de esa mujer. La mueve solo una ciega ambición, como ocurrió con Tanray.

—¿Y por qué no mataste a ese Tayr antes de que llegase a Luzaria?

La pregunta de June tomó por sorpresa a Ottana y al propio Elain. Hablar de matar con aquella facilidad en un humana nada acostumbrada a ello, no dejaba de sorprenderles.

June guardó silencio, avergonzada en parte, pero en su mente, las palabras de Elain retumbaban como un eco ensordecedor que la prevenía. Tenía que avisar a su padre, al Consejo y a todo el mundo en Luzaria antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que proteger a su hermano.



22 Juegos de traición

El pasadizo era oscuro y angosto. Habían pasado de sentir un frío glacial en las calles de Luzaria a sufrir un calor pegajoso en aquel lugar. Las paredes parecían caerse encima, cerrarse hasta atraparlos y aplastarlos, pero solo había un camino a seguir y eso facilitó ligeramente la empresa. Tayr lo hacía en primer lugar y Adrien lo seguía, sujetos de la mano.

—Espero que no seas muy exigente con eso de la Luna de Miel —bromeó el brujo.

Adrien sonrió.

Tras unos minutos de fatigoso avance, toparon con una puerta de piedra, fría y cubierta de telarañas.

—Parece que los elfos no visitan demasiado a su semidiós —apuntó Tayr.

—¿Cómo vamos a abrir la jodida puerta? ¿Encaja la llave?

—No —respondió el brujo, después de intentarlo.

—Podrías utilizar tu magia, ¿no?

—¿En territorio elfo? Sería como gritarles dónde estamos.

Guardaron silencio al escuchar un seco crujido en aquella solitaria galería. No podían distinguir prácticamente nada en la oscuridad, pero ambos lo habían oído. Ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Adrien apretó la mano del brujo y no supo si buscaba transmitirle tranquilidad o calmar su propia inquietud.

—Era demasiado raro que no hubiera nadie custodiando el templo —señaló el lúzaró—. Deben de tener formas de mantener el lugar vigilado aunque no estén.

Tayr aguzó el oído y detectó un sonido apenas perceptible.

—Joder...

—Haz magia —sugirió Adrien.

—Ya te he dicho que...

—Hay puertas que pueden ser abiertas aunque no tengan llaves. Eso me dijo Hilmagenta Breaker también. No creo que esta llave abra nada.

El sonido se repitió en las profundidades del pasillo y las palabras de Adrien espolearon a Tayr, que no dudó ya en emplear su poder, por muy arriesgado que aquello resultase. Si los habían seguido, no había otra salida

que una huida hacia adelante.

Prendió un haz de luz y aquella fue la primera vez en varios minutos que Adrien le veía la cara. Tenía el cabello húmedo y la expresión grave mientras se concentraba en que la brujería sirviera para abrir aquella puerta. Lo hizo, aunque ambos hubieron de empujar con fuerza para poder acceder a una sala pequeña con olor a cerrado y humedad. Una vez dentro, volvieron a empujar para cerrarla.

—Hay que encontrar la vara y salir de aquí rápidamente.

Adrien no se atrevió a moverse mientras el brujo prendía dos de las varias antorchas en aquella sala circular de pequeñas dimensiones. Lo hizo mediante la magia y aquello evidenciaba que ya le daba igual emplearla. Los habían seguido y no tenían ni la más mínima idea de cómo saldrían de allí, pero a Tayr solo parecía preocuparle hacerse con la vara.

En la parte central del habitáculo había una roca también circular esculpida con motivos florales. Era pequeña y, aparentemente, muy antigua.

—¿Y aquí es donde está enterrado el semidiós? —preguntó Adrien, absorto—. Supongo que sería contorsionista.

—Los huesos, Adrien. Los elfos son inmortales, pero si reclaman su final, su piel desaparece rápidamente y solo quedan los huesos. Por lo que sé, en las tumbas de grande reyes elfos o divinidades, como es el caso, se colocaban los huesos debidamente ordenados según un ritual llamado *Funrae*.

—¿Cómo sabes tanto sobre los elfos?

Tayr buscaba la forma de abrir aquella especie de tumba, mientras hablaban y, aparentemente, la había encontrado. La tapa se movió unos pocos milímetros. Era pesada y había sido colocada para no volver a ser abierta nunca más.

—La información es poder —respondió de forma costosa—. Intento tener la máxima posible... sobre cualquier cosa.

Adrien lo ayudó a mover la tapadera de sólida piedra, pero no podía negar que le inquietaba lo que encontrarían debajo. Tayr notó su malestar y se detuvo.

—¿Estás bien?

—No me hace mucha gracia eso de ver muertos, pero sí, estoy bien.

Alzaron la vista cuando la puerta de la galería pareció gemir al moverse ligeramente. Tayr extendió el brazo y un haz de luz azulada envolvió el perímetro de la roca.

—¿Qué has hecho?

—Ganar tiempo.

—Joder, los elfos nos van a matar cuando nos descubran desenterrando a su semidiós.

—¿Crees que los elfos no tienen otra forma de entrar aquí? No son ellos. Rápido, Adri.

Movieron al fin la losa que cubría la lápida y Adrien resopló cuando Tayr apartó la tela roja que cubría multitud de huesos perfectamente colocados unos al lado de otros. El muchacho resopló, mientras Tayr los apartaba con pocos escrúpulos. Había visto numerosos cuerpos tendidos en el suelo de la taberna. ¿Qué habían de generarle unos pocos huesos?

Tayr extrajo la vara de la parte inferior de aquella tumba, donde se abría un hueco largo y espacioso. La desenvolvió de la tela negra que la cubría y la miró, fascinado. Era un bastón largo y trenzado con una esfera en el extremo en el que parecía moverse un humo denso que modificaba su color a cada momento.

—No puedo creerlo —murmuró—. La Vara de Paxia. La fuente de poder.

Adrien se mantenía con la espalda pegada a la fría pared de roca y al otro lado de la puerta seguían escuchándose sonidos amortiguados.

Tayr apartó más piedras del interior de la tumba y corroboró que había un hueco en la parte inferior y que allí debajo parecía discurrir un pasillo aún más angosto que aquel que habían recorrido para llegar hasta allí.

—Creo que tenemos salida —anunció.

—¿Estás de coña? No pienso entrar ahí.

—Vamos, estoy contigo.

Adrien lo miró, como si aquellas palabras hubieran espoleado algo en su interior, pero se mantuvo con la espalda pegada a la pared y negó con la cabeza.

—Adrien, no puedo mantener la puerta cerrada por mucho tiempo más.

Se puso en pie sobre la lápida e introdujo una pierna, sosteniéndose en los laterales.

—Tayr...

—Nos van a pillar si no nos largamos. Sé que no es agradable, pero no te va a pasar nada. Estoy contigo y no lo voy a permitir, ¿me oyes?

—Deja el hechizo —le pidió con un hilo de voz.

—¿Qué? ¿Por qué? Si lo hago, entrarán.

La mirada entre ambos se prolongó durante unos segundos extraños y pesados, pero algo en Tayr falló y la magia se disolvió, propiciando que tres

figuras accedieran a la cripta como una embestida. Dos de ellos sujetaron a Tayr de sendos brazos, mientras el tercero le arrebató la vara y lo agarraba del pelo, tirándole con fuerza. La temperatura allí aumentó y Adrien supo enseguida que se trataba de demonios. Su padre ya lo había puesto sobre aviso.

—Bien hecho, muchacho —le dijo uno de ellos con voz rasposa.

El lúzaró fue incapaz de sostenerle la mirada a Tayr, que no dijo nada, no hizo nada y no opuso resistencia alguna.

—El Consejo de Nix te estará agradecido —añadió el segundo— y sabrá compensar debidamente al de la Luz y a Luzaria.

Cuando se llevaron a Tayr, a empujones y entre insultos, Adrien sintió que algo dentro de sí se derrumbaba. Cerró los ojos y trató de respirar mientras el último de los demonios que habían llegado hasta allí, el que sostenía la Vara de Paxia, abandonaba la sala.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó con un hilo de voz.

—Tenemos orden de llevarlo a la Avenida Nortax, cerca del Muro. Cualquier local vacío servirá.

—¿Y qué le harán?

—No lo sabemos. Nosotros solo teníamos orden de seguir tu localización y llevarlo hasta allí. Por cierto, no pusiste las cosas muy fáciles. Te perdimos el rastro en la posada del licántropo y la señal, muy debilitada, se restableció de nuevo en el barrio elfo un montón de horas después.

—Tuve problemas con el móvil —respondió Adrien, sin mirarlo ya.

—Esos cacharros lúzaros... —farfulló el demonio—. En fin, tenemos que llevarte también. Tu padre irá a buscarte allí.

—No lo llaméis todavía, por favor —solicitó el muchacho—. Quiero hablar antes con Tayr.

El demonio chascó la lengua y no dijo nada más mientras se marchaba.

Habían perdido la señal. Por supuesto. La noche que Adrien pasó con Tayr en Altum había apagado el dispositivo. Quería estar con el brujo y quería estar tranquilo, una tregua en medio del caos. Y había querido darle tiempo al noctis para huir, por lo que no había vuelto a activar el teléfono hasta que hubieron llegado a la zona élfica. Después había querido entregarlo y había dudado y había vuelto a dudar. Toda aquella alocada misión había discurrido en medio de una zozobra insoportable que, por fin, había podido dar por concluida. Y sin embargo no se sentía aliviado en absoluto.

June llevaba toda la noche dando paseos nerviosos a través de la habitación. Sylvie la miraba con aquella expresión que empezaba a enervarla. La vampira le había reprochado que se escabullera sin decirle nada a ella, cuando Eugene le había encargado su cuidado, pero su encuentro con Ottana no había estado previsto y gracias a aquella chiquilla había podido obtener mucha y desconocida información sobre Ántico y Noctia en general. Le había ofrecido a la chica trasladarse a la casa del vampiro, pero en apariencia, la relación entre ambas razas no era la mejor. Por lo que Ottana le había explicado, las legiones vampiras habían sido determinantes en las derrotas brujas durante las antiguas guerras y otras no tan antiguas, y Eugene apoyaba activamente a la nueva emperatriz.

June miró a la ventana y suspiró.

—¿Puedes dejarme sola, por favor? —le pidió de nuevo a Sylvie.

—De ningún modo, os escabulliréis otra vez.

La vampira permanecía repantigada sobre el sillón que había junto a la chimenea. En su dedo índice envolvía uno de sus largos mechones.

—Ya te he dicho que no voy a ir a ninguna parte, estoy harta de esta maldita sed que no puedo controlar y no quiero hacer daño a nadie, de modo que no saldré de aquí y, de hecho, quiero que vigiles que no lo haga, pero no desde mi habitación. Necesito estar sola.

Sylvie la miró con los ojos entornados y se puso en pie.

—¿Dónde está el brujo zoquete? No hay rastro de él por ninguna parte.

—He enviado a Sam a buscar a Eugene. Está tardando demasiado y necesito quitarme de encima esto.

—¿*Esto* es vuestra condición de vampira?

—Exacto.

Sylvie asintió sin ocultar cierto grado de menosprecio. Después, abandonó la habitación y el crujido al otro lado de la puerta dejó patente que la había encerrado.

Dos golpecitos en el cristal hicieron voltearse a June, que llegó hasta allí en dos zancadas y le abrió a Elain.

—Oh, Romeo, eres tú, Romeo —bromeó—. Tu costumbre de moverte por los tejados resulta un poco exasperante. Por no hablar ya de tu paciencia.

Se alejó mientras él entraba en la habitación y se dirigió al enorme armario

que coronaba la estancia junto a la cama. En los días anteriores había comprobado que había muchísima ropa allí, ropa de mujer aunque muy diferente a la que poblaría su armario en Luzaria, pero ropa limpia al fin y al cabo.

—¿Estás lista ya?

—Aún no. Tengo que llevarme algo de ropa, como comprenderás y no podía cogerla con Sylvie aquí.

Elain se colocó junto a ella y extrajo un par de vestidos que le lanzó a la cara.

—Hecho. Vamos.

La agarró del brazo y ella se zafó con fuerza.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque Ottana te ha dado demasiada información y tú eres muy amiga del *chupasangres*. No pienso arriesgarme a que regrese y te vayas de la lengua. Y porque ahora mismo está sola y eso es algo que no me gusta.

—Y yo no pienso decir nada, ya te lo he dicho.

—Él te convirtió y tenéis un vínculo, de modo que nos largamos ya.

June guardó silencio durante unos segundos, procesando aquella nueva información. Demasiada a aquellas alturas para su cabeza.

—No pienso llevarme esto —repuso después, en alusión a las prendas de ropa que Elain le había lanzado—. Son horribles, largas, anchas y poco prácticas.

Elain puso los ojos en blanco y se llevó los dedos al puente de la nariz.

—Oye, aquí no hay fiestas ni galas ni desfiles, ¿de acuerdo? Aquí nadie va a fijarse en tu maldito aspecto.

—Me basta con fijarme yo, pero además, no estoy buscando un trapo bonito, sino uno práctico que...

Elain le llevó la mano a la boca, silenciándola.

June frunció el ceño, molesta, pero la voz de Sylvie al otro lado de la puerta, disuadió rápidamente aquel sentimiento.

—¿Os encontráis bien, mi señora?

Elain la miró y su expresión fue una muda advertencia. Apartó la mano, en silencio y June se dio cuenta, entonces de que la otra le aferraba la cintura y estaba demasiado cerca del brujo. Tragó saliva y se apartó, reculando un paso.

—Estoy bien, Sylvie. Solo... un poco nerviosa. Cuando estoy nerviosa hablo sola. Dios, ¿Se me permite al menos mantener mis patéticas costumbres?

Hubo silencio al otro lado de la puerta y Elain resopló.

—¿Puedes hablar más bajo? —susurró.

—Si te callaras y dejases de presionarme —respondió ella—, puede que incluso fuera capaz de no hablar.

Volvió junto al armario y escogió algunas de las prendas que había allí. Nunca hubiera optado por ellas en circunstancias normales, pero las suyas habían dejado de serlo hacía mucho tiempo. Empacó las cosas en una pequeña bolsa de tela que se echó al hombro y caminó con Elain hasta la ventana. Cuando el joven brujo se dispuso a saltar, June lo detuvo, agarrándolo del brazo.

—No irás a hacerlo tú solo y a dejarme a mí aquí, ¿no?

—Eres un vampiro, se supone que puede saltar tú sola.

June lo miró y Elain supo que ella sola no lo haría, como no lo había hecho tampoco en el caserón brujo durante su huida, aunque por aquel entonces fuese solo una simple humana.

Elain bufó y la tomó en brazos antes de dar un salto más que considerable y caer de pie en el suelo. La soltó de forma apresurada e inició el camino con sigilo.

—¿Me sigues o no? —espetó, al ver que June no se movía. La chica asintió y desaparecieron de allí.

Los demonios le habían conducido a uno de los numerosos edificios abandonados de la Avenida Nortax. Desde allí alcanzaba a ver parte del Muro de Caronte, su roca negra alzándose silenciosa contra la creciente noche. Eran apenas las nueve y en tres horas, las puertas se abrirían para dar rienda suelta a los noctis. Pero el único que a él le interesaba estaba en aquel viejo edificio de apartamentos cuyo estado presagiaba un derrumbe inminente.

Adrien permanecía sentado en un viejo sofá en lo que tiempo atrás debió de haber sido un salón. Ahora apenas quedaban muebles y los pocos que había hablaban de descuido y abandono. Una gruesa tira de papel se descolgaba por la pared. Negó con la cabeza al ver una rata cruzando de forma apresurada hasta abandonar el lugar y entonces, el teléfono móvil que le habían entregado los demonios emitió el quejido de una llamada entrante. No había nombre ni identificación alguna, pues el dispositivo no era suyo, sino que debía de pertenecer al Consejo de la Luz. Atendió la llamada con la vista aún clavada

en la sucia pared que le quedaba delante y escuchó la voz de su padre.

—Adrien, cariño, ¿estás bien?

—Quiero la verdad.

—Dime cómo te encuentras y...

—Estoy bien. Quiero la puta verdad.

Escuchó un suspiro al otro lado del auricular.

—Habrá tiempo para hablar, hijo. Lo has hecho muy bien. Thayos dijo que todo salió según lo previsto y hay varias cosas de las que podemos acusar a Tayr.

—¿Quién coño es Thayos? —preguntó con una sonrisa sarcástica.

—Es uno de los demonios que están contigo. No tengas miedo, no te harán daño. Estaré allí en media hora, pero...

—¡Quiero que me cuentes la verdad! —bramó Adrien.

—Ya te he dicho que lo haré, pero ¿te parece este el mejor momento este?

—No habrá otro en el que piense escucharte. Me pediste ayuda para capturarlo en cuanto se hubiera hecho con la vara, dijiste que era urgente, me pediste que pensara en June. Ya lo tienes y ahora quiero saber por qué lo he hecho.

El suspiro sonó esta vez más fuerte y con un tono hastiado.

—Las cosas iban bien hasta que una nueva emperatriz ocupó el trono de Ántico hace cinco años, sucediendo al anterior emperador, Doroyan Vakko, que murió de una larga enfermedad, según nos hizo saber ella misma, Liatli Hassul.

»Pero el suyo no es un gobierno halagüeño y todo apunta a que Luzaria está entre sus numerosos objetivos, cosa que no han podido desmentirnos desde el Consejo de Nix; tampoco confirmarnos. De algún modo están bajo su poder, y aunque no todos sus miembros la aceptan, nadie osa hacerle frente por la legión que la ampara, la Timoria. El Consejo de la Luz tiene contactos en Noctia que nos han puesto al corriente de todo esto, pero no hay ningún movimiento al respecto que pudiera respaldar una reacción por nuestra parte. Necesitábamos algo que la justificase.

»Siendo así las cosas, tampoco queremos a los noctis pululando por aquí y mucho menos siendo amparados por una ley que pretenden quebrantar, así que antes de que sea demasiado tarde pactamos con el Consejo de Nix poner tierra de por medio.

»Los noctis que no aceptan a la nueva emperatriz alzarán las armas de sus *terras* contra ella. Los que están de su parte, las alzarán contra el resto;

Luzaria incluida. Y nosotros, mucho me temo que nos veremos obligados a responder. Pero necesitábamos algo que nos permitiera tomar posiciones de manera justificada y hacerlo ya, de modo que concluimos en que el noctis de la Conmuta fuese alguien problemático y nos limitamos a esperar a que quebrantase la Ley. Así, lo devolveríamos a Noctia y todo el mundo entendería que rompiéramos relaciones con ellos, que nos preparásemos para lo peor. Al mismo tiempo, ellos podrían justificar su indignación para aceptar la ruptura. Ambos necesitábamos el conflicto y una vez alcanzado, que gane el mejor.

—¿Y June? Mi hermana está allí.

—El regreso de June sana y salva también formaba parte del trato. No te preocupes.

—No lo entiendo, ¿por qué los noctis iban a aceptar ser los malos?

—Porque también necesitan una excusa contra ellos mismos. Son monstruos que siempre han vivido en guerra, Adrien. No entienden de otra cosa y pretenden arrastrarnos. Entre ellos mismos hay buenos y malos. Culparse del desastre les convenía tanto como a nosotros.

—¿Mamá sabe algo de todo esto?

—Tu madre sabe que la situación es compleja desde que la nueva emperatriz ocupó el trono hace un lustro. Por eso era reacia a que June fuese hasta allí, pero no había peligro. Me harté de repetírselo.

—¿Que no había...? ¿Y piensas que una gente que busca excusas para hacer estallar la guerra, jugará limpio con tu hija?

Hubo un silencio incómodo y más largo de lo que los nervios de Adrien podían soportar.

—¡Trae a mi hermana de vuelta!

—Cálmate, Adrien. Tu hermana estará de vuelta en las próximas horas.

Adrien hundió la cara en la mano que le quedaba libre. El estómago le había dado un vuelco con aquella conversación y, de igual modo, había algo que no podía quitarse de la cabeza.

—¿Y Tayr? No ha hecho nada de lo que se le achaca, ¿no?

—Tayr debía quebrantar la Ley —respondió Ander. Su voz denotaba un tono de cansancio que no se esforzó en disimular—. El Consejo de Nix le dio vía libre para ello, prometiéndole que después regresaría a Noctia impunemente. Pero no lo hizo. Por eso movimos pieza por él.

—¿Y las personas muertas? ¿La elfa, el humano...?

—Al igual que la primera de ellas, muertes acometidas tras el Toque de Queda y por tanto, amparadas por la Ley. Muertes a manos de un nigromante y

un vampiro, según las autopsias. La primera, como bien dijiste, fue obra de un licántropo.

—¿Y la taberna? ¿Qué pasa con...?

—Pasaban los días y Tayr no hacía nada. Contratamos a alguien para seguirlo y ver en qué líos podíamos meterlo. Descubrimos la taberna la noche en que tú, Chris y él fuisteis allí. Hace unos días me personé en ese lugar y le advertí a Moran, su propietario, que si no quería problemas con la taberna, debía encargarse de que su gente le endosara algunos delitos a Tayr, pero se negó.

—¿Vosotros matasteis a toda esa gente?

—Consecuencias, Adrien. Toda decisión las tiene. Además, son noctis. En pocos días, puede que semanas, alzarán armas contra nosotros.

—¿Para qué queríais la vara? —preguntó, vencido.

—La vara sirve para proteger a la emperatriz que va a declararnos la guerra, Adrien. Y por lo que tenemos entendido, también podría sellar el Muro. El Consejo te está muy agradecido por habernos revelado lo que Tayr pretendía hacer y por haber dado con la vara. Ni siquiera contábamos con ella. Te condecorarán, hijo.

Adrien se repantigó en el sillón que ocupaba y guardó silencio durante unos segundos, con la vida clavada en el techo mohoso.

—¿Tienes una amante? —preguntó, después, con desidia.

La duda alzó otro silencio entre los dos.

—¿A qué viene eso ahora?

—Cargas tanta mierda a tus espaldas que supongo que este es el mejor momento para que eso parezca algo ridículo y no sienta más asco hacia ti.

—Adrien...

—¿La tienes o no?

—Las cosas entre tu madre y yo no van bien; no es un secreto, pero...

—¿La tienes o no?

—Sí, la tengo —gritó Ander, harto.

Adrien masticó las palabras. Estaban claras en su mente, pero no sabía como dejarlas ir, así que simplemente lo hizo:

—Eres un hijo de puta.

Colgó el teléfono y permaneció allí sentado durante unos minutos más buscando la forma de darle crédito a lo que había oído, localizando el momento exacto en el que todo se había pudrido a su alrededor. Cuando su padre había dejado de velar por la paz en Luzaria y por el cumplimiento de la

Ley Común; cuándo había dejado de querer a su madre. ¿Habría dejado ella de quererlo a él? ¿Y cuándo había convertido él mismo la traición en un arma de autodefensa?



23 Juramento

No estaba segura del porqué, pero caminar junto a Elain por las calles de Ántico le transmitía una seguridad que llevaba tiempo sin sentir. El viento se colaba entre los edificios bajos y los sonidos propios de la noche, audibles en cualquier momento del día, amenazaban con volverla loca. Llevaba mucho sin oír el silencio total. Y al entresijo incesante de voces le sumó el tañido metálico de la campana. Las puertas se abrirían en Luzaria y los noctis darían rienda suelta a su voluntad entre las calles de su ciudad, allí donde vivía su hermano. En las últimas horas había sido incapaz de quitarse a Adrien de la cabeza. Solo había algo capaz de hacer que se olvidase de él, de ella misma y del mundo entero.

Se detuvo y Elain la imitó unos pasos más adelante.

—¿Qué pasa ahora?

—La sed... —murmuró ella con la voz entrecortada.

Una angustia ya familiar anidó en la boca de su estómago mientras dejaba caer la bolsa sobre el enlosado. La actividad había disminuido mucho en la calle que, ubicada en las afueras, era ya de por sí reducida.

—Genial... —murmuró Elain, poniendo los brazos en jarra.

Sus ojos oscuros se fijaron en los de June y la mirada se prolongó durante unos segundos largos y extraños. La joven podía sentirlos como una masa viscosa que se estirase desde uno hacia el otro, lentamente y capaz de detenerse y de detener el tiempo. Se abalanzó como una embestida sobre él, que la contuvo aferrándole las muñecas. A pesar del forcejeo, Elain oyó un chasquido al final de la calle, un ruido metálico que reconoció como el choque de armaduras contra la piedra. En una veloz reacción, volteó el cuerpo de June y la sujetó con un solo brazo, mientras que con el otro recogía la bolsa que la muchacha había dejado caer. La arrastró hasta una oscura bocacalle y la mantuvo aferrada contra sí mientras los soldados de la Timoria cruzaban entre carcajadas y comentarios banales. Pudo ver el brillo de sus armaduras rojas captando la débil luz de la luna y proyectando reflejos entre las sombras.

Los pasos se habían convertido ya en ecos lejanos, pero Elain se mantenía allí, con la espalda apoyada en la pared y el cuerpo de June hecho un ovillo contra el suyo propio. Dejó que se apartase, despacio y distinguió sangre en los labios de la joven, la misma que a él le recorría el cuello hasta perderse en

el interior de su camisa. June fue consciente en ese momento y siguió sin ser capaz de moverse.

—Te he...

Elain la miraba sin crisparse, sin alterarse lo más mínimo. Nada parecía capaz de conseguir aquello.

—Lo sé —murmuró, apenas un susurro.

—Me has dejado. Has permitido que te mordiera.

—Eso o revelar nuestra presencia.

—¿Te convertirás?

Elain negó con la cabeza.

—Ningún noctis se convierte en vampiro ante la mordedura de uno. Solo ocurre con los humanos; ni siquiera con el resto de lúzaros. La esencia de la magia lo impide.

June respiró aliviada, pero aun así era incapaz de desprenderse del nerviosismo del que se sentía presa. Alzó la mano y trató de eliminar el rastro de sangre que ensuciaba el cuello del brujo, pero él la apartó de forma sutil, empujándola hacia atrás con suavidad.

—No hace falta.

Aquella era la primera vez que miraba a Elain y no veía al hostil e indolente brujo que se había limitado a atestiguar con poco interés todo cuanto le sucedía hasta que había sido capaz de dar un paso al frente para convertir la indiferencia en menosprecio. No soportaba a los vampiros, de quienes se había declarado enemigo acérrimo y sin embargo había dejado que uno, ella, le mordiera para alimentarse. Separarse de él fue un frío incómodo, pero supuso que se debía a la sed que acababa de saciar, mientras que algo dentro de ella, hablaba de una nueva necesidad que había prendido, tanto o más acuciante que la primera. Carraspeó, tratando de recuperar la naturalidad.

—¿Tampoco a ti pueden verte esos soldados? —preguntó.

Elain regresó a la calle principal y empezó a caminar seguido por June.

—Fui general de la legión que su emperatriz ha disuelto. ¿Qué crees que harían si me ven, concederme un reconocimiento?

—Tal vez te devolviera tu rol en la nueva legión, ¿no?

Elain se detuvo y June topó con él.

—Jamás aceptaría un lugar en la Timoria, en primer lugar porque no sirvo a asesinas traidoras y en segundo porque la Timoria está conformada por la peor calaña, basura que estaba pudriéndose en las cárceles de Ántico, todo tipo de razas mezcladas sin el menor atisbo de lo que significa la palabra honor.

Nunca serviría a Liatli y ella lo sabe.

Había tal carga de ira en su voz que June no se atrevió a rebatirle y se limitó a verlo alejarse. Sacudió la cabeza, consciente de que se quedaba sola en la calle y corrió junto a él.

Cuando cruzó la puerta, siguiendo a los demonios, se encontró a Tayr sentado en una silla, ligado de pies y manos. Tenía golpes en la cara y una brecha aún abierta y sangrante sobre el ojo, que apenas le permitía mantenerlo abierto. El estómago le dio un vuelco al verlo de aquella guisa y el sentimiento de culpa le golpeó con furia cuando sus miradas se encontraron. Adrien se apoyó en el quicio de la puerta y se mantuvo en silencio mientras los dos demonios se acercaron a Tayr. El tercero de ellos permanecía sentado en un viejo sofá con una daga en la mano, ocasionándose a sí mismo cortes en la palma. Dedujo que Thayos, aquel al que su padre había hecho alusión, debía de ser el que parecía llevar la voz cantante. Este se adelantó unos pasos y golpeó a Tayr en la cara. Adrien bajó la mirada y se revolvió, inquieto. Si lo que su padre le había contado era cierto, ¿qué le recriminaban al brujo? ¿No haberse sumado a su circo? ¿O acaso velar por sus propios intereses lo hacía mejor que al resto? Por lo que sabía, Tayr deseaba proteger a la emperatriz que atentaría contra Luzaria.

—No creo que esto sea necesario —se atrevió a decir.

Thayos lo miró mientras se colocaba detrás de Tayr y lo agarraba del pelo con fuerza.

—Oh, no te preocupes. No se ha quejado aún.

El demonio deslizó su uña sobre el cuello del brujo, abriéndole un surco rojo que recorrió su piel hasta perderse en el interior de su camiseta ajada y hecha jirones. Y lo más doloroso de todo era que no había rencor en los ojos de Tayr, llorosos, pero firmes y determinados en una mirada neutra.

—¿Para qué querías la Vara de Paxia? —escupió Thayos, volviendo a tirarle a Tayr del pelo.

El joven cerró los ojos y se mantuvo en silencio.

—Aplius... —La voz de Thayos fue un susurro meloso llamando a su compañero.

El interpelado, el demonio que permanecía sentado en sofá, le lanzó la daga que Thayos recogió al vuelo para colocarla sobre el cuello del muchacho.

—¡No!

El grito de Adrien fue instintivo y lo acompañó un paso adelante.

—No lo hagáis, dejad esto ya, dejadle en paz.

Los demonios cruzaron una mirada socarrona.

—¿Te importa mucho el brujo, chico?

—Nadie dijo nada de torturas —repuso él.

—Exacto, nadie las prohibió.

—No le pongáis una mano más encima o lo lamentaréis. Os lo advierto.

Thayos espetó una carcajada exagerada y teatral.

La sirena sonó en aquel momento y a lo lejos podía escucharse el tañido de la campana. El Toque de Queda le recordó a Adrien que había prolongado demasiado su espera allí, aunque en realidad no estuviera esperando a nadie. Hubiera podido regresar a casa, olvidar todo aquel asunto y esperar unos pocos días a que las cosas se normalizasen para retomar su vida lejos de aquellas maquinaciones. Reprimió una carcajada de burla contra sí mismo: su hermana estaba en algún lugar de una caótica Noctia; llevaba días sin saber nada de ella. Su familia se había desmoronado por completo. El chico del que estaba enamorado estaba siendo torturado por su culpa y a ambos lados del Muro se perpetraba una guerra. ¿Qué normalidad pretendía retomar?

Thayos se agachó y colocó su rostro a la altura del de Tayr. Paseó su lengua sobre el cuello del brujo y un humo blanquecino se alzó desde su piel, arrancándole un grito de la garganta.

Adrien ya no pudo más y se sorprendió a sí mismo avanzando como una embestida hacia el demonio para propinarle un puñetazo que le hizo voltear la cara.

—No lo toques.

—Qué interesante —farfulló Aplius, poniéndose en pie—. El humano no quiere que le hagamos daño al brujo. ¿Sois amigos?

—¿O quizás algo más? —intervino el que se había mantenido más alejado.

—Oh, Luson, ¿qué insinúas? —preguntó Thayos—. ¿Te lo has tirado, chico?

Adrien se arrodilló delante de Tayr, ignorando a las voces y carcajadas que los envolvían.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento mucho.

—Vete, Adrien.

—Lo siento...

—¡Lárgate! —gritó el brujo.

—Oh, vamos, no le grites así a nuestro invitado.

Thayos golpeó de nuevo a Tayr, haciéndolo caer de la silla. Y Adrien volvió a lanzarse sobre él, pero el demonio lo despachó con poco esfuerzo, estampándolo contra la pared de un soberbio puñetazo. Sin tregua, lo agarró del cuello para alzarlo del suelo y escupirle una ira más que evidente.

—¿Tú también eres amigo del humano? —preguntó Thayos mientras apretaba el cuello de Adrien, que a duras penas lograba seguir respirando.

Aplius se colocó junto a Tayr, esperando respuesta.

—A mí el humano me importa una mierda —contestó él—, pero si seguís engrosando mi expediente no hablaré.

—¿Y qué más te da las muertes que se te achaquen? —escupió Lusón—, estarás muerto antes de acabar el día.

—¿Para qué querías la jodida vara? —gritó Aplius de nuevo.

—¡Para proteger a la emperatriz! —bramó Tayr, furioso—. ¡Para eso!

Thayos se volteó lentamente mientras dejaba caer a Adrien, que empezó a toser al tiempo que sentía la garganta ardiéndole.

—¿Crees que así ella va a perdonarte alguno de los delitos que se te achacan en Noctia? —preguntó Thayos, incrédulo—. Lo único que se te prometió fue indulgencia. Nada de premios ni privilegios, así que deja de esforzarte en vano. Volverás al pozo de mierda del que saliste.

—Partámosle ya el cuello. No puedo esperar más.

Adrien se puso en pie, llamando la atención de todos, incluido Tayr.

—Si le ponéis una mano encima, llamaré ahora mismo al Consejo y no para...

—Lárgate —escupió el brujo con desprecio—. No quiero volver a verte en mi vida, no eres más que un jodido traidor, así que deja de dártelas de lo que no nunca has sido. ¿Ahora vas de salvador?

—No pienso permitir que...

—Me importa una mierda lo que permitas o no. Eres una basura y si te quedas aquí, tu muerte va a ser algo que disfrute mucho. ¿Se me permite un último deseo? Pues matadlo.

Las palabras de Tayr atravesaron a Adrien como una flecha certera y letal. Apretó los puños e ignoró las carcajadas de los demonios.

—¡Eso o vete! —volvió a gritar el brujo—. Lárgate ahora mismo.

Y ya no tuvo fuerzas para seguir escuchándolo. Corrió, abandonando el edificio y consciente, sin embargo, de que a aquellas horas no sería más que una pieza de caza para los noctis. Por un momento había pensado que, con las

cosas patas arriba, el Toque de Queda habría podido invalidarse, pero acababa de sonar hacía solo unos pocos minutos y los sonidos inquietantes de la noche invadieron Luzaria como siempre sucedía.

Cerró los ojos y apoyó la espalda en la fría pared de una fachada cuando escuchó el grito de Tayr arrancándole el aire de los pulmones. El vaho de su respiración acelerada lo envolvió, ahogándolo aún más, asfixiándolo entre las palabras del brujo y sus besos, entre el odio que había destilado y la suavidad de sus caricias. De pronto se sintió atrapado, traidor y mentiroso. Y arrancó a correr con una sola idea en su cabeza.

Elain accedió al interior de la casa sin tan siquiera llamar a la puerta. June lo había seguido sin decir nada, atenazada, todavía, por la escena vivida. Se detuvo en el umbral cuando comprobó que no había nadie allí. Los escasos bártulos que vestían el modesto salón estaban perfectamente ordenados.

—¿Dónde está Ottana? —preguntó.

Elain había desaparecido a través de la sala que quedaba al fondo y regresó, visiblemente nervioso y crispado. En el callejón, sus rasgos habían llegado a suavizarse y por un momento a June le había parecido atractivo, pero de pronto volvían a estar tensos y crispados, como de costumbre.

—Mierda, no debí haberla dejado sola.

—No era necesario que hubieras venido a buscarme —espetó ella, antes de que el brujo la culpase—. Te dije que recogería unas cosas y volvería sin que...

—¿Te he reprochado algo? —la interrumpió él.

—No, pero...

—Entonces cállate.

—No lo has hecho, pero lo harás —se apresuró a decir ella.

—Me temo que no tengo tiempo para eso. Tengo que encontrarla.

—Las Catacumbas —exclamó June—. Parecía empecinada en dar con la...

—La barca. Esa cría es obstinada y cabezota y testaruda y... joder. —Resopló, tratando de serenarse—. Voy a ir a buscarla y tú vas a venir conmigo, por descontado.

—Por descontado. Pero podría volver a asaltarme la sed, te lo advierto.

June frunció el ceño, desconcertada. Habría jurado que Elain había

sonreído, pero eso no era posible. Porque no lo era, ¿verdad?

Adrien se ocultó en un viejo portal cuando atisbó las luces de un coche acercándose. Lo había adivinado: se trataba de un vehículo oficial del Consejo de la Luz y aunque ignoraba si su padre podría viajar en él, tenía claro que lo último que deseaba en ese momento era hablar, especialmente con su progenitor. Cuando las luces rojas quedaron atrás, regresó a la calle y continuó con su escapada. Llegar a la Avenida Nortax no resultaría sencillo, pues de nuevo le quedaba a una distancia considerable, pero la Guardia Blanca y el Consejo ya habían hecho su trabajo allí, por lo que se mantuvo esperanzado en poder moverse con cierta libertad. De nuevo le tocaría recorrerse la ciudad a pie, aunque en las afueras, la presencia de las autoridades era mucho más escasa.

Los sonidos habituales de la noche se mezclaban con las sirenas y las voces de alarma profiriendo órdenes en los barrios perimetrales al núcleo urbano, pero no llegarían hasta allí. Volver a encontrarse en la puerta de la taberna lo estremeció y antes de cruzar su umbral rompiendo el cordón de seguridad con el anagrama de la Guardia Blanca, rememoró todas y cada una de las imágenes que había captado allí la última vez que había estado. La puerta estaba cerrada y se vio obligado a forzarla, algo que le llevó un poco de tiempo, pero en pocos minutos estuvo avanzando a través del pasillo hasta alcanzar la sala principal de la taberna. Debía de haberse llevado a cabo una investigación en aquel sitio y sin embargo, nada lo delataba. Adrien tenía la impresión de lo que lo único que se habían molestado en hacer allí había sido llevarse los cuerpos y limpiar de manera superficial el local. Recordó la puerta por la que había visto salir a Moran con su hija la vez en que Tayr había querido hablar con él. Según tenía entendido, el cuerpo del licántropo no había sido hallado entre los demás y a la esperanza de que estuviera vivo se aferró.

Mientras abría la puerta, ubicada en el lateral de la taberna, pensaba en la escasa fuerza de sus esperanzas. El licántropo se había negado a perjudicar a Tayr cuando su propio padre se había personado allí exigiéndoselo, y el hecho de que Tayr hubiera acudido la primera vez a Moran, cuando Chris y él mismo lo necesitaron, podía indicarle que el noctis lo había apreciado alguna vez. Y esperaba que fuese lo suficiente como para ayudarlo en aquella ocasión, fuese lo que fuera lo que los había acabado enemistándolos.

Atrás había dejado una escalera mucho más angosta que la principal que conducía hasta las habitaciones de la posada. Llegó hasta una puerta que estaba abierta y que resultó ser el acceso a un piso pequeño, pero bien amueblado. Caminó por el pasillo y pasó frente a una cocina estrecha y un baño. El salón era la estancia más amplia y al fondo, un corredor más corto conducía a dos habitaciones de reducido tamaño. La primera era blanca por completo, con una cama, un pequeño armario y un escritorio en el que solo había un jarrón con flores. Adrien estuvo seguro de que aquel había sido el cuarto de Rum.

Se volteó al escuchar un gruñido en la última habitación y el corazón se le disparó en el pecho. Tragó saliva y observó el resquicio entreabierto de la puerta. Lorna siempre le había dicho que era capaz de captar presencias más allá de las que lograba ver; de algo tenía que servirle ser el hijo de una feérica, pero Adrien nunca había creído ser poseedor del más mínimo atisbo de magia. Recordó, entonces, que cuando June era pequeña se había empeñado en aprender a utilizar los dones de su madre sin llegar nunca a conseguirlo. En aquel momento solo podía rezar interiormente para que sus capacidades inexistentes le dieran para ser capaz de calmar a un lobo furioso.

—¿Moran? —susurró.

El gruñido se intensificó y entonces, Adrien fue capaz de pensar con un mínimo de claridad, aunque solo fuese un fognazo en su mente. Corrió, perseguido por una presencia que solo pudo adivinar. La sombra lo convirtió, pronto, en presa y, de forma instintiva, Adrien hizo caer todo aquello con lo que se cruzaba: una silla, un armario, un mueble. Cualquier cosa era buena como obstáculo. Llegó hasta el salón y cayó de bruces sin tiempo a evitar el lobo de oscuro pelaje que le caía encima como una maldición. Lo tuvo tan cerca que pudo comprobar que tenía sangre en los dientes, unos enormes colmillos que podrían arrancarle el pescuezo sin el menor esfuerzo. Moran era un lobo fuera de control, acuciado por el dolor de la muerte de su hija. Y él había sido un idiota por buscarlo para que lo ayudara a sacar a Tayr de allí. Pero si de todos modos estaba muerto, al menos llevaría a cabo lo que había ido a hacer.

—Tayr te necesita —se atrevió a murmurar.

Era ridículo y lo sabía. Probablemente el lobo ni siquiera estuviera entendiéndolo.

—Lo van a matar... —volvió a susurrar. Y lo sintió más como una dolorosa confirmación para sí mismo que como una información para el lobo, pero para

su sorpresa, la furia del animal desapareció de sus facciones y reculó, recuperando poco a poco la forma humana. Cuando la bestia se esfumó, Moran no fue más que un hombre vencido, de rodillas ante el hijo de aquel que había mandado asesinar a su hija, pero la dignidad en la mirada del licántropo resultó tan implacable como su ira fría.

—Siento mucho lo que le han hecho a...

—No la nombres —escupió Moran—. Nunca. La han matado por su culpa. Él los trajo.

—No es culpa de Tayr.

Adrien permanecía sentado en el suelo. Solo entonces se dio cuenta de que lo hacía sobre los cristales de una mesa pequeña y de que tenía cortes en las manos. Trató de incorporarse, temeroso ante la reacción de Moran que, sin embargo, no hizo nada, sino dedicarse a seguir mirándolo.

—Lo trajeron aquí con el objetivo de quebrantar la Ley Común, pero no lo hizo. Por eso han ido a por él, por eso lo siguieron y le han achacado asesinatos que él no...

Se sorprendió a sí mismo pensando con claridad sobre aquel asunto cuyas dudas lo habían atormentado tanto. De pronto lo sabía bien y de pronto, la culpa se borraba del todo sobre la cabeza de Tayr.

—Eso ya lo sé —respondió Moran con una serenidad abrumadora—. Pero no queda razón alguna para que yo lo ayude. Ya no.

—No queda... Alguna vez hubo algo que os unió, ¿verdad? ¿Qué es?

—Algo que ya no existe. Algo enterrado, olvidado. Algo que él pisoteó, deshonró y mancilló. Algo que nunca le perdonaré.

—Oye, no... no sé lo que es, pero Rum seguía creyendo en ello.

Adrien fue consciente de que estaba pisando terreno pantanoso con la mención de la joven licántropa, pero también lo era de que si no abordaba el asunto por allí, Moran no movería un dedo por Tayr.

—Él recurrió a ella sin que tú lo supieras y ella siempre lo ayudó. Pero Tayr no quiso seguir buscándola. La quería a salvo de toda esta mierda. Por favor, Moran, van a matarlo. En nombre de lo que sea que un día os unió, ayúdalo.

—¿Y quién va a devolverme a Rum? —preguntó él, vencido. La ausencia de la ira que lo había envuelto hacía solo unos pocos minutos impresionó más a Adrien, que lo sabía contenedor de una furia tan desmedida que los cimientos mismos de Luzaria temblarían cuando la desatase ante los asesinos de su hija.

—Nadie te la devolverá —dijo Adrien—. Pero si luchas por algo en lo que ella creía, la estarás recuperando un poco. Ella será feliz.

—Ella no está.

—No aquí, pero...

—No me vengas con esa mierda humana del Más Allá. Si mi hija no está conmigo, no está.

Moran se puso en pie sin que Adrien se atreviese a mirarlo. Estaba desnudo y caminaba sobre los destrozos sin inmutarse.

—Tu padre y su gente me la han arrebatado. Y yo no voy a parar hasta alcanzar mi venganza. Esta noche, los lobos aullarán sobre Luzaria y la sangre se derramará.

—Es mi padre.

Moran le daba la espalda, dispuesto a abandonar el salón, pero se volteó ante las palabras de Adrien.

—Me trae sin cuidado que sea tu padre; no habrá compasión. No te conozco a ti ni lo conozco a él; no te debo nada ni...

—No me entiendes. —El lúzaró se acercó a él—. Si me tienes a mí, tienes a mi padre.

—No voy a matarte a ti para vengarme de él.

—Pero eso no tiene por qué saberlo él. Quieres hacerle daño y lo entiendo, pero matarlo solo te servirá para eliminarlo. Si quieres hacerlo sufrir de verdad, juega con otra cosa. Juega conmigo.

El muchacho se desprendió de un colgante que llevaba al cuello.

—Me lo regaló mi abuelo —le dijo—. Es una joya feérica. No puede desprenderse de mi cuello y mi padre sabe que jamás me lo quitaría. Si se lo enseñas, si le dices que me lo has arrancado, creará cualquier cosa que le asegures que has hecho conmigo. Lo destrozarás.

—Podría hacerlo sin más. No necesito pactar el rescate de ningún brujo traidor contigo.

Traidor. La palabra amenazó con reabrir las dudas, pero Adrien se remangó cumpliendo con una necesidad ridícula y visualizó el tatuaje en su brazo, intacto pese a la tortura; intacto pese al dolor en su mirada. Intacto pese a todo.

—No necesitas pactar ningún rescate conmigo —respondió—, pero si me matas a mí, serás igual que él. Acabas de decir que no lo harías.

—¿Todo esto es para que le salve el culo al brujo?

Adrien tragó saliva y se mantuvo expectante.

—Solo lo haré si me jura algo —claudicó el licántropo.

—¿Y cómo...? Es decir, si es él quien... Te lo juro yo en su nombre, lo cumpliré. Sea lo que sea.

Moran entornó los ojos.

—¿Tanta influencia tienes en él?

—Sí.

O eso esperaba. Fue consciente de lo absurdo de aquello. No sabía qué le estaba jurando a Moran y ni siquiera era algo que dependiese de sí mismo, sino de Tayr. Después de la ruin traición de la que el brujo había sido víctima por su parte, resultaría improbable que fuese a cumplir con algo que el propio Adrien jurase en su lugar, pero en aquel momento lo único que necesitaba era la forma, temeraria, ridícula, alocada y arriesgada de sacar a Tayr de allí con vida.

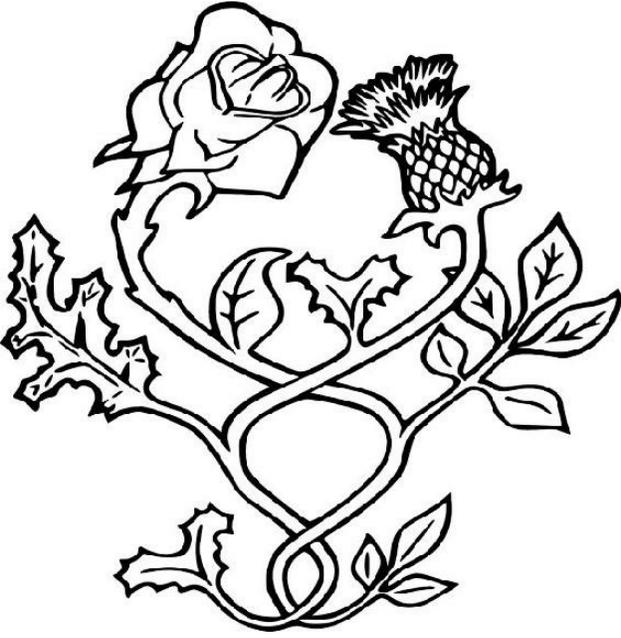
—Cumpliré con lo que sea. Te lo juro.

—¿Y quién lo garantiza?

—Yo. De veras, si no lo hace, podrás matarme. No opondré resistencia alguna y entonces destrozarás a mi padre. Sales ganando en cualquier caso. ¿Qué me dices? Vamos, por favor.

El hombre restó pensativo durante unos pocos segundos. Después, caminó sobre los cristales rotos y se asomó al pequeño balcón que quedaba al otro lado, rebasando a Adrien. El aullido sonó poderoso en el silencio de Luzaria y, al cabo de un tiempo incierto, la respuesta llegó desde lejos; una manada respondiendo a su líder. Moran se volteó y miró a un sobrecogido Adrien.

—Trato hecho.



24 Una guerra en marcha

Daba de nuevo las gracias a su condición de vampira, pues de ningún otro modo hubiera aguantado el ritmo marcado por Elain para llegar hasta allí. El brujo se movía con soltura por las calles de Ántico y también por los bosques que envolvían a la ciudad bruja, lo cual evidenciaba que conocía bien la zona.

Las Catacumbas los recibieron en mitad del mismo silencio sepulcral que lo había hecho la vez anterior, cuando acompañase a Ottana hasta allí. Al parecer, la joven bruja aprovechaba la más mínima ocasión para colarse entre aquellas abruptas rocas en busca de la mítica barca de Caronte. Aún no podía dar crédito al hecho de que todo aquello fuese algo más que el mito que siempre había oído.

Continuaba siguiendo a Elain que, en el interior de la gruta se movía con la misma soltura que fuera de ella.

—¿Por qué os establecisteis en el caserón? —preguntó June—. ¿Es por la nueva emperatriz?

—¿Te inquieta mucho saberlo? —quiso saber el brujo, sin tan siquiera detenerse en su avance.

—Esperaba haberme establecido en Ántico cuando llegué y hacerlo en aquel caserón perdido en ninguna parte resultó... extraño.

June se detuvo en un escarpado saliente que exigía un buen salto para seguir adelante. Elain lo había dado sin dudar y ajeno a las palabras de la joven, pero al llegar a aquel punto se detuvo y la miró.

—¿Esperas que salte esto yo sola?

Elain le dedicó una sonrisa asimétrica y continuó caminando.

—No puedo creerlo... Menudo gilipollas —masculló June entre dientes—. Es guapo, pero gilipollas y tú tienes imán para este tipo de imbéciles, así que mantén la guardia alta, June.

Resopló al tiempo que reculaba y tomó carrerilla para impulsarse en un salto enorme que dio con Elain en el suelo al topar con él. Definitivamente a la joven iba a costarle medir sus nuevas capacidades como vampira.

—*Wow* —exclamó, sonriendo—. ¿Has visto eso?

—No, no lo he visto —respondió él, incorporándose—, no tengo ojos en la

espalda, pero si pudieras ser un poco más discreta, tal vez no me vería obligado a dejarte aquí atada como ya hice una vez.

—¡Atrévete a intentarlo!

Elain frunció el ceño, negó con la cabeza y continuó avanzando.

—Así que eres un soldado.

A June no le pasó inadvertida la mueca de hastío de Elain, pero no le importaba. Siempre había tenido claustrofobia y aunque su nueva condición le estuviera facilitando las cosas a ese respecto, la angustia se aferraba a su garganta de manera notoria. Hablar de cualquier cosa la mantenía distraída.

—Un general, nada menos —prosiguió—. He leído mucho sobre las legiones Áureas. Contaban de ellas que eran las más belicosas de Ántico, las más aguerridas y temidas. Las más respetadas y...

Elain se detuvo y la miró.

—Cállate ya.

—Trato de amenizar el camino.

—No hay que amenizar ningún camino —espetó él, molesto—. Esto no es una excursión insulsa como las de Luzaria.

June colocó los brazos en jarra y torció la boca, mientras él retomaba el paso.

Elain no tardó en poner los pies sobre una superficie líquida que apenas le cubría los tobillos. Se detuvo, con el ceño fruncido y June no tardó en darle alcance.

—¿Qué pasa, te has metido en un insulso charco? En Luzaria también los hay, como todo allí es insulso... La verdad es que no entiendo el concepto que tienes de lo que es o no es...

—La maldición —la interrumpió él. Su voz había sido apenas un susurro, pero las dos palabras que había liberado, pusieron a June los pelos de punta—. La Vía Negra se está convirtiendo en agua. Otra vez.

—Ottana me habló de ello. ¿Cuándo ocurrirá?

—En veinticinco días.

—Falta muy poco —apuntó, angustiada. Para entonces, esperaba estar ya muy lejos de Noctia, pero no podía evitar sentirse inquieta. Había vuelto a darle esquinazo a Sylvie, y si Eugene regresaba a Ántico no tendría ni idea de dónde encontrarla. Pero ella necesitaba tomar aquel preparado y recuperar su condición humana.

Elain la miró, adivinando lo que pensaba. Había retomado el paso y no se detuvo mientras hablaba:

—Si tu vampiro vuelve y revierte el efecto de la idiotez que hiciste, podrás largarte de aquí.

—¿Y cómo se supone que va a encontrarme?

—Oh, tranquila, no subestimes al *chupasangres*.

—*Chupasangres*, qué forma tan...

Guardó silencio cuando Elain extendió un brazo, invitándola a cejar en su avance. El agua se sacudía más adelante, como si algo o alguien la removiera. Avanzó despacio, seguido de cerca por June y cuando la tuvo ante sí no pudo creerlo: la barca era enorme, como un navío, pero de aspecto mucho más sencillo. Un candil apagado colgaba de su peculiar proa y había dos remos descansando sobre ella. Por lo demás, su aspecto no la diferenciaría de cualquier vieja barcaza. Había muecas en su madera, carcomida y maltratada por el paso del tiempo y las inclemencias del agua.

—Joder, ¿es la barca de Caronte?

Lo más inquietante, sin embargo, estaba en su interior: Ottana yacía allí, parecía dormida o... Sus manos estaban perfectamente colocadas como si aquella barca fuera el túmulo funerario de un rey o un emperador. De una emperatriz. Tenía flores alrededor del pelo y su vestido estaba impoluto, sin una sola arruga.

Elain trató de avanzar hacia ella, pero una flecha cayendo a sus pies lo disuadió. Lorya. Tras la bruja, el resto de moradores del caserón los miraban con una mueca de absoluto desprecio.

June tragó saliva al volver a encontrarse con ellos y recordó, angustiada, la huida que se había visto obligada a llevar a cabo para escapar de sus garras.

—Elain. —El nombre del brujo sonó agrisado en la voz de Lorya—. Nunca hubiera creído vivir para ver esto. De modo que la ayudaste. Estás de su parte.

—No exactamente. Más bien, no estoy de la vuestra.

—¿Desde cuándo? —preguntó Lorya.

June estuvo segura de que la bruja estaba dolida. Siempre los había visto juntos y si de algún brujo no hubiera imaginado una deslealtad hacia Lorya, ese hubiera sido Elain.

—Desde el primer día —respondió este—. En un primer momento, lo único que busqué fue alejarme de la ciudad, como hicieron muchos otros leales a Vakko. Pero no tardaste en demostrarme que tu lealtad distaba mucho del último emperador y su estirpe.

—La confianza es un regalo que muy pocos merecen. También el amor.

—Bueno, supongo que habrás aprendido la lección.

Lorya asintió mientras su mirada paseaba de Elain a June. A la lúzara la sorprendió enormemente la frialdad de Elain y no sabía por qué, puesto que era la forma en la que siempre se había mostrado; aunque supuso que había sido así con ella y que le había imaginado muy distinto con Lorya.

—¿Ya te has hecho con su arkanai? —preguntó la bruja—. Supongo que no te habrá costado mucho obtenerlo. Puedes ser muy persuasivo cuando quieres.

June reprimió el impulso de llevarse la mano al bolsillo de su pantalón, allí donde no había dejado de sentir el peso de aquella moneda en ningún momento.

—Era tu emperador —dijo Elain, y June no supo si trataba de desviar su atención; como fuere, el hecho de que la bruja apartase la vista de ella, resultó un alivio—. Y Ottana era su hija. ¿Por qué te sitúas del lado de Liatli?

—¿No te das cuenta de que con un gobierno débil las guerras se eternizan? La emperatriz Tanray extendió una mano de hierro en un imperio próspero, pero se equivocó al decretar a su sucesora y desde entonces, cada emperatriz y cada emperador no han hecho más que ceder a las continuas pretensiones de las *terras*. Liatli viene a devolverle a Ántico lo que siempre fue, un imperio fuerte, implacable e invencible.

—¿Y tú no te das cuenta de que fue la ambición desmedida la que nos trajo hasta aquí? Hay una maldición que destroza vidas cada vez que se cumple por culpa de esa ambición.

—Destrozaré las menos valiosas. Es una selección natural, Elain. Y cuando Liatli haya recuperado todo el imperio, plantará cara a Caronte. Su gobierno pondrá fin a la maldición porque ella no es una Vakko.

—Entonces será tarde para muchos.

—No para los mejores.

Observó la forma increíble en la que los lobos llegaban desde todas partes, dispuestos a reunirse con Moran, cuya llamada se había repetido en un par de ocasiones más, aullidos prolongados al cielo, gritos a la luna que se habían oído por toda Luzaria.

Había por lo menos una docena de licántropos frente a Moran, convertidos todos ellos en enormes bestias de iracundas fauces. El hombre se volvió y su mirada continuó siendo hielo. Lo saludó con la cabeza y acometió la

transformación para desaparecer, pocos minutos después, junto al resto de aquella jauría.

Adrien se había quedado solo. Escrutó a un lado y otro, pero como era habitual, los sonidos de la noche no eran más que ecos lejanos y sombras que impartían latigazos a la noche sin materializarse, como si Noctia fuese solo un mundo en la cabeza de los lúzaros. Pero no era así. Reparó, de pronto, en la moto de Rum, apoyada junto a la fachada de la antigua taberna y aunque dudó por la forma en la que Moran podría tomarse que utilizara algo que pertenecía a su hija, acabó decretando que había asumido los suficientes riesgos como para encajar también aquel. Además, no tenía tiempo que perder, de modo que montó sobre la motocicleta y voló tras los pasos de los lobos.

—Voy a llevarme a Ottana de aquí —advirtió Elain—. Es solo una niña.

—¿No es la niña en la que deseabais poner todas vuestras esperanzas ? Qué absurdo, Elain. ¿Te das cuenta? Es una cría que nunca ha puesto interés en nada, todo el mundo lo sabe. Unan rata cobarde. ¿De verdad es tu alternativa a Liatli?

—Con mayores o menores capacidades, Ottana es la heredera legítima al trono.

—No condenaremos a Ántico ni a la vergüenza ni a la derrota. Como emperatriz, la cría no sirve, pero como sacrificio... ¿te das cuenta de lo que valoraría Caronte la entrega de un alma de la estirpe de Vakko? Puede que resulte suficiente para acabar con el mal del barquero.

—El barquero reclamará trece almas, como siempre, pero ninguna será la de Ottana.

—Me emociona tu lealtad —respondió Lorya con ironía—. Al menos, con ellos. Conmigo has sido un malnacido y un traidor.

Desenvainó la espada y antes de que pudiera darse cuenta, Elain había respondido de igual manera con la que llevaba cruzada a la espalda.

El choque de aceros dio inicio a un combate que multiplicaba sus sonidos con el eco arrastrado de la gruta. June tragó saliva, inquieta, y prefirió no pensar en la posibilidad de que Elain saliera derrotado de allí. ¿Qué ocurriría entonces con ella? Valoró la alternativa de salir corriendo, buscar a Eugene y olvidar las conspiraciones de los brujos, pero su mirada se desvió hacia la barca y se clavó en aquella cría de apenas catorce o quince años que cargaba a sus espaldas el peso de todo lo que había eludido siempre. Por un momento,

pensó en Adrien. Porque su hermano era igual que aquella chica. Nunca había puesto interés en lo que aconteciese al otro lado del Muro de Caronte, confiado siempre en que sería June quien cruzara y de pronto la cruda realidad acabaría estallándole en la cara. No, no podía irse y abandonar allí a Ottana.

Centró de nuevo la atención en el combate cuando Elain cayó al suelo. Confiaba en sus dotes como luchador; no en vano había sido general de la legión más poderosa de Noctia. Se atrevía a decir, incluso, que de la legión más poderosa de todas cuantas habían existido a ambos lados del Muro. Pero la fuerza de Lorya no parecía algo que debiera menospreciar.

June escuchó un siseo a su espalda y al volverse, topó con la vieja Stynda, que llegó a golpearla en la cara con una furia envidiable en alguien de su edad; al menos en la que aparentaba. Probablemente, el golpe la hubiera tumbado en circunstancias normales, pero no entonces. June sonrió irónicamente mientras negaba con la cabeza.

—La has cagado, vieja del demonio, te tengo ganas desde hace mucho tiempo y te aseguro que la has cagado bien.

Le devolvió el golpe y la vieja bruja salió proyectada contra la rugosa pared de la gruta. Lorya lo hizo tras ella y las dos quedaron tendidas en el suelo, mientras June miraba a Elain, complacido por la inesperada ayuda de la vampira. Y es que aquella era la primera vez que June no tenía que medir sus fuerzas y no podía negar que la nula necesidad de contención la hacía sentir liberada.

El regocijo, sin embargo, duró poco. Lorya volvió a ponerse en pie e hizo un gesto con la cabeza hacia los numerosos brujos que continuaban allí inmóviles, expectantes como si asistieran a una función. Dos de ellos se lanzaron a por Elain y June supo que Lorya la buscaría a ella; se habría sentido halagada de que la bruja prefiriese eliminarla antes que a Elain, considerándola una amenaza a tener en cuenta, pero la arremetida fue rápida y ella cayó al suelo, noqueada.

Elain recibía continuos ataques de aquellos que habían sido sus compañeros de morada hasta el momento y que se sumaban continuamente a lo que parecía un combate abocado a la derrota para su solitario contrincante; por mucho que se tratase de un general de la Áurea. Y por primera vez, June sintió miedo. Como vampira era más fuerte que como una humana común, pero Lorya iba armada y ella no. Solo sería cuestión de tiempo que acabase atravesándola con aquella daga y ese tiempo empezaba a correr en su contra. Tampoco Elain lograría salir con vida de allí y Ottana no podría ayudarlos. Y

por descontado, tampoco nadie podría ayudarla a ella.

Lorya la agarró del pelo y la estampó contra la pared con tal furia que June sintió cada piedra clavándose en su espalda y por un momento le faltó el aire que no utilizaba. En un recurso desesperado le asestó un cabezazo a la bruja que a duras penas la dejó un poco aturdida.

—Debí matarte el primer día —masculló Lorya, furiosa.

La golpeó de nuevo, esta vez con un bofetón que le recordó a June lo que significaba la palabra 'dolor' y le arrancó de un tirón la camisa, como si tratase de localizar el bolsillo en el que llevaba la moneda. Todo sucedió tan deprisa que June perdió la capacidad de reaccionar. Cerró los ojos para no atestiguar su propio final y trató de consolarse con el pensamiento de que, siendo un vampiro, quizás no doliese. Entonces, una voz lo detuvo todo:

—¡Basta!

Abrió los ojos por instinto y comprobó que Lorya había detenido el avance de su brazo hacia ella misma. Brotó sangre de los labios de la bruja, que cayó desplomada al suelo, dejando a Elain frente a ella. El brujo también estaba herido, pero no había sido él quien profiriese aquel grito que había detenido el tiempo.

Eugenne estaba allí, en medio de la gruta, captando la atención de todos.

—Elain, el traidor —musitó el vampiro—. ¿Quién iba a decirlo? Lorya estaba profundamente enamorada de ti y tú eras su sombra.

—Resulta peligroso idealizar a las personas y ya sabes lo que dicen: a los enemigos, cuanto más cerca, mejor.

—Ya veo.

Eugenne desvió su mirada hacia Ottana, que continuaba profundamente dormida. No trató de impedirselo cuando Elain se acercó a la joven bruja y la tomó en brazos.

—Un momento. —El vampiro entrecerró los ojos, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de algo—. Eres Elain Debris, ¿me equivoco?, exgeneral de la legión áurea. Menuda sorpresa, te creí muerto.

—Creíste mal. Supongo que el tiempo y el olvido son malos aliados de las alimañas que se agazapan a esperar desgracias.

—La generación *Augis*... Era sí como el viejo Doroyan la llamaba, ¿cierto? Accedisteis a la Áurea con poca edad. Muchachos brillantes en batalla, pero extremadamente jóvenes. Tanto que muchos de quienes os temían ni siquiera os habían visto jamás.

—¿Te incluyes, Eugenne?

El vampiro negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—El emperador Doroyan os tenía en muy alta estima. Con su hijo al frente liderasteis magníficas victorias, pero no ante mi ejército. No, Elain, no me incluyo. Oí que Resryon había muerto. Es una lástima. Un general de su talla ha de morir en el campo de batalla y no huyendo como una rata cobarde. Incluso su hermana le ha sobrevivido.

—Para tu desgracia. La emperatriz era ella. La emperatriz es ella —se corrigió.

El vampiro volvió a exhibir una mueca grave.

—Es demasiado insignificante, general. Una niña no puede cargar a sus espaldas el peso de una dinastía. Mucho menos, su maldición.

—La niña no está sola.

—Nadie en Ántico apoya ya a la Vakko —sentenció Eugene, en alusión a la dinastía de la que habían descendido las últimas emperatrices.

—¿Te gustaría poner eso a prueba, *chupasangres*?

—Podría matarla, aquí y ahora.

—Inténtalo.

—Eugene... —June se interpuso entre los dos, sosteniéndole el antebrazo del vampiro—. No.

El vampiro se deshizo de la chaqueta que llevaba y se la pasó por los hombros a la muchacha, cuya camisa había quedado destrozada.

—Creo que ya te has entrometido en esto mucho más de lo que te correspondía —le dijo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme?

Eugene paseó su mirada entre Elain y June, fijándose al fin en esta última.

—Claro que no. Te traigo el preparado. Pero Sylvie me dijo que no se lo has puesto muy fácil.

—Pretendía mantenerme encerrada en tu mansión, así que no, no se lo he puesto nada fácil. No soy esclava de nadie y si la enviaste para ser mi carcelera te equivocaste.

El vampiro extendió el brazo, ofreciéndole una ampolla de líquido violáceo, que June cogió al momento.

—Dime una cosa —añadió la joven, dirigiéndose a él—, si estás del mismo lado que los brujos del caserón, si conocías a Lorya, ¿por qué quisiste que te diera información?

—Porque los brujos siempre tienen sus propios planes y la elección de ese Tayr no respondía a ningún movimiento lógico, por más que Lorya insistiese

en que fue una mera casualidad.

Miró a la bruja, cuyo cuerpo yacía tendido en la fría gruta. Elain sonrió.

—Parece que no te tenía muy en cuenta para sus planes —le dijo—. Pero si quieres información, ahí tienes esta de primera mano: la elección de Tays respondía a la necesidad de quebrantar la Ley Común. Tu emperatriz quiere una guerra con Luzaria.

—Eso no es cierto.

—Pregúntale a Liatli. Noctia se le queda pequeña. Y si quieres más, Luzaria recoge el guante.

—Eso es ridículo —intervino June—. ¿Luzaria acepta una declaración de guerra de Noctia? Siempre hemos mediado por la paz, incluso por la vuestra.

—¿Nunca te has preguntado qué obtiene el Consejo de la Luz con dejar que los noctis campen por su ciudad matando a placer? —preguntó Elain—. La respuesta es nada. Fueron otros, tiempo atrás quienes lo decretaron, por miedo, por lo que fuera. Ahora buscan la forma de acabar con eso, de acabar con nosotros, de conservar la maldición hasta que nos haya destrozado a todos. Esto ya es una guerra en toda su plenitud.

La rueda derrapó cuando Adrien detuvo la motocicleta de forma violenta. Algo le había atacado mientras circulaba sobre ella, pese a la velocidad temeraria que había seguido. Se llevó la mano al brazo y contuvo una mueca de dolor. Bajó de la moto y se acercó, dubitativo hasta el edificio al que los demonios habían llevado a Tays. El corazón estuvo a punto de salirse por la boca al comprobar que había un clamoroso incendio en la parte superior, allí donde debía encontrarse el brujo. De los licántropos no había rastro y Adrien quiso pensar que ya se habrían internado en el edificio y estarían socorriendo al noctis, si es que acaso habían llegado a tiempo. Corrió, alarmado por sus propias ideas y al acceder al vestíbulo se encontró con un enorme lobo que lo saludó con un gruñido. Adrien se detuvo instintivamente, pero al comprobar que el animal no se alteraba, dio inicio a un alocado ascenso por la escalera.

Respiraba de forma entrecortada, volaba sobre los peldaños y aun así siempre había más. A medida que se acercaba a las plantas superiores, el humo empezaba a hacerse presente y todavía le costó más respirar. Desde allí, podía oír ya los gruñidos de los lobos atacando y los sonidos propios de una

pelea. Golpes, gritos y la magia oscura desatada en Luzaria. Aún era noche cerrada; la Ley Común ampararía todo aquello, pero eso ya ni siquiera importaba.

Un licántropo se cruzó en su camino, sujetándolo. No era Moran y lo supo porque no había acometido la transformación.

—Sal de aquí, chico —le advirtió antes de desaparecer escaleras arriba.

El humo era cada vez más denso y oscuro, pero eso no detuvo a Adrien, que continuó ascendiendo hasta que seguir por la escalera se hizo imposible. Abrió con esfuerzo una ventana y el frío de la calle lo abrazó, devolviéndole el aire. Valoró la situación en apenas unos pocos segundos y se encaramó a la vieja escalera de incendios que se adhería al edificio por el lateral. Mientras ascendía por aquella inestable estructura, escuchaba risotadas y burlas. Un licántropo voló a través de una ventana en una caída fatal que lo llevó contra el suelo. Adrien no miró, pero escuchó un golpe sordo contra el asfalto y los aullidos lastimeros se apagaron deprisa.

—Joder...

Siguió ascendiendo mientras el viento le sacudía el pelo y la ropa, pero resultaba reconfortante a pesar de su gelidez, pues la barandilla empezaba a notar los efectos del fuego y, por momentos, Adrien llegaba a quemarse allí donde colocaba la mano. El humo se intensificó en una columna negra que se elevaba hacia un cielo aún más negro. Distinguió rostros diabólicos entre la densidad del humo y el juego de los demonios se le hizo insoportable. Pero solo podía pensar en Tayr.

Llegó hasta la ventana del último piso y allí respirar era un milagro.

—¡Tayr! —gritó, al tiempo que hacía aspavientos con las manos para apartar la cortina gris que lo ahogaba—. ¡Tayr! ¡Moran!

Sabía que era una locura, pero no obtuvo respuesta y lo único que le quedaba era entrar. Apoyó los pies sobre el alféizar y antes de que pudiera darse impulso con los brazos, algo lo agarró de la pechera, empujándolo hacia el lado opuesto. Un grito abandonó su garganta mientras revivía la caída del licántropo que había visto precipitándose por allí. Pero el rostro que asomó fue el de Tayr, herido y cubierto de hollín.

—¿Qué estás haciendo aquí? —escupió el brujo, furioso.

—Lo siento. —Aquello fue lo único que Adrien acertó a decir.

—¡Hay que salir de este sitio inmediatamente! —bramó Moran, siguiendo a Tayr.

El licántropo saltó a la escalera de incendios y la estructura se descolgó,

rompiéndose más abajo. Adrien hubiera caído de no ser por la férrea sujeción de Tayr. El lúzarlo lo miró y por un instante temió que fuera a dejarlo caer, pues al fin y al cabo, le había mentido. Sintió vergüenza al recordar todas y cada una de las ocasiones en las que él le había exigido sinceridad. Temblaba, pero las dudas se disiparon cuando Tayr salió del edificio y lo ayudó a sostenerse en un pequeño saliente.

—Agárrate bien a mí —le ordenó el brujo.

—Siento haberte engañado —insistió él.

—Adrien, este es un momento de mierda para eso. Agárrate a mí.

Obedeció, como dictaba la situación y se aferró a los hombros de Tayr, mientras este se descolgaba por la mortecina estructura de la escalera, que acabó por desprenderse cuando aún se encontraban a una altura considerable. Adrien fue incapaz de tragarse el grito, pero la caída, veloz, concluyó con el firme agarre de Moran, que los esperaba abajo.

—¡Vámonos! —gritó el licántropo.

Las llamas restallaron en ese momento y devoraron el edificio hacia abajo, llegando a ennegrecer parte de la acera y la calzada. Tayr había arrastrado a Adrien, alejándolo, pero su atención se mantuvo presa de aquella fachada devorada por un fuego en forma de espiral que dibujaba mil formas entre sus llamas.

La respiración de Adrien era fatigosa, como también lo era la de Tayr o la de Moran, pero habían logrado salir con vida de allí.

El licántropo mantenía su mirada ambarina sobre el brujo, como si aquel espectáculo de fuego no se estuviera dando tras él. Y mientras, Adrien y Tayr permanecían de rodillas en el suelo, tratando de recomponerse.

—¿Por qué has venido? —quiso saber Tayr. Su pregunta iba dirigida a Moran, aunque no lo miró al efectuarla.

—Ahora no es el momento de hablar —intervino Adrien, inquieto aún. Se puso en pie y se tambaleó ligeramente, aunque logró sostener el equilibrio—. Hay que largarse si no queremos...

—¿Y tú por qué has vuelto? —lo interrumpió el brujo.

Adrien aún resollaba. A los cortes que se había hecho en la mano durante su breve visita al apartamento del licántropo, le sumaba ahora las quemaduras sufridas en aquel viejo edificio abandonado, que continuaba ardiendo, como una antorcha gigantesca.

—Nunca me he ido —murmuró Adrien—. Necesitaba ayuda para sacarte de aquí.

—Cuando subimos ya se había librado de dos demonios —explicó Moran, alzando una incredulidad notable en Adrien, El licántropo sonreía sin que eso restase un ápice de dureza a sus rasgos ni de amargura a su expresión—. Como siempre.

Tayr bajó la mirada y Adrien se sintió un extraño en mitad de una conversación cómplice. A esas alturas ya tenía claro que había algo que en su día unió a Moran y Tayr, algo que el joven brujo había traicionado, según contase el licántropo, pero la incógnita seguía latente y la curiosidad arañaba a Adrien por dentro.

—El chico tiene razón —dijo Moran—. Este no es momento ni lugar para hablar. Acompañadme.



25 Luz en la oscuridad

June caminó junto a Eugenne para abandonar Las Catacumbas. Alzó la cabeza, tratando de impregnarse del frío de la noche ántica, pero bajo su condición de vampira, se sentía como si un velo protector, aquel que le impedía sentir cansancio o dolor, la privase también de sensaciones tales como el alivio, el frío o el calor.

Ni siquiera podía creer que se alegrase de ver a Sam. El cochero permanecía junto al oscuro carruaje en el que la había trasladado desde su llegada. Eugenne abrió la portezuela y se mantuvo a la espera.

—Gracias, Sam —murmuró la joven, colocando la mano sobre el hombro del brujo, que ni siquiera se inmutó.

June se volvió cuando Elain abandonó la gruta también con Ottana en brazos. Ninguno de los dos lo había establecido, pero Eugenne no se mostró por la labor de impedirle la marcha pese a haberse descubierto frente a June como enemigo del brujo. Era como si ambos hubieran fijado una especie de tregua.

—Espera —solicitó la lúzara.

Elain se detuvo a una distancia prudencial, atendiendo a su llamada.

Eugenne puso los ojos en blanco al verla acercarse al brujo.

—Llévate el carruaje, así no tendrás que cargar con ella.

Elain esbozó una sonrisa ladeada.

—No pienso llevarme ese armatoste.

—¿Y el caballo? ¿Te lo llevarías si lo desato?

—¿Por qué quieres...?

—Por ella. —June le acarició el rostro a Ottana, que respiraba de forma serena entre los brazos de Elain. Dormida parecía solo una niña sin preocupaciones ni responsabilidades, una lúzara cualquiera que en algún momento se despertaría con el único cometido de acudir a clase y aprobar el próximo examen—. No creas que lo hago por ti.

—No lo hubiera creído nunca.

—Bueno, aunque técnicamente te debo una... o dos. Me sacaste del caserón brujo y hasta me has dejado morderte.

—Intereses propios. No quiero que nos achaquen un quebrantamiento de la Ley.

—¿No permitir que te muerda el cuello es un quebrantamiento de la Ley?

—Revelarle tu presencia a la Timoria y exponerte a una muerte lenta y agónica podría llegar a serlo. En cualquier caso, tú también la ayudaste a ella. No me debes nada.

—También la atacó. El primer día que la vi, no pude contenerme, aunque no te lo ha contado.

Para sorpresa de June, Elain no se mostró enfadado, sino que asintió.

—Tómame el unguento que te ha traído el *chupasangres* y dejarás de lanzarte a los cuellos de todo el mundo.

June asintió también al tiempo que sonreía.

—Gracias por todo. Despideme de Ottana.

—Lo haré.

—Mucha suerte.

El brujo hizo un gesto con la cabeza y la joven se dio por respondida. Sin necesidad de que nadie le indicase nada, Sam desató al caballo del carruaje, al tiempo que Eugene negaba con la cabeza, resignado. El cochero golpeó la grupa del animal, que se desplazó despacio hasta Elain y June. El brujo colocó a Ottana con cuidado y después, montó sobre el corcel, a pesar de que este no tenía silla.

—¿Estará bien? —se preocupó June—. ¿Por qué no despierta?

—Está bien. La han golpeado y dormirá un buen rato. Eso es todo.

Ella asintió y se apartó mientras Elain le dedicaba una última mirada a Eugene y desaparecía bosque a través, cabalgando a toda prisa con la espalda de Ottana apoyada sobre su pecho.

—Genial —exclamó Eugene—. ¿Y ahora cómo nos vamos nosotros?

—Andando, vampiro. Sé que no te cansas, así que no tienes excusa.

—No conoces la historia —respondió el interpelado cuando June hubo llegado junto a él—. No deberías posicionarte.

—Estaría bien que tampoco tú intentases posicionarme.

Eugene asintió.

—Tienes razón. No debí inmiscuirte en esto. Lo siento.

—Tampoco debiste haberme besado.

Eugene entrecerró los ojos.

—También en eso tienes razón —acabó admitiendo—. No sé qué me pasó. Lo lamento.

June hubiera querido protestar ante aquella débil excusa. Algo en su interior hubiera deseado que él defendiera su actuación, que la justificara,

pero la parte racional se abrió paso y determinó que era mejor así. Todo era más fácil en medio de aquella indiferencia, así que arrancó el tapón de la ampolla que el vampiro le había traído y le dio un trago hasta vaciarla.

—¿Nos vamos?

Cuando Tayr accedió al apartamento de Moran, observó los cristales rotos en salón, los muebles tirados por todas partes y las cortinas rasgadas. Miró a Adrien fugazmente y pareció buscar una confirmación de que estaba bien.

Moran se dejó caer sobre el sofá mientras se limpiaba las manos, como si acabase de terminar con alguna tarea banal.

—No debía estar aquí —murmuró sin mirar los muchachos.

Adrien y Tayr se mantuvieron de pie bajo el umbral del salón. Ninguno de los dos dijo nada.

—Rum tenía que haber ido a visitar a su madre esa tarde, pero habían discutido por teléfono y no quiso ir. Por eso estaba en la taberna cuando vinieron. Por eso la mataron.

—Lo siento mucho —murmuró Tayr.

Y Adrien tuvo la sensación de que, en el fondo de su ser, el brujo se sentía culpable por lo sucedido.

—Han hecho por ti un juramento que exige debido cumplimiento.

La voz de Moran fue un trueno sigiloso y a la vez abominable, mientras se tendía hacia atrás en el sillón en una pose relajada, como si no estuviera en un salón destrozado. Adrien apretó el puño, nervioso ante la reacción del brujo. Ni siquiera sabía qué había jurado en nombre del noctis, pero estaba seguro de que no sería algo sencillo de cumplir.

—¿Juramento? —preguntó Tayr.

—El lo hizo en tu nombre. —Moran señaló a Adrien con la barbilla y el brujo volvió a mirarlo.

—¿Y qué te juró exactamente?

—Lo que fuera, ¿no era así, chico? Cualquiera cosa que yo quisiera.

—Sí —se atrevió a responder Adrien. Apoyó la espalda en el marco de la puerta y se preparó para lo que vendría—. Lo que fuera.

Tayr dejó escapar un hondo suspiro. Sangraba desde numerosas partes de su cuerpo, tenía quemaduras en otras tantas y hollín por toda la cara.

—¿Qué cojones has hecho?

—Intentar compensarte —respondió Adrien, molesto—. Me daba igual lo que tuviera que jurar. Te lo debía.

—El problema es que no has jurado por ti, sino por mí.

—También ha jurado por él —intervino Moran—. Ha jurado que si no cumples, puedo matarlo. De todos modos ya voy a hacerlo con su padre. Haría un dos por uno.

Tayr le dedicó una mirada asesina a Adrien y centró toda su atención en Moran.

—Tú no eres así.

—A veces, la gente y las circunstancias te transforman, ¿no es cierto, Tayr?

—¿Qué quieres?

—Lo sabes de sobra.

—No puedo... Ni siquiera sé...

—Si hay algo que no sepas, averígualo.

—Moran, no es tan fácil. Hemos hablado de esto antes.

—Esta noche alguien ha fijado un juramento en tu nombre y si no le das cumplimiento, él lo pagará.

—Esto no va a devolverle la vida a Rum.

Adrien percibió la ira prendiendo de nuevo en el licántropo; incluso tuvo la sensación de que la temperatura había ascendido allí.

—Mi hija te apreciaba. Digo más, mi hija te quería. Hazlo por ella.

—Eso no es justo.

—Veinte días. Es lo que tienes. Si tardas uno más cobraré mi precio.

Moran se puso en pie y caminó hacia el balcón. El salto desde aquella altura era mucho menor que la que había sorteado en aquel otro edificio, de modo que a ninguno de los dos le sorprendió verlo perderse en la negrura, entre aullidos y el clamor nocturno de Luzaria, impregnado de Noctia.

—Matará a mi padre —murmuró Adrien, dejándose caer en el mismo sofá que Moran había ocupado hacía solo unos pocos segundos. Tragó saliva y la idea se repitió en su cabeza como un eco letal. Ander no era ningún santo, pero saberle perseguido por la jauría de Moran hasta la muerte no le resultaba agradable.

Tayr lo miró sin abrir la boca.

—Lo siento —volvió a decir Adrien—. Siento mucho todo lo que ha pasado. Siento haber dudado de ti, haberte traicionado. Siento haber hecho un juramento que te comprometa sin saber si quiera a qué.

Tayr suspiró hondamente.

—Adrien...

—¿Podrás perdonarme? Por favor.

—Ahora lo importante es encontrar a tu padre antes de que lo haga Moran.

—¿Qué? ¿Pretendes ayudar a mi padre?

—¿Pretendes tú dejarlo morir? ¿De veras?

—El mandó matar a Rum y a todos los noctis que había en la taberna. Quiso perjudicarte, inventó pruebas en tu contra y hasta... está engañando a mi madre con otra mujer.

Aquello último sonaba ridículo en su cabeza y sin embargo, no lo era.

—Aun así es tu padre.

—Pero... ¿por qué vas a salvarlo tú?

—Porque de ningún modo serás feliz si él está muerto.

Adrien rio mientras negaba con la cabeza.

—¿Quieres que me sienta peor conmigo mismo? No he dejado de joderte y tú quieres que yo sea feliz.

—No he querido otra cosa desde que te conocí. Nunca lo has entendido.

El lúzaró alzó la mirada y distinguió el tatuaje en el brazo de Tayr. Estaba surcado de cortes, sangre seca y heridas, pero seguía allí, intacto y verdadero como cualquiera que se trazase en el brazo de un elfo tras una ceremonia de unión entre dos de ellos. Como el suyo propio. Había sido un disparate hacerlo, una pantomima, como él mismo lo había definido, pero entonces, ¿por qué la tinta seguía allí, en su brazo y en el del brujo con la misma intensidad que cuando habían impregnado su piel en ella?

—Si vas te cogerán —señaló Adrien—. Como decías, los dos Consejos tienen sus propios planes. No recularán, es demasiada mierda la que mueven.

—Confía un poco en mí.

—Tayr, necesito que me perdones. Necesito oírlo. —Se puso en pie y se acercó a él—. Aunque no me lo merezca, necesito saber que no me profesas solo el más absoluto asco.

—No me das asco, ¿cómo puedes pensar eso?

—Di que me perdonas, si lo sientes así.

—Adrien, no conoces la situación que asola a Noctia y por eso no puedo culparte de las decisiones que tomas o dejas de tomar. Por lo mismo, no deberías disculparte.

—No hablo de la situación de Noctia, sino de ti. Confiaste en mí, me harté de exigirte argumentos para hacerlo yo en ti y te fallé. A riesgo de parecer un loco me atrevo a decirte que eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo;

el único que ha estado de manera incondicional, el único capaz de arrancarme una sonrisa sincera. Y sin embargo, lo he echado todo a perder.

Tayr volteó el antebrazo y dejó a la vista su tatuaje.

—No parece que hayas echado gran cosa a perder —murmuró, mientras paseaba la otra mano sobre la savia tatuada en su piel—. Venga, vamos.

No llegó a dar dos pasos antes de que Adrien lo abrazase por la espalda y aunque la situación exigía urgencias, ambos habían sabido encontrar siempre el segundo de tregua. Tayr se volteó y lo abrazó, obviando el desastre por un instante.

—Adri, sigues sin saber nada —murmuró—. Tal vez haya cosas que...

El beso de Adrien no le permitió seguir hablando.

—Se acabó el sembrar más dudas. Me da igual lo que hayas hecho antes.

Volvieron a besarse, de forma rápida, como casi todo lo que les había tocado vivir juntos. Y Tayr tiró de él para salir de allí.

La caminata estaba siendo más que considerable y June empezaba a arrepentirse de haber tomado aquel brebaje antes de acometer el viaje de regreso. Si hubiera esperado, hubiese sido capaz de hacerlo sin sentir el menor cansancio, pero a aquellas alturas, las piernas le dolían horrores. Por suerte, ya atisbaba el viejo castillo del príncipe de Estyria. Eugenne le había propuesto regresar allí para poder concluir el tramo final del viaje hasta el Muro de Caronte a caballo.

Accedieron a la entrada a través del cementerio que envolvía la propiedad y June se detuvo al comprobar que había vampiros durmiendo en el interior de las tumbas abiertas.

—¿Por qué lo hacéis? —preguntó.

—Es el modo más cómodo de dormir, en contacto con la tierra húmeda de Estyria.

—Pero también lo haces en una cama, ¿no?

—Cuando me apetece algo más de intimidad; resulta un poco trabajoso cavar un hoyo en mi habitación.

June rio.

—Ya... Supongo que a ti te he quitado muchas horas de sueño.

—Más de las que te imaginas.

La joven lo miró, como si aquellas palabras pudieran estar impregnadas en

un sentido más allá de lo que daban a entender.

—Espérame aquí. Iré a buscar un caballo.

June aguardó durante unos minutos tras los cuales el vampiro regresó con dos hermosos corceles de negro pelaje, de entre los cuales le ofreció uno.

—Nunca he montado a caballo —admitió ella, ligeramente avergonzada.

—No es difícil —respondió él, mientras la ayudaba a subir—. Solo tienes que estar tranquila; ellos lo perciben.

Eugenne montó en el otro y dieron inicio al camino de regreso, siguiendo el trazado de la Vía Negra.

—Elain dice que se está convirtiendo en agua, que ocurre periódicamente.

—Así es. Sobre la familia imperial antigua pesa una maldición que sacude a Noctia entera.

—El barquero.

—Así es. La Vía Negra se convierte en un río y el barquero libera a los *litores*, seres espectrales que arrastran a trece almas para que Caronte cobre la deuda que la emperatriz Tanray adquirió con él en su día.

—Es horroroso.

—Es una deuda.

—¿Y tú estás de acuerdo con ella?

—Yo no la contraje.

—Pero se puede acabar con ella, ¿no? Eso trata de hacer Ottana porque la maldición os sacude a todos.

—Ottana trata de recuperar un trono que siempre la aterró.

—¿Por qué?

—Porque la ambición antigua le granjeó muchos enemigos a los brujos y ella era una cría de nueve años cuando había de convertirse en emperatriz. No se atrevió, así que obligó a su hermano Resryon a hacerlo y eso lo convirtió a él en el objetivo. Era el único superviviente que quedaba tras el reclamo de Liatli.

—Un reclamo que tú apoyaste. ¿Ayudaste a matar a la familia de Ottana?

Eugenne detectó dureza en la voz de June, como si estuviera reprochándole aquello. Él mismo la había inducido a inmiscuirse en aquella historia, pero lamentaba no haber podido ponerla al corriente de todo para que la joven pudiera juzgar con pleno conocimiento.

—Disponer solo de una versión de los hechos, los distorsiona, June —respondió—. Ayudé a poner fin a la descendencia del imperio de la sangre, sí. ¿Crees que el mandato del emperador Doroyan estuvo exento de ella?

—Pero Elain dice que...

—Elain dice, Elain dice... Te has hecho muy amiga del tal Elain, ¿no?

June arqueó una ceja, mirándolo.

—No exactamente. Dijo que la tal Liatli quiere extender sus conquistas más allá del Muro. ¿Eso no es sanguinario?

—Eso no es así. No puede ser así.

La conversación, mientras avanzaban, derivó en otras tantas más sobre diferentes asuntos y en el lento discurrir del día, el trayecto se hizo ameno y agradable. La tensión había quedado a un lado y la joven lo agradeció.

Casi no podía creerlo cuando el Muro de Caronte se alzó ante ella, soberbio, regio y poderoso como siempre. Se respiraba tal paz allí que resultaba imposible imaginar todo cuanto estaba cociéndose al otro lado, aunque lo vivido en tierras noctis tampoco podía calificarse, precisamente, de pacífico.

—Bueno, hemos llegado —concluyó Eugenne, bajando de su caballo.

June hizo lo mismo y alzó la mirada al cielo. Continuaba siendo de noche allí, pero al mismo tiempo se prendía un fulgor anaranjado que hablaba del amanecer, algo tan sencillo que fascinó a la joven lúzara por el tiempo que llevaba sin divisarlo.

—Gracias por haberme traído sana y salva.

—No tienes que agradecerme nada. Lamento todo por cuanto has pasado y si el Consejo de la Luz quiere que rindamos cuentas, lo haremos.

—No, no creo. Además, gracias a ti puedo contarlo. Me topé con algunas situaciones complicadas en Ántico y si no hubiera sido un vampiro, estaría muerta. Tenías razón, pero la sed es algo complicado de manejar.

—Hubieras acabado haciéndolo. Pero no te niego que me tranquiliza que hayas recuperado tu condición humana.

—Ojalá acabe pensando lo mismo. Parece que las cosas van a ponerse feas.

—Tu padre es un miembro del Consejo de la Luz. Confío en que hagan todo lo posible por mantener los lazos y la paz. Desde Noctia, así será.

—¿Puedes hablar en nombre de toda Noctia?

Eugenne sonrió.

—¿Puedes hacerlo tú en nombre de toda Luzaria?

—No, desde luego.

—Me temo que yo tampoco. Pero los actos individuales de cada uno de nosotros pueden marcar la diferencia.

June asintió y dio un respingo cuando los portones crujieron anunciando el final de la noche. Las hojas se abrían despacio, permitiendo la entrada de la luz del un nuevo día. La joven era in del muro, pero lo cierto era que no lo hizo hasta que los portones se hubieron abierto por completo.

—June...

La joven se volvió, atendiendo a la llamada de Eugene y esperanzada en algo que consideraba un asunto pendiente.

—Tienes mi arkanai.

Se apartó el pelo de la cara, molesta, y extrajo la moneda del bolsillo de su pantalón para ofrecérsela al vampiro.

—Sé que es algo que te fascinó, pero es algo demasiado valioso. No puedo dártelo.

Se detuvo y libró su última batalla interior en territorio noctis. Nunca había sido alguien indecisa y no empezaría a serlo ahora. Dio un paso adelante y sostuvo a Eugene del rostro para besarlo tal y como había sucedido durante aquella noche en la que el vampiro la había mordido. Para su sorpresa, Eugene no se retiró, no lo evitó y se limitó a pasear su fría mano sobre su cabello cuando ella se apartó.

—Cuídate —concluyó ella ante de correr para cruzar el Muro.

Habían dejado la motocicleta a un par de manzanas La Sede. A pesar de que la Guardia Blanca aún continuaba presente en las calles de Luzaria, lo cierto era que su presencia se había reducido considerablemente y eso lo achacó Adrien al hecho de que los demonios hubieran avisado al Consejo de la captura de Tayr. No sabía si también habían podido hacerlo de su posterior huida.

—¿Apoyas a la emperatriz que nos declarará la guerra? —preguntó Adrien, mientras Tayr trataba de valorar las posibilidades que tenían de llegar hasta la puerta sin ser vistos.

Tayr lo miró y Adrien volvió a hablar.

—No te juzgo. Solo... Venimos de mundos muy diferentes y cada uno sabe qué ha vivido, qué aborrece y qué apoya. No podría juzgarte, pero cuando todo esto empiece, estaremos en bandos distintos y una guerra no es... ninguna tontería.

El brujo permaneció mudo y devolvió la vista al frente, valorando aún la

forma de acercarse al edificio sin ser vistos.

—Ojalá pueda evitártela, Adrien.

—Mi padre dice que la vara podría también sellar el Muro.

—La Vara de Paxia reúne el poder de todas las emperatrices y emperadores que renunciaron a su magia. Es un instrumento de enorme poder. Sellar el Muro sería posible, claro que sí.

—¿Y crees que algo tan poderoso debe estar en manos de alguien?

—Sí, lo creo.

La contundencia en la respuesta de Tayr resultó demoledora.

—Lo harán —murmuró Adrien, poco después—. Sellarán el Muro. Tienen la vara, por mi culpa y...

—Antes tengo que volver.

—¿A Noctia?

—Sí, claro.

Adrien guardó silencio y se preguntó, interiormente, en qué momento había perdido de vista aquella realidad. Tayr era un noctis. No se quedaría en Luzaria; menos aún con la situación acaecida. Pero separarse de él era algo que no había tenido tiempo a digerir aún.

—No creo que los licántropos hayan pasado por aquí —observó después el brujo—. Habrían dejado un rastro notorio.

—Saben que hay guardias por todas partes —respondió Adrien—. Tal vez hayan optado por métodos más sutiles.

—La sutileza no es un método licántropo, créeme.

—Hay un acceso posterior —dijo, tratando de evadirse de aquellos pensamientos—. Tal vez resulte más fácil entrar por ahí.

Tayr asintió y siguió a Adrien de forma sigilosa. Había guardias en la parte delantera, pero moviéndose por la posterior lograron pasar inadvertidos. Mientras buscaba la llave en su bolsillo, observó a Tayr de reojo. Ser hijo de un miembro del Consejo podía tener sus cosas buenas y era el hecho de contar con numerosas formas de acceso a varios puntos de la sede.

—¿Confías en seguirme como lo hiciste hasta la catedral de Ladasdir?

Tayr lo miró, confuso.

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque entonces te traicioné.

El brujo se mostró más relajado y sonrió mientras negaba con la cabeza.

—Adrien, deja ya de recriminarte eso.

—No puedo.

—Ese ha sido siempre tu gran problema. Multiplicar por mil culpas que ni siquiera son tuyas. Tu padre te lo pidió y confiaste en él. ¿Cómo no ibas a hacerlo? Estás velando por tu hermana y te entiendo.

—¿Tienes hermanos?

—Yo ya no tengo a nadie. Pero si lo tuviera, haría exactamente lo mismo que tú.

Adrien lo miró largamente. Aquellos ojos verde azulados conseguían trasladarlo siempre hasta una realidad muy distinta, incluso en aquellas circunstancias. Esta vez, acompañaba a su hechizo la voz del brujo.

—Habrías hecho lo mismo que yo —murmuró—. ¿Y aun así has confiado en mí?

Tayr entrecerró los ojos.

—Hay algo que no me has contado, ¿no?

La cerradura crujió y la puerta quedó abierta. Las hojas se deslizaron suavemente hacia el interior y ni Adrien ni Tayr se atrevieron a moverse cuando al otro lado encontraron el rostro neutro de Hilmagenta Breaker. Las miradas entre unos y otra se prolongaron durante varios segundos.

—Si buscas a tu padre, no está aquí, Adrien —dijo la feérica con voz serena. Su expresión se había relajado y continuó siendo así cuando centró su atención en Tayr.

La mujer hizo un gesto con la cabeza que a Adrien se le asemejó un saludo. Pero no podía ser posible. ¿Por qué la feérica más antigua del mundo, la más sabia y poderosa iba a saludar a un presunto criminal buscado por tierra, mar y aire en Luzaria? Adrien ya tenía claro que Tayr no era nada de eso, pero al parecer, nadie más en el Consejo de la Luz pensaba así. Al parecer.

—¿Sabes... tienes idea de dónde está... la vara?

Adrien preguntó aquello con cierto temor, pero el hecho de que Hilmagenta lo hubiera visto junto a Tayr y no hubiese dado la voz de alarma, le hizo dudar de las lealtades de la lúzara.

—La vara está en poder del Consejo de Nix. Han roto relaciones con Luzaria y, por tanto, se llevarán lo que es suyo.

—Hay que recuperarla —le dijo Adrien a Tayr.

—Primero tu padre.

Quiso reponer algo en contra, quiso quejarse y hasta patalear, pero no podía hacerlo, porque Ander era su padre y podía estar en peligro de muerte. Y aunque en los últimos tiempos sentía que el hombre había cambiado mucho, no podía desear verlo muerto.

—Distraeré a los guardias —concluyó la mujer, despertándolo de mil pensamientos letales.

—¿Por qué nos ayudas? —quiso saber Adrien.

—¿Por qué pierdes el tiempo preguntando, si tanta prisa tienes?

—Vamos, Adrien —zanjó Tayr.

Y se dejó arrastrar cuando el brujo lo agarró de la mano y echó a correr en dirección a la motocicleta.



26 El muro más alto

June corrió hacia el acceso a la propiedad, conteniendo la emoción. Al fin estaba allí en la puerta de su casa, a escasos metros de sus padres y su hermano. Nunca hubiera pensado que se alegraría tanto de regresar, máxime cuando apenas había pasado unas pocas semanas en Noctia. Y qué insoportable se le había hecho ese tiempo. Una patrulla de la Guardia Blanca la había llevado hasta allí al verla sola en mitad de la ciudad con el caos todavía vistiendo sus calles.

Antes de que pudiera llevar la mano al timbre de la puerta, esta cedió y un fuerte agarre la empujó hacia el interior. June no podía dar crédito a lo que estaba viendo: su madre permanecía de rodillas en el suelo, sujeta del cuello por un hombre alto, de ajada indumentaria y pelo revuelto. Su expresión era una mueca de furia contenida que le heló la sangre. A su lado, Christian sufría la misma amenaza. En aquel momento ni siquiera le preocupó saber qué estaba haciendo allí. Nunca hubiera imaginado que lamentase verlo en aquella tesitura; más bien hubiera predecido júbilo al verlo sufrir de aquella manera, incapaz de contener el llanto, pero no era así.

Su padre permanecía sentado en una silla con la ropa destrozada y el cuerpo lleno de heridas que sangraban lentamente. Un hombre de imponente estatura se aseguraba de que no intentase levantarse, manteniendo su *manaza* sobre el hombro de Ander, mientras un tercero paseaba alrededor de él, daga en mano. June distinguió a dos tipos más en la parte superior de la escalera que conducía hasta la segunda planta y estuvo segura de que aún habría más. Durante su estancia en Noctia no había coincidido con ningún licántropo, pero había estudiado lo suficiente a aquella raza noctis como para distinguirla con claridad.

—June, cariño... —murmuró Lorna, emocionada—. Vete de aquí.

—Me temo que es demasiado tarde para eso —anunció Moran. Hizo un gesto con la cabeza y el licántropo que la sujetaba la empujó contra Lorna, permitiendo que las dos se abrazasen.

—¿Qué está pasando, mamá? —preguntó June, mirando a su padre—. ¿Dónde está Adrien?

—Tu hermano está muerto —bramó Moran—. Muerto, ¿me oyes? —gritó, pegado al oído de Ander.

—¡Eso no es cierto! —exclamó June, furiosa. No tenía ni la más remota idea de quién era aquel tipo ni de por qué estaba en su casa, amenazando a sus padres y anunciando tal sandez, pero si algo tenía claro era que su hermano no podía estar muerto. No había sido capaz de dejar atrás todo lo vivido en Noctia para llegar al funeral de Adrien; era ridículo, absurdo y falso, pero cuando Moran alzó la mano, el corazón de June se paralizó.

—El colgante del abuelo... —musitó Lorna—. No podría tenerlo él si...

June se quedó bloqueada mientras su madre la abrazaba y ni siquiera fue capaz de romper a llorar. Las lágrimas se deslizaban silenciosas sobre su rostro mientras los gritos de Ander se escuchaban lejos de allí, amortiguados casi, como si algo o alguien los arrastrase hasta un mundo distante y ajeno.

—¿Qué cojones te pasa? —bramó Tayr, cediendo ante el empuje de Adrien.

El sol era ya un semidisco que proyectaba molestos fulgores sobre los ojos verde azulados de Tayr y a Adrien le sorprendió ser capaz de reparar en eso en un momento así, con los gritos de su padre como telón de fondo.

—Le prometí a Moran esto —balbuceó con la voz quebrada—, que lo torturase con mi muerte, que lo hiciera sufrir porque es lo que él ha pasado también con Rum; solo que en su caso es cierto.

Tayr lo escuchó, impactado, mientras observaba la puerta de entrada a la casa de Adrien.

—Lo matará —anunció el brujo—. Moran es un buen hombre, pero está hundido y cegado.

—¿De qué lo conoces? ¿Qué quiere que cumplas, Tayr, cuál es el juramento?

—Joder, Adrien, ¿está torturando a tu padre y tú quieres a hablar?

—¡Se lo prometí! —gritó el lúzar, furioso.

Apoyó la espalda sobre la fachada y hundió el rostro entre sus manos, sollozando ante los gritos que no cejaban en el interior de la casa. Sintió el contacto de Tayr delante de él, paseando su mano sobre su nuca y ofreciéndole consuelo.

—Vamos, es tu padre.

Lo agarró de la mano y pateó la puerta, plantándose en el salón y deteniendo la escena. Los rostros allí presentes se fijaron en los recién

llegados y June fue incapaz de contenerse. Venciendo las reticencias de su madre ante la posible reacción de los licántropos, la joven se zafó de su agarre y se fundió en uno titánico con Adrien. Chris se removió también, pero no acertó a moverse a pesar de que su exnovio había reparado en su presencia.

Adrien alcanzó a ver su padre por encima del hombro de su hermana y cerró los ojos, incapaz de soportar tal visión, incluso aunque el rostro magullado de Ander transmitiera un notable alivio. El hombre rompió a llorar mientras Tayr se acercaba.

—Basta, Moran —le pidió—. Déjalo en paz.

El licántropo negó con la cabeza.

—Él no la dejó en paz. Su gente la persiguió, como persiguieron al resto. La mataron. Nadie tuvo compasión. Era mi niña. Mi Rum.

—Tú no eres como él. No eres como él, por eso mi padre te quería.

—Tu padre —musitó Moran con una sonrisa amarga—. Has renegado de todo cuanto te dio y aun así te atreves a nombrarlo.

Lo golpeó con una furia tal que Tayr cayó sobre la mesa, destrozándola. Moran se encaró con él y el lobo le pedía a gritos libertad en aquel simple cuerpo humano.

—¡No! —bramó Adrien, tratando de impedirlo.

June tiró de él, sujetándolo para que no se acercase al lobo. Y Moran no dio tregua. Agarró a Tayr de la pechera y este le devolvió un soberbio puñetazo que lo dejó aturdido; después, un segundo y un tercero que logró que el licántropo lo soltase. El brujo sangraba y respiraba de manera entrecortada, pero se dispuso a recibir una nueva embestida. Moran gritó al tiempo que lo agarraba de la cintura y corría, estampándolo contra la pared. Cayó al suelo cuando el licántropo se apartó para regresar junto a Ander. El lobo ganaba terreno al hombre y Adrien llegó a saltarle encima, librándose de su hermana, pero Moran se deshizo de él con pocos problemas, haciéndole caer al suelo como si fuera solo un insecto molesto. Alzó el brazo y se dispuso a descargarlo sobre el pecho de Ander, un latigazo que Tayr detuvo a tiempo, agarrándolo.

—Cumpliré mi juramento —pronunció con dificultad—. Pero no lo haré si lo matas.

Moran se apartó, empujándolo. Aquellas palabras habían hecho ganar parcela al humano y el lobo se contuvo en el interior del licántropo.

—El juramento no tenía condiciones.

—Pues ahora las pongo yo. Si lo matas, se acabó. Si lo dejas en paz,

cumpliré al precio que sea. Tienes mi palabra.

Moran paseó la mirada por la habitación y los licántropos se reunieron con él, liberando a Lorna y al propio Ander.

—Volveremos a vernos, muchacho —zanjó Moran, dirigiéndose a Tayr—, para ver cumplido lo que hoy juras o para saldar la deuda con lo que él juró. No lo olvidamos.

Abandonaron la casa lentamente, como una procesión salvaje. El sol ya incidía de pleno en aquel salón destrozado, pero premisas como el Toque de Queda parecían no importar ya a nadie.

Tayr tomó aire y sus hombros se desinflaron mientras miraba a June y Adrien, abrazados de nuevo. El joven se separó de su hermana, buscándolo a él, pero la vehemente llegada de varios miembros de la Guardia Blanca lo empujaron hasta hacerle trastabillar. Lorna agarró a sus hijos, apartándolos de allí, mientras los soldados envolvían el salón, dejando en el centro a Tayr, que no se inmutó. La temperatura se desplomó cuando Vanora y Lasthas, bruja y demonio respectivamente, miembros ambos del Consejo de Nix accedieron hasta allí. Ander se puso en pie a duras penas, llevándose la mano a su sangrante costado. Respiraba de forma fatigosa cuando avanzó unos pasos para recibir a los recién llegados.

—¿Qué está pasando? —quiso saber—. ¿Por qué irrumpís así en mi casa?

Vanora lo miró con curiosidad, como si le llamase la atención el aspecto que presentaba. Y sin duda, debía de hacerlo.

—Venimos a buscarlo a él —respondió Lasthas. Su voz era ceniza y humo, un eco apagado, un susurro que se arrastraba sobre la tierra.

Adrien se acercó en dos zancadas y se interpuso entre el brujo y los recién llegados.

—Tayr no ha hecho nada. No ha matado a nadie y si el cinismo no os lo impide, admitiréis que lo habéis convertido en cabeza de turco para vuestras intrigas. Papá, acaba de salvarte la vida.

Lasthas se volteó momentáneamente para mirar a Vanora, que se mantenía en un segundo plano. La bruja avanzó hasta colocarse a su lado.

—Me temo que estás muy mal informado —dijo con calma—. Para empezar este chico ni siquiera se llama Tayr. El auténtico está muerto y supongo que él sabe bien por qué.

—Estás mintiendo.

Se volvió, mirando a Tayr y tratando de transmitirle que no volvería a dudar de él, pero la expresión del brujo distaba mucho de la que había

esperado encontrar.

—¿Lo mataste tú? —preguntó Vanora, dirigiéndose a él.

—Lo maté yo —admitió Tayr unos segundos después.

—Querías suplantarle, supongo —apuntó la bruja.

—Ahí lo tienes —volvió a intervenir el demonio—, quería hacerse con la Vara de Paxia y, conoedor de que estaba en Luzaria, no dudó en acabar con la vida del brujo escogido para la Conmuta, un chico de apenas diecisiete años.

—Había... había una razón para... Él quería proteger a la emperatriz. Díselo, Tayr. No pueden acusarte de eso.

La voz de Adrien se apagaba con cada palabra, pero no deseaba volver a dudar de Tayr nunca más. De Tayr... La mirada del brujo aceptaba que ese no era su nombre. ¿Y entonces en qué más le habría mentido?

—Era una de las cosas que empezamos a sospechar —apuntó Ander, con voz áspera—. Pero los únicos consejeros que lo habían visto eran Vanora, Lasthas y Feylan, la representante de los vampiros en el Consejo.

—Supongo que por eso te cuidaste de que no te viéramos —añadió Vanora.

Y Adrien recordó la forma impetuosa en la que Tayr había evitado cruzarse con el Consejo de Nix durante la Nut.

—¿Cómo te llamas, entonces? —preguntó con voz neutra.

—No tiene nombre. —Vanora avanzó unos pasos y se colocó junto a Tayr, que de pronto parecía incapaz de reaccionar. Permanecía inmóvil y mudo, aparentemente derrotado o sorprendido en una tesitura que tal vez había creído poder evitar—. Los proscritos no lo tienen. Tampoco raza. Repudiados por sus actos deleznable se los condena a convertirse en sombras. Y eso es lo que es, un sombra.

—¿Un sombra?

June tiró ligeramente del brazo de Adrien, apartándolo. Había oído hablar de los sombras: hombres y mujeres despojados de identidad, del más pequeño rasgo que pudiera asociarles a una sangre, a una familia o a una vida anterior. Cuando sus delitos los cubrían de vergüenza, pasaban a convertirse en nada. En nadie.

—¿Eso es cierto? —se atrevió a preguntar Adrien.

Tayr alzó la cabeza.

—Sí, soy un sombra, pero...

—¿No te llamas Tayr?

—No. Tayr era el brujo que había de cumplir con la Conmuta. Lo suplanté. Puede que él fuera el responsable de todo lo que tu hermana le achacaba, pero

yo no soy él. Yo no soy...

—Lo está admitiendo. —La voz de Lasthas fue un latigazo que castigaba sin tocar—. Nos lo llevaremos de forma inmediata.

—Dudo mucho —volvió a decir Vanora— que, de igual modo, su fin fuese proteger a la emperatriz. Ningún sombra lo haría, puesto que sus destierros y castigos se los deben a ella.

—Ella lleva solo cinco años —protestó Adrien, aún en *shock*.

—Y los ha ratificado todos —se apresuró a confirmar Vanora—. ¿Crees que el sombra va a molestarse en protegerla?

Adrien volvió a mirar a Tayr y cada vez que lo hacía el miedo iba en aumento porque el brujo no se inmutaba, no se enfadaba o defendía, y en aquella ocasión tampoco lo hizo.

—¿Qué cojones querías hacer entonces? —bramó Adrien—. ¿Puede llegar el maldito momento en el que seas capaz de ser sincero del todo? ¿En el que dejes de contar verdades a medias?

—¿Envuelto de conspiradores y traidores? —respondió él al fin—. Me resulta difícil ser honesto. ¿De qué me habría servido serlo contigo? Me vendiste a la primera ocasión.

Aquella era la primera vez que se defendía o justificaba desde que parte del Consejo de Nix, custodiado por la Guardia Blanca, se había personado allí. Y lo hacía para acusarlo por la traición llevada a cabo. La angustia que anidó en el estómago de Adrien se convirtió en rabia porque había dudado de él todo el tiempo y ahora la evidencia le explotaba de nuevo en la cara. Tayr le había mentido.

—A ti te resulta difícil ser honesto. ¿Y a mí? Eres un jodido mentiroso. Te llenas la boca hablando de confianza, pero no la has depositado en mí en ningún momento.

—¡Quiero proteger a la emperatriz, pero no a Liatli Hassul, sino a la auténtica, Ottana Vakko! ¿Estás contento ya?

El grito de Tayr fue un reclamo de hastío y al mismo tiempo una confesión peligrosa e inesperada. El silencio que envolvió la estancia así lo anunciaba. Vanora y Lasthas se miraron. Ander y Lorna también. Y Ander y Vanora. Y Ander y Lasthas. Y al fin fue la bruja la que habló:

—Como sombra fuiste desterrado a las tierras salvajes de Liverna en pago a tus delitos —explicó Vanora—. Como traidor al imperio, como conspirador contra la emperatriz, serás enviado a las prisiones de Akiteria.

Fue el propio Lasthas quien maniató a Tayr, mientras este mantenía la

mirada fija en Adrien, cuya expresión delataba un auténtico terror ante la sentencia espetada.

—Siento haberte mentido —musitó el brujo.

También las defensas de Tayr parecían rendidas y no importaba que hubiera tantos ojos atestiguando lo que sucedía. Adrien asintió, dolido, contenido y bloqueado. Consigo mismo, con Tayr. La mezcla de sentimientos era tal en su interior que amenazaba con hacerle explotar el pecho.

—Estoy acostumbrado... —logró murmurar, como si hablase para sí.

Tayr negó con la cabeza.

—No te he mentado en nada más. Sé por dónde vas y no te he engañado con eso. Cada palabra ha sido verdad, Adrien, cada gesto. Todo.

—Da igual, Tayr.

—Adrien, te quiero.

Chris se colocó al lado del muchacho y trató de entrelazar su mano con la de él, llegando a conseguirlo. A Tayr aquello no le pasó inadvertido.

—No vuelvas con él —le pidió—. Valórate, Adri. No dejes que te pise otra vez.

—Vete a la mierda —intervino Chris—. Es mayor y lo suficientemente inteligente como para tomar sus propias decisiones; sean las que sean, yo lo respetaré. Pero tú eres el menos indicado para aconsejarle nada.

—Christian, cállate —masculló Adrien entre dientes.

—No lo necesitas a tu lado —siguió diciendo Tayr.

—Haré lo que me dé la gana. Puede que no solo me hayas mentado tú; tal vez también lo haya hecho yo. Solo has sido una tregua, Tayr o como coño te llames. Una jodida tregua en mi vida, un paréntesis. No eres nada más. Y ahora, como bien te han dicho, vete a la mierda. Desaparece.

Fueron las últimas palabras que pudo pronunciar antes de que la Guardia Blanca se llevase a Tayr. Su «te quiero», sin embargo, se le había clavado a Adrien en lo más profundo del alma y también del corazón. Dos palabras que le impidieron oír la voz de su hermana llamándolo una y otra vez.

Cuando despertó de su ensoñación, Vanora se despedía de su padre y abandonaban todos la casa, sumida aún en el caos que había originado la llegada de los licántropos.

Adrien soltó la mano de Chris con desdén.

—Lárgate de mi casa.

—Llevo días buscándote —se justificó Christian—. Quiero hablar contigo.

—Sal de mi casa ahora mismo.

—Ya lo has oído —intervino June—. Lárgate.

No había podido dormir lo más mínimo, aunque el agotamiento de su cuerpo le había solicitado el intento. Cuando llegó al salón, tras su lenta procesión por la escalera, encontró a su padre junto a unas maletas y a June abrazando a Lorna. El hombre se volvió, mirando a su hijo, con las manos metidas en los bolsillos.

June extendió el brazo para que Adrien se fundiera con ella y con su madre, y el muchacho así lo hizo, abarcándolas a ambas. Le dio un beso en la cabeza a su hermana y otro en la mejilla a su madre antes de apartarse de nuevo.

—Te ayudo con esto.

Recogió dos de las maletas de Ander y caminó hacia el coche del Consejo que lo esperaba fuera. Las introdujo en el maletero y suspiró mientras observaba la luz del nuevo día, que ya cumplía varias horas. El frío era suave, aunque a Adrien le caló hasta los huesos.

—¿Adónde irás? —preguntó sin mirar a su padre.

—Aún no lo sé. Pero cuanto esté instalado os daré todos los datos por si queréis... venir a verme. He hablado con tu madre y no pone inconveniente en que yo también me acerque aquí para poder estar contigo y con June.

Adrien asintió aún sin mirarlo.

—Siento cómo han ido las cosas, hijo.

—Ya. Bueno, tengo que irme.

Ni siquiera se despidió de Ander antes de volver a cruzar el umbral de la entrada y cerrar la puerta tras él. June trataba de ofrecerle consuelo a una llorosa Lorna en el salón. El joven se acercó y se sentó en el suelo, abrazado a la cintura de su madre, que permanecía también sentada en el sofá, junto a su hija.

—Mamá...

—Estoy bien. —Lorna paseó su mano entre el pelo claro de Adrien—. Demasiadas emociones en los últimos días. ¿Cómo estás tú, cariño?

—Estoy bien.

—Mientes de pena —intervino June—. El brujo estaba cañón.

—Corta ya.

Lorna sonrió mientras acariciaba, también, el rizado cabello de June.

—Papá dice que van a sellar el Muro —expuso la joven—. El Consejo de

Nix aún está en Luzaria; no saldrán durante el día, pero lo harán durante la noche y se lo llevarán. Últimas horas de paz con ellos.

El teléfono sonó en aquel momento y Lorna se puso en pie para atender la llamada.

—Disculpad, chicos.

—Vale, ahora que mamá no está, ¿cómo te encuentras? La verdad.

June se acercó a Adrien y le echó el brazo por encima. El muchacho apoyó la cabeza sobre el hombro de su hermana.

—No lo sé, June. No quiero hablar de eso. ¿Cómo estás tú? Después de todo lo que nos contaste...

—Pues imagina lo que no os conté —respondió ella, con una sonrisa socarrona—. Yo estoy bien, Adri, sé cuidarme.

—Ya. ¿Cuántos noctis se han suicidado con tu llegada?

June le golpeó en el hombro.

—Muy gracioso. Para tu información, besé a un vampiro. Dos veces.

Adrien rio y alzó la cabeza de nuevo.

—¿A un vampiro? Joder, June, luego soy yo el de los tíos raros.

—Oh, claro, tu último ligue era mucho más normal.

—Tayr no era un ligue.

—¿Qué era exactamente?

—Mierda, June, eres una tramposa. Te he dicho que no quería hablar de esto.

—Ya, pero ¿has visto la habilidad con la que he encauzado de nuevo la conversación? En serio, Adri. ¿Qué sientes por él?

Adrien suspiró profundamente.

—Buf —exclamó June—. Suena grave.

—Estoy enamorado. Y por primera vez me planteo si de verdad lo había estado antes.

—Ya sabes lo que opino, que lo de Chris no era amor.

—Enganche, ya lo sé. Con Tayr o... como se llame, las cosas eran muy diferentes. Fue corto y jodidamente intenso, pero... ¿y si solo era deseo? Te juro que me quemaba la piel cuando me tocaba, me moría cuando me miraba y si sonreía...

June hizo lo propio mientras le acariciaba el antebrazo.

—No parece que fuera solo eso, Adrien. Al menos de su parte, y conociéndote, dudo mucho que de la tuya. ¿Te has... ya sabes? ¿Te has acostado con él?

—No. Dormimos juntos en un apartamento en Altum.

—¿Te metes con ese tío en la cama y solo duermes?

—Lo estaba traicionado. ¿Cómo iba a...? No podía ni mirarlo a la cara.

—No te tortures más, Adrien.

—¿Y qué hago? No voy a volver a verlo, pero no me lo puedo quitar de la cabeza y... se lo llevan a Akiteria. Si no hubiera confesado lo que confesó en el salón no... ¿Qué sabes de ese sitio?

—Akiteria es una cárcel vertical. Un abismo de pared lisa y con pequeñas celdas salpicadas en las paredes. Hay una caída enorme, las crónicas no se ponen de acuerdo con lo que hay debajo. En lo que sí lo hacen es en que resulta imposible salir de allí. Y va a parar la peor calaña de Noctia.

—Él no puede ser así, June. No lo es, lo sé. Y ya sé que no tiene sentido que lo sepa o lo piense porque me he enamorado de él, pero no puedo tener un gusto tan pésimo con los tíos; no puedo tener tan mal ojo y alguien que te trata como él me trató a mí no puede ser tan ruin, aunque conspirase contra una chica de apenas veinte años, según dice el Consejo de Nix.

Lorna volvió a dejarse caer en medio de sus hijos y abrazó a Adrien, que hundió el rostro en su regazo.

—¿Quién era? —preguntó June.

—El abuelo. Quería saber si estamos bien. Cariño, no tienes mal gusto con los chicos —le dijo a Adrien—. Con Chris te equivocaste, todos lo hacemos. Y con Tayr...

—No se llama Tayr —repuso, alzando la cabeza—. Ni siquiera sé su nombre.

—Bueno, con cómo se llame... hablaba kraático.

June puso los ojos en blanco.

—Oh, Adrien —bromeó—, hablaba kraático, no puede ser un mal tío.

—No tenéis ni idea. El kraático es una lengua muy especial, no al alcance de cualquiera y con unos orígenes preciosos, pero no seré yo quien os los desvele. Si os interesa, buscadlos y estudiadlos. Ya me daréis la razón.

June se puso en pie.

—Me voy a dar una ducha. Lo último que quiero hacer ahora es ponerme a estudiar lenguas noctis. He tenido noctis para una buena temporada.

—Y lenguas también, ¿no, June?

Lorna alzó una ceja, mientras la joven golpeaba a su hermano con un cojín y desaparecía de allí.

Adrien sonrió mientras miraba a su madre.

—June mandarina ha vuelto —le dijo.

Lorna le devolvió la sonrisa y su aura se suavizó.

—En serio, Adrien. Fíate de tu instinto y, si me lo permites, fíate también del mío o del de Hilmagenta. Estuve hablando con ella y...

—Nos ayudó. ¿por qué, mamá? Fuimos a buscar a papá a La Sede y nos dijo que no estaba allí. Distrajo a los guardias.

—Y os entregó la llave para dar con la vara. Solo ella sabía dónde la guardaron, puesto que sucedió hace mucho tiempo. Ni siquiera los elfos sabían que estaba en la tumba de Afros.

—En realidad la llave no abría nada, pero sí, nos indicó dónde encontrarla.

—Hay puertas que no se abren con llave, Adrien.

—No empieces con ese rollo místico que os gastáis los feéricos, por favor.

Lorna sonrió.

—Hilmagenta estuvo hablando conmigo —le explicó — y me pidió que no desvelase el contenido de aquella conversación, de modo que te pido respeto, Adrien. Solo voy a decirte dos cosas: la primera es que los aciertos y los errores son los que conforman la vida. Si te abstienes de cometerlos, te abstienes de vivir.

—¿Cuál es la segunda?

—El Muro quedará sellado mañana por la noche. Hasta entonces, tienes margen de maniobra.

—¿Para buscar a Tayr?

—Para hacer lo que sientas.



Epílogo

June llegó hasta el último piso de aquel viejo edificio. Apenas se oía ruido en ninguno de ellos, pues como todos lo que estaban en la Avenida Nortax, quedaba demasiado cerca del Muro de Caronte y la mayoría de vecinos había abandonado el lugar hacía mucho tiempo. Pero no ella.

June se detuvo y llamó al timbre sin que eso ocasionase respuesta alguna. Esperó durante largos segundos y al fin empujó la puerta, que se abrió sin oponer resistencia alguna. La casa estaba en penumbra y apenas escuchaba el leve zumbido del televisor. Avanzó a través del corto pasillo que conocía a la perfección y apoyó el hombro en el quicio de la puerta que daba al salón, una habitación pequeña y bien amueblada. Y allí estaba Sara, sentada a la mesa con la mirada perdida y el cabello castaño, trenzado con plata, recogido en un moño poco cuidado. Giró levemente la cabeza al verla y le dedicó una sonrisa triste.

— Pasa, June. Me alegra ver que estás bien.

El lejano zumbido del televisor encendido mostraba las últimas imágenes de Luzaria, mientras el presentador narraba el fin de la relación con los noctis, la captura del brujo y el cierre definitivo del Muro de Caronte.

June avanzó despacio y tomó asiento a su lado, colocando su mano, con suavidad, sobre el brazo de Sara.

— ¿Cómo estás? —le preguntó.

La mujer asintió, aunque su expresión hablaba por sí sola.

June colocó sobre la mesa la vieja moneda desgastada y Sara se dedicó a mirarla.

— No es la que estaba previsto conseguir —explicó June—. Anouk la llevaba colgada al cuello; me hubiera resultado imposible cogerla. Este arkanai pertenece a Eugenne, el príncipe de los vampiros. Le di el cambiazio con la moneda falsa que me diste. Supongo que no tardará en darse cuenta.

Sara se puso en pie y sacó un pequeño cofre de un cajón. Regresó a la mesa y lo abrió, para sumar el arkanai a los otros cuatro que ya poseía.

— Gracias, June. Te agradezco enormemente el esfuerzo y el riesgo tomado, aunque ya no sirvan de nada.

La joven frunció el ceño.

— ¿Ya no sirvan de nada? ¿Por qué?

— Mi hija ya no está. No hay razón por la que necesite seguir luchando por liberar a Noctia de la maldición.

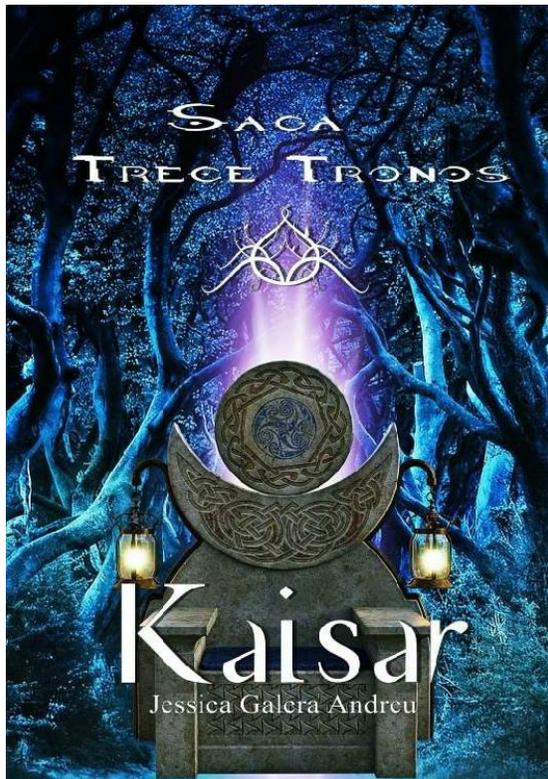
— Sé lo que le pasó y lo lamento. Pero hay muchas personas inocentes al otro lado del Muro, Sara. Personas que merecen esta lucha por igual.

June no podía dejar de pensar en Ottana, incluso en Elain. Bajo el imperio de Liatli Hassul, los apoyos escasearían en su lucha y con el Muro sellado aún estarían más solos.

— Entonces que la lleven otros a cabo —respondió Sara, vencida—. Entrégale esto a Moran. Sé que regresará a Noctia a luchar junto a su emperador.

— Querrás decir emperatriz.

— Para Moran solo hay un emperador. —June frunció el ceño, desconcertada—. El hijo de Doroyan.



TRECE TRONOS

En los próximos meses podrás ir conociendo la continuación y desenlace de la saga.

Más información, en la página web de la autora:

Jessi-ga.wixsite.com/fantepika

